

Por SIEMPRE mía

MARI SILLVA

Por SIEMPRE mía

MARI SILLVA

COPYRIGHT © 2021 – MARI SILLVA

Portada: **LA Creative**
Reseña: **Fabiano Juca**
Diseño: **Denilia Carneiro**
Diseñador Editorial: **GB Design Editorial**
1.ª edición

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos representados son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con nombres, fechas o eventos reales es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos.

Se prohíbe el almacenamiento y/o reproducción de cualquier parte de esta obra, a través de cualquier medio –tangible o intangible– sin el consentimiento escrito del autor.
La violación de derechos de autor es un delito previsto en la Ley nº 9.610/98 y penado por el artículo 184 del Código Penal.



SUMÁRIO
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
EPÍLOGO
MÁS INFORMACIÓN SOBRE ESTE LANZAMIENTO Y TODOS MIS OTROS LIBROS EN:
EXPRESIONES DE GRATITUD



Alabá

Salvador – BA
Año 2000

En el fondo del pozo.

Ese era el sentimiento que me habitaba aquella noche oscura. El viento silbaba junto a mi oído como si se burlara de mi dolor. Crucé mis brazos flacuchos contra el cuerpo y abracé a la única persona que tenía en el mundo, que ni siquiera había nacido todavía. No hacía ni dos meses que había sido concebida. Apuré el paso y dejé que las lágrimas cayeran. Era una adolescente huérfana embarazada que no sabía una mierda de la vida, más allá de la lección reciente que había aprendido: no confiar en nadie. Especialmente en los hombres. Son expertos en mentir y en prometer un amor eterno que nunca existió.

¡Respira hondo, Alabá, todo va a estar bien!

¿Qué otra cosa peor podría pasar ahora?

—Vaya, la negrita fugitiva volvió —murmuró la hermana Antonia, alzando esas cejas gruesas y espantosas apenas crucé la puerta. Me esperaba en la sala con una expresión de quien estaba a punto de devorarme el hígado con cuchillo y tenedor mientras disfrutaba de una copa de champán.

—Buenas noches, hermana, ¿todavía despierta? —Temblé al forzar una sonrisa nerviosa. Esa mujer me aterraba.

La hermana Antonia era la directora del orfanato de las Hermanas del Carmelo en Salvador, Bahía, el lugar donde viví casi

toda mi vida. Desde el primer mes de nacida hasta los sufridos diecisiete años, para ser exacta. Mi querida madre se había encargado de deshacerse de mí apenas nací, como si fuera una cachorra abandonada en una esquina cualquiera.

—No podías esperar hasta mañana para que te echara de mi orfanato con ese fruto del pecado que cargas en el vientre. Vas a salir solo con la ropa que traes puesta. —Me apuntó con el dedo en la cara. Pude notar el placer en su voz, patear a quien ya está en el suelo era su especialidad.

No tenía idea de cómo esa vieja bruja se había enterado de mi embarazo. Nadie en el orfanato lo sabía, solo mi mejor amigo Paulo. Pero sé que él jamás lo habría contado, confiaba mi vida a él. La hermana seguramente había notado los síntomas, que no eran pocos: me la pasaba encerrada en el baño vomitando hasta las tripas.

—Por favor, hermana, déjeme explicarle. —Caí de rodillas a sus pies, suplicando un poco de clemencia a esa mujer fría como un iceberg, que se presentaba todos los días, con orgullo, como una sierva temerosa de Dios.

—Lárgate de aquí ahora mismo, zorra, ya no eres bienvenida en mi orfanato. —Cerró los puños con fuerza. En la comisura de su boca se formaba una espuma blanca como la de un perro rabioso.

La hermana Antonia estaba conteniéndose para no llenarme la cara de bofetadas, como ya había hecho tantas veces antes, hasta dejarme tirada en el suelo con los dientes flojos y la nariz sangrando. Cuando estaba especialmente inspirada, me propinaba algunas patadas y golpes por todo el cuerpo. Yo era frágil, delgada, sin fuerza física ni emocional. Pero en ese momento, su furia era tanta que lo único que quería era deshacerse de mí cuanto antes. Ese había sido siempre su sueño. Aunque, siendo justa, yo tampoco era fácil de manejar.

Siempre me enfrentaba a todas las monjas del orfanato y no permitía que maltrataran a los niños más pequeños. Después me dejaban castigada, pero no me importaba. Lo hacía por una buena causa. Por eso me gané la fama de problemática, pero me

importaba un carajo. Yo me consideraba más bien una justiciera, y estaba muy orgullosa de eso.

—Tenga piedad, hermana Antonia, no tengo a dónde ir. —Me aferré al tejido de su hábito y rompí en llanto, completamente desesperada. No por mí, sino por mi hijo, que era un inocente en medio de toda esa mierda en la que me había metido.

Era la típica "adolescente idiota" que se había lanzado de cabeza a una pasión ardiente y acabó embarazada y sola, sin tener a quién acudir. Después de todo, lo único que sabía sobre mi familia me lo habían contado terceros, y de la manera más cruel posible. Cada vez que me portaba mal, las monjas no perdían oportunidad de restregármelo en la cara: que mi madre había sido una mujer de la vida, que apareció en la ciudad, se embarazó y me dejó abandonada en la puerta del orfanato. Y que, después de acostarse con medio pueblo, ni siquiera sabía quién era mi padre.

Así que no sorprendió a nadie cuando mi madre contrajo VIH y murió, siendo enterrada como una indigente. Ningún familiar reclamó su cuerpo, mucho menos a la hija que había dejado tirada en un orfanato católico, donde los encargados parecían seguir más la voluntad del demonio que la de Dios.

—Debiste pensarlo antes de abrirte de piernas para el primer tipo que se te cruzó, ¿no? Ahora te las arreglarás sola para criar a ese bastardo. —Me agarró del brazo y empezó a arrastrarme por los pasillos oscuros de esa casa que se caía a pedazos, con olor a humedad y azufre.

La hermana Antonia tenía una creatividad especial para inventar castigos crueles, la mayoría sin motivo alguno. En su mente, la mejor forma de imponer disciplina era con dolor.

—Usted me enseñó que errar es humano y perdonar es divino. Sé que pequé, pero estoy dispuesta a hacer lo que sea para redimirme —insistí, tratando de aferrarme a cualquier objeto sólido que encontrara a mi paso, pero esa mujer era enorme y tenía una fuerza descomunal.

Me sacaba a rastras como si fuera una bolsa de basura que había tenido que aguantar durante diecisiete años. No le gustaba ninguna de las niñas, pero a mí me odiaba con especial intensidad, y

siempre me pregunté por qué. Aunque, en el fondo, lo sabía: era la única en ese lugar que no le tenía miedo, y eso hería su ego profundamente.

—¿Lo que sea, niña? —Se detuvo de repente. Sus ojos grisáceos brillaban con malicia demoníaca.

Dominada por el miedo, asentí cabizbaja, retorciendo las manos frente al cuerpo.

—Si quieres seguir viviendo aquí durante el embarazo, tendrás que esconder esa panza hasta que nazca. Será nuestro secreto. Ya tengo destino para ese niño.

—¿Destino? —pregunté, ingenua.

—Sí, Alabá, ¿te volviste sorda? Te dije que no me interrumpas cuando estoy hablando.

—Perdón. —Bajé la mirada.

—La semana pasada vino un matrimonio rico que no puede tener hijos. Me prometieron una buena ayuda para el orfanato si lograba conseguirles un bebé, sin "burocracia". Así que apenas nazca, se los voy a entregar. Será nuestro secreto. —Pasó la lengua por los gruesos vellos de su labio superior. Tenía una expresión tan oscura que me recordó lo que decía el padre Juan: que ni el diablo se metía con una mujer con bigote.

El padre Juan era la única persona buena en ese orfanato. Había estudiado gastronomía antes de ingresar al seminario, y hacía trabajo voluntario como cocinero. El pobre no tenía idea de las atrocidades que ocurrían allí dentro. Solo iba a preparar el almuerzo y la cena, y como las monjas eran muy cuidadosas frente a la gente de afuera, no se enteraba de nada. Actuaban como santas, solo les faltaba el halo. Nos trataban con dulzura y una falsa bondad. Pero en la intimidad, nos amenazaban hasta de muerte para que mantuviéramos la boca cerrada.

Al menos, mientras el padre Juan estaba cerca, nos sentíamos protegidos. Todo lo bueno que aprendí fue con él en la cocina. Desde niña desarrollé un amor profundo por la gastronomía gracias a él. De hecho, siempre creí que nuestra conexión surgió en el momento en que me encontró envuelta en una chaqueta de jean, oliendo a alcohol y perfume barato, tirada frente al orfanato. Me

llevó adentro, me dio de comer, me abrigó y me puso el nombre de una reina africana: Alabá, que según él significaba:

"La sensibilidad de quien se llama Alabá permite ver el verdadero valor de las cosas. Es capaz de actuar con autoridad. Trabaja duro para alcanzar sus metas, sin importar lo que los demás digan o hagan".

El padre Juan no solo me dio ese nombre. Dos años antes de morir, me puso su apellido, Monteiro, en la partida de nacimiento, porque me amaba como a una hija y sabía que, a esa altura, nadie iba a adoptar a una adolescente. Lo peor fue que ni siquiera tuve tiempo de llorarlo. Después del entierro, me pusieron a cargo de la cocina. Por lo menos, hacía lo que amaba y mantenía vivo su legado.

—Está bromeando, ¿no? No puede estar pidiéndome que venda a mi bebé a unas personas que ni conozco. —Mi reacción fue de total incredulidad. Ella solo me miró con desprecio.

—¿Y tú alguna vez me viste bromear, niña? —Jugueteó con el rosario que colgaba de su cuello y sonrió con sarcasmo.

Por más que lo intentara, no lograba entender cómo la hermana Antonia podía hablar de mi hijo como si fuera un objeto de cambio y encima reírse. ¡Qué ser humano tan despreciable! Juro que sentí náuseas.

—¡Dios mío! ¿Usted de verdad me está pidiendo que abandone a mi bebé igual que hizo mi madre conmigo? —Sentí que la garganta se me cerraba—. Pues sepa que prefiero morir antes que hacer eso. —Di un paso atrás, invadida por una angustia brutal. Necesitaba alejarme. El aire a su alrededor me parecía envenenado.

Jamás permitiría que mi hijo sufriera la misma herida de abandono que yo había cargado toda la vida. Al contrario, quería darle todo lo bueno que el mundo pudiera ofrecerle. Todo lo que a mí me fue negado.

—Entonces ya sabes dónde está la puerta, malcriada de mierda. —Señaló con el dedo la salida—. A ver cómo haces para criar sola a ese mocoso. Nunca vas a ser nadie en la vida. A lo sumo, esclava de

alguna ricachona a cambio de unas monedas. —Me escupió la cara. Siempre se creyó superior a todos.

—Ya lo veremos, hermana Antonia. —Me limpié el rostro y sequé las últimas lágrimas—. Voy a luchar con todo lo que tengo para darle una buena vida a mi hijo y nunca va a faltarle nada, sobre todo amor. —Enderecé los hombros con dignidad. Esa desgraciada no volvería a pisotearme.

Me di la vuelta y me fui. No hacía falta que me echara como a un perro sarnoso, me iría sola. Aunque, antes de marcharme del todo, me detuve y la miré por encima del hombro.

—Ah, y antes de que lo olvide. —Le dediqué una sonrisa sarcástica—. Váyase al carajo, vieja maldita. Si yo fuera usted, me iría preparando, ¿sí? Porque cuando se muera, el mismísimo demonio va a venir a buscarla montado en un caballo de fuego. —Levanté el mentón. Ahora sí podía seguir mi camino con el alma aliviada y el pecho abierto.

Sabía que no iba a ser fácil desde ese momento en adelante, pero estaba dispuesta a luchar. Todo saldría bien mientras mi hijo y yo estuviéramos juntos. Estaba completamente segura de eso apenas crucé la puerta del orfanato y vi el sol naciendo, majestuoso, detrás de las montañas. Era la mañana más hermosa de todas. El cielo estaba teñido de un tono anaranjado que se reflejaba en la cima de los árboles y en los balcones de los edificios, y el viento acariciaba mi rostro con suavidad, llenándome los pulmones de aire fresco.

Recuerdo que cerré los ojos y, en lugar de sentir miedo, fui invadida por una sensación de libertad y una fuerza inigualables. Sonreí con amplitud. Dios me habló en ese momento…

"Jamás te dejaré sola, hija mía. Solo confía en Mí."

Siempre había confiado en Él, así que no había margen para el error. El cielo sería mi único límite. Trabajaría duro para llegar a la cima del mundo, subiendo cada peldaño con honestidad, sin pisotear a nadie, porque no existe verdadera victoria si no se conquista con honor.



Alabá

Diez años después...

—Eh, "negrita", deja de hacerte la boba y tráeme ya un agua mineral con gas —ordenó la mujer de la mesa cuatro, con un peinado ridículo que parecía un nido de pájaros abandonado. Tenía más lápiz labial en los dientes que en esos labios extraños llenos de bótox.

—Un momento, señora, ya le traigo su pedido. —Mostré una sonrisa falsa en el rostro. Había ciertos clientes del restaurante a los que, con gusto, lanzaría por la ventana.

—¡Pero apúrate, niña! No tengo todo el día. Para ser una mesera de un restaurante tan renombrado como este, con platos que cuestan un ojo de la cara, esperaba un poco más de competencia del personal —murmuró la antipática mujer y me miró por encima de sus lentes de sol falsos de Prada. Me limité a asentir con educación y salí caminando a paso furioso.

Fui a buscarle el agua a la víbora y se la entregué sin perder la compostura. Hay respuestas que deben darse en el momento justo.

—Disculpe la demora, señora, como puede ver el restaurante hoy está repleto. —Sonreí, aunque estaba loca por saltarle al cuello —. Y una cosita más: no soy mesera, soy la chef y dueña de este establecimiento renombrado, como usted misma dijo. —Ajusté el cuello de mi chaqueta con el estilo de una mujer exitosa que ha

ganado varios premios por estar entre los diez mejores restaurantes de Bahía por tercer año consecutivo.

Era muy buena en lo que hacía, y no podía ser de otro modo: me partí el lomo estudiando para llegar hasta donde estoy. Sin embargo, todo mi éxito se lo debo al padre Juan, que desde niña sembró en mí la semilla de este don por la cocina y me encaminó en esta hermosa profesión. Si no fuera por él, no me habría convertido en una chef respetada en el mundo de la gastronomía.

Por eso, hace cinco años, cuando abrí el restaurante, le puse por nombre *"Don Juan".*

—¿Dueña? —La clienta estirada me escaneó de arriba abajo. Fue muy gracioso ver cómo su mandíbula larga caía lentamente frente a mis ojos.

—Sí. Y si llego a verla faltándole el respeto a alguno de mis empleados como lo hizo conmigo, será cordialmente invitada a retirarse de mi restaurante y no volverá a poner un pie aquí nunca más —solté, sin pelos en la lengua. Ajusté mi bolso (original) de Prada y salí caminando hacia la cocina con paso firme y bien marcado.

Después de poner en su lugar a la hermana Antonia, nunca más permití que nadie me humillara. A veces no puedo creer que ya pasaron diez años desde el día en que fui expulsada de aquel bendito orfanato; mejor dicho, me fui por decisión propia. Estaba en la ruina, sí, pero llena de coraje. Por eso, usé las únicas monedas que tenía en el bolsillo para hacer una llamada anónima al Ministerio Público y conté todas las crueldades que se vivían en ese lugar. Un tiempo después, me enteré de que se había abierto una investigación junto con la Policía Federal. No necesitaron mucho para comprobar todo lo que relaté sobre los malos tratos hacia los niños y adolescentes que estaban bajo la tutela de las monjas. Todos los menores fueron entregados de inmediato al Consejo Tutelar, que los reubicó en un lugar seguro hasta que pudieran encontrar una familia definitiva. Recuerdo haber llorado de alegría. Era lo mínimo que podía hacer por ellos, ya que no estaría más ahí para protegerlos.

Solo después de eso logré cerrar esa etapa de mi vida. Mi única tristeza era no haber vuelto a ver a mi mejor amigo Paulo. Visité

todos los orfanatos y hogares de la ciudad tratando de descubrir a dónde lo habían enviado, pero nada. Era como si se lo hubiera tragado la tierra. Durante años usé las redes sociales y me mantuve en contacto con los amigos que teníamos en común, pero nadie sabía nada de él. Al final, me resigné con la esperanza de que, por algún milagro, hubiera sido adoptado por alguna buena familia que lo llevara a otro estado. Aun así, todos los días le pedía a Dios que nuestros caminos volvieran a cruzarse algún día y que pudiéramos recuperar el tiempo perdido.

—Gracias a Dios se terminó su descanso, jefa. Tienes una lista enorme de pedidos esperándola justo aquí. —Vanessa, mi amiga y gerente del restaurante, me tiró el delantal en la cara.

Después de pasar toda la mañana corriendo de un lado a otro en la cocina, trabajando como una loca, mi cuerpo exhausto me obligó a tomarme treinta minutos bien merecidos para respirar y comer algo. Así era el ritmo en el restaurante: siempre frenético. Había muchos días en que recién me acordaba de almorzar cuando ya estábamos cerrando por la noche.

—Gracias a Dios, amiga. "Don Juan" está triunfando cada vez más. —Di una vuelta coqueta con una cuchara de madera en la mano.

Además de mi restaurante de renombre en Salvador, también soy dueña de un bistró en Río de Janeiro, donde servimos platos tradicionales de Bahía preparados por profesionales formados por mí en un curso de verano que dicté para diez jóvenes cariocas recién graduados en gastronomía. Estaban llenos de sueños y pasión por lo que hacían, igual que yo cuando tenía su edad y un diploma fresco en la mano. El que tuvo mejor desempeño se convirtió en el jefe de cocina, y desde hace dos años nuestra sociedad viene funcionando mucho mejor de lo que esperaba. Aun así, al menos una vez cada quince días viajo a Río para echarles una mano.

—¡Está triunfando de verdad, Alabá! La gente cruza todo el país solo para deleitarse con tu menú de platos bahianos arrolladores. —Vanessa se recogió su largo cabello lacio en un moño alto. Era ese tipo de mujer que hace que el tránsito se detenga.

Como Panicat, ¿sabes? Bueno, exactamente eso.

—¡No son solo mis platos los que son arrolladores, yo también lo soy, cariño! —Sostuve el mango de la sartén con maestría y lancé la masa de tapioca al aire. Dio una vuelta perfecta y cayó del otro lado sin romperse. Siempre tuve una conexión extraña con las ollas.

Era como si pudiera comunicarme con ellas por arte de magia. Mi cocina casi que respondía a mi voz, de lo bien que nos llevábamos.

—¡Caray, mi amiga sí que es una fiera! Tuvo un hijo hermoso a los diecisiete años, lo crió sola y todavía se las arregló para convertirse en una mujer exitosa —dijo, dándome un golpecito con la cadera.

Sonreí, pero por unos instantes mi mente viajó al pasado, a esos tiempos en que me tocaba matar un león por día para sobrevivir. Me daban una limosna aquí, un plato de comida allá, solo para no morirme de hambre estando embarazada. En vez de engordar como cualquier embarazada normal, adelgacé tanto que llegué a pensar que en cualquier momento mi cuerpo se desvanecería en el aire. ¡Dios mío! Ni siquiera me gusta recordar esa etapa fatídica de pura miseria. Pero nunca perdí la fe, sabía que Dios me estaba preparando para algo grande.

Después de algunas semanas viviendo en la calle, por una bendición divina conseguí un lugar en un refugio para personas sin hogar, y esa misma semana comencé a trabajar como mesera en una cafetería en la misma calle. Me quedé ahí hasta el día en que entré en trabajo de parto. Estaba entregando una hamburguesa con papas fritas cuando se me rompió la fuente.

Fue una locura, pero al final todo salió bien. Mi hijo nació grande y sano. Después de la llegada de Eliot, todo empezó a encajar como las piezas de un rompecabezas. Por eso siempre le digo a mi niño que su llegada al mundo me trajo mucha suerte. Tanto así que, aún estando en el hospital, conseguí otro trabajo mucho mejor en la churrasquería de la hermana de la enfermera simpática que me asistió durante el parto. Por alguna razón, esa mujer se encariñó conmigo.

Empecé lavando platos, pero con mucho esfuerzo pronto me promovieron a mesera y luego a gerente del lugar. El salario era

bueno y pude alquilar un lugar lindo solo para nosotros dos. El día que nos mudamos fue el más feliz de mi vida. Teníamos una cama calentita y nunca nos faltó comida en la mesa.

Pero yo quería mucho más, así que seguí esforzándome. Criar un bebé sola no fue fácil, pero lo logré. Retomé mis estudios por la noche y gané una beca completa para estudiar Gastronomía. No me daba vergüenza llevar a mi hijo en brazos todos los días a clase porque no podía pagar una niñera. Todos en mi salón adoraban a Eliot y me ayudaban a cuidarlo. Perdí la cuenta de las veces que el profesor dio la clase con él en brazos.

Me gradué después de sudar y llorar muchísimo. Dejé de comprar un montón de cosas necesarias para un niño pequeño para ahorrar cada centavo que me sobraba e invertirlo en mi propio negocio. Empecé vendiendo comidas caseras, con la certeza en el corazón de que un día abriría mi restaurante y lo convertiría en un éxito.

Touché.

Estaba en lo cierto.

Pero todavía me faltaba cumplir un último sueño.

—Casi dueña, Vanessa. —Aspire una buena bocanada de aire. Mi tapioca tenía un aroma celestial.

La tapioca era una estrella en nuestro menú. Tiene origen indígena y está hecha con harina de yuca. En Bahía se come en el desayuno, en el almuerzo, en la cena o a cualquier hora del día. La más simple se hace solo con mantequilla, pero las posibilidades de relleno son infinitas, y en mi restaurante las explotaba sin límites.

—Tranquila, amiga. Un día esa vieja va a terminar vendiéndote el local —dijo Vanessa, como siempre, optimista.

La casona antigua donde funcionaba el Don Juan todavía no era mía. Le pagaba el alquiler a una señora muy simpática que había heredado el lugar de sus padres. Doña Yolanda era un amor, tendría unos sesenta y tantos años, y yo la consideraba como una abuela.

—¡Dios te oiga, Vane! —Crucé los dedos—. Pero hasta que llegue ese día, tengo que juntar la plata, porque ahora no tengo ni la tercera parte. —Me reí de mi propia desgracia. Sabía que esa

casona, aunque antigua, tenía una arquitectura original tan bien conservada que debía valer mínimo unos cuantos millones de reales.

Mis negocios iban bien, gracias a Dios, pero no tanto. Aún no tenía millones acumulados en la cuenta. Mantener ese lugar funcionando en óptimas condiciones para los clientes, pagarles el sueldo a los empleados a tiempo y además mantener una casa y criar a un hijo no era tarea fácil. Solo las madres solteras entienden lo dura que es esa hazaña.

—Ahora basta de cháchara, Alabá, ponte a trabajar porque estoy por recibir un grupo de ejecutivos que reservó cuatro mesas y ya están por llegar —Vanessa acomodó el escote y se fue directo a la acción. Le encantaba atender a nuestros clientes de traje y corbata, con la esperanza de conseguir un CEO forrado en plata y vivir un romance como los de los libros que leía.

Santa inocencia.

—Dale, rubia, ¡lúcete, zorra! —Le guiñé un ojo.

Terminé de rellenar la tapioca, se la entregué a un mesero que vino a buscarla y enseguida pasé al modo automático para comenzar otro pedido. Siempre fui así, rápida para todo.

—Esa rubia es genial, jefa —dijo Alexander al entrar en la cocina y chocar la mano con Vanessa. Era nuestro mejor cocinero y mi mano derecha en el restaurante.

Alex era de esos tipos duros, usaba un pañuelo de calaveras en la cabeza y se paseaba en su moto de lo más cool. Además, era un moreno alto, guapo y sensual. Tan musculoso que los bíceps bien definidos se le salían por las mangas de la camiseta y dejaban ver la punta del tatuaje de un tigre. Tenía un montón de tatuajes. Era el objeto de deseo de todas las mujeres, especialmente de las meseras del restaurante que soñaban con tener una oportunidad con él. No solo por lo guapo que era por fuera, sino porque por dentro era igual de increíble. Sabía ser caballero, amigo y solidario con los que menos tenían.

Alexander lideraba un proyecto de capoeira en el que, junto con otros maestros voluntarios, daba clases a niños en situación vulnerable. Mi hijo participaba y no se perdía ni un solo día.

—¡Tres acarajés saliendo con todo, mi gente! —Anuncié otra tanda de pedidos con un chasquido de dedos.

Equilibré los tres platos entre mis manos y el antebrazo, los llevé a la ventanilla de los meseros y toqué la campanita. Luego volví al fogón y comencé a preparar el siguiente plato: una feijoada de esas que te hacen rezar de puro placer.

—¡Llegué, jefa! Pero antes, un minuto de silencio por los primeros pelitos de bigote que me están saliendo —dijo Bruno, señalando su rostro, que era casi todo sonrisa, ya que de pelo solo tenía unos pocos mechones castaños sueltos por ahí.

Bruno era un chico trans de veintiún años que estaba en proceso de transición. Trabajaba en el restaurante desde hacía suficiente tiempo como para haberse ganado el cariño de todos. Y no era para menos, nunca había visto a un joven tan dedicado y estudioso, que además amaba vivir, incluso con todo el prejuicio que lo rodeaba día a día. Siempre estaba de buen humor y celebraba hasta las pequeñas victorias.

—¡Estás realmente muy lindo, Brunito! Eso hay que celebrarlo. —Le agarré el mentón redondeado con los dedos y lo giré de un lado al otro fingiendo sorpresa. Quería animarlo a seguir con su tratamiento hormonal para que le saliera más vello.

—Lo sé, Alabá. En unos días voy a ser un chico de bigotito fino y cortado al ras. —Se echó el flequillo hacia atrás y acomodó el moño del uniforme. Sus ojos verdes irradiaban esperanza.

—¡Ese es mi chico! —Le di un beso en la mejilla.

—Con su permiso, jefa, ahora voy a llevar el pedido de la mesa cinco y a lucir mi barba frente a los clientes. —Ajustó la postura y salió caminando con elegancia hacia el salón. Esperé a que saliera para soltar la carcajada que tenía atascada en la garganta.

¡Bruno era un personaje total!

Volví a la cocina pensando en lo curioso que era cómo la alegría tomaba formas distintas en la vida de cada persona. Algunos deseaban ser ricos… otros, simplemente tener barba.

—Pero sí que es cínica usted, jefa. Se pueden contar los pelos en la cara del chico —bromeó Alexander desde el otro lado de la cocina con un tono divertido. Lo miré de reojo justo cuando se

acomodaba el pañuelo negro de chico malo en la cabeza con un movimiento provocador.

—Ay, ya basta, Alex. Tenemos que darle todo el apoyo posible a Bruno, pobrecito, no cuenta con ninguno de su familia por ser trans —murmuré mientras movía la mantequilla en la sartén a fuego alto. El calor era infernal, parecía que la cocina estaba por arder.

Me pasé la mano por la frente para limpiar el sudor. Urgía instalar más ventiladores en el restaurante. Salvador es calurosa todo el año, pero en verano era casi insoportable.

—Esa es la Alabá que yo conozco: siempre más preocupada por los demás que por ella misma —dijo Alex mientras caminaba hacia mi lado de la cocina. Se paró justo detrás de mí y levantó el brazo para alcanzar una fuente de vidrio en la repisa sobre la hornalla, moviendo el cuerpo a propósito para que hubiera contacto entre nosotros.

Le encantaba provocarme cada vez que podía, pero nunca pasó nada entre nosotros. Yo todavía no estaba lista para volver a confiar en los hombres. De hecho, creo que nunca lo estaría.

—¿Qué le voy a hacer, Alex? Así soy yo. —Tragué saliva. La cocina se sentía aún más caliente con él tan cerca—. Pero no te confundas, sé ser bien perra cuando tengo que serlo. —Giré el cuello hacia atrás para sorprenderlo con una cara de mala, pero me arrepentí apenas sus ojos castaños y seductores se cruzaron con los míos.

—Por eso llevo cinco años intentando salir contigo, Alabá. Ese carácter tuyo me fascina —susurró al oído, y mis piernas temblaron.

Nos quedamos mirándonos un rato en completo silencio. Aunque quisiera decir algo, mis labios no se movían.

—¡Mira lo que encontré en la calle, ma! ¿Puedo quedármelo? — Mi hijo apareció en la cocina con un gatito flaco en brazos, todo manchado de blanco, negro y naranja. Era feísimo, pobre animal.

El bichito estaba sucio y desnutrido, seguro llevaba días viviendo en la calle, sin comida ni agua.

—¡Felicidades por ayudar al minino, campeón! —Alex dio un salto lejos de mí y volvió a su rincón de la cocina sin llevarse la

fuente que había ido a buscar. Sabía que era solo otro de sus intentos fallidos.

—Sabes que no podemos quedarnos con él, Eliot. Por tu alergia a los pelos de gato, ¿te acuerdas? Así que olvídalo. Llévalo de vuelta a donde lo encontraste —dije, pero ni alcancé a terminar el sermón y ya mi hijo estaba en medio de un frenesí de estornudos. Por eso el único animal que teníamos en casa era un pez naranja perezoso que dormía casi todo el día y solo despertaba para comer.

—¡Dijiste lo mismo la última vez! ¡Eso no es justo! —Puso cara de ofendido con el labio inferior temblando.

No era la primera vez que Eliot rescataba un gato callejero. Su obsesión por los felinos ya era cosa seria. Una vez intenté regalarle un perro hermoso, pero no lo quiso. El testarudo era igualito a mí cuando se le metía algo en la cabeza.

Siempre traté de cumplirle todos los deseos, porque solo Dios y yo sabíamos lo mucho que luché para criarlo lo mejor posible. Al principio no era más que una madre primeriza, soltera, sin verdaderos amigos ni vecinos que se molestaran siquiera en preguntar cómo estábamos. Al final, crecimos juntos. Mi pequeño, a veces, era más maduro que yo. Su inteligencia y astucia en cualquier situación me dejaban boquiabierta. Siempre sereno, observador, y con una respuesta filosa lista en la punta de la lengua. Era así desde que aprendió a hablar. Siempre supo arreglárselas solo.

"¡Yo soy independiente, ma!"

Esa fue su respuesta desafiante cuando le reclamé por haber despedido a su niñera Lidia sin decirme nada. Dijo que ya era todo un hombre y que podía quedarse solo en casa mientras yo trabajaba. Por supuesto, lo castigué por eso y lo obligué a disculparse con la niñera, pero por dentro me reía de su madurez. Dicen que los hijos de madres solteras aprenden a valerse por sí mismos más rápido. Y sí, la prueba vivía conmigo.

—No te lo voy a repetir, Eliot. Ya te dije que no. Se acabó el tema.

—¡Pero ma! Mira cómo está de flaco ese bichito, no podemos dejarlo morir en la calle. Siempre dices que debemos tender la mano al que lo necesita. Bueno, esta es la ocasión —endureció la voz y se

irguió, convencido de que usar mis propias palabras en mi contra sería una jugada maestra.

Mientras tanto, Alex no podía parar de reírse con nuestro debate. Seguramente ya se imaginaba cómo iba a terminar todo. Mi hijo podía haber heredado mi piel color chocolate, los rizos y casi todos mis rasgos fuertes, pero esa sonrisa encantadora y la habilidad para manipularme cuando quería algo, eran una copia exacta del cretino de su padre. Hasta en los más mínimos detalles.

—¡No me molestes más, niño! Ya te dije que no. Pero te prometo que vamos a encontrarle un buen hogar a esa cosita fea —le dije mientras armaba tres platos distintos de ensaladas. En nuestra cocina podías hablar todo lo que quisieras, pero las manos no debían parar nunca.

—Bueno, está bien… ¿pero puedo cuidarlo mientras tanto? —Puso esa carita de ojos suplicantes imposible de resistir.

—La respuesta es no. ¡Ni lo sueñes! No insistas porque no va a pasar. —Puse las manos en la cintura y lo miré con cara seria. Eliot conocía muy bien la regla de no llevar gatos a casa, pero aun así seguía insistiendo con el tema.

El médico fue muy claro conmigo respecto a la rara alergia de mi hijo al pelo de gato: si llegaba a tener una crisis fuerte y no recibía medicación a tiempo, podría incluso morir. Se me erizó la piel solo de escucharlo decir eso.

—¿Ah, sí, ma? ¿Así va a ser? Entonces voy a devolver el gatito a la calle. Si le pasa algo, la culpa va a ser tuya. ¿Podrías vivir con eso? —Alzó al gato para que yo pudiera verle la carita llena de tierra. Como usar mis propias palabras contra mí no le funcionó, apeló al chantaje emocional.

Y funcionó, ¡maldita sea!

Sabía que debía decirle que no, pero volví a mirar a esa cosita fea entre los brazos de mi hijo, con las garras bien clavadas en su camisa azul, mirándome con miedo. Se me partió el corazón. De alguna forma, ese pobre animal me hizo recordar a mí misma en la época en que estaba embarazada y no tenía dónde dormir. Seguro ese gato había sido abandonado y lastimado por todas las personas que se cruzaron en su camino desde que nació.

Igual que yo.

Por eso merecía una segunda oportunidad, un hogar cálido y lleno de amor, como el que yo encontré en mi equipo del Don Juan. Y nosotros le daríamos eso al pobre gato.

—¡Al diablo! Ganaste, Eliot. Nos quedamos con esa cosita fea y vamos a hacer que funcione —dije, aunque por dentro me preguntaba cómo demonios lo íbamos a lograr.

—¡Eeeeh! ¡Gracias, ma! ¡Eres lo máximo! —Eliot se me colgó de la cintura, feliz de la vida.

—¡Eso es, campeón, bien ahí! Punto para los chicos —dijo Alex, dejando de mover su pasta por unos segundos solo para lanzar a Eliot al aire, con el gato flaco y todo. Las carcajadas de mi hijo eran contagiosas.

Ellos dos tenían un vínculo muy fuerte. Alex prácticamente lo había visto crecer y, con el tiempo, se fue convirtiendo en una especie de figura paterna para él. Y no fue algo forzado para impresionarme; pasó de forma natural. Incluso iba todos los años a sus actos escolares, incluso en el Día del Padre. El sueño de Eliot era que su mamá se casara con el "tío Alexander". Y la verdad, le daría una oportunidad a ese hombre increíble si no fuera porque mi corazón seguía tan herido por culpa de...

Respiré hondo.

Ni siquiera podía pensar en el nombre de ese desgraciado, mucho menos decirlo en voz alta. No volví a pronunciar el nombre del padre de Eliot desde la última vez que lo vi, hace diez años. Y así seguiría siendo por siempre.

—Eh, Alabá, doña Yolanda está en la oficina y quiere hablar contigo. —Vanessa entró a la cocina a avisarme.

Era muy extraño que la señora Yolanda estuviera en el restaurante. Aún faltaba una semana para el vencimiento del alquiler y ella siempre venía en la fecha exacta.

—¿Hablar ahora, Vanessa? Estamos en plena hora pico. Por favor, pídele que vuelva más tarde o en otro momento. —Tenía todas las hornallas encendidas y estaba concentrada en el pedido de la mesa nueve. No podía salir ahora, mi plato se arruinaría, y eso para mí era inaceptable.

—Es mejor que vayas, amiga. La cara de esa mujer no es nada buena. Vino acompañada por su abogado, así que la cosa debe ser seria. —El tono de Vanessa me dejó paralizada. Además de ser mi empleada, era mi gran amiga, y nos conocíamos lo suficiente como para interpretar los gestos de la otra.

—Entonces voy, Vanessa. Pero necesito un favor enorme: cuídame al nene y a esa cosita fea que se trajo de la calle hasta que llegue su niñera. Y por favor, no dejes que Eliot lo tenga mucho en brazos. —Le sonreí sin mostrar los dientes.

Vanessa miró al gato flacucho con cierto desdén, pero asintió con una respiración larga, aunque los animales no fueran precisamente su debilidad.

—Está bien… pero solo porque amo a tu hijo. —Le guiñó un ojo a Eliot.

—Yo también te amo, tía Vanessa —dijo él, tímido, dibujando esos lindos hoyuelos en sus cachetes gorditos. Mi hijo era un bombón.

Vanessa y Eliot salieron juntos de la cocina de la mano, charlando sin parar. En ese restaurante, todos me ayudaban con mi hijo. No exageraba cuando decía que éramos una gran familia.

—Vuelvo en cinco minutos, Alex. ¿Me cuidas las ollas? —Me quité el delantal, lo tiré sobre la mesada y salí prácticamente corriendo.

—Dejámelo a mí, jefa. Es más, cuidaré hasta de ti por el resto de tu vida si quieres —dijo justo cuando yo estaba llegando al final del pasillo. Ese hombre nunca se rendía.

—¡Te escuché, eh! —le grité, entre risas.

—¡Era para que lo oyeras, hermosa! —respondió divertido.

Cuando llegué frente a la puerta de la oficina, me acomodé de inmediato. Me arreglé la chaqueta blanca de chef, enderecé la espalda y solté mis rizos del moño para darme un aspecto más prolijo.

—Buenos días, doña Yolanda. ¿Cómo está usted? —saludé con cortesía apenas entré al despacho. Mis ojos se encontraron de inmediato con la señora elegante a pocos metros de mí.

Lástima que mi sonrisa murió en el acto al notar las profundas líneas de expresión marcadas por la angustia en su rostro. Estaba sentada en el sillón de la esquina con la cabeza levemente inclinada hacia abajo. Su cabello blanco, endurecido con laca, le cubría gran parte de la cara. Era de esas señoras refinadas que no salían de casa sin maquillaje y solo usaban ropa cara en tonos neutros.

—¿Pasó algo grave, gente? Porque ya me estoy empezando a preocupar. —Me balanceaba de un pie al otro, presa de una angustia del demonio.

—Mi hijo quiere obligarme a desalojarte del caserón sin previo aviso, Alabá. Por él, cerraría las puertas del restaurante ahora mismo —dijo doña Yolanda, incapaz de mirarme a los ojos. Ese lugar era tan importante para mí emocionalmente como lo era para ella.

Ante semejante revelación, lo único que pude responder fue:

—Discúlpenme, pero creo que me voy a desmayar. —Puse los ojos en blanco y caí redonda al suelo.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, solo recuerdo haber despertado viendo estrellitas brillando a mi alrededor.

—¿Se siente mejor, querida? —Desperté con doña Yolanda acariciando mi mejilla con tanto cariño que me dieron ganas de llorar. Su mano era pequeña, delicada, con un toque que llegaba directo al alma.

—Sí, señora, creo que me bajó la presión. —Mi vista aún estaba algo nublada y el corazón latía lento, casi detenido. No tenía fuerzas ni para llorar.

—Será mejor que te sientes un rato, Alabá. —El abogado, André, me ofreció la mano para ayudarme a levantarme, y yo la acepté agradecida. Caminé con dificultad hasta mi escritorio y me dejé caer rendida en la silla de cuero.

Respiré hondo una… dos… tres veces, y me froté las sienes mientras sudaba frío. Mi día se había vuelto un infierno en un chasquido.

—Voy a pedirle a alguien que te traiga un vaso de agua con azúcar, querida. Tus manos están temblando. —El rostro de doña Yolanda pasó de preocupación a culpa.

—No hace falta. Lo único que quiero saber es: ¿por qué su hijo quiere destruir mi restaurante? —fui directo al grano.

—Por dinero, obviamente. El mundo de Severiano gira solo alrededor de eso —respondió, decepcionada, sentándose frente a mí. Nunca me cayó bien ese tal Severiano, ni tampoco el insoportable hijo que venía con sus amiguitos de la facultad a comer lo mejor del menú y luego no quería pagar porque su abuela era la dueña del lugar.

Por supuesto, nunca se lo permití. Una vez estuve a punto de llamar a la policía para que arrestaran al coqueto tacaño. Como vieron que mi inestabilidad mental era bastante evidente, los amigos de Vinicius lo convencieron de pagar para evitar problemas, porque yo, escandalosa como era, iba hasta el final por justicia. En el Don Juan, si comías y te gustaba, tenías que pagar sin quejarte.

—¿Pero acaso no es asquerosamente rico? No entiendo por qué le agarró ahora la manía con este caserón que está en su familia desde hace años. —La furia me subía por la garganta. Ese barrigón sinvergüenza merecía una buena bofetada, y yo se la daría feliz.

—La situación es esta, Alabá —intervino André, que hasta entonces había estado en silencio—. Una empresa internacional multimillonaria quiere construir un centro comercial moderno justo en esta manzana entera. Además de tu restaurante, varias otras casas van a ser demolidas —explicó.

Mis signos vitales desaparecieron. Estaba teniendo un paro cardíaco. Ni siquiera sentía mis piernas.

—¡No lo puedo creer! —Los labios me temblaban.

—Pero es verdad, querida. Están tan decididos a levantar esa maldita obra que Severiano me contó que les ofrecieron tres veces más de lo que vale el caserón. Con esa táctica, esos hijos de puta ya compraron prácticamente todas las casas de la cuadra. Deben empezar la demolición en cualquier momento. —Mientras doña Yolanda hablaba, yo no parpadeaba. Era demasiada información negativa para que mi cerebro la procesara.

¿Cómo podía ser? ¡Dios mío! No podía aceptar lo que acababa de escuchar. Iban a destruir la calle donde creció mi hijo por culpa de un maldito shopping. Y para colmo, iba a perder mi restaurante

por culpa de una empresa internacional salida del mismísimo infierno, dispuesta a tumbar el Don Juan, un lugar construido con años de esfuerzo y amor clavado en cada una de sus columnas. Parecía una broma de muy mal gusto. Pero sabía que no lo era. Por eso, las lágrimas llegaron como un diluvio. Por más que intentara, no podía contener tanta angustia. Tenía que soltarla o me iba a ahogar por dentro.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunté entre sollozos. No sabía cómo dar esa noticia a mi equipo, iban a quedar devastados.

Es increíble cómo en un segundo puedes tenerlo todo, y al siguiente no te queda nada. Vuelves al punto cero, sin esperanza alguna.

—Eso va a depender de ti, Alabá. —Doña Yolanda cruzó una mirada con su abogado.

—¿De mí? —Fruncí el ceño, completamente confundida.

—Yo todavía estoy viva, y este caserón es mío, no de Severiano. Así que quiero que mi hijo ambicioso y ese CEO salido del infierno con el que hace negocios se vayan bien a la mierda, porque mientras dependa de mí, ese shopping no se construye jamás. —Golpeó la mesa con decisión.

Saber que doña Yolanda había decidido no vender el caserón me trajo un alivio inmenso, porque no me imaginaba el Don Juan funcionando en ningún otro lugar. Recuerdo el día que vine a visitar el inmueble para alquilarlo. Me enamoré en cuanto bajé del taxi y vi esa construcción antigua de dos pisos, del siglo XVIII, con su pintura original todavía bien conservada en un tono amarillo vivo, aunque un poco descascarado en algunas partes, lo que le daba un encanto histórico inigualable. Las ventanas eran grandes, del suelo al techo, adornadas con pequeños balcones al frente. Me imaginé ahí, una mañana, con una bata de piel y una taza de té caliente, viendo salir el sol mientras leía un libro.

Mi idea desde el principio fue abrir el restaurante en la planta baja y armar mi hogar, junto al de mi hijo, en el piso de arriba. Ahí comenzaría a hacer realidad mi sueño. Ni siquiera necesité ver el interior de la casona; firmé el contrato con doña Yolanda de

inmediato, por tiempo indefinido. Mis planes eran vivir allí para siempre.

—¡Eso mismo, doña Yolanda! ¡Así se habla! Me alegra mucho que haya decidido no vender la casona. —Mi alegría volvió como por arte de magia.

—Pero yo no he desistido de vender, querida. Estoy demasiado vieja para entrar en una pelea con mi hijo. Ese muchacho nunca valió nada, igualito al padre. Por eso, Alabá, voy a traspasarte la escritura de este inmueble por el dinero que tengas ahora mismo. Lo que sea. Y con lo que reciba voy a gastármelo todo en mí. —Los extremos de su boca se curvaron en una sonrisa astuta. Esa mujer no daba puntada sin hilo.

—¿Usted me está tomando el pelo, verdad? —Empecé a reír, pero era de puro nerviosismo.

—Para nada, Alabá. Lo digo completamente en serio. Si Severiano quiere hacerse más millonario, no va a ser a costa mía. Ni siquiera se preocupa por saber si estoy viva o muerta. Por eso quiero dejar este lugar en manos de alguien que lo ame tanto como yo. Y esa persona eres tú. —Se inclinó sobre el escritorio y tomó mis manos. ¡Mierda, hablaba en serio!

—Un segundo… creo que me voy a desmayar otra vez. —Me caí de la silla redonda al suelo. Aquello no podía ser real, tenía que ser un sueño.

—Deja de hacerte la dramática, mujer. ¿Vas a aceptar o no la propuesta de doña Yolanda? —Me desperté con André agitándome la escritura en la cara mientras se reía de mí. Él tampoco soportaba a Severiano y estaba disfrutando ver cómo ardía todo.

—No sé qué decir… —Las lágrimas se me subieron a los ojos.

—Piénsalo bien, querida. A veces hay que ser inteligentes y agarrar las grandes oportunidades cuando la vida nos las pone enfrente sin avisar. —Doña Yolanda me acarició la espalda con ternura.

Aunque estaba a punto de aceptar, empezaron a rondarme algunas dudas. Como le había dicho a Vanessa un rato antes, el dinero que tenía ahorrado todavía no alcanzaba para comprar la casona. Por eso, aceptar esa propuesta no me parecía justo.

Además, cuando el imbécil del hijo de doña Yolanda se enterara del plan de su madre, se me iba a venir encima con todo. Y no solo él: ese CEO millonario tampoco iba a rendirse tan fácil en su afán de construir su centro comercial sobre mi restaurante.

Pero, sinceramente… ¿a quién carajo le importaba?

¡Que se pudran los dos!

Nunca rechacé una buena pelea.

—¡Acepto! Y le juro que voy a mantener esta casona de pie en su honor, o no me llamo Alabá Monteiro. —Cerramos el trato con un apretón de manos firme.

—¡Eso, muchacha! No veo la hora de contarle la noticia al imbécil de mi hijo. —Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada burlona. Me habría encantado ser un mosquito para ver la cara de idiota que iba a poner Severiano.

¡Que empiece la guerra!

De ese restaurante no me sacaba nadie. Nadie me iba a echar a la fuerza. Como le dije una vez a Alexander, podía ser una perra cuando hacía falta. De santa no tengo nada. Daba un buey por no entrar en una pelea, pero una vez dentro… daba la manada entera para no salirme.



Oliver

El sonido insistente del timbre se metió por mis oídos y retumbó dentro de mi cabeza como un zumbido interminable. Estaba furioso. Solo conocía a una persona lo suficientemente molesta como para apretar el botón y no soltarlo hasta que yo abriera la puerta. Pero acababa de llegar de un viaje de vacaciones de treinta días en Hawái y estaba justo en medio de una ducha relajante. Había sido un vuelo largo y agotador. Como de costumbre, no estaba de humor para nada. Lo único que quería era tirarme en la cama y no despertar hasta el día siguiente, cuando debía volver al trabajo.

Era presidente de una empresa multimillonaria dedicada a la construcción de grandes obras.

—¡Abre la puerta, Oliver! Sé que estás en casa, se escucha el ruido de la ducha desde aquí —gritó Matthew, que se había cansado del timbre y ahora bociferaba como un loco desde la entrada. Si no viviera aislado en una mansión en lo alto de las montañas de Catskill, en Nueva York, ya habrían llamado a la policía.

—¡Lárgate, Matt! Sea lo que sea que tengas que decirme, hablamos mañana en la empresa. Hoy sigue siendo mi último día libre, así que déjame en paz, ¡carajo! —grité desde la ducha.

Matt era el vicepresidente de Quent, la empresa. Excelente profesional, impecable en todo lo que hacía. Una verdadera máquina de trabajar, por eso era tan cotizado en el mundo de la construcción. Confiaba en él con los ojos cerrados. Tanto que, luego de varios años encerrado en esa oficina, decidí salir de vacaciones hace un

mes y lo dejé a cargo de todo. Pero el tipo tenía un defecto grave: era un pelmazo de primera.

—No me voy a ir hasta hablar contigo, Oliver. Es muy importante, solo necesito un minuto —insistió.

Como no respondí, volvió al timbre, una y otra vez. Y no iba a parar hasta que le abriera. ¡Hijo de puta! Pero no pensaba dejar que arruinara mi último día libre. Ya bastante bronca me había dado la loca de Sara al aparecerse en Hawái detrás de mí, queriendo una relación seria solo porque me la había tirado un par de veces cuando no tenía nada mejor que hacer. Lo único que hice fue ordenar a mis guardaespaldas que la subieran al primer avión de regreso a Nueva York. Desde entonces, no supe más nada de esa desquiciada.

—Dale, Oliver, abre de una vez. Está haciendo un frío de mierda y me voy a resfriar —Matt apeló al clásico chantaje emocional.

Me tenía sin cuidado. Que se congelara y se fuera directo al quinto infierno con su resfriado.

—Pues vete, hombre. No quiero que te enfermes. Buenas noches —solté con ironía.

Silencio absoluto.

—¡Se fue! ¡Gracias, Dios! —Suspiré aliviado.

Estiré el brazo fuera de la mampara para agarrar el champú de la repisa. Por fin podría lavarme el cabello sin más interrupciones. Pocas cosas valoraba en la vida, y mi privacidad era una de ellas. Siempre fui un tipo frío, de humor cortante, y detestaba interactuar hasta con la poca gente cercana que tenía.

—Qué bárbaro, hermano. El sol de Hawái te sentó bien, estás con un bronceado sexy —Matt abrió la cortina de la ducha de golpe, haciéndome saltar el corazón del susto. Apareció de la nada en mi baño.

—¡Jesucristo, Matthew! —Me resbalé por la impresión y me golpeé la cabeza contra la pared. No veía un carajo porque se me metió espuma en los ojos.

—Eres un torpe, de verdad. Límpiate con esta toalla. —El idiota se rió en mi cara.

Matt traía puesto un traje gris todo arrugado y sostenía una botella de champán de las más caras del mercado. Lo conocía desde

hacía años y lo odiaba desde la universidad. Por desgracia, habíamos estudiado juntos Ingeniería y Administración, y ahora trabajábamos en el mismo piso. Su oficina estaba justo al lado de la mía. Pasábamos demasiado tiempo juntos, lo cual era un martirio para mí.

Sin embargo, debía admitir que ese enano presumido de metro y medio me conocía como nadie. Nunca conseguí mentirle.

—Cierra el pico, Matt. ¿Cómo carajo entraste? —Le arranqué la toalla de la mano, me limpié los ojos y luego me la até a la cintura.

—La puerta de atrás estaba abierta, Oliver. Tienes que tener más cuidado, amigo. Cualquier vago puede meterse en tu casa en cualquier momento. —Dejó la botella de champán sobre el botiquín, se bajó los pantalones y se sentó en mi inodoro como si fuera su baño personal.

Fuera lo que fuera que había comido ese día, no le cayó bien, porque dejó mi baño con un olor a cadáver.

—El vago ya se metió, Matt. Y está cagando en mi cara. Por el olor, parece que se comió algo muerto hace días. —Me tapé la nariz para no morir intoxicado.

—No digas eso que me pongo sensible. No soy ningún vago, soy tu amigo. —Puso cara de niño herido. A veces Matt era como un niño.

En realidad, lo era todo el tiempo.

—Yo no tengo amigos, Matthew. Somos colegas de trabajo y no puedes venir a mi casa sin invitación. —Le hablé firme, esperando que de una vez le entrara en la cabeza.

Después de lo que me pasó hace años, no pude volver a acercarme a nadie. Como mecanismo de defensa, levanté una muralla de hielo a mi alrededor. Así no corría el riesgo de ser traicionado. Con el tiempo, esa barrera se volvió parte de mí. Ni siquiera podía amar, ni a mí mismo.

—Pero tú nunca me invitas a venir a tu casa, Oliver.

—Exacto. —Levanté las manos como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Qué pasa, Oliver? ¿No quieres ser mi amigo porque soy un negrito del Brooklyn? —Apeló al drama—. Mi madre siempre me dijo

que no se puede confiar en los blanquitos de traje porque todos son racistas —agregó entrecerrando los ojos. Te juro que tuve que contenerme para no soltarle un puñetazo.

—¡No metas a la tía Latifa en esto, carajo, ella me adora! —le grité furioso. Siempre me llevé de maravilla con la madre de Matt, me trataba como a uno de sus hijos—. Me importa una mierda si eres blanco, negro, amarillo o rojo. Solo quiero que desaparezcas de mi casa. Tienes diez segundos para irte o llamo a la policía.

Salí del baño echando humo por la nariz y me fui a mi habitación. Mi último día libre y el aire puro de mi casa habían sido contaminados por el imbécil de Matt.

—¡Espera, hermano! Solo necesito cinco minutos. Tengo que contarte una novedad, por eso vine. —Venía detrás de mí con la botella de champán bajo el brazo, subiéndose los pantalones.

—¡Dilo ahora y vete, maldita sea! —Dejé caer la toalla al suelo, me tiré desnudo bajo el edredón calentito y cerré los ojos. Estaba reventado.

—Esta semana cerré un contrato de quinientos millones de dólares, Oliver. Vamos a construir un shopping en una de las ciudades más calientes del mundo. No veo la hora de viajar para supervisar la obra. —Soltó todo de corrido, eufórico.

No me sorprendió. Sabía perfectamente del potencial de Matthew, por eso era el vicepresidente de mi empresa.

—Qué bien, amigo, felicidades. Te llevarás una buena comisión con eso. —Celebré su logro. Él enderezó los hombros y sonrió con orgullo.

—Gracias, ya sé que soy increíble. —Se acomodó la corbata, inflado de ego.

—Ya contaste tu novedad, ahora puedes irte. Mañana hablamos del contrato. —Me tapé hasta el cuello y me di vuelta, dándole la espalda.

—¿Ni siquiera quieres saber dónde vamos a construir el shopping, Oliver?

—No —respondí seco. A mí me daba lo mismo el lugar.

Lo único que me importaba era la plata que iba a entrar en mi cuenta al terminar. Después de todo lo que me hizo la vida, me

había convertido en una máquina de hacer dinero. Valoraba más los bienes materiales que a las personas.

—¡Pero qué mierda, Oliver! Eres un aguafiestas de mierda. —Se sentó a los pies de mi cama con el labio inferior sobresalido. Claramente no pensaba irse pronto.

—Ya puedes destapar la botella de champán, Matt. Parece que la noche va para largo —resoplé resignado, acomodé un par de almohadas y me recosté más cómodo.

—Toma, hombre, ponte cómodo. —Prácticamente me tiró la botella en la cara.

—¡Pero si esta mierda está vacía, Matt! —La di vuelta y no cayó ni una gota.

—¡Ah! Me olvidé que me dio sed en el camino y me la tomé. Perdón, Oliver. —Se rió como un idiota—. De hecho, estoy medio borracho. Creo que voy a dormir acá contigo. —Se quitó el saco y la corbata torpemente, se podía oler su aliento a alcohol a lo lejos.

—¡Ni lo sueñes, Matt! Después de lo que hiciste en mi baño, necesitas una ducha urgente.

Pero le dio exactamente igual. Se tiró en mi cama como si nada, ocupando más espacio que una ballena. Matthew siempre fue el tipo más invasivo del planeta.

—Tranquilo, hermano. Me limpié bien el culo, mira. —Se metió la mano en la parte trasera del pantalón y me la puso en la cara. El cordero asado con salsa blanca que había comido en la cena me subió hasta la garganta.

—¡La puta madre, qué asco! ¡Fuera de mi cama ahora mismo, Matthew! —Intenté empujarlo, pero el hijo de puta ya estaba roncando. Nunca entendí cómo podía quedarse dormido tan rápido.

Y una vez que Matt dormía, podía acabarse el mundo que no se despertaba hasta el día siguiente. No me quedó otra que darme vuelta y tratar de dormir un poco también. Al fin y al cabo, mañana sería un día largo de trabajo.

—Ey, mami… estás tan linda esta noche —murmuró Matt dormido, se giró y me abrazó por detrás, en cucharita.

¡No me lo merecía!



Oliver

Como si no hubiera sido suficiente la noche infernal que pasé con el imbécil de Matthew tirándose pedos asquerosos bajo el edredón, tuve que levantarme temprano para ir a trabajar y dejarlo con resaca tirado en mi casa, sin fuerzas ni para mantenerse en pie. No tuve más remedio que darle el día libre. Encima me esperaba quedar atrapado por horas en el infierno que era el tránsito de Nueva York. Un mes en una isla en Hawái me había hecho olvidar lo caótico que es todo en las grandes ciudades, donde la gente vive apurada y con cara de culo, como si el mundo entero les debiera algo. Por suerte, yo no era ese tipo de persona estresada.

—¡Despiértate, imbécil, el semáforo está en verde! —Le toqué bocina al pendejo con cara de acné y pelo grasoso que estaba delante de mi BMW, en un auto plateado. Seguro estaba distraído pensando en llegar a su casa para pasarse el día viciando con la nueva PlayStation 5 que salió esta semana.

¡Esta juventud de mierda! A su edad yo ya estaba metido en una montaña de libros de ingeniería.

—¡Vete a la mierda, idiota! Si vuelves a tocar la bocina te reviento. —Me amenazó cuando nuestros autos quedaron alineados.

—Entonces bájate, mocoso, lo arreglamos ahora mismo. —Lo desafié, y el fracasado casi se mea del susto. Pisó el acelerador apenas el semáforo cambió.

Después de putear y casi matar a unos treinta en el tráfico, por fin llegué a la empresa. Por suerte tenía una excelente asistente, Rubi Jones, que ya había dejado todo preparado para mi llegada. Ella era mi mano de hierro en la compañía. Porque si dependiera del borracho de Matthew para actualizarme sobre la agenda del día, estaba jodido.

—Buenos días, señor Quent. Solo faltan usted y Matthew para comenzar la reunión. —Me saludó Rubi con la espalda recta apenas salí del ascensor, sosteniéndome el café como todos los días.

Ella conocía todos mis gustos al detalle, sabía que si no empezaba la mañana bien, iba a estar de mal humor todo el día. Y cuando eso pasaba, en esta empresa nadie podía ni respirar cerca mío sin correr riesgo de perder el trabajo.

—Buenos días, Rubi. —Le cambié mi maletín por el café—. No cuente con Matthew para esta reunión, hoy se levantó un poco descompuesto, así que le di el día libre.

—¿Descompuesto, el señor Matthew? —Me sacó un pelito del saco. Ella tenía edad para ser mi madre y, la mayoría de las veces, actuaba como si lo fuera—. Creo que "resaca" sería una palabra más precisa para describir su condición.

Soltó una risita. Conocía a todos en esa empresa como la palma de su mano.

—Olvídese de Matt y vamos a la reunión de una vez, tengo demasiadas cosas importantes para resolver hoy —dije mientras avanzaba rumbo a la sala de juntas, y Rubi tuvo que correr para seguirme, sus tacos repiqueteaban fuerte contra el suelo.

Abrí la puerta y me encontré con todo mi equipo principal ya sentado alrededor de la gran mesa de vidrio. Se sentía bien estar de vuelta.

—¡Bienvenido de nuevo, señor Quent! —dijeron todos al unísono entre aplausos.

Yo era un presidente exigente y gruñón, pero siempre intenté ser un buen jefe. Igual que lo fueron mi padre y mi abuelo, que también estuvieron al frente de esta empresa. Ellos me enseñaron que no basta con ser un CEO exitoso, también hay que valorar a

quienes trabajan duro a nuestro lado para llegar a la cima. Desde los mejores ingenieros del mundo hasta la señora de la limpieza.

—Buenos días a todos, señores. Gracias por la cálida bienvenida. —Me senté en la cabecera y desabroché mis gemelos de oro—. Como saben, hoy regreso después de treinta días de vacaciones merecidas, por eso Rubi organizó esta reunión, para ponerme al tanto de lo que pasó mientras estuve fuera —dije, y más de veinte pares de ojos se centraron en mí. Tenía la suerte de trabajar con los mejores del rubro.

—¿Qué información desea saber primero, señor? —preguntó el jefe del departamento financiero, Brian, sacando su libreta del bolsillo.

Yo era la tercera generación de mi familia con la que él trabajaba en la empresa Quent, y aún usaba papel y lápiz para sus cuentas. Tal vez por eso era tan bueno en lo suyo. Como decía mi abuelo, los contadores de la vieja escuela siempre eran los más confiables.

—Quiero saber más sobre el contrato de quinientos millones de dólares que cerró Matthew para construir un shopping de lujo. ¿Cuál es el plazo de entrega acordado?

—El cliente pidió dos años, señor, pero como somos los mejores de los mejores, garantizamos entregarlo en doce meses —respondió con orgullo el jefe de obras. Y tenía razón: éramos los mejores del mercado.

Ofrecíamos trabajos en la mitad del tiempo y con calidad superior, tanto en la mano de obra como en los materiales. Por eso la empresa Quent era famosa desde hace años por su excelencia en el servicio.

—Perfecto. ¿Y en qué ciudad se va a construir esta vez?

—Nos contrataron para construir ese shopping en Brasil, en la ciudad de Salvador —dijo Brian.

Y yo escupí el sorbo de café que acababa de tomar.

¡No podía ser!

—¿Dijiste Salvador, Brain? ¿Estás seguro de que ese es el nombre de la ciudad en Brasil?

—Sí, señor, ¿la ha oído nombrar? —Nuestro jefe de instalaciones eléctricas se adelantó a responder—. Dicen que es una ciudad paradisíaca y que tiene a las mujeres más calientes del mundo. No veo la hora de viajar para allá y seguir la obra de cerca.

Mientras él hablaba, yo estaba en estado de shock. En mi cabeza empezó a rodar una película de diez años atrás, cuando viví en Brasil con mis padres. Mi padre era el presidente de la empresa y mi madre, la ingeniera principal. Ambos trabajaban en la construcción de una planta eléctrica en Salvador.

Yo era un blanquito rico, criado en un país helado, que no sabía una mierda sobre la vida. En resumen: un virgen idiota. Por eso me encantó desde el primer segundo la idea de mudarnos a ese paraíso tropical de playas hermosas y mujeres atractivas.

Había una playa en particular que era mi favorita. ¡Simplemente perfecta! Quedaba un poco alejada de la ciudad y tenía una arena blanca como azúcar, un mar azul turquesa al fondo y varias palmeras altísimas que se mecían con el viento. Todo en ese lugar era especial para mí.

Porque allí viví los mejores momentos de mi vida.

Y también los peores.

—¿Cuál es la siguiente pregunta, señor Quent? —Brian intentó continuar la reunión, pero yo ya había perdido el foco por completo.

Una ola de recuerdos reprimidos durante años me golpeó en pleno rostro como una ráfaga. Era como morir mil veces en cuestión de segundos.

—¿Señor Quent? —Rubi frunció el ceño mientras limpiaba con una servilleta el café que yo había salpicado sobre la mesa.

Seguí en silencio, y entonces todos empezaron a mirarme con preocupación. Nunca me habían visto así. Siempre fui el tipo de presidente que tomaba las riendas, que resolvía los peores problemas sin pestañear.

—Será mejor que paremos por ahora, el señor Quent no parece estar bien. Está pálido y sudando frío, mejor llamamos al médico de la empresa —dijo Brian, claramente alarmado. Además de contador durante décadas, era amigo cercano de mi abuelo.

—No, Brian —me obligué a hablar con firmeza—. Estoy bien. —Pero por dentro no lo estaba para nada—. Sigamos con la reunión. —Forcé una sonrisa. Necesitaba tomar el control antes de que notaran algo.

Yo era uno de los mejores CEOs de mi generación y no iba a permitir que el pasado interfiriera con mis negocios. Si un cliente quería que construyéramos algo en la puta Luna, lo haríamos. Y este shopping en Salvador iba a salir adelante sí o sí. Iba a ser la mejor obra de toda mi gestión.

—¿Está seguro, señor?

—Seguro, Rubi. Quiero saber si ya está todo listo con el terreno para arrancar la obra. Necesitamos comenzar cuanto antes.

Volví a tomar mi café como si nada mientras revisaba correos en la laptop.

Ser un hombre de poder también significa poder hacer mil cosas a la vez. Yo lo hacía incluso en casa, fuera del horario laboral.

—Las demoliciones empiezan la semana que viene, señor Quent. Pero tenemos un pequeño problema con una de las propiedades principales. —Brian se quitó los lentes y los apoyó en la mesa. Luego se frotó el entrecejo. Eso significaba que el problema no era tan pequeño como decía.

—¿Qué problema, Brian? —pregunté. Él se pasó los dedos por su cabello blanco, revuelto como copos de algodón.

—La dueña se niega a vender. Ahí funciona su restaurante, que por cierto es bastante conocido en la ciudad.

No vi el motivo de tanta preocupación.

—Págale lo que pida. Todo el mundo tiene un precio.

Si algo aprendí en esta vida es que la gente hace cualquier cosa por dinero. Incluso jura amor donde nunca hubo ni cariño.

—Ya lo hicimos, señor, pero la mujer está loca. Corrió a nuestros empleados del restaurante con una escoba y mandó un recado para usted.

Brian tosió como si se atragantara, su cara se volvió colorada.

—¿Qué recado?

Aparté los ojos de la pantalla y lo miré fijo.

—Que se meta toda su plata por el culo. Y que si vuelve a mandar a sus matones, nos va a recibir con una escopeta en la mano.

Se hizo un silencio mortal. Todos esperaban que estallara.

Pero en vez de eso, solté una carcajada. Hacía mucho que nadie tenía los huevos de desafiarme así. Aunque esa mujer no tenía idea de con quién se estaba metiendo.

Yo podía ser el mismo demonio si me lo proponía. Si no quería venderme su local, construiría el shopping arriba del restaurante. Con ella adentro.

—Entonces no me queda otra que ir a ver personalmente si esa señora tiene buena puntería, Brian. —Hice una broma, pero hablaba muy en serio.

—¿Señora? —El jefe de obra arqueó una ceja, malicioso—. Es señorita, jefe. Es joven, y si me permite decirlo… bellísima, con esas curvas que solo tienen las brasileñas.

—¿En serio, López?

—Sí, señor. Muy guapa. Pero está más loca que una cabra. Un poco más y mata a mis muchachos a escobazos.

—No te preocupes, López. Soy un experto en mujeres lindas y locas.

Todos se rieron.

—Como usted diga, jefe. Buena suerte. —Se persignó como si me estuviera bendiciendo. Era argentino y creía en esas cosas de santos protectores.

Seguimos con la reunión y cerramos casi todos los detalles para el arranque de la obra. Casi todos. Porque todavía tenía que encargarme de la mujer que se negaba a vender su propiedad. Pero no me preocupaba en lo más mínimo. Yo mismo me ocuparía del asunto cuando pusiera un pie en Brasil.

¡Mierda!

Iba a volver a Salvador, después de jurar que no volvería a pisar nunca más ese lugar. Estuve en Brasil otras veces desde que todo pasó, pero jamás me acerqué a Bahía. Cuando me fui de ahí, dejé el corazón enterrado en suelo bahiano. Por eso, desde entonces, me convertí en un hombre frío, completamente quebrado por la vida.

Siempre tuve todo: dinero, autos caros y una multitud de mujeres detrás de mí. Hubo una época en que me acostaba con una distinta cada día. Tenía un departamento en el centro de Nueva York solo para mis orgías. Aun así, no era feliz. Me sentía solo.

Siempre quise casarme y tener hijos, para que el linaje de los Quent no terminara conmigo, pero creía firmemente que esa mierda del "amor verdadero" no era para mí. Nunca sabía si las mujeres se interesaban por mí o por el peso que llevaba mi apellido, junto con una cuenta bancaria llena de ceros. La única vez que amé de verdad, estuve a punto de caer en una vieja estafa. Por suerte, abrí los ojos a tiempo.



Después de un día agotador, llegué a casa de noche. Me masajeé la nuca al bajar del auto. Había sido una jornada larga. Caminé por el sendero de piedras redondeadas que llevaba a la puerta principal y, desde lejos, noté que las luces estaban encendidas.

El caradura de Matthew seguía en mi casa, pero lo iba a echar a patadas. Apenas entré, tiré el maletín en el sofá y fui directo a buscar al imbécil, dispuesto a expulsarlo antes de que se instalara definitivamente.

Al pasar por la sala de juegos, escuché un ruido que venía de la cocina. Fui para allá con la furia acumulada en los puños.

—Tienes diez segundos para largarte de mi casa o llamo a la policía, Matthew. Esta vez no estoy bromeando —amenacé casi a los gritos.

—Buenas noches para ti también, hijo —me respondió, tranquilo, la voz de mi abuelo sentado a la mesa, tomando una taza de té.

Me sorprendí al ver al abuelo Arthur, vestido con su típico suéter de lino marrón que mi abuela le había tejido poco antes de morir. Yo tenía apenas diez años cuando la perdimos, y estaba completamente enamorado de ella. Tenía la sonrisa más dulce del mundo y siempre me llenaba de comida.

—Buenas noches, abuelo… ¿por qué no avisaste que vendrías? Habría llegado antes para tomar un té contigo. —Me incliné para abrazarlo.

—No seas tonto, Oliver. Puedo venir a la casa de mi nieto querido cuando me plazca —bromeó—. Además, no estaba solo. Matthew se fue hace menos de diez minutos. Es un buen muchacho, tienes suerte de tenerlo como amigo.

—Matt no es mi amigo. Es un metido. Si lo dejo, pasa más tiempo acá que en su propia casa —bufé.

Me apoyé contra la barra con los brazos cruzados, esperando el sermón. El abuelo Arthur no había subido toda la montaña hasta mi casa solo para tomar el té.

—Siéntate, hijo, pareces cansado. El abuelo va a prepararte un té también. —Puso más agua a calentar. Siempre fue muy atento conmigo, y después de la muerte de mis padres se volvió aún más protector, hasta rozar lo paranoico.

A pesar de todo, lo admiraba profundamente. Ese hombre fundó Quent desde cero. Venía de una familia adinerada, pero quiso construir su propio imperio sin depender de nadie. En eso nos parecíamos mucho. Me gusta abrir mi propio camino.

Cuando mis padres murieron en un accidente automovilístico en Brasil, el abuelo fue a buscarme. Recuerdo cómo lloró durante todo el vuelo de regreso a Nueva York. Solo quedábamos él y yo.

—Gracias, abuelo. Pero ahora cuéntame… ¿quién te llamó esta vez? ¿Rubi o Brian? —Arrastré una silla y me senté.

—Fue Rubi. Me dijo que no parecías estar bien durante una reunión esta mañana. —Me entregó la taza de té verde.

No suelo tomar nada que tenga menos de cincuenta por ciento de alcohol, pero por él hacía lo que fuera.

—Solo fue un lapsus, nada grave. Estuve un mes fuera después de pasar años trabajando como un condenado. Es normal tardar un poco en volver al ritmo de la empresa —fui sincero… en parte.

—Puede ser, hijo, pero creo que deberías hacerte unos análisis con el médico de la familia, solo para asegurarnos de que todo está bien. Además, has estado bebiendo mucho últimamente.

—Mentira, abuelo, hace siglos que no pruebo una gota de alcohol —mentí descaradamente. Mi almuerzo había sido tres tragos de whisky y dos de vodka.

Y sobre la merienda… mejor ni hablar.

—Vas a hacerte esos análisis, Oliver. No es una sugerencia. Es una orden. Y otra cosa: quiero que canceles ese proyecto en Brasil. Esa maldita ciudad solo trajo desgracias a nuestra familia. Primero perdimos a tus padres en ese accidente, y luego…

Hizo una pausa, carraspeó fuerte y siguió con su discurso de siempre. Respiré hondo y puse los ojos en blanco. Lo había escuchado ya un millón de veces.

—Casi te pierdo a ti también por culpa de esa… —Le lancé una mirada que lo hizo callar antes de que dijera lo que no debía—. En fin, tú sabes mejor que yo por qué lo digo. Por eso juré que nuestra empresa jamás volvería a construir nada en Salvador. —Se limpió una lágrima que corría por su rostro envejecido. El abuelo ya tenía más de setenta, pero parecía de sesenta o menos.

—Ya pasaron diez años, abuelo. Ni me acuerdo de eso. No podemos cancelar un proyecto de semejante magnitud solo por el lugar donde se va a construir. La competencia lo usaría en nuestra contra y diría que ya no somos capaces de asumir grandes obras. Eso arruinaría nuestra reputación. Quent jamás rechazó un contrato, y no vamos a empezar ahora. Vamos hasta el final.

—Me importa un carajo la competencia. ¡Matthew no debió firmar un contrato tan grande sin hablar contigo o conmigo antes!

—Claro que podía, abuelo. Mientras yo no estaba, Matthew era el presidente de la empresa, y actuó muy bien al aprovechar esa oportunidad. En su lugar, habría hecho lo mismo. No lo culpes por no saber toda la mierda que pasó en Salvador por mi culpa. Ya es hora de que lo superes. Yo ya lo hice hace tiempo. —Desvié la mirada hacia la ventana y me perdí en la oscuridad. Hablar de esa época siempre me ponía los nervios de punta.

La verdad es que no había superado una mierda. La herida seguía abierta y dolía todavía más cuando alguien tocaba el tema. Aflojé el nudo de la corbata, sentía que me ahogaba. Todavía tenía pesadillas con mi vida en Salvador casi todas las noches. Y cuando

estaba despierto, tenía que vigilarme constantemente para enterrar esos recuerdos. No los malos. Porque esos me recordaban por qué nunca más debía confiar en nadie.

Pero eran precisamente los buenos recuerdos los peligrosos y traicioneros. Porque son esos los que te hacen desear volver a tener cosas que nunca debieron cruzarse en tu camino. Porque desde la primera mirada, todo no fue más que un juego perdido.

—¿Ah, ya lo superaste? Entonces, ¿por qué tuviste un ataque de pánico apenas escuchaste el nombre de esa ciudad durante la reunión de hoy? —Me lo lanzó a la cara como un puñetazo certero.

—Eso fue solo un lapsus de memoria, ¡carajo! Ya lo dije. —Sostuve la misma excusa de mierda, pero con más énfasis en la voz.

—Ambos sabemos que eso es mentira. Por eso mismo no puedo permitir que vuelvas a Salvador, nunca más. Así que vamos a cancelar ese contrato del proyecto en Brasil y punto final. —Golpeó la mesa con la mano, con los ojos azules clavados en los míos. Sabía que mi abuelo odiaba Brasil, solo no imaginaba que fuera para tanto.

—Pero el presidente de la empresa ahora soy yo, ¿recuerdas? Me cediste el cargo cuando decidiste retirarte —le solté con ironía, y él torció la cara—. Así que te estoy afirmando que sí vamos a trabajar en ese proyecto, y me voy a encargar personalmente de supervisarlo. Montaré una filial de nuestra oficina en Salvador y me llevaré a todo el equipo principal conmigo —di el veredicto.

—Muy bien, Oliver Quent. Si vas a Brasil, entonces yo también voy. De ninguna manera voy a dejar que esa ciudad maldita me quite a otro ser querido.

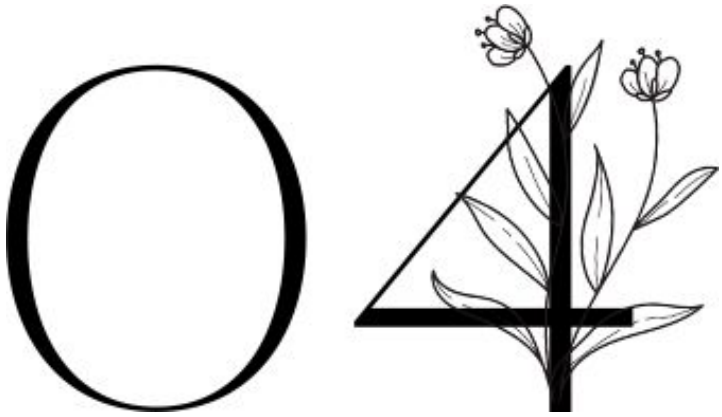
—¿Hablas en serio, señor Arthur? Ya soy un hombre, y sé cuidarme solo. No tienes que seguir vigilándome las veinticuatro horas del día.

—No entiendes mi preocupación, Oliver. —Negó con la cabeza, luciendo agotado.

—La entiendo perfectamente. Te preocupa que pueda encontrarme con esa mujer y todo vuelva a repetirse. Pero puedes quedarte tranquilo con eso. Seguro ya no vive más en Bahía. Y aunque siga ahí, la gente de su calaña no frecuenta los mismos lugares que nosotros. Así que las probabilidades de que tu nieto se

cruce con esa estafadora son prácticamente nulas —aseguré con firmeza.

El problema era que, cuando algo está predestinado a pasar, no importa cuánto lo esquives. Porque tarde o temprano, el destino se encarga de arruinarte la vida, cierra todos los hilos sueltos y saca a la luz todas las verdades ocultas.



Alabá

Solo una cerveza, Alabá.

Eso fue lo que le prometí a Vanessa cuando me convenció de ir a una roda de batucada en un bar nuevo que habían inaugurado el domingo, único día de la semana en que me tomaba un descanso, y que solía pasar pegadita a mi hijo viendo televisión y comiendo todo lo que había en la heladera. Pero en lugar de eso, ahí estaba yo, recostada sobre la maldita barra helada, ya en la quinta cerveza y esperando la sexta. Nunca fui buena para el alcohol y, sinceramente, hacía por lo menos media hora que había perdido el control de mis piernas.

—¡Mira ese tipo, qué delicia, amiga! —Vanessa lanzó su melena rubia y lacia, que le llegaba hasta la cadera, hacia un lado y se acomodó las tetas de tal forma que esos dos montes enormes casi se le salen del generoso escote.

La Vane se vestía toda formal en el trabajo, pero cuando salía a divertirse no dejaba títere con cabeza. Esa noche se puso un vestidito azul claro súper corto y sexy, con tirantes finos, que le quedaba como una segunda piel de tan ajustado. Se calzó unos tacos aguja color rojo intenso que, si yo llegara a usar algo así, terminaría con fractura expuesta en el primer paso, sin ninguna duda.

—Está lindo, sí, Vanessa, pero no es mi tipo. No me van los musculosos adictos al gimnasio. —Puse cara de asco.

El tipo era un moreno con piel del color del pecado, pero ni cosquillas le hacía a mi vulva.

—Pues a mí me encantan, y esta noche le voy a dar bien rico al de la campera de jean, mi amor. —Sacó el labial cereza de su carterita cruzada y se retocó frente al espejo que cubría el fondo del bar. Ahora sí, estaba lista para el ataque.

—Mmm, rubia... Dale con todo, ¡adelante, nena! —Choqué mi mano con la suya.

Ojalá tuviera al menos la mitad del entusiasmo sexual de Vanessa, no me sorprendería si allá abajo ya había telarañas. Igual, eso nunca fue un problema para mí. Después de tanto tiempo sin sexo, una termina por acostumbrarse.

—Pero antes... ¿bailamos, amiga? Amo esta canción de Margareth Menezes. Qué bueno que ya se viene el carnaval, quiero perderme en la avenida. —Prácticamente me arrancó del banquito. Yo me habría quedado el resto de la noche ahí sin quejarme ni un poquito.

Pero en carnaval, nena, no había quien me frenara. Cada año desfilaba sí o sí con mi escuela de samba del corazón.

—Dame un minuto, Vane —El barman por fin apareció con la sexta cerveza, que me bajé de un trago. Le devolví la botella vacía mientras todo a mi alrededor se ponía borroso, pero no importaba.

—Prepara la séptima ronda, amigo, que nos vamos un toque a saltar como palomitas al ritmo de la diosa Margareth, y volvemos en un minuto. —Mi sonrisa para el barman no podía ser más borracha, y el tono arrastrado de mi voz daba más lástima que gracia.

—Hecho, morena linda. —Me guiñó el ojo y me sentí la última Coca del desierto.

Era ese negrazo con perita que te quitaba el aire, alto y malditamente atractivo con esa camiseta blanca que le quedaba pintada.

—¡Apúrate, amiga, que se termina la canción! —Vanessa me tiró del pelo hasta llevarme a la pista de baile.

Nos metimos entre la multitud y nos desatamos, en sentido figurado, que era justo lo que necesitaba. Llevaba tanto tiempo metida en el restaurante que ya ni recordaba cuándo fue la última vez que salí a divertirme con amigas, a empinar el codo y volverme loca en la pista. Si soy honesta, no lo hacía desde mi adolescencia, cuando mi mayor preocupación era no ser atrapada por la hermana Antonia durante mis escapadas nocturnas con Paulo.

Ay, mi querido amigo... cuánto lo extrañaba.

—Ay, amiga, el bombón que me gustó y su amigo vienen para acá, así que disimula. —Vanessa me dio un codazo, tratando de hacerse la discreta, pero con el nivel de alcohol que teníamos encima, solo le faltó relinchar como yegua en celo frente a los tipos.

Mi amiga sabía cómo lucirse para un hombre sin caer en lo vulgar. Se acomodó el flequillo y bajó hasta el piso con un perreo intenso. Una guiñada de ojo y Vanessa ya estaba besándose con su presa, mientras el amigo de él se acercó para tirarme onda, pero ni lo registré. Yo estaba en la mía, disfrutando mi viaje. Solo quería soltar la adrenalina que el alcohol hervía en mi sangre y liberarla al ritmo de la música. Levanté los brazos y moví el cuerpo de lado a lado, sexualmente hipnotizada por una euforia que jamás había sentido.

Fue entonces cuando lo vi…

¡Mi mundo se vino abajo!

—¡No puede ser! —Me quedé paralizada.

Todo ocurrió muy rápido, casi en cámara lenta entre los destellos de luces de colores. Mis ojos siguieron la espalda ancha de un hombre alto y corpulento vestido completamente de negro. Su cabello rubio, mojado, rozaba el cuello de su chaqueta de cuero. Parecía que acababa de llegar al club. Por un segundo pensé que podría ser una alucinación mía… pero no.

Era él.

Estaba segura.

Podría pasar una eternidad y aun así reconocería a ese maldito rubio en cualquier parte. Como si nuestras almas estuvieran atadas por una fuerza mayor, y no precisamente una buena.

—¡Mírame, Alabá, respira! Estás pálida, parece como si hubieras visto un fantasma. —Vanessa me sacudió por los hombros intentando traerme de vuelta al mundo real, porque en ese momento yo ya me había ido a otra dimensión.

Al pasado.

—Perdón, amiga, tengo que irme ya. ¡Diviértete! —Me despedí de mi amiga y su acompañante, y salí desorientada entre la multitud. No me había dado cuenta de lo lleno que estaba el lugar hasta que quise salir de ahí a toda costa.

Como sabía que iba a estar bastante pasada cuando volviera, dejé el auto en la cochera y fuimos en Uber con Vanessa. Así que le mandé mensaje al mismo chofer para que viniera a buscarme. Cuando llegué a casa, me saqué los zapatos apenas crucé la puerta, colgué el abrigo en cualquier lado y me fui quitando los aros dorados de argolla mientras seguía el sonido de la tele encendida en la sala.

Encontré a Alex y a Eliot dormidos en el sillón, entre un montón de piezas de Lego que quedaron del castillo que habían armado sobre la alfombra, cerca del estante. Se notaba que habían tenido una noche muy divertida de chicos.

Cuando Alex supo que saldría a tomar algo con Vanessa, se ofreció gentilmente a cuidar de mi hijo. Me dijo que no hacía falta llamar a la niñera. Por supuesto que me negué, pero el testarudo insistió. Me pareció un gesto muy dulce de su parte. El cariño que sentía por Eliot era hermoso.

—Vamos a la cama, mi amor. —Lo tomé en brazos y lo llevé a su cuarto. Mi bebé ya se había vuelto todo un hombrecito y yo ni me había dado cuenta.

Lo acosté en la cama y lo tapé con su edredón favorito de Star Wars. Esa cosita fea dormía todo hecho un bollito a los pies de la cama.

—Puedes dormir acá con Eliot, bichito... pero solo por hoy. —Le acaricié el pelaje sedoso al gato. Mi hijo gastaba la mitad de mi champú carísimo cada vez que le daba un baño a esa bola de pelos, pero al menos usaba mascarilla, guantes y gafas, tal como le indiqué, por su alergia.

Apagué la luz y dejé a mis dos amores durmiendo. Fui a mi cuarto, agarré una manta del ropero y volví a la sala para cubrir a Alex en el sillón. No tuve valor para despertarlo y mandarlo a su casa. Había sido una semana intensa de trabajo y la que venía no pintaba más tranquila. Por suerte, el movimiento seguía creciendo. Gracias a Dios.

Así que fui a darme una ducha e intentar dormir, necesitaba recuperarme de esa resaca asesina.

Arrastré los pies hasta mi habitación, me desvestí y me metí bajo la ducha. Me senté en el suelo del baño mientras el agua caía sobre mi cara. Cerré los ojos, y al instante la imagen de ese hombre en el bar volvió a mi mente.

Solo estabas borracha y pensaste que viste algo que no era real.

Eso es todo, Alabá. Tranquila.

Me lo repetí varias veces, tratando de convencerme, y salí del baño envuelta en la toalla. Me puse mi camisón blanco de encaje y caí rendida en la cama. En cuestión de minutos me quedé dormida. Al otro día sería un nuevo comienzo y todo volvería a la rutina habitual.



—¡Despiertaaaaaa, mami! —Abrí los ojos soñolienta y vi a mi pequeño dando saltos enormes sobre mi cama. Nunca entendía cómo esa criaturita podía despertarse con tanta energía cada mañana.

Eliot era el tipo de niño que prefería los libros a los videojuegos. Si lo dejaba, se pasaba la noche leyendo, y se ponía eufórico cada vez que le regalaban un libro, para en su cumpleaños o incluso en Navidad. Creo que ese amor por la lectura lo heredó desde antes de nacer. Solía leerle Harry Potter mientras acariciaba mi panza.

—Buenos días, mi amor, ven a darme un abracito. —Abrí los brazos, y él se lanzó dentro de ellos como si se tirara a una piscina de verdad. Enredé mi dedo en uno de sus rizos apretados y me puse a jugar con él.

—Miauuuuuu. —La cosita fea apareció en la puerta con las orejas bien erguidas y luciendo muy elegante con su nuevo moño azul. Le habían regalado toda una colección de ropitas en el restaurante.

En apenas un mes, ese gato se había convertido en el preferido de todos. Eliot estaba radiante con la mascota que tanto soñaba tener y a la que llamó "Mascota".

—Creo que Mascota también quiere un abracito de su mami, ¿verdad, amiguito? —Eliot agarró la bola de pelos y me la encajó en la cara.

—Buenos días para ti también, cosita fea. —Froté mi nariz con su hocico húmedo, que era del tamaño de la yema de mi dedo. La verdad, ese pequeño ya se había convertido en mi hijo menor.

Ahora éramos una familia de tres.

—¿Puedo llevarme a Mascota a la escuela, mamá? Porfaaa. —Juntó sus manitas como si estuviera rezando.

—Ni loco, jovencito. Ahora ve a bañarte. —Le hice cosquillas.

—Está bien, mami, ya voy.

Después de que Eliot se fue a bañar, me senté en la cama con un bostezo largo. Tenía el pelo hecho un desastre, los rizos alborotados me cubrían la cara como si fuera una mujer de las cavernas.

—¡Mierda! Me olvidé de Alexander durmiendo en el sofá. —Salté de la cama y salí corriendo hasta la sala.

Pero lo único que encontré fue la manta que le había dado, doblada sobre el sofá junto a una nota de buenos días. Se había despertado temprano y se había ido. Cuando lo viera en el restaurante, tenía que agradecerle por ser tan especial en la vida de Eliot y en la mía. Cada día confiaba más en él. Tal vez no todos los hombres fueran iguales.

Fui al baño a ayudar a mi hijo con el baño, aunque él dijera que ya era demasiado grande para eso. Pero yo ni caso le hacía. No importaba cuánto creciera, siempre sería mi bebito. Me gustaba verlo jugar con sus muñequitos de plástico en la bañera, entre montones de espuma.

Todo iba como cualquier mañana, hasta que Eliot soltó una pregunta inesperada.

—¿Cómo era mi papá, mami? —lo dijo así, sin anestesia, mientras se peinaba sus ricitos, y mis ojos casi se me salen de las órbitas.

Eliot nunca me había preguntado nada sobre ese imbécil. No sabía ni el nombre. Incluso yo había intentado hablar del tema varias veces, pero a él nunca le interesaba. Siempre se mostraba indiferente.

—Un tipo normal, hijo. ¿Por qué te dio por preguntarme eso ahora? —Le sujeté la carita mojada con ambas manos y miré dentro de esos ojitos oscuros. Había tanta confusión y curiosidad.

La verdad es que quería gritarle que su padre era un cobarde de mierda que no valía ni una moneda falsa y me abandonó en cuanto le conté que estaba embarazada, sin un peso y sin nadie. Pero eso sería demasiado cruel de mi parte. Así que, como toda buena madre, tragué mi rabia y traté de entender qué pasaba por su cabecita inocente.

—Soñé con mi papá anoche, pero no podía verle la cara, estaba borrosa, como si estuviera debajo del agua, ¿sabes? Pero sí vi el color del pelo, era rubio, como el de la tía Vanessa —explicó con total inocencia.

—¿Y cómo sabías que ese hombre en tu sueño era tu papá, hijo? —Mi voz tembló.

—Porque él me lo dijo, ¡claro! —Se encogió de hombros.

Me recorrió un escalofrío. ¿Cómo podía haber soñado con alguien que nunca había visto? Cuando el papá de Eliot se fue, yo apenas tenía dos meses de embarazo.

—¿Te hace falta la presencia de un hombre en casa, hijo? —pregunté con miedo.

—No, mami, con mi presencia masculina ya alcanza —lo dijo tan serio que solté una carcajada enorme.

¡Esa estuvo buena, hijo!

—No, Eliot, mamá quiso decir… si te gustaría tener un papá.

—Tampoco, mami. Soy feliz solo contigo. —Se encogió de hombros y volvió a jugar concentrado con su muñeco del Hombre

Araña.

Yo era suficiente para mi hijo. ¡Qué alegría! Todo mi esfuerzo había valido la pena.

—Qué bueno saber eso, mi amor. —Sonreí toda emocionada.

Me levanté y agarré la toalla con ositos colgada detrás de la puerta, se la di para que saliera de la bañera. Después de eso, nada ni nadie podría arruinarme el día.

—Pero si te quieres casar con el tío Alex, yo te doy permiso. Creo que sería un papá genial. —Me dio su bendición y me conmovió.

Alexander era un hombre increíble, me conocía muy bien y podía hacerme feliz sin esfuerzo. Amaba a mi hijo, y mi hijo lo amaba. ¿Qué más estaba esperando yo? Tal vez solo necesitaba dejar de tener miedo y darle una oportunidad a lo nuestro.

—Está bien, señorito, pero ahora ponte el uniforme que voy a preparar el desayuno. —Le toqué la punta de la nariz y me fui a la cocina.

El típico desayuno bahiano es una verdadera comida completa para arrancar el día con energía. Uno de los infaltables es el biju, una especie de tortita hecha al momento con masa de yuca y rellena de carne seca. Eliot la amaba, así que se la preparaba casi todos los días, igual que la canjica de maíz y otras delicias más. Solíamos desayunar juntos en la barra de mármol de la cocina y reírnos como locos con nuestras conversaciones sin sentido, como por ejemplo, quién había nacido primero, ¿el huevo o la gallina?

Todo el tiempo que compartíamos era así: simple, pero lleno de magia.

—Que tengas una hermosa clase, mi amor. Nos vemos a la tarde en el restaurante. —Le dejé la camisa del uniforme en la puerta de casa. Como la escuela de Eliot quedaba cerca, iba y venía en bici. No tardaba ni cinco minutos.

—¡Listo, mamá, te amo! —Se acomodó en la bici con una mano y con la otra me abrazó por la cintura.

—Yo también te amo, mi vida. —Le tiré un beso y lo observé hasta que desapareció al final de la calle. No solía hacer eso, pero

nuestra zona se estaba poniendo peligrosa para que un niño anduviera solo en bici.

Desde hacía dos semanas, las máquinas de esa empresa extranjera habían empezado a llegar para demoler casas, y estaban haciendo un caos tremendo. Montones de escombros por todos lados. Sin contar a los cientos de obreros con pinta de mafiosos que me rodeaban porque los había echado a escobazos de mi restaurante. Por eso dormía con todas las puertas y ventanas cerradas con llave. No confiaba en esa gente.

Volví a casa y me alisté para bajar al trabajo. La ventaja de vivir encima del restaurante era que nunca llegaba tarde, y al final del día solo tenía que subir las escaleras para estar en casa.

—¿Dónde carajo está la gente de esta cocina? —Agarré la cuchara de hierro y golpeé el fondo de la olla haciendo un escándalo, era la única forma de que me escucharan a las siete de la mañana.

—¡Para con eso, mujer! Tengo una resaca del demonio. —Vanessa entró con gafas oscuras y un vaso de café extra fuerte en la mano, con cara de que había dormido poco y tenido mucho sexo.

¡Suerte la de ella! No todas tenemos la misma dicha.

—¿Con resaca o molida por la paliza de pito que te dieron anoche, zorra? —Le toqué la punta de una teta.

—Ni te imaginás, amiga. El tipo la tenía del tamaño de mi dedo meñique. —Infló las narices y giró los ojos al mismo tiempo. En su lugar, yo también estaría decepcionada.

¿Un hombre de ese tamaño lleno de músculos con una porquería de verga? Por favor...

—¿Del tamaño de tu dedo meñique? Estás bromeando, ¿no? —Abrí los ojos como platos.

—Cuando estaba dura, sí, amiga... porque floja parecía una lombricita desmayada. —Puso una cara tan graciosa que no aguanté y solté una carcajada.

—¡La puta madre, Vanessa! Al menos se lució con los preliminares, ¿no?

—Más o menos. —Se encogió de hombros, toda desganada, no parecía la mujer encendida que yo conocía.

—¿Tan mal estuvo la cosa? ¡Cuéntamelo todo!

—Mira, Alabá, cuando llegamos a la casa del tipo, se tiró en la cama y me llamó para acompañarlo. Charlamos un poco, empezamos a besarnos... El beso estaba bien, pero tampoco era una locura. Entonces apagué la luz, él se sacó la ropa, yo también, y justo cuando pensé que íbamos a estar, va y suelta:

"¿Vamos a tener sexo en la primera cita?"

—No me digas que dijo eso. Qué idiota. —Intenté contenerme, pero me moría de la risa.

—¡Ni me lo digas, amiga! Me dejó sin reacción. Yo ya estaba desnuda, loca de ganas de que me dieran, ¡y el muy bastardo me sale con eso! —Puso las manos en la cintura, indignada.

—Tenía vergüenza de su pitito, amiga, no fue por ti. —La abracé para consolarla.

—Lo sé, mujer, pero igual me arruinó la noche. Tú sabes cómo soy... a mí lo que me gusta es una buena verga, grande y gruesa, que me la meta con fuerza hasta el fondo. —Se abanicó la cara, bien zorra.

—¡Qué zorra, por Dios! —Nos reímos las dos.

—Buenos días, chicas. ¿Quién es el rubio buenazo que está en el salón? Tiene toda la pinta de gringo. —Bruno entró con la cara toda arrugada de sueño, despertarse temprano era su tortura diaria.

—Debe ser otro matón mandado por el dueño de la constructora. ¡Ya era hora! —Fui a la despensa a buscar algo que había dejado escondido ahí para este tipo de situación: una escopeta vieja que compré en una venta de garage.

Seguro que no funcionaba desde hace años, pero el idiota que viniera a querer sacarme el restaurante no tenía por qué saberlo.

—¿Y qué vas a hacer con eso, jefa? —Bruno intentó detenerme cuando pasé por la cocina, decidida a hacer una locura. Cuando estaba lista para la pelea, nadie me frenaba.

—Salvar nuestros trabajos, tarado, así que cállate. —Vanessa le dio un coscorrón.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? ¡Dale, jefa, derriba a ese maldito imbécil!

—No te preocupes, Bruno. Pero el que va a necesitar suerte es él. —Me fui con confianza.

Como todavía no habíamos abierto el restaurante, el salón estaba oscuro y no se veía nada. Pero aún entre sombras alcancé a distinguir la silueta viril del tipo. Tenía las manos en los bolsillos del pantalón y se plantaba con una postura altiva, la cabeza en alto y los hombros bien rectos, como diciendo:

"Soy el maldito jefe. No te me acerques o va a haber consecuencias."

Ay, mamá... Tenía que admitirlo: me intrigaba su presencia. Era altísimo y muy masculino, pero no dejé que eso me intimidara. Igual que David frente al gigante Goliat.

—Si fuera tú, me iría de mi restaurante ahora mismo o te reviento todo, amigo. —Desbloqueé la escopeta sintiéndome poderosa. Lo había visto en una película y siempre quise hacer algo así.

Aunque en realidad no tenía ni la más puta idea de lo que estaba haciendo. Nunca fui fan de las armas; en las manos equivocadas, son un desastre.

—Así que de verdad tienes una escopeta, señorita. —Se rascó el mentón con burla—. Debo admitir que estoy impresionado —dijo en un español perfecto, aunque el acento gringo se le notaba en cada palabra.

—¡Te estoy avisando, hermano! Si no te vas ya, te voy a meter esta escopeta en el culo con tanta fuerza que te va a salir por la boca. —Mi tono fue bien agresivo, pero en lugar de salir corriendo, el muy cabrón largó una carcajada que retumbó por todo el salón.

Se acercó despacio como una víbora venenosa lista para atacar. Y cuanto más se acercaba, más alto se veía. Debía sacarme por lo menos treinta centímetros. Podía destruirme con un chasquido de dedos si quería. Me dio miedo, lo admito. Pero no retrocedí.

Alabá Monteiro no se rinde jamás.

—Vine a comprar tu local, señora, y no pienso irme hasta que sea mío, con todo lo que hay dentro. —Se plantó frente a mí. Su voz grave me dejó las piernas hechas gelatina.

Un rayo de luz se colaba por la cortina e iluminaba parcialmente su cara. Solo podía ver la comisura de su boca, elevada en una sonrisa arrogante, pero atractiva como las trampas del diablo. Tuve que hacer fuerza para no rendirme ante ese perfume amargo que me envolvió como un puñetazo. Increíble cómo alguien podía oler así de bien.

—Estoy loca y tengo un arma, querido. Así que lárgate o te vuelo la cabeza. —Levanté la punta de la escopeta y se la metí debajo del mentón hasta hundirla en la piel, pero el desgraciado ni se inmutó.

—Entonces, ¿por qué no disparas de una vez, nena? No le tengo miedo a la muerte. Y mucho menos a ti —susurró.

¡Qué bronca! Si esa porquería vieja funcionara de verdad, le metía un tiro sin pensarlo dos veces. Pero bueno, si no podía usar la escopeta como quería, le iba a dar con ella en la cabeza hasta dejarlo tirado en el suelo de mi restaurante con el cráneo partido. Después me encargaría de limpiar el enchastre.

—¿¡Pero qué carajo está pasando acá!? —Alexander entró al restaurante como todas las mañanas y abrió la puerta del salón, dejando que la luz inundara todo.

Entonces pude ver el rostro del hombre al que estaba a punto de mandar al otro mundo.

—¿Tú?…

—¿Tú?…

Los dos lo dijimos al mismo tiempo, sin poder apartar la mirada. No lo podía creer. Nuestros caminos se volvían a cruzar después de diez malditos años.

—¡Esto tiene que ser una puta pesadilla! —Soltó con furia, sus ojos color pistacho ardían como dos llamas abrasadoras.

Los míos parecían estar atrapados en un diluvio sin fin. Por más que intentara contener las lágrimas, no podía. Aquel desgraciado seguía siendo hermoso. Un rubio de esos que dejan sin aliento a cualquier mujer. Llevaba el pelo corto, en un tono más claro del que recordaba, y sus hermosos ojos castaños tirando a verdes ahora tenían una mirada madura, intensa y segura de sí, que, combinada con su mandíbula cuadrada, resultaba casi ilegal de tan perfecta.

Pero lo que más me impactó fue su físico envidiable. ¿De dónde carajo habían salido tantos músculos? Incluso debajo de ese traje negro de tela cara, era evidente que su cuerpo había cambiado radicalmente. Ya no era el flacucho que un día conocí, ese chico soñador completamente enamorado de la vida.

El hombre que tenía delante era otra cosa. Imponente, sí. Pero frío, con una expresión de odio hacia todo y todos. Especialmente hacia sí mismo. Alguien capaz de hacer cualquier atrocidad para conseguir lo que quería, sin importarle a quién se llevara por delante.

—¿Cómo tienes el descaro de volver a Salvador después de todo lo que hiciste, Oliver? —Lo confronté con el corazón sangrando, a ese hombre que me abandonó cuando más lo necesitaba, que me usó hasta el último segundo y después me tiró como si no valiera nada, aun sabiendo que estaba embarazada.

El dolor era como un agujero profundo donde antes estaba mi corazón, y dentro solo cabían la rabia y la tristeza. Nada más.

Oliver había vuelto decidido a destruirlo todo una vez más. Pero yo me iba a encargar de hundirlo antes de que volviera a hacerme daño. Ese restaurante iba a ser suyo solo por encima de mi cadáver.



Alabá

Antes
Año 2000

—Apúrate, criatura, salta de una vez antes de que aparezca la hermana Antonia, se escandalice con nosotras y nos deje castigadas para siempre —susurré mientras vigilaba la puerta. Cada vez que queríamos salir, era toda una aventura.

En el orfanato solo nos dejaban ir de la escuela a casa y a misa los domingos, nada más. Pero después de pasar toda mi vida encerrada en ese lugar que parecía más un reformatorio, aprendí a hacer mis propias reglas e ir adonde quisiera, cuando quisiera. Era un pecado imperdonable vivir en un paraíso como Salvador y estar obligada a pasar los días encerrada con esas monjas que, en su mayoría, parecían más devotas del diablo que de Dios. Nos trataban como perros sarnosos, como si no mereciéramos ni un poco de afecto.

—Apúrate, mujer, creo que escuché un ruido. —Paulo, mi mejor amigo en el orfanato, sonrió con esa cara de chico travieso que siempre se mete en líos, y yo siempre estaba metida con él en el problema.

En realidad, Paulo no era solo mi mejor amigo. Ese moreno color canela era mi compañero de crimen. Llegó al orfanato cuando yo tenía cinco años y desde entonces no nos separamos más. Amaba a

ese tonto como a un hermano; era lo más parecido a una familia que tuve en la vida.

—Ya voy, hombre de Dios, ¡qué desesperación la tuya! —me quejé molesta—. Pero da la vuelta, que llevo una minifalda. —Resopló un poco, pero obedeció.

Salté el muro con la agilidad de quien ya había hecho eso cientos de veces solo en ese año. Salimos corriendo los dos en medio de la noche, riéndonos como dos locos recién escapados del manicomio. Paulo me había invitado a una fiesta en la casa de un amigo de un conocido suyo al que yo en la vida había visto, pero daba igual, solo quería emborracharme gratis y divertirme.

Rebeldía debería ser nuestro segundo nombre. Con apenas diecisiete años, y aunque no tuviéramos un peso, no nos perdíamos ni una sola fiesta juvenil en Salvador. Éramos conocidos en el barrio, así que siempre nos invitaban a las fiestas más cool. Eso sí, solo tomábamos alcohol y fumábamos cigarrillos de tabaco. Paulo y yo hicimos la promesa de nunca probar drogas ilegales. Éramos extremos, pero no tanto.

—¿Habrá comida allá? Estoy muerto de hambre. —Paulo se llevó las manos al estómago, como siempre. Solo pensaba en comer.

Pero nunca lo juzgué por eso. Cuando Paulo llegó al orfanato, escuché a la asistente social explicarle a las monjas que él comía sin parar y escondía comida siempre que podía porque en su casa lo golpeaban todo el tiempo. Sus padres lo encerraban en un armario oscuro bajo la escalera durante días. Fue gracias a una denuncia anónima que lo encontraron casi muerto. Estaba desnutrido, apenas podía mantener los ojos abiertos, ni hablar.

Lo llevaron al hospital y, cuando le dieron el alta, lo dejaron aquí, en el orfanato. Para él, por muy malo que fuera, ese era el mejor de los mundos. Porque las monjas podían ser crueles, pero al menos podía comer cuando quisiera y nos teníamos el uno al otro, y eso para él era suficiente para ser feliz.

—Comida no sé, Paulo, pero alcohol seguro. Y eso es lo que importa, mi querido. —Le pasé el brazo por los hombros.

—Habla por ti, ¿sí? Porque si en una fiesta no hay comida, yo ni me molesto en ir.

—¿Y crees que no sé eso, idiota? —Me reí, y él también.

Caminamos abrazados hasta el lugar indicado, charlando de cualquier tontería y riendo hasta que nos dolía la panza. Éramos esos amigos que se divertían yendo a la fiesta... en la fiesta... y volviendo de la fiesta, ya borrachos y todos desarreglados.

—¡Mierda! —Me quedé boquiabierta al llegar frente a la casa de la playa donde vivía el amigo del conocido de Paulo. Nunca en mi vida había estado en un lugar tan lujoso.

Era de dos pisos, hecha completamente de madera oscura y sólida, con ventanas enormes de vidrio transparente, una piscina gigante atrás y, al frente, un jardín hermoso decorado con una fuente en forma de estatua de ángel que echaba agua por sus partes íntimas. Me pareció rarísimo, pero debía ser cosa de ricos.

Desde adentro salían luces de colores del show del DJ que estaba reventando con un axé buenísimo. La fiesta estaba a full.

—Vamos a enloquecer, amiga. —Chocamos los traseros.

No tuvimos ningún problema para entrar, de hecho, nos recibieron muy bien, gente que no habíamos visto en la vida. Éramos buenos para conectar con las personas, nos salía natural. Como de costumbre, Paulo se quedó pegado a la mesa de bocaditos y yo me instalé en la de bebidas. El alcohol era lo único que me hacía olvidar la mierda de vida que tenía en el orfanato. Como era una de las internas más grandes, tenía que ayudar a limpiar ese mausoleo de punta a punta y además cocinar para más de veinte niños todos los días. Pero no me molestaba. Amaba a cada uno de esos pequeños monstruos, eran como mis hermanos.

Sin saberlo, el padre Juan me entrenó muy bien antes de morir para que yo pudiera ser su sucesora en la cocina. Siempre decía que tenía un don natural con las ollas, que podía preparar cualquier plato dulce o salado sin mirar la receta más de una vez. Y no solo él me alentaba. Ya había perdido la cuenta de las veces que Paulo me taladró la cabeza diciéndome que tenía que estudiar gastronomía para ser una gran chef y abrir mi propio restaurante, así él podría comer rico y gratis todos los días. Siempre me reía en su cara cuando decía eso.

¿Yo, chef? ¡Ni soñando!

No tenía plata ni para comprar una olla nueva, imagínate estudiar cocina y abrir un restaurante.

—Mira, ese es el chico nuevo en la ciudad. Además de estar buenísimo, dicen que es americano y que su familia es muy adinerada —dijo una de las chicas del grupo con el que me había puesto a hablar en la fiesta, señalando hacia la puerta y sacándome de mis pensamientos.

Fue entonces que vi al tal gringuito descolorido y creído.

Además de blanquito desabrido, tenía el pelo lacio y muy rubio, caído sobre un rostro privilegiado según ese maldito estándar de belleza "ario" que esta sociedad de mierda impuso; sus ojos color hoja seca se posaron sobre mí durante unos segundos, de forma desafiante. Parecía fijarse en mí tanto como yo lo observaba a él. El chico tenía estilo, eso no se podía negar.

Llevaba puesta una camisa a rayas de béisbol americano y un pantalón negro ancho con bolsillos a los costados, como esos galancitos bonitos de las típicas películas idiotas de Disney que hacen que miles de chicas en todo el mundo se ilusionen con príncipes encantadores que jamás van a aparecer.

—¡Madre mía, sí que está bueno! Y va a ser todo mío, chicas —dijo la pelirroja del vestido corto verde limón, y se fue directo hacia el gringo con paso decidido. Las otras la siguieron, listas para pelearse por la carne fresca del lugar.

Menos yo.

Nunca fui de esas que se matan por la atención de un chico. Más bien, eran ellos los que competían por la mía. Además, los niños ricos nunca fueron mi tipo, prefería a los chicos malos que olían a problemas desde lejos. Así que dejé el vaso vacío en cualquier rincón, agarré otra bebida y salí al patio a fumar un cigarrillo. Me quité las sandalias, me senté en el borde de la piscina y metí los pies en el agua mientras admiraba la luna llena cruzando el cielo estrellado.

—Qué noche tan hermosa —pensé en voz alta, dándole una buena calada a mi Marlboro, mi marca favorita de cigarrillos.

Después del sexo y el alcohol, fumar era lo único que me hacía sentir algo que no fuera dolor o rabia por la mierda de vida que

llevaba. ¡Sí! Ya no era virgen desde hacía rato. Después de años escuchando a la hermana Antonia decirme una y otra vez que terminaría siendo una puta igual que mi madre, terminé siguiendo su "consejo". Crecer en ese infierno me convirtió en una chica rebelde, lo cual era mejor que haberme vuelto una psicópata.

—No tan linda como tú, nena. —Una voz grave llegó desde atrás, miré por encima del hombro y ahí estaba el gringo, apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos y una sonrisa provocadora de esas que lo consiguen todo.

Me quedé pensando en cómo se las había arreglado para sacarse de encima a esas chicas tan rápido. No me había caído bien, pero sí me sorprendió su astucia.

—¿Y tú quién te crees para pensar que puedes hablarme, cariño? —Le di la espalda y volví a enfocarme en mi trago. Todavía me faltaba mucho para alcanzar el nivel de embriaguez caótica que buscaba.

—Sorry, nena, pero yo *no entender* nada. Tú *hablar* muy rápido. —Me miró confundido y me dio un ataque de risa. El tipo viene a coquetear y ni siquiera habla bien mi idioma.

—Lo siento, gringo, pero eres demasiado gracioso. —Me reí más fuerte, con lágrimas en los ojos. Era un tarado total.

—No problem, gatita. ¿Cómo *ser* tu nombre?

—Alabá. ¿Y tú? —Me acomodé el cabello detrás de la oreja, con las mejillas ardiendo. Me miraba de una forma que sentía tener mariposas haciendo una especie de candomblé en mi estómago.

No solía intimidarme fácil, pero por primera vez me sentí insegura delante de un chico.

—Nunca escuché un nombre más lindo. —Pasó los dedos por su pelo rubio y sedoso de una manera hipnótica.

Mi corazón latía tan descontrolado que apenas podía respirar. No entendía qué demonios me estaba pasando.

—Gracias, gringo, pero aún no me has dicho el tuyo. —Presioné los labios.

—Oliver. Un placer conocerte. —Me ofreció la mano con una sonrisa letal. La dejé suspendida en el aire unos segundos, pensando si debía o no estrecharla.

Había algo en ese chico que me inquietaba profundamente. Pero aun así, decidí arriesgarme y apreté su mano con firmeza. La sensación fue como tirarse al mar abierto en medio de una tormenta sin saber nadar, sabiendo que me iba a ahogar y a tener una muerte lenta y dolorosa. Pero igual lo iba a intentar.

Porque hay cosas por las que vale la pena arriesgarse, aunque sepas que van a ser tu perdición.



Oliver

Ahora

No podía creer lo que mis ojos estaban viendo, parecía una maldita alucinación. Después de diez años amargos, Alabá estaba justo ahí, a un paso de mí, desafiándome como en los viejos tiempos. La desgraciada seguía tan hermosa como una mañana de Navidad. Su cuerpo del color del pecado había ganado más curvas, y su cabello rizado llegaba hasta la cintura, con ese volumen glorioso que yo tanto amaba; la verdad es que siempre estuve loco por todo en esa mujer. La primera vez que la vi fue como recibir un nocaut en el primer round. Su presencia absorbió toda mi atención y todas las demás chicas de la fiesta simplemente dejaron de existir. Solo tenía ojos para ella.

"Tuve que mudarme a Brasil para encontrar a la chica de mis sueños…"

Eso fue lo que pensé en aquella época. No paré hasta que fue mía. Solo que jamás imaginé que lo que debía haber sido una hermosa historia de amor terminaría convirtiéndose en una pesadilla sin fin. ¡Mierda, Oliver! Deberías haber leído el informe que Rubi hizo sobre la propietaria terca que se negaba a vender su propiedad a la empresa. Pero ¿cómo podía imaginar que era Alabá? ¡Carajo! Cuando me fui, dejé atrás a una huérfana que no tenía ni dónde caerse muerta, y ahora me encuentro con una mujer exitosa, dueña de un negocio próspero. Muy curioso todo eso.

Seguro le sacó plata a otro imbécil, ya que conmigo no tuvo suerte.

—Pensé que ya no estabas en Bahía, Preta —la llamé por su apodo de aquellos tiempos, sin querer.

Me maldije por dentro apenas lo dije. La Alabá dulce y encantadora del pasado existía solo en mi cabeza.

—Primero, hace mucho tiempo que tú ya no tienes derecho a llamarme "Preta". Segundo, mi vida no es asunto tuyo, hijo de puta. —Hundió aún más el cañón de la escopeta bajo mi mentón

Antes de saber quién era, estaba seguro de que no iba a disparar. Pero tratándose de Alabá, no me sorprendería que me volara los sesos sin pensarlo dos veces. Lo que esa mujer tenía de linda, lo tenía de loca. Sin embargo, era obvio que esa escopeta vieja no funcionaba desde hace décadas.

Entonces ¿por qué no provocar a la fiera un poco?

—Si de verdad tienes agallas, ¿por qué no disparas, Alabá Monteiro? —La desafié con una sonrisa ladeada para disimular los nervios.

¡Dios mío! Habían pasado diez años y esa maldita todavía conseguía dejarme sin aliento.

—¿De verdad, Oliver? ¿Después de todo lo que vivimos juntos, todavía no me conoces? —La loca apretó el gatillo, y el impacto fue tan fuerte que la lanzó para atrás y terminó en el suelo. Por suerte, alcancé a desviar el cañón y la bala dio contra la pared.

Quedé aturdido unos segundos, el zumbido del disparo me retumbaba en los oídos como si me hubieran sacudido el cerebro. Aun así, al verla en el suelo, desorientada, volví en mí y corrí a ayudarla.

—¡Dios mío, esta porquería funciona y encima estaba cargada! Pude haber matado a alguien —susurró en estado de shock.

—¿Estás bien, Preta? —Me agaché para ver si se había golpeado o fracturado con la caída.

El corazón me latía tan fuerte que parecía moverme el pecho. Y no era solo por el susto. Todavía sentía algo por esa mujer, algo tan poderoso que me hizo recordar las palabras de mi abuelo: volver a este lugar sería un gran error.

—¡No te atrevas, Oliver! —Estiró el brazo para evitar que me acercara.

—¡Mierda, Alabá! De verdad le disparaste al tipo —dijo el muchacho tatuado que había abierto la puerta del restaurante. Se notaba que estaba preocupado, pero claramente no por mí.

Fue hacia ella y la cargó en brazos con una confianza que me molestó demasiado. Se miraron con ternura, solo les faltó salir montados en un caballo blanco. Los nervios me hervían por dentro. Me di vuelta, dándoles la espalda, para no estallar y terminar golpeando a alguien. Tenía que terminar lo que había venido a hacer.

—Esta es mi última oferta por este inmueble. Si no la aceptas, Alabá, te aseguro que no te van a gustar las consecuencias. —Arrojé el cheque con varios ceros hacia ellos y salí de ahí lo más rápido posible.

—¿Qué carajos fue eso, Alabá? ¿Quién es ese tipo? —preguntó el idiota. Me detuve en la vereda, esperando la respuesta de la farsante.

—Oliver Quent, el mayor error de mi vida. —Tuvo el descaro de decir.

Me dieron unas ganas tremendas de volver, escupirle un montón de verdades en la cara a esa desgraciada.

Pero me contuve. Subí al auto y golpeé el volante una y otra vez. Ese reencuentro nunca debió haber pasado. ¡Mierda! En realidad, ojalá nunca hubiera conocido a Alabá. La odiaba. Ella arruinó mi vida y todo lo bueno que había en mí. Si hoy me convertí en este hombre vacío y solitario, fue por su culpa. De nadie más.

Pero había llegado mi momento. Iba a vengarme. Iba a destruir todo y a todos los que le importaran a Alabá. Y empezaría por derribar esa pocilga de restaurante suyo. Me iba a sentar a ver cómo se venía todo abajo. Desde primera fila.

—Te voy a hacer llorar lágrimas de sangre, Alabá. —Entrecerré los ojos mirando hacia el restaurante, giré la llave y salí derrapando con el auto.

Estaba tan alterado que no conseguí volver a la filial de la empresa que montamos en Salvador, necesitaba estar solo para digerir todo lo que había pasado y preparar mi próximo ataque. Me

detuve en el primer bar de carretera que encontré y pasé las siguientes horas bebiendo sin parar, intentando borrar la imagen de Alabá de mi mente, pero no sirvió de nada. Volví a casa completamente borracho, con la esperanza de tirarme en la cama y dormir toda la noche. Pero no fue así. No pude pegar un ojo.

Sin duda, fue la peor noche de mi vida. Me desperté varias veces, empapado en sudor y con pesadillas horribles. Quería subirme a mi jet privado, renunciar al proyecto del shopping y no volver a pisar Brasil jamás, tal como quería mi abuelo. Todo lo que sentía por esa desgraciada volvió a surgir como un volcán en erupción después de una década dormido. Quien haya inventado esa porquería de frase de que el tiempo cura todo, era un gran hijo de puta. El tiempo solo agrava el dolor, al punto de quitarte hasta las ganas de seguir viviendo.

—Buenos días, señor Quent. —Lo primero que vi al sacar la cabeza de debajo del edredón fueron los ojos azules de Rubi, brillantes y animados como los rayos de sol entrando por la persiana.

Quería decirle que desapareciera de mi vista y me dejara en paz con mi tormento, pero el aroma del café fuerte que traía en la taza era demasiado tentador.

—¿Nunca duermes, mujer? —Me senté en la cama con desgano, con una resaca de los mil demonios. El cuerpo me reclamaba por no haber descansado lo suficiente.

—Sí dormí, señor, y muy bien, gracias. —Me entregó la taza con delicadeza y acomodó unas almohadas detrás de mi espalda—. Pero, juzgando por sus ojeras esta mañana, no puedo decir lo mismo de usted. —Entrecerró los ojos.

Como siempre que viajábamos al extranjero por trabajo, la empresa alquilaba un edificio entero para alojar al equipo. Yo me quedaba en el ático y solo aceptaba interrupciones fuera del horario laboral en casos de emergencia. Pero como Rubi tenía una copia de la llave, de vez en cuando se aparecía a molestarme con sus cuidados exagerados.

Me respetaba como jefe, pero me mimaba cuando podía y me regañaba cuando era necesario, con total autorización de mi abuelo.

—No me juzgues, Rubi, es imposible dormir con este calor infernal de Brasil —mentí.

—Entiendo, señor. —Sus ojos recorrieron la habitación de lujo hasta posarse en el aire acondicionado encendido al fondo, con la temperatura al mínimo, contradiciendo vergonzosamente mi excusa. Siempre me gustó dormir con frío, como si estuviera en una maldita nevera, y Rubi lo sabía bien.

Y Alabá también. Siempre se quejaba, decía que solo podía haber nacido del vientre de una osa polar para gustarme tanto dormir con frío. Sonreí como un idiota. Siempre decía cosas raras como esa, y esa era una de las razones por las que me enamoré de ella.

¡Diablos, Oliver!

Ahí estaba otra vez, pensando en esa estafadora. Tenía que hacerme fuerte o iba a caer de nuevo en su red de mentiras, como tanto temía mi abuelo.

—¿Cómo está mi agenda para hoy, Rubi? —Tomé un sorbo del café humeante, con la esperanza de que no notara mi repentino cambio de tema.

—Repleta. Y por cierto, su conferencia de prensa para anunciar la construcción del centro comercial más grande del estado es en treinta minutos. Así que apúrese, estaré abajo esperándolo. —Levantó la nariz y alisó el tejido de seda de su blusa dorada.

Nunca entendí cómo Rubi lograba aparecer tan temprano al trabajo, siempre perfectamente arreglada como si acabara de salir del salón de belleza, maquillada y sobre tacones altos. Aunque el mundo se estuviera derrumbando, ella igual iba a lucir impecable.

—De acuerdo, Rubi, gracias.

—De nada, señor, pero no se demore, ¡por el amor de Dios! Matthew me está volviendo loca. —Soltó el aire con resignación, a veces había que tener mucha paciencia para lidiar con Matt.

—Lo siento, Rubi, pero la idea de traerlo a Brasil fue de mi abuelo, no mía. Así que arréglatelas. —Levanté las manos como quien se desentiende, dejándole la bomba. La pobre se fue murmurando entre dientes.

Extrañamente, cuando llegó el día marcado para que nuestro equipo viniera a Brasil, mi abuelo desistió de venir con nosotros para vigilarme. Pero, para volverme completamente loco, mandó a Matt en su lugar, dejando la sede de la empresa en Nueva York sin presidente ni vicepresidente al mismo tiempo. Traté de discutirle, porque alguien de confianza debía quedarse al mando mientras yo estuviera fuera, pero no hubo caso: tuve que traerme a ese pesado conmigo.

No sabía qué estaba tramando mi abuelo testarudo con todo eso, pero lo iba a descubrir.

—Puedes estar seguro de eso, Arthur Quent —aseguré en voz alta para mí mismo.

Me quité el pantalón de buzo y me metí bajo la ducha, sin motivación alguna para salir a la calle. Iba a ser muy aburrido tener que pasar toda la mañana respondiendo preguntas estúpidas de gente interesada que solo quería quedar bien conmigo por mi dinero. Siempre era lo mismo en cualquier lugar donde apareciera.

—¿Qué mierda vine a hacer a este puto lugar? —Le di un puñetazo al azulejo oscuro de la pared.

Me había costado mucho volver a tener el control de mi vida. Pero bastó con mirar a Alabá una sola vez para que todo ese torbellino de emociones que juré enterrar regresara con fuerza. Solo que ahora ya no era el chico ingenuo que se había enamorado; ahora era un hombre poderoso, frío y calculador, en cada palabra que decía y en cada paso que daba. Tenía plata de sobra y sed de venganza, una combinación peligrosa. El destino no me trajo a Salvador por casualidad. Vine a saldar cuentas.

Terminé la ducha, caminé por la habitación todavía mojado y me puse lo primero que encontré en el armario: un pantalón claro algo suelto y una camisa azul de manga larga. Para colmo, el evento sería en el terreno de construcción del shopping y abierto al público. Solo pensar que iba a estar cerca del restaurante de Alabá me ponía nervioso como si tuviera que presentar mi primer trabajo práctico de la escuela.

¿Estaría ella presente?

¡Mierda! No entendía qué carajo me pasaba. Odiaba a esa mujer, pero deseaba con todas mis fuerzas verla de nuevo. Tenía tantas dudas sobre Alabá. ¿Se habría casado? ¿Tuvo hijos? ¿Pensó en mí durante esos diez años como yo pensé en ella? Probablemente no, porque nunca me amó de verdad como yo la amé a ella.

¡Enfócate en el trabajo, Oliver, y olvídate de esa maldita!

Respiré hondo, un poco más animado, terminé de vestirme y bajé para encontrarme con mi equipo. Estábamos allí por trabajo y teníamos que dar lo mejor.

—¡Qué calor! Tengo el culo todo asado, ¿el tuyo también lo está, Oliver? —se quejó Matt por milésima vez, y eso que recién habíamos llegado al lugar de la conferencia de prensa.

Pero la verdad era que hacía mucho calor. Para él, que nunca había viajado a un país con clima tan cálido, iba a ser difícil adaptarse.

—No, Matthew, porque a diferencia tuya, no vine con un jean más apretado que la voluntad divina —le rebatí, sin ninguna paciencia.

Rubi se tapó la boca para ocultar la risa por mi comentario venenoso. Se quejaba de Matt, pero se divertía bastante con sus pavadas.

—Vete a la mierda, Oliver, lo que pasa es que estás celoso de cómo se ven mis glúteos con este jean Gucci. —Giró el torso y señaló su trasero frente a unas trescientas personas. Matt no conocía el límite de la vergüenza ajena.

Avergonzado, me puse los lentes de sol y aceleré el paso.

—Compórtense, niños, de ahora en adelante cada movimiento será un flash. —Rubi señaló discretamente hacia la comitiva de periodistas.

El público presente se dividía entre reporteros, vecinos del barrio y curiosos que venían de otras zonas. Incluso el alcalde apareció y, apenas me vio, anunció mi llegada con una sonrisa halagadora. Venía de la mano con su esposa, una señora elegante con un vestido color salmón. El brillo del collar de perlas que llevaba en el cuello casi me dejó ciego.

—*Welcome to Brazil*, señor Oliver… —me saludó el alcalde con un inglés vergonzoso. Por el tono tembloroso, era evidente que había pasado el día ensayando esa frase y que probablemente no tenía ni puta idea de lo que había dicho.

—Gracias, señor alcalde, pero podemos hablar en portugués. Lo manejo bastante bien. —Nos dimos la mano.

—Perfecto, señor Quent. Porque creo que quedó claro que no hablo inglés. —Se rascó la cabeza calva en tono de broma. Yo apenas forcé una sonrisa. Solo quería deshacerme de él y de su mirada zalamera lo antes posible.

Matt escuchaba nuestra conversación con una expresión en blanco. No hablaba ni una palabra de portugués.

—Pero yo sí hablo inglés fluido. Viví dos años en Canadá. —Una rubia muy bonita, de ojos azules, me sonrió. Por el parecido, seguro era hija del distinguido matrimonio.

—Deberías haber ido a Estados Unidos. Ahí hay cosas mucho más "interesantes" que en Canadá. —Me incliné y le besé la mano, aprovechando para echarle un buen vistazo a sus piernas gruesas, que asomaban por debajo del vestidito blanco ultra corto.

—Pero nunca es tarde para corregir un error, ¿no crees? —Humedeció los labios con la lengua, sin ningún pudor en demostrar interés—. Mucho gusto, soy Marina. —Me guiñó un ojo.

Era una mujer muy atractiva y lo sabía, pero demasiado lanzada. Se me tiró encima todo el tiempo, un verdadero fastidio. Perdí el interés enseguida y la ignoré. Si hay algo que nunca soporté son las mujeres que se regalan. Todo lo que no necesita ser conquistado, para mí, pierde la gracia.

Y es que en ese momento, otra mujer muy distinta ocupaba todos mis pensamientos.

—Si nos dan permiso, señor alcalde, necesitamos prepararnos para la conferencia. —Rubi tomó el control de la situación antes de que la hija del alcalde me devorara ahí mismo. La descarada incluso me acarició el pecho como si fuésemos íntimos.

—Si tú no te comes a esa rubia buenísima, lo haré yo —susurró Matt en mi oído mientras caminábamos hacia el estrado, pero yo ya ni le prestaba atención a lo que decía.

En todo momento, mis ojos se mantenían fijos en dirección al restaurante, a unos cincuenta metros de distancia. Tenía la esperanza de ver a Alabá, aunque fuera por un instante.

—Toda tuya, hermano, disfrútala. —Asentí con la cabeza y le dejé el camino libre a Matt.

Durante la conferencia todo salió según lo planeado. Respondí cada pregunta con una muestra de competencia. Mi portugués estaba un poco oxidado para hablar tanto rato sin pausas, pero me las arreglé bastante bien. Cuando estábamos por cerrar el evento, noté una pequeña mano agitándose al fondo, entre la multitud.

Por alguna razón, un reportero había subido a un niño sobre sus hombros y trataba de llamar mi atención a toda costa. Intenté hacerme el desentendido, pero fue inútil.

—Buen día, señor Quent. Hay un niño aquí que quisiera hacerle una pregunta. —El tono del reportero era entusiasta. Estaba claro que todo eso era parte de algún plan para ponerme en una situación embarazosa que luego usaría como titular al día siguiente.

—Disculpe, mi amigo, pero ya hemos terminado con las preguntas por hoy. —Me preparé para irme.

—Por favor, señor, ¿no puede dedicarle unos minutos a la pregunta de un niño? —Otro periodista intervino, con tono provocador.

—Lo siento, pero mi tiempo vale dinero, así que si me permiten, necesito volver a trabajar cuanto antes —solté, seco y directo.

Bajé del estrado de un salto, ya estaba harto de hablar con ese montón de curiosos que querían saber hasta el último detalle sobre el shopping. Faltaba poco para que me preguntaran el nombre de cada obrero que iba a trabajar en la construcción.

—¿Todo bien, señor Quent? Tiene una cara rara desde que fue a hablar con la dueña del restaurante. Por cierto, ni nos contó cómo fue eso. —Rubi me detuvo, preocupada. Me di vuelta con fastidio.

—¿Acaso tengo otra cara, señora Rubi Jones? Porque si la tuviera, sinceramente, no estaría usando esta. —Fruncí el ceño, desprovisto de cualquier pizca de paz. No podía ignorar el hecho de que Alabá estaba tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos.

Ni siquiera se dignó a aparecer en la conferencia de prensa. Pensé que al menos observaría todo desde lejos.

—Cuidado, Rubi, que el caballo hoy tiene las herraduras bien afiladas.

—No me molestes tú también, Matthew. Hoy no estoy para tus bromitas. —Me metí en el auto de la empresa y cerré la puerta de un portazo.

Rubi se sentó a mi lado en el asiento trasero, en silencio. Sabía que cuando yo estaba de mal humor, lo mejor era no decir nada. Por suerte, Matt se fue en otro coche. Fuimos directo a la sucursal, no muy lejos de ahí. Me encerré en mi oficina en cuanto llegamos, con órdenes estrictas de no ser molestado.

Pasé toda la mañana enterrado en el trabajo. Ni siquiera almorcé, no tenía hambre. Cerca de las cuatro de la tarde, mi secretaria golpeó la puerta.

—Disculpe, señor, no quería molestarlo, pero hay alguien muy insistente que quiere hablar con usted. —Jamile parecía contener la risa. De hecho, esos brasileños vivían sonriendo todo el tiempo y eso era bastante irritante.

Para la sucursal en Brasil, insistí en contratar mano de obra local. Así contribuíamos a generar empleo para la comunidad. Mi padre, cuando era presidente de la empresa, hacía lo mismo: pensaba en crecer, sí, pero también en ayudar a quienes encontraba en su camino.

—Que se vaya. Ya dije que no quiero hablar con nadie —gruñí, sumido en un montón de informes complicados.

—Pero yo puedo pagar por su tiempo, señor Quent. Traje todo el dinero de mi mesada de este año. —Un niño apareció desde atrás de las piernas de mi secretaria, abrazado a una alcancía rosa con forma de cerdito hecha de yeso.

Era el mismo niño que estaba sobre los hombros del reportero al final de la conferencia, el que quería hacerme una pregunta. Como respondí que mi tiempo valía dinero, vino hasta mi oficina con todos sus ahorros para pagar por una charla conmigo. Increíble. Me froté los ojos para asegurarme de lo que estaba viendo. Pero sí, había un chico ahí en medio de mi oficina. No debía tener más de diez años.

Tenía los ojos grandes, negros como la noche, el pelo bien enrulado escapando por debajo de la gorra y la piel color caramelo, esa mezcla típica de la cultura brasileña. Me removí en la silla y fruncí el ceño. Ese niño me recordaba mucho a alguien… pero no sabía a quién.

—¿Vio, señor? Le dije que era bastante insistente. —La secretaria lo miraba como si fuera un cachorro tierno que uno quiere llevarse a casa.

—Quiero que llame a la madre de este intruso ahora mismo y le diga que venga a buscarlo antes de que llame al consejo tutelar, Jamile. —Hice un gesto con la mano para que se fueran de mi oficina.

—No va a llamar a mi mamá, Jamile —dijo el mocoso con total seguridad—. Ella no tiene nada que ver con esto. Este es un asunto entre hombres. —Se dio vuelta la gorra roja y me señaló con el dedo, después se señaló a sí mismo, hablando como si fuera todo un adulto. No pude evitar reírme.

Cuando pensaba que mi día no podría empeorar, apareció este duende bocón a irrumpir en mi oficina.

Qué maravilla.

—¿Qué asunto, mocoso? —Me pasé la mano por la cara, exasperado—. Y además, ¿cómo entraste aquí? —Crucé los brazos.

Era frustrante gastar una fortuna en seguridad para que un chico lograra llegar hasta mí sin ninguna dificultad. Si hubiera sido un sicario, ya estaría tirado en el piso con un tiro entre las cejas.

—¡Oye! ¿Nunca oíste hablar de internet, mi rey? Busqué la dirección de tu empresa ahí, luego usé a escondidas la tarjeta de crédito de mi mamá para pedir un taxi a nombre de ella. Ya lo hice otras veces y ni se dio cuenta. —Echó la cabeza hacia atrás con una carcajada fuerte.

Caminó hasta la silla frente a mi escritorio y se sentó sin haber sido invitado, luego siguió contando cómo había llegado hasta allí.

—Lo más fácil fue entrar al edificio. Es increíble cómo ustedes, los adultos, nos subestiman a los niños. Lo único que tuve que hacer fue fingir que lloraba y decirle al guardia que mi mamá trabajaba aquí, que había salido a jugar y no podía volver a entrar. No solo me

llevó hasta el ascensor para que no me perdiera, ¡también me dio un caramelo! —hablaba y reía al mismo tiempo, orgulloso de sí mismo.

¡Qué demonios! Me quedé pasmado. Era demasiado inteligente para su edad. Si seguía así, a los dieciocho años podría infiltrarse en la CIA sin esfuerzo.

—¿Aún quiere que intente localizar a la madre del niño, señor? —preguntó Jamile, alzando una ceja.

Pensé unos segundos qué hacer con esa criatura. Su astucia me tenía intrigado. Así que decidí escuchar lo que tenía para decir.

—No, Jamile. Solo tráeme una bebida fuerte mientras escucho qué tan importante es lo que tiene para decir nuestro mini invasor. —Le di un voto de confianza al mocoso, y su carita de travieso se iluminó aún más.

—Yo quiero una chocolatada, Jamile. ¡Bien fuerte! —El niño guardó la alcancía en su mochila y se abrió el cierre de su campera blanca, muy serio, dándole órdenes a mi secretaria como si él fuera el presidente de la empresa y no yo.

—Muy bien, caballeros, vuelvo en un rato. —Le tiró un beso al pequeño antes de salir. Además de listo, también sabía cómo encantar a las mujeres.

—Entonces, ¿cómo te llamas, jovencito? —Me recosté en la silla y uní las manos frente al cuerpo.

Tenía curiosidad por saber más de él.

—Me llamo Eliot, señor —dijo con voz firme.

Sentí un nudo en el pecho. Tenía el mismo nombre que mi padre. Un ser humano increíble. A pesar de ser dueño de una inmensa fortuna, tenía una humildad enorme y siempre ayudaba a los más necesitados. Cuando vivíamos en Brasil, creó junto con mi madre varios proyectos sociales para ayudar a gente pobre. Ofrecían cientos de becas y empleos en la construcción de la hidroeléctrica. Siempre sentí mucho orgullo de ser su hijo.

—A pesar de las circunstancias, Eliot, es un gran placer recibirte en mi empresa —usé un tono cordial, como si estuviera en una reunión con uno de mis socios más importantes. Me dio la mano con un apretón fuerte.

—Gracias por la oportunidad. Es usted más amable cuando no hay cámaras —fue sincero.

—Gracias, chico —le respondí.

Pero no supe si fue un elogio o una crítica. Tal vez ambas cosas.

—¿Ahora ya podemos hablar de hombre a hombre, señor Quent? —Cruzó los brazos y frunció el ceño. Me dieron ganas de soltar una carcajada, pero me contuve para no arruinarle el momento.

Nuestra conversación era más bien de un hombre con medio, o con un tercio.

—Claro que sí, Eliot. ¿Qué te hizo escaparte de tu casa para venir hasta mi empresa?

—Me gustaría saber por qué usted dijo hoy a los periodistas que la construcción del shopping iba a traer felicidad a todos en nuestro barrio, si eso no es cierto —afirmó con vehemencia, acorralándome.

—¿No lo es? —Fruncí el ceño.

—No, señor. Yo crecí en ese barrio y soy muy feliz viviendo ahí con mi mamá. Todos nuestros vecinos son buena gente. Pero ahora su empresa está destruyendo todas las casas y mis mejores amigos se están yendo. La chica que me gusta también. Fue tan triste, se despidió llorando. —Se frotó la nariz para no llorar delante mío. Era de esos chicos que no lloraban frente a nadie, y menos ante extraños.

Yo era igual. Orgulloso.

—No tienes que ponerte triste por eso, Eliot. Vas a hacer nuevos amigos pronto. Y en cuanto a tu novia, no importa cuánto te guste, siempre habrá otras chicas. —Le di el mismo consejo que me dio mi abuelo cuando estaba destrozado por Alabá. Me había vuelto a Nueva York después de la muerte de mis padres y no salía de mi cuarto durante semanas.

—No como Alice, señor Quent. Ella es especial. —Sonrió al mencionar a su enamorada.

Tan decidido a luchar por lo que creía, pero por los motivos equivocados. En ese momento supe que éramos más parecidos de lo que pensaba.

—¿En serio, Eliot? ¿Te arriesgaste así solo para pedirme que renuncie a construir una propiedad de millones de dólares por una chica que probablemente te diga que te ama cuando sean adolescentes y luego te traicione de la peor manera? Francamente, chico, cuando llegaste creí que eras más listo que eso. —Volqué toda mi amargura encima del pobre niño.

No me di cuenta de que le había gritado hasta que vi sus ojos llenos de lágrimas, aterrorizado por mi reacción. Así me dejaba Alabá: completamente fuera de mí.

—¿Qué está pasando aquí, Oliver Quent? ¿De dónde salió este niño y por qué le estás gritando? —Rubi me increpó desde la puerta con el rostro tenso.

—¡No lo sé, Rubi! Solo saca a este niño de aquí ya mismo y localiza a su madre, por favor. —Me giré hacia la ventana panorámica. El cielo estaba cubierto de nubes oscuras, igual que mi corazón.

—Como quiera, señor Quent —pude oír el disgusto en su voz. Yo era un hombre frío, pero ni Rubi lo habría creído si no me hubiera visto gritarle a un niño con sus propios ojos.

—¡Yo no soy un niño, señor Quent! ¡Soy un hombre hecho y derecho! —El mocoso se plantó con su metro de altura.

—¿Cómo dijiste, pequeño? —preguntó Rubi, divertida.

—Eso mismo que oyó, señora. Soy un hombre y no me voy a ningún lado. Mi conversación con el señor Quent todavía no terminó —me enfrentó con valentía.

—Sí que terminó, Eliot. Y si vuelves a colarte en mi empresa, habrá consecuencias graves —mentí. Tenía que aprender que no podía entrar donde se le diera la gana sin enfrentar las consecuencias.

Lo que Eliot hizo, escapándose de su casa y viniendo a buscarme, fue muy peligroso para un niño de su edad. Podría haber sido secuestrado o algo peor. ¿Qué taxista lleva a un niño sin un adulto? Inaceptable. No quería ni imaginar las horribles posibilidades. Por suerte, había llegado sano y salvo.

—¡Está bien! Pero quiero que sepa que no vine solo para pedirle que renuncie a su obra millonaria por la chica que me gusta —dijo,

atropellando las palabras mientras Rubi lo sacaba de mi oficina.

—Entonces ¿por qué viniste, Eliot? —Mi voz salió cansada. Apoyé las manos en el borde de la ventana, con la cabeza baja, como si cargara el peso del mundo.

—Porque la gente de mi barrio no necesita un shopping idiota para ser más feliz. Ya lo es con lo que tiene. —Soltó la mano de Rubi y me señaló con el dedo, con una arrogancia ácida que también me era muy familiar. Todo en Eliot me recordaba a alguien, y no saber a quién me irritaba profundamente.

—Me da igual, Eliot. No me importa. —Encogí los hombros.

Apretó los dientes y cerró los puños con fuerza, sus ojos se llenaron de venas rojas. No iba a dejar de hablar hasta sacar toda la rabia que llevaba dentro.

—Yo sé que a usted no le importa nada ni nadie. Mi mamá dice que el mayor defecto de la gente con dinero es que ama tanto las cosas materiales que ya no cree en el amor. Piensan que pueden comprar todo con dinero…

—Incluso la felicidad —completé su discurso. Ya lo había escuchado antes, con cada punto y coma.

—¿Cómo supo lo que iba a decir, señor Quent? —Frunció el ceño.

—Porque tu madre me dijo exactamente esas mismas palabras una vez, Eliot. —Quedé pasmado. Acababa de descubrir a quién me recordaba ese niño.

¡Era a Alabá!

¡Mierda! Estaba frente al hijo de Alabá. El hijo que ella juró haber abortado, el mismo día que dijo que me odiaba con todas sus fuerzas y que deseaba que tuviera una muerte lenta y dolorosa.

—¿De verdad conoce a mi mamá, señor Quent? —Eliot se acercó tímidamente y se sentó de nuevo en la silla. Ya no parecía enojado conmigo.

—Sí, la conozco, Eliot —pensé para mis adentros: desgraciadamente.

—¿De dónde? —preguntó entre sollozos. Saqué un pañuelo del bolsillo y me incliné sobre el escritorio para limpiarle la carita enrojecida.

—Desde hace muchos años, chico. Tú ni siquiera habías nacido todavía. —Me dejé caer en la silla, aún en estado de shock. Eran increíbles las vueltas que daba la vida.

Miré los ojos inocentes de ese niño y me sentí terrible por haberlo odiado tanto cuando su madre me dio aquella gran noticia: que estaba embarazada. Mi mundo se vino abajo en ese momento. Porque tenía la certeza absoluta de que era imposible que ese hijo fuera mío. Y sin embargo, con todo mi corazón, deseaba que lo fuera. Nada me habría hecho más feliz y pleno que ser el padre del hijo de la mujer a la que amaba más que a mi propia vida, aquella en la que creía ciegamente, seguro de que también me amaba y jamás sería capaz de traicionarme.

Pero me traicionó.

Aunque me juró de rodillas, entre lágrimas, que no lo haría.

Me engañó.

Intenté de todas las formas posibles encontrar alguna pista de que sus palabras tuvieran algo de verdad, pero las pruebas eran contundentes: el hijo que esperaba Alabá podía ser de cualquier hombre del planeta, menos mío.

—¿Alguien puede explicarme qué está pasando aquí? —preguntó Rubi mientras se quitaba los lentes y los colgaba del escote. Sinceramente, ni recordaba que aún estaba en mi oficina, escuchando nuestra conversación.

—No es nada importante, Rubi. Puedes volver a tu oficina. Si te necesito, te llamo —la despaché.

—Sí, señor. Pero me voy a llevar al niño y voy a encontrar a su madre cuanto antes. Seguro está preocupada.

—No, Rubi, él se queda —reaccioné por impulso.

—Pero, señor, si la madre llama a la policía, podemos meternos en un gran lío…

—Yo me hago responsable, Rubi. Ahora, por favor, retírate. —Le lancé una mirada fulminante, lo cual bastó para que no me contradiga más.

—Y si ve a Jamile por ahí, dígale que no se olvide de traer mi chocolatada. Tengo la garganta seca —pidió Eliot muy serio, y me causó gracia. Era un niño encantador.

Rubi nos miró a los dos con una expresión enigmática, bajó la cabeza y sonrió.

—Está usted en serios problemas, señor Quent. Más de lo que se imagina —advirtió antes de girar sobre sus talones y marcharse.

La sala quedó en silencio unos segundos, hasta que el niño empezó a hablar como un disco rayado.

—¡Guau, usted es amigo de mi mamá! ¡Qué genial! —Empezó a girar sobre mi silla, entusiasmado con la idea de que estuviéramos conectados de alguna forma.

—Bueno… no diría que somos amigos. —Me aflojé la corbata y carraspeé—. Tu madre siempre fue una chica un poco loca. —Hice una mueca al recordar cómo Alabá se ponía furiosa sin razón, empezaba a discutir y luego me echaba la culpa por haber peleado.

—¡¿Un poco loca, dice usted?! ¡Mamá está completamente chiflada! Habla sola, discute con ella misma y conversa con los animales como si fueran personas. —Soltó una carcajada contagiosa que me hizo reír también, aunque luego volví a ponerme serio de golpe.

Saber que podría haber sido padre de ese chico increíble me entristeció profundamente. Era una verdadera lástima que su madre hubiese arruinado nuestras vidas con sus mentiras.

—Con permiso, caballeros. Traje lo que pidieron —dijo Jamile mientras dejaba nuestras "bebidas".

—Muchas gracias, Jamile.

—De nada, señor. Adiós, pequeñín. —Le apretó la mejilla antes de irse.

—Adiós, señorita Jamile. —Le sonrió hasta que cruzó la puerta.

—Termina tu leche, Eliot. Después pediré que el chofer de la empresa te lleve a casa.

—Está bien, señor Quent. —Se limpió el bigote blanco de espuma que le había quedado sobre la boca—. Pero estaba pensando… ya que usted es amigo de mi mamá, ¿no va a derrumbar nuestra casa, verdad? Vivimos arriba del restaurante —explicó, lleno de esperanza.

Eliot era irritantemente terco, igualito a su madre. Cuando a Alabá se le metía algo en la cabeza, no había forma de que lo soltara

hasta conseguirlo.

—Siento mucho que, por causa de nuestra construcción, tus amigos se hayan ido lejos y que tu mamá vaya a perder su casa. Pero con el dinero que le voy a dar por la propiedad podrán mudarse a una mansión y abrir un restaurante más grande y bonito en otro lugar —le expliqué lo más claro que pude, esperando que empezara a ver las cosas con otros ojos.

—No quiero mudarme a una mansión. —Hizo un enorme puchero.

—Entonces, lamentablemente, no puedo ayudarte. Hay miles de personas involucradas en este proyecto que dependen de este trabajo para alimentar a sus familias —fui sincero.

No se puede hacer una buena tortilla sin romper algunos huevos. A veces, unos tienen que llorar para que otros puedan sonreír.

—Entiendo, señor. —Le tembló su labio inferior. Iba a echarse a llorar de nuevo en cualquier momento.

—Oye, Eliot, ¿te gustaría ir al área de ingeniería a ver la maqueta gigante del centro comercial? Estoy seguro de que te va a gustar el proyecto y vas a entender que nuestra intención es buena. —Se me ocurrió de repente, solo quería borrar esa expresión triste de su cara.

La verdad es que nunca necesité la aprobación de nadie para una maldita cosa, pero quería la aprobación de un niño para uno de los proyectos más importantes en los que ha trabajado la empresa Quent. No sabía explicar por qué, pero me importaba muchísimo que a Eliot le gustara el plano que habíamos creado para el shopping.

—Lo siento, señor, pero no puedo. Tengo que irme, seguro que mamá está muy preocupada por mí. —Dejó el vaso vacío sobre la mesa—. ¿Puede pedirle a su chofer que me lleve a casa, por favor? Me sé la dirección de memoria.

—Claro que puedo. Pero solo después de que visitemos el departamento de diseño artístico de la empresa. Nos va a tomar apenas diez minutos —prometí.

—Si es así… está bien —aceptó al fin, aunque todavía algo dudoso.

Fue un gusto ver la emoción de Eliot cuando llegamos al área de ingeniería. Se quedó impresionado con la maqueta 3D a escala real del interior del centro comercial. Las imágenes se podían mover con solo tocarlas. Nuestro equipo de ingenieros se había esmerado con los programas más modernos. La idea era hacer espacio para más de mil tiendas de todo tipo. Tendría una enorme zona de comidas, un parque gratuito para niños, una pista de patinaje sobre hielo artificial, entre muchas otras cosas geniales.

—¡Guau, esto está buenísimo, señor Quent! ¡Siempre quise aprender a patinar sobre hielo! Mi sueño es ver nieve de verdad, como en la tele, ¿sabe? —Corría de un lado a otro tocando todo lo que se le cruzaba por delante.

—Donde yo vivo nieva todos los años en diciembre. Creo que te gustaría, Eliot.

—¿Como en las películas navideñas?

—Aún más bonito, campeón. —Bajé la visera de su gorra para que le tapara gran parte de la cara.

—¡Qué genial! ¿Algún día me llevaría a donde vive usted, señor Quent? —preguntó deslumbrado, con el rostro iluminado.

—Sería un placer, Eliot, pero creo que tu madre no lo permitiría.

—Yo también creo que no. A mi mamá le gustan los lugares calurosos. Le encantan las playas —comentó mientras miraba unas hojas A4 y marcadores de colores sobre la mesa.

—¿Te gusta dibujar, Eliot?

—Me encanta, señor. Mi maestra siempre dice que soy muy bueno en eso. —Retorcía las manitas, desesperado por agarrar los marcadores.

—Entonces dibuja algo para que lo vea, quizá te contrato como nuevo ingeniero de mi empresa —lo animé.

—¡De acuerdooo! —Rápido como un rayo, agarró las hojas y los marcadores del mostrador y se sentó en el suelo—. ¿No va a venir, señor Quent? —Me sonrió como nadie me había sonreído antes. No tuve valor para decirle que no.

Así que, bajo la mirada de algunos de los ingenieros más prestigiosos del mundo, me senté en el suelo a jugar con Eliot. Jamás imaginé que terminaría haciéndome amigo de un niño de

nueve años. Pero ese niño era diferente. Especial para mí. Muy inteligente y carismático, tanto que se nos pasó el tiempo hablando de mil cosas. Con él, la charla nunca se agotaba. Era curioso, siempre quería saber el porqué de todo.

Me llevé un susto cuando miré por la ventana y noté que ya había oscurecido. ¡Carajo! Alabá debía estar desesperada buscando a su hijo.

—Ya es muy tarde, chico. Tengo que llevarte con tus padres ahora mismo.

—No tengo papá, señor. Solo mamá. —Se encogió de hombros mientras pintaba de violeta la terraza del edificio que había dibujado. Y lo hacía muy bien, de verdad.

¿Así que el padre de Eliot no lo reconoció? No me sorprendía en lo más mínimo. Alabá me engañó con un tipo que ni siquiera tuvo los huevos para asumir sus responsabilidades. Porque si ese niño fuera mío, habría sido mimado hasta el cansancio y crecido en un ambiente donde todos lo tratarían como un rey. Especialmente yo.

—Entonces yo te llevaré con tu madre, Eliot. —Justo cuando iba a hacerlo, escuché los gritos desquiciados de una mujer en la recepción.

Era Alabá. Furiosa.

No tardó nada en irrumpir como un huracán e invadir la sala a los gritos. Cuando me vio sentado en el suelo con Eliot en el regazo, se le inflaron las narinas y se le salieron los ojos.

—¡Suelta a mi hijo ahora mismo, psicópata asqueroso! —rugió como una leona salvaje defendiendo a su cría, lista para lanzarse encima. Y yo era el objetivo.

¡Estaba hecha un desastre! El pelo atado en una coleta chueca, con varios rizos sueltos pegados al rostro enrojecido e hinchado de tanto llorar, y la ropa toda arrugada como si hubiese llegado corriendo. Y aún así, la maldita seguía siendo hermosa.

—No hace falta que grites, Alabá. Tu hijo está bien. —Me levanté despacio, sin movimientos bruscos. Si una vez me disparó, era capaz de cosas peores en el estado de inestabilidad en que se encontraba.

Entonces se quedó en silencio, pero su respiración pesada se sentía en cada rincón de la sala donde, casualmente, estábamos los tres bajo el mismo techo…

Yo, el idiota enamorado.
La embustera.
Y el niño que creí abortado.

Qué ironía. Cuando besé a Alabá por primera vez, pensé que nuestra historia sería para siempre. Pero ella se encargó de demostrarme que estaba equivocado. Cambió el rumbo de las cosas para escribirnos un guión de película dramática. De esas que siempre terminan en tragedia.



Alabá

Me preocupé cuando llegó la hora de que mi hijo volviera de la escuela y simplemente no apareció en casa. Llamé a su maestra, quien me dijo que Eliot no había ido a clase esa mañana. Casi me dio un infarto. Me comuniqué con la policía de inmediato, pero me informaron que solo consideraban una desaparición después de veinticuatro horas. Hice un escándalo, pero no sirvió de nada, y por poco termino presa por desacato a la autoridad.

Me vi obligada a respirar hondo, actuar como una madre sensata e ir a buscar a mi bebé por mi cuenta. Le conté al personal del restaurante lo que pasaba y todos se ofrecieron a ayudar, pero como el lugar estaba lleno, la mitad se quedó atendiendo a los clientes y la otra salió a buscarlo por distintos lados para abarcar más zonas.

Conforme pasaban las horas, mi desesperación crecía. Vagaba por las calles llorando como una loca. Empezaba a oscurecer y yo ya no sabía qué más hacer ni dónde buscar a mi hijo. Entonces me crucé con una vecina chismosa que me dijo haber visto a Eliot subirse solo a un taxi en la calle de atrás. Me dio un colapso nervioso. No podía pensar en otra cosa más que en la posibilidad de que estuviera en manos de un secuestrador.

—¡Por Dios, Joana! ¿Cómo ves a mi niño subir solo a un taxi y no me dices nada? ¡La puta madre! —La sacudí de los hombros, furiosa.

—Pensé que tú le habías pedido el taxi para llevarlo a algún compromiso al que no podías acompañarlo. Cosas de madre soltera que trabaja mucho, ¿sabes? —intentó justificarse con descaro, usando una excusa hipócrita como si fuera normal que una madre autorice a su hijo a subirse solo al auto de un desconocido.

—Sí, claro que sé, Joana —solté con ironía y la dejé hablando sola.

Eliot podía estar en cualquier rincón de Salvador. Tenía una labia capaz de convencer a cualquier taxista del planeta de llevarlo hasta la luna si se lo proponía, y encima le pagaría una miseria por el viaje. Pero no iba a parar hasta encontrarlo. Y después lo iba a castigar por toda la eternidad.

¿Pero y si no lograba encontrarlo, Dios mío? Nunca sentí tanto miedo en la vida. Mi hijo y yo nunca habíamos pasado un día separados, imaginate el resto de la vida. Sin él, prefería morirme. Mi existencia ya no tendría sentido.

—No soy una buena madre, perdón, hijo mío... —Me dejé caer contra una pared grafiteada en una calle cualquiera, desesperada.

De pronto sonó el celular en el bolsillo. Era Bruno, que me decía que alguien, sin identificarse, había llamado al restaurante para avisar que Eliot estaba en la empresa Quent. No lo dejé ni terminar de hablar, le corté en la cara. Fui directo al garaje, subí al auto y seguí el GPS con las manos temblando de rabia.

¿Cómo había terminado en ese lugar, Dios mío? Solo podía ser otra de las artimañas de Oliver para herirme usando lo que yo más amaba. Pero antes de que se atreviera a tocar a mi hijo, lo cortaría en pedacitos.

Llegué a esa maldita empresa con sangre en los ojos. La secretaria del maldito rubio no quería dejarme pasar a la oficina de su jefe. Con lo nerviosa que estaba, sabía que existía una gran posibilidad de que lo matara con mis propias manos.

—Tranquila, señora, está temblando mucho. ¿Quiere que le traiga un vaso con agua y azúcar?

—¡Quiero que te vayas al infierno, querida! —Le agarré el brazo y lo apreté con fuerza—. Más te vale llevarme con mi hijo ahora mismo... o te arruino la vida —la amenacé. Ella era más alta que yo, pero tenía la mitad de agallas.

—Ellos no están en la oficina de mi jefe, están en el sector de diseño de la empresa. La acompaño. —Tragó saliva.

—Muchas gracias, Jamile. —Solté su brazo con desprecio, y me aseguré de llamarla por el nombre que decía en su plaquita para dejar en claro que no era del todo maleducada.

Seguí a Jamile por los pasillos, en estado de alerta. Apenas escuché la voz de Eliot desde afuera de la sala, nadie se atrevió a detenerme. Abrí la puerta de una patada y lo que vi me sacó de quicio: Oliver sentado en el piso, con mi hijo en su regazo, los dos riéndose como si estuvieran coloreando en un jardín de infantes.

—¡Quitá esas manos sucias de mi hijo, psicópata! —Me lancé con todo el cuerpo, temblaba de pura bronca.

Estaba demasiado conmocionada. Era una escena desgarradora que jamás creí que llegaría a presenciar: padre e hijo juntos. Oliver era un hombre poderoso que no valía ni el aire que respiraba, y claro que podía usar a Eliot para herirme. Quería mi restaurante y llegaría hasta las últimas consecuencias para conseguirlo. Se había convertido en un asunto de honor, tanto para él como para mí.

—No hace falta que grites, Alabá. Tu hijo está bien. —Oliver se levantó con calma. Tuve que contenerme para no saltarle encima a los golpes.

Noté en su cara que parecía genuinamente sorprendido de verme, lo cual me desconcertó. Pensé que había sido él quien mandó a llamar al restaurante para decir que Eliot estaba ahí, pero ahora ya no estaba tan segura.

—¡Hola, mamá! No te preocupes. El señor Quent me cuidó muy bien. —Eliot me sonrió de oreja a oreja. Parecía feliz, y eso me dio celos.

Pensé que lo encontraría hecho un mar de lágrimas, encerrado, gritando por mí, pero no. Le bastó un día con el padre para olvidarse por completo del resto. Ni se le cruzó por la cabeza que su madre,

que lo llevó nueve meses en la panza y se rompió el lomo para criarlo sola, lo había estado buscando como loca por toda la ciudad.

¡Qué decepción, Eliot!

—Si encuentro un solo cabello fuera de lugar en la cabeza de mi hijo, Oliver, te mato. —Lo amenacé, con la voz afilada—. Y tú, Eliot Monteiro, en casa vamos a tener una charla seria. —Le solté una mirada asesina. Cuando lo llamaba por su nombre completo, era porque se venía la tormenta.

—¿Así que tienes un hijo, Alabá? Qué curioso. —Se acercó Oliver, con las manos juntas en la espalda, como una serpiente acechando—. Porque hace diez años me mandaste un recado diciendo que lo habías abortado —me susurró al oído con voz ronca. Lloré y no necesito decir por qué.

Pero yo no tenía idea de qué carajo estaba hablando. Nunca mandé ningún mensaje a ese infeliz. Después de que me dejó tirada embarazada esa noche, nunca más supe de él ni de su maldita familia.

—No sé de qué mierda estás hablando, Oliver. Lo que sí sé es que mantuviste a una criatura acá sin el consentimiento de la madre, ¿entiendes? A eso se le llama secuestro. —Di un paso atrás, su cercanía me nublaba la cabeza.

Oliver seguía usando el mismo perfume amargo que yo adoraba. Cerré los ojos un instante y fue como si el tiempo no hubiera pasado.

—Perdón, mamá, no te enojes con el señor Quent. La culpa fue mía. —Eliot defendió al desgraciado.

—¿Enojada? ¡Estoy furiosa, Eliot! Y estás castigado por el resto de tu vida. Y si vuelves a escaparte de casa, te voy a dar tantas nalgadas que la marca de mi mano va a quedarte tatuada en la cola —grité sin tocarlo, pero el nene lloró como si le hubiera arrancado una pierna.

—¡No le grites, carajo! Lo estás asustando. —Oliver me fulminó con la mirada.

—¿Y ahora te importa mi hijo, Oliver? Porque antes, por tu culpa, Eliot ni siquiera exis... —me callé antes de largar la peor parte. La rabia casi me gana.

Como siempre, Eliot observaba todo atentamente, tratando de entender.

—¡Llévate al chico y dale algo de comer en tu oficina, Rubi! —El malnacido usó el intercomunicador con ese tonito molesto de empresario del año. Si pensaba que iba a quedarme sola con él, estaba muy equivocado.

—¿Qué? ¡Nadie va a alejar a mi hijo de mí! Ven, Eliot, nos vamos —no podía decir una sola palabra sin gritar. Eran años de rabia acumulada.

La señora que él había llamado para llevarse a Eliot no sabía qué hacer cuando llegó, parecía perdida en medio de un tiroteo. Iba con la mirada de él a mí, totalmente confundida.

—Haz lo que te pedí, Rubi. ¡Ahora! No pienso repetirlo —ordenó sin subir la voz, pero con un tono tan grave que nos asustó a las dos.

Incluso a Eliot, que se escondió detrás de mis piernas, asustado.

—No se preocupe, señora, voy a cuidar bien de su hijo mientras ustedes dos conversan. ¡Lo prometo! —Por alguna razón que no entendí, esa tal Rubi me inspiró confianza, así que asentí.

Ella le tomó la mano a Eliot y se lo llevó. Él me miró por encima del hombro hasta el último segundo. Me sentí más liviana. Ahora podía insultar a Oliver todo lo que quisiera.

—Escúchame bien, hijo de una gran puta, si piensas que puedes usar la inocencia de un niño para hacerme daño, estás muy equivocado. No sé cómo hiciste para traer a Eliot hasta acá, pero nada en este mundo va a hacer que venda mi restaurante, ¡y mucho menos a un cretino como tú! —vomité todo de una sola vez, intentando no vacilar mientras él me rodeaba con la mirada de quien observa una obra maestra.

—Me importa una mierda tu restaurante, Alabá. ¡¿Por qué carajo me mentiste diciendo que habías abortado?! —Oliver se convirtió en la encarnación del demonio frente a mí. Sus hombros anchos se inflaron y el rostro se puso tan rojo que parecía que tenía una bola de fuego atorada en la garganta.

No entendía de dónde sacaba semejante acusación. Yo jamás jugaría con un tema tan serio como un aborto. Amé a mi hijo desde

el instante en que supe que existía.

—¡Vete a la mierda, Oliver! No tengo por qué darte explicaciones. —Le puse el dedo en la cara. Él quería revolver un tema que para mí ya estaba enterrado desde hace mucho.

—¿¡Será que puedes callarte un puto minuto, carajo!? —Golpeó la pared con tanta fuerza que la sangre brotó de los nudillos. Me paralicé, sin fuerzas para responderle.

—Así me gusta. ¡Buena chica! —El desgraciado me apretó el mentón, sintiéndose victorioso por haber logrado callarme. Era rarísimo que eso pasara.

Quería mandarlo directo al infierno y llenarle la cara de cachetadas, pero estábamos tan cerca que, como una estúpida, me perdí en la intensidad de sus seductores ojos color pistacho.

—Para empezar, Alabá, ni por un segundo pensé que ese chico fuera tu hijo, carajo. No secuestré a nadie, él vino por su cuenta. Es más, ¿dónde estabas tú cuando se escapó? —insinuó que yo no era una buena madre, siendo que me rompí el lomo durante diez años criando al hijo que él rechazó.

—Estaba trabajando como una condenada para mantenerlo, como he hecho desde el día en que nació, ¡Oliver Quent! —Me tragué las lágrimas de pura bronca. No le iba a dar ese gusto.

—Y lo hiciste muy bien, Alabá. El chico es increíble. Más inteligente que muchos adultos que conozco. Estoy realmente impresionado con su carisma —dijo con sinceridad.

Oliver ni siquiera se dio cuenta, pero sonreía con cada palabra que soltaba.

Yo quería seguir sintiendo rabia por él, pero simplemente no podía. Entonces me odié a mí misma por ser tan idiota, por sentirme feliz al escuchar al padre negligente de mi hijo elogiándolo por primera vez, y con tanto cariño.

—Eliot es mucho más especial de lo que crees. Tiene una facilidad innata para ganarse a la gente. Es algo que simplemente se siente. No se explica —dije, llena de orgullo por mi niño. A pesar de lo complicada que fue la gestación, nació sano y hermoso como un rayo de sol en una tarde de otoño.

—Lo entiendo. Porque ese encanto es igualito al de la madre... peligrosamente irresistible. —Acortó aún más la distancia entre nosotros y nuestros cuerpos se rozaron.

Podía sentir el calor de su piel contra la mía. Oliver estaba alterado con toda esa cercanía, y yo también.

—En realidad, creo que ese encanto irresistible de mi hijo viene del padre —solté sin pensar. La expresión de Oliver cambió por completo, y no para bien. No le gustó lo que dije.

Me aferré a los pliegues de mi falda larga para disimular el nerviosismo. Pero la respiración entrecortada me delataba. La última vez que mencioné la palabra padre delante de Oliver, fue un desastre. Nunca voy a olvidar la forma asquerosa en la que me miró, como si yo fuera la peor criatura sobre la Tierra. Exactamente igual a como me estaba mirando ahora. Me encogí, esperando lo peor.

Estaba por romperme el corazón otra vez.

Lo podía sentir.

—¿Por qué le pusiste el nombre de mi padre a tu hijo, Alabá? ¡Dios mío! No me digas que Eliot es hijo de él. Con la fama de puta que tenías en Salvador, no me sorprendería. No sé cómo carajo me creí esa frase: *"Prometo que de ahora en adelante seré solo tuya y de nadie más. Nunca más habrá otro hombre en mi vida."* Estaba tan enamorado que no quise ver lo obvio. Todo fue una farsa. Lo planeaste todo al detalle para darme el viejo golpe del embarazo. Yo era un virgen idiota enamorado y tú te aprovechaste —me escupió a la cara sin piedad.

Yo no era ninguna santa cuando conocí a Oliver, y se lo dejé bien claro antes de empezar a salir. Pero le prometí que, después de él, no habría otro hombre en mi vida. Y aun después de todo lo que me hizo, hasta hoy, he cumplido esa promesa.

—Nunca más te atrevas a repetir eso, malnacido. Tú más que nadie sabes lo increíble que era tu padre... y lo enamorado que estaba de tu madre. —Me temblaban los labios, pero no flaqueé.

La rabia era tanta que lo único que quería era arañarle la cara hasta dejarla en carne viva. ¿Quién carajo se creía para llamarme puta así, sin más? Paulo tenía razón: siempre dijo que había algo

muy podrido en Oliver. Si lo hubiera escuchado a tiempo, me habría ahorrado tanto sufrimiento innecesario...

Si le puse a mi hijo el nombre del padre de Oliver fue para rendirle homenaje, porque él siempre decía que, si algún día teníamos un hijo, se llamaría Eliot, como el hombre que más admiraba en el mundo.

—Si no es de mi padre, entonces ¿de quién es ese chico? Porque los dos sabemos que no puede ser mío. Nací estéril —seguía insistiendo con esa mierda, pero yo sabía que era mentira.

La familia de Oliver podría ser rica y tener a los mejores médicos del planeta a su disposición, pero se equivocaron feo con ese diagnóstico. Si Eliot no era hijo suyo, entonces no era hijo de nadie. Pero ya me había cansado de intentar hacerle entender.

—Eliot es solo mío desde que nació, y así será para siempre. Así que quién es su padre ya no importa. —Llené el pecho de aire y me planté con dignidad. Soy madre soltera y estoy muy orgullosa de eso.

—Para mí sí importa. Pero algo me dice que ni siquiera sabes quién es el padre de tu hijo. —Se le dibujó una sonrisa amarga en los labios que tuve el placer de borrar con una buena bofetada. Se le quedaron marcados los dedos en la cara.

—¡No hables de lo que no sabes, Oliver! —Le pegué del otro lado. Estaba fuera de mí.

—No vuelvas a atreverte a hacer eso nunca más, ¿me entendiste bien? —Me acorraló contra la pared con un gruñido. Juro que por un momento creí que me iba a matar ahí mismo, y así acabar con todos sus problemas.

Pero en vez de eso, Oliver se abalanzó sobre mis labios con una rudeza que me tomó por sorpresa. Juro que traté de resistirme con todas mis fuerzas, pero mi cuerpo me traicionó. Respondió de inmediato al calor y a la agilidad de esas malditas manos. Me metió la lengua con la desesperación de un explorador aventurándose en tierra desconocida. Había rabia. Rencor. Deseo.

Las piernas se me aflojaron. Al notar eso, Oliver me apretó aún más fuerte por la cintura, y su erección se frotó contra mí.

¡Dios! Me había olvidado de lo bien que se sentía besarlo. Ya no había tanto sentimiento como antes, pero aun así era algo… Algo que no sé explicar. A veces, las palabras no alcanzan para decir todo lo que hay en el corazón.

—Sigues siendo la misma chica fácil de siempre, Alabá. —Se apartó limpiándose la boca hinchada con una sonrisa burlona. Me sentí una puta de carretera, como las que las monjas siempre decían que era mi madre.

Oliver me había besado solo para burlarse de mí. Quería demostrar que aún tenía poder sobre mi cuerpo, y yo, la idiota, caí como una novata.

—¡Eres un asqueroso de mierda! —Le golpeé el pecho. Cuanto más le pegaba, más se reía de mí.

¡Qué bronca!

En un ataque de furia, tropecé y caí de culo al piso, humillada y, una vez más, herida por ese cobarde sin alma.

—¿Te lastimaste, Preta? —Oliver se inclinó para ayudarme a levantarme. Aproveché su acercamiento para tomarle la mano y colocarla alrededor de mi cuello.

¡Era hora del espectáculo!

—¿Qué carajos estás haciendo, loca? —preguntó confundido.

—¡Auxilio! ¡Me quiere matar! —grité lo más fuerte que pude.

Había notado por el rabillo del ojo que dos policías estaban hablando con la secretaria en la recepción. Corrieron hacia la sala en cuanto me oyeron. La policía llegó justo a tiempo. Mientras venía en camino a esta empresa de mierda, llamé a la comisaría y les pasé la dirección donde creía que mi hijo estaba siendo retenido contra su voluntad.

—Suelte a la señorita y aléjese de ella muy despacio, señor. Y mantenga las manos donde podamos verlas —ordenó el policía más grande, con la mano en el arma. Sonreí por dentro. La situación estaba a mi favor.

Así que iba a aprovecharla.

—Por favor, oficial, ayúdeme. Este hombre está fuera de control. Primero quiso obligarme a venderle mi restaurante. Como no acepté, secuestró a mi hijo para vengarse y ahora acaba de intentar

violarme. —Rompí en un llanto más convincente que actriz de novela mexicana. Oliver me miró pasmado, sin poder creer lo que acababa de escuchar.

No tenía ni idea en lo que me había convertido. Ya no era esa chica ingenua que hubiera hecho cualquier locura por él. El sufrimiento me volvió una mujer peligrosa cuando la empujan.

—¡Es mentira de esta maldita! Jamás le pondría un dedo encima —trató de defenderse, pero con la mano todavía en mi cuello, era difícil que le creyeran.

—Aléjese de la señorita, señor. No lo voy a repetir. No me obligue a disparar —advirtió el otro policía, un poco mayor.

—Está bien, oficiales. Tranquilos. No hay necesidad de que esto se descontrole. —Oliver levantó las manos en señal de rendición.

Pero no fue suficiente para convencerlos. Los dos policías se le abalanzaron y le dieron una probadita de sus pistolas eléctricas. Oliver cayó al suelo retorciéndose como una lombriz en asfalto caliente. Bien hecho, idiota.

¡Toma por imbécil!

—Esto fue solo una muestra de lo que soy capaz, Oliver. Si no te olvidas de mi restaurante y no te mantienes bien lejos de mi hijo, voy a destruir tu imagen de CEO poderoso de una forma que vas a desear no haber nacido nunca —le susurré al oído mientras los policías lo arrastraban fuera de su empresa de miles de millones de dólares, esposado como cualquier delincuente de barrio.

Pero él no era un delincuente común. Era el poderoso Oliver Quent. Y con toda la plata que tenía, no iba a durar mucho tras las rejas. Aun así, verlo pasar esa vergüenza delante de todos sus empleados fue una gloria. No estaba mintiendo cuando le dije que, si no nos dejaba en paz, lo iba a destruir.

Y si hacía falta, lo mandaría de regreso a Estados Unidos llorando como un bebé, con la cola entre las piernas, tan traumado que no volvería a pisar Brasil jamás.

Si Oliver Quent quería guerra… ¡La iba a tener!

—¡Me las vas a pagar, Alabá! —rugió Oliver, rojo de furia, forcejeando con los policías que intentaban llevárselo. Yo me encogí

de hombros, descarada, como diciendo:
"*Puedes venir caliente porque estoy hirviendo, querido".*

Su rebeldía solo provocó una nueva descarga eléctrica. Nada como mil voltios para calmar a un macho histérico. Después de revolcarse un poco más en el suelo del pasillo, ya no ofreció resistencia. Se lo llevaron bien calladito.

Con el alma en paz, fui tranquila hasta la oficina de Rubi a buscar a mi hijo. Estaba sentado en el escritorio terminando de comer un sándwich. Cuando me vio entrar, me regaló una sonrisa con la boca toda manchada de jugo de uva.

—Muchas gracias por cuidar de él, Rubi. Pero si yo fuera tú, me iría directo a la comisaría a ver a tu jefe. Está un poquito complicado —no pude evitar el chiste.

—¿A la comisaría? ¡Dios santo! —Llevó la mano al pecho, sorprendida.

Rubi se despidió con un gesto rápido y salió corriendo. Nos quedamos solo Eliot y yo.

—Vamos, hijo, volvemos a casa. Te espera un castigo de los buenos. —Extendí la mano hacia mi niño travieso. Él la tomó después de soltar un suspiro largo.

—Perdón, mamá. Solo quería ayudar. No te enojes con el señor Quent, es bueno. Me cuidó y hasta me enseñó a dibujar edificios. Dijo que tengo talento para la construcción —contó entusiasmado.

—¿Ah, sí? ¿Eso te dijo? —Me crucé de brazos, con las manos en la cintura, cargada de ironía.

—¡Sí, mamá! El departamento de creación de la empresa es lo máximo, vi la maqueta del centro comercial y de varios proyectos buenísimos. Cuando sea grande quiero ser ingeniero y convertirme en presidente de una empresa bien rica como el señor Quent —aseguró con la convicción de quien sabe lo que quiere.

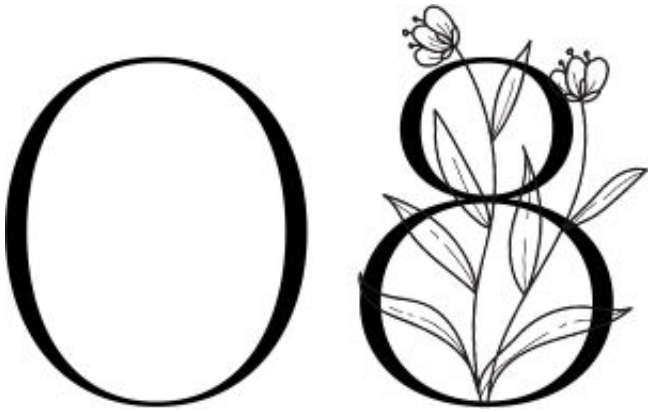
Dicen que *de tal palo, tal astilla.*

—No conoces a ese hombre como yo, hijo, no vale nada. Quiero que me prometas que nunca más vas a hablar con Oliver Quent, ¿crees que puedes hacer eso por mamá? —Me incliné hasta quedar a su altura, quería estar segura de que lo prometiera de verdad.

—Está bien, mamá —aceptó con la cabeza baja, pero ya era suficiente para tranquilizarme, al menos por ahora.

—Gracias, hijo, no sabes lo importante que es esto para mí. —Le besé su carita hermosa, agradecida con Dios por haberme devuelto a mi niño sano y salvo.

En la vida todo es incierto, excepto el amor de una madre.



Oliver

Antes
Año 2000

—¿Adónde vas tan temprano, hijo? —Mi mamá me agarró infraganti, era la cuarta vez esa semana.

Mis padres no me prohibían salir, pero insistían en saber adónde iba y con quién. A qué hora pensaba volver, entre otras cosas típicas de padres sobreprotectores. Usaban como excusa que vivíamos en un país distinto donde apenas dominábamos el idioma, por eso teníamos que actuar con prudencia todos los días. Pero la verdad era que, desde siempre, mis padres habían sido así. No importaba si estábamos en Estados Unidos o en cualquier otro lugar del mundo; era hijo único y me amaban más que a nada en la vida.

—Voy a encontrarme con una amiga, mamá. Me está dando clases de portugués —fui sincero, odiaba mentirle.

No tenía motivo para hacerlo. Pero la parte en la que estaba completamente encantado por esa "amiga" preferí guardármela. Al fin y al cabo, Alabá era dura de roer y esquivaba todas mis indirectas, pero siempre fui un tipo decidido y no me rendía jamás cuando realmente quería algo. El abuelo Arthur siempre bromeaba diciendo que "cabeza dura" debería ser mi segundo nombre.

—¿Y el profesor de portugués carísimo que estábamos pagando en Nueva York, Oliver Quent? ¿Ese al que solo fuiste la primera clase?

—No me gustaba ese engreído, mamá. Aprendí mucho más por mi cuenta en internet, y ahora, con la ayuda de mi amiga, voy a hablar portugués fluido en poco tiempo. —Le di un beso en la mejilla.

—¿Y hace falta vestirse así de arreglado, Oliver? —Alzó una ceja y cruzó los brazos sobre su bata de seda lila, con esa mirada de madre que sabe que su único hijo está tramando algo.

Siempre pensé que mi madre era una mujer hermosa y de corazón puro, la típica americana alta, de ojos azules y cabello rubio ondulado cayéndole sobre los hombros. Cuando salíamos, la gente nos preguntaba si éramos hermanos. Nuestra familia había sido asquerosamente rica desde siempre, pero mi mamá, igual que mi papá, eran personas simples y de gran corazón.

—Me compré esta camisa en Hawái el año pasado, en el viaje de vacaciones con el abuelo, ¿te acuerdas? —Di una vuelta para que pudiera mirar bien la prenda, una camisa bien hawaiana de fondo negro con estampado en tonos verdes, blancos y rojos.

Debí haberme probado todo mi ropero esa mañana, quería verme bien para ella. Mi Alabá. Todo en ella me atraía como un imán, desde su nombre exótico hasta esa belleza deslumbrante. No podía sacarme a esa chica testaruda de la cabeza desde que la conocí en la fiesta del hijo de uno de los socios de mi papá aquí en Brasil. Él quería que hiciera nuevos amigos, pero terminé encontrando algo mucho más fuerte que probablemente me haría quedarme en ese país incluso después de que mi papá terminara la construcción de la hidroeléctrica y tuviéramos que volver a Nueva York, donde era presidente de la sede de la empresa Quent, igual que mi abuelo lo había sido por muchos años y como lo sería yo algún día.

Amaba el trabajo que nuestra familia venía haciendo generación tras generación. Tomaban un terreno vacío y, en poco tiempo, levantaban obras impresionantes que embellecían la ciudad y generaban cientos de empleos. Además, vivíamos en distintos

países, pero Brasil se había convertido en mi favorito de todos los que habíamos pasado. Incluso andaba investigando algunas universidades interesantes a las que podía postularme.

—Me encanta esa camisa, hijo, ahora no hagas esperar a tu chica, ve. —Mi papá apareció en la sala con su bóxer azul y pantuflas felpudas en los pies, una taza de café en una mano y el periódico en la otra.

Papá y yo éramos parecidos en todo, teníamos la misma contextura alta y delgada y una paciencia infinita con las mujeres complicadas. No por nada llevaba veinte años casado con mi mamá. Mi padre me conocía como nadie, sabía cuándo estaba de mal humor, feliz, asustado y, sobre todo, enamorado.

—¿Tu chica? Pensé que solo era una amiga. —Mamá se llevó las manos a la cintura. Ahora no me dejaría salir hasta que le contara hasta el perfume que usaba Alabá.

—La que tiene a nuestro hijo suspirando por toda la casa, ¡esa misma! —Papá se encogió de hombros y se tiró en el sofá, puso las noticias y se relajó mientras disfrutaba de su café.

Era domingo, el único día que se tomaba libre. Así que aprovechaba cada segundo sin hacer absolutamente nada. Cuando no estaba comiendo, estaba durmiendo o de arrumacos con mi madre por la casa.

—¡No tengo idea de lo que están hablando! Ya me voy, familia, nos vemos más tarde. —Me acomodé el pelo en el vidrio del estante, me colgué la mochila, agarré mi patineta junto a la puerta y salí disparado antes de que me sepultaran bajo otra avalancha de preguntas.

Llegué a Praia do Forte con el corazón latiendo rápido. Amaba cada grano de arena de ese lugar. Era el sitio favorito de Alabá en Salvador, así que también se volvió el mío. Apenas llegué, la vi sentada a los pies de una palmera, mirando fijamente el mar azul intenso frente a ella, perdida en sus propios pensamientos. Había algo misterioso en esa chica. Algo que me fascinaba. Evitaba hablar de su vida personal, solo escuchar la palabra "familia" le hacía temblar las manos. Por eso evitaba tocar ese tema, porque una

leona herida, cuando se siente acorralada, siempre ataca con fiereza o huye muy lejos.

Y yo quería a Alabá muy cerquita de mí...

La observé con calma mientras daba pasos silenciosos. Alabá llevaba un bikini amarillo que brillaba sobre su piel oscura y deslumbrante. Su cabello rizado y voluminoso estaba suelto y volaba salvaje con la brisa más fuerte, parecía una sirena con el poder de hechizarme con solo una mirada.

—Llegas cinco minutos tarde a clase, gringo. —Al notar mi presencia, sonrió, y yo sonreí también.

—Perdón, profesora, *yo tener* un imprevisto. —Me quité la mochila y me senté a su lado, lo bastante lejos para ser respetuoso y lo bastante cerca para sentir su aroma a flores frescas. No le bastaba con ser tan hermosa que dolía, también tenía que oler rico.

Estaba completamente perdido.

—Como estás hablando de algo que pasó, se dice "tuve un imprevisto", Oliver. ¿Entendiste? —Asentí con un guiño. Alabá era una excelente profesora de portugués.

Era buena en todo. Incluso sin hacer nada, conseguía parecerme perfecta.

—Hice la tarea que me dejaste, profe, aquí está. —Saqué el cuaderno de la mochila y se lo entregué. Me sentí igual que en el jardín de infancia.

Me quedé en silencio mientras ella corregía los ejercicios, concentrada, con la lapicera entre los dientes y los pies hundidos en la arena blanca. Tuve que tragar saliva con los ojos fijos en sus piernas gruesas y torneadas. A mis diecisiete años, todavía no había tenido sexo. Era un romántico empedernido a la antigua, de esos que sueñan con encontrar a la chica correcta. Y desde que conocí a Alabá, sentía que ya la había encontrado.

¿Cómo lo sabía?

El corazón me latía más rápido cada vez que la miraba. Pensaba en ella todo el día y, por la noche, acostado en mi cama escuchando mi playlist de Bon Jovi, soñaba con mi morena hermosa. Al despertar, su imagen era lo primero que se me venía a la mente. Si eso no era amor, entonces ya no sabía qué podría ser.

—Acertaste el noventa y ocho por ciento de los ejercicios, Oliver. En pocas semanas, vas a hablar portugués mejor que yo. ¡Felicitaciones! —Me regaló un abrazo inesperado y yo lo correspondí encantado. No sabía cuándo volvería a tener la oportunidad de tocarla.

—Gracias, Alabá. Pero ya que voy tan bien con el portugués… ¿Qué te parece si nos tomamos el día libre? Hay que celebrarlo. —Me la jugué con una propuesta arriesgada.

—Buen intento, gringo, pero no va a funcionar. —Me tiró el libro de portugués en la cara.

—¿Funcionar? Pero si yo no rompí nada… —Fruncí el ceño, confundido.

—Y aún así querías cancelar la clase de hoy, Oliver. —Se rió en mi cara hasta que le dolió la panza, y yo me reí con ella, aunque no tenía idea de qué había dicho que fuera tan gracioso.

Pasamos las siguientes horas estudiando y riéndonos sin parar. Nunca imaginé que podía divertirme tanto con alguien, incluso haciendo algo aburrido como estudiar. Alabá me hacía feliz solo siendo ella misma. Sin dramas, sin caprichos, sin esas neurosis de las adolescentes mimadas de hoy en día. Era totalmente distinta a las chicas de mi antiguo colegio, que solo pensaban en ser porristas flacas y crueles, y en salir con los jugadores del equipo de fútbol donde yo era el capitán. Por eso me coqueteaban todo el tiempo: me trataban como un trofeo, no como una persona.

Y si hay algo que odio más que nada en la vida, es a la gente interesada.

—Creo que por hoy ya es suficiente, Oliver. Nos vemos acá mañana a la misma hora. —Empezó a guardar sus cosas para irse, pero todavía era temprano y yo quería pasar más tiempo con ella.

—¿Por qué no te quedás un rato más, morena linda? Es hasta un crimen venir a este paraíso y no meternos al agua. —Me saqué la camisa y sus ojos fueron directo a mi pecho marcado; era delgado, pero bien formado.

No pude evitar una sonrisa orgullosa. Ella también sentía algo por mí.

—¿Morena linda, eh? —Alzó una ceja con una curva perfecta.

—¡Sí! Amo el color de tu piel y me pareces preciosa, así que es el apodo perfecto. ¿No te gusta?

Alabá se puso seria de repente y el corazón se me disparó. Temí haber dicho una estupidez y arruinado todo.

—No es que no me guste, Oliver. En realidad… ¡Me encantó! —Sonrió tímida y mi corazón volvió a su ritmo normal.

—Entonces así te voy a llamar de ahora en adelante, Morena. —Le toqué la punta de la nariz.

—Ok, gringo. ¿Y ese chapuzón? ¿Vamos o no vamos? —Se puso de pie frente a mí, con las manos en la cintura.

—Claro que sí, linda, ¡vamos! —La cargué en brazos y corrí hacia el mar. Su risa divertida era como esa canción favorita que nunca te cansa.

—Estás loco, chico. —Se aferró a mí y escondió la cara en mi cuello para protegerse de las olas que nos golpeaban. El mar estaba bastante agitado con nuestra invasión repentina.

—Estoy loco, sí, Morena… pero por ti. —Me declaré por fin, mirándola directo a los ojos y rezando porque sintiera lo mismo.

Pasaron varios segundos y Alabá seguía callada, con una expresión de sorpresa absoluta. Tal vez para ella era muy pronto para hablar de sentimientos. Al fin y al cabo, hacía solo unas semanas que nos habíamos cruzado. Pero desde entonces, me daba clases prácticamente todos los días y era la persona con la que más compartía tiempo. Mis padres trabajaban tanto que apenas los veía entre semana.

—Creo que yo también estoy loca por ti, gringo —murmuró mordiéndose el labio, y me ganó por completo.

—Me alegra saberlo —respondí con el corazón latiéndome tan fuerte que no podía ni pensar con claridad. No recordaba haberme sentido así antes.

Con ternura, aparté de su rostro los mechones mojados y acerqué nuestros labios muy despacio. Sentía que la conocía de toda la vida, por eso quería ir con calma, asegurarme de que estuviera lista.

Lista para ser mía para siempre…

—Más vale que sepas que no soy ninguna santita, Oliver. Ya estuve con varios chicos antes de ti. —Desvió la mirada, avergonzada. Estaba tratando de decirme que era una chica "experimentada", y para mí eso no era ningún problema.

Me gustaba todo de Alabá, y jamás la juzgaría por su pasado. Era perfecta para mí.

—No me importan los otros antes de mí, Morena. Pero de ahora en adelante, quiero que seas solo mía. —Apoyé mi frente contra la suya. Nunca había sentido una conexión tan fuerte con alguien.

—Nunca habrá otro hombre en mi vida después de ti, Oliver Quent. Te lo prometo. —Selló su promesa con un beso lleno de pasión.

Y después de ese beso, supe que todos mis besos tenían que ser de ella.



Oliver

Ahora

—¡Voy a matar a esa hija de puta! No puedo creer que Alabá haya tenido el descaro de mandarme a la cárcel —gruñí furioso. Llevaba una hora bajo la ducha tratando de quitarme el olor asqueroso de esa celda inmunda que tenía el doble de presos de los que debería.

Pensé que sería fácil librarme del lío en el que Alabá me metió cuando me acusó de secuestro, intento de violación y no sé cuántas cosas más. Supuestamente solo estaría media hora en esa comisaría de cuarta, como me dijeron mis abogados, y después me iría. Pero no fue así. Todo lo que decía, los policías lo usaban en mi contra. El hecho de que me hubieran agarrado en "con las manos en la masa" tampoco ayudó. Y cuando intenté sobornarlos para agilizar las cosas, todo empeoró. Parecía una pesadilla sin fin.

Ni siquiera con todo el equipo legal de mi empresa haciendo hasta lo imposible lograron sacarme de ahí de inmediato. ¡Tuve que pasar la noche en esa pocilga, rodeado de delincuentes pesados! Yo, el poderoso CEO Oliver Quent. La fianza recién salió esta mañana, pero igual tendría que responder al proceso más adelante, a menos que Alabá retirara la denuncia.

—Esa maldita no sabe con quién se metió. —Sonreí con perversidad mientras el agua me caía en la cara, ya con una idea

clara en la cabeza para demostrarle al enemigo que estaba de vuelta en el campo de batalla.

La situación ya no era solo personal.

Se había vuelto una cuestión de honor. Y cuando se trata de honor, todo vale. Alabá dejó eso bien claro ayer. Terminé mi baño, me puse mi mejor traje y le pedí a Rubi que cancelara todos mis compromisos del día. Tenía un lugar muy especial al que debía ir. El alcalde de la ciudad me había invitado a almorzar con su familia y, aunque al principio lo rechacé, sabía que su intención era empujarme a su hijita. Quizá hasta me acostaría con ella después, pero no pasaría de eso.

Cuando llegué a la casa del alcalde, su esposa Amalia me recibió de maravilla. Al poco rato apareció el ilustre señor, del brazo de su hija, toda producida con un vestido largo color naranja atardecer. No podía negar que era una rubia hermosa, pero no le llegaba ni a los talones a Alabá. Ni de cerca. Pero iba a servirme para lo que planeaba.

¡Mierda, Oliver! ¿De verdad estás comparando a Alabá con otras mujeres? Contrólate.

—Qué alegría tenerlo en nuestra humilde casa, señor Quent —dijo el alcalde, tocándome el hombro como si fuéramos amigos de toda la vida.

Fue bastante modesto al llamar "humilde" a esa mansión; además de enorme, estaba en uno de los barrios más exclusivos de Salvador. Ni hablar de la colección de autos importados que vi en la entrada.

—El honor es todo mío, alcalde. —Forcé una sonrisa.

—¿Por qué no le muestras la casa a nuestro invitado, Marina, mientras yo pido que sirvan la mesa? —La señora Amalia prácticamente empujó a la hija hacia mí. Faltó poco para obligarnos a tomarnos de la mano y anunciar el compromiso.

—En realidad, pensé en llevarla a almorzar a un restaurante muy especial —dije, rascándome el mentón con una sonrisita.

Llegamos al restaurante de Alabá y la gerente nos recibió con cara larga apenas me reconoció. Al principio inventó que el lugar estaba lleno y que no había mesas disponibles, aunque yo mismo

podía ver varias vacías. Ya me lo esperaba, por eso pedí a mi secretaria que hiciera la reserva a su nombre, así no habría forma de que nos rechazaran. Tuvieron que aguantarse. Mientras nos conducían a la mesa, aproveché para examinar bien el lugar.

Siendo sincero, ese caserón era una verdadera obra de arte. Sería un desperdicio tirarlo abajo. Pero a veces hay que dejar ir cosas buenas para construir otras aún mejores.

—Me encanta este lugar. Mis amigas tenían razón, es increíble —dijo Marina, agarrándose de mi brazo con toda la confianza del mundo. No era el único que admiraba la belleza del establecimiento.

El techo tenía forma oval y estaba decorado a mano sobre el yeso blanco, lo que contrastaba con las paredes de colores intensos, muy al estilo bahiano. La iluminación era tenue, proporcionada por un enorme candelabro de cristal en el centro del salón, dándole un aire elegante y acogedor. Se notaba que cada detalle tenía el toque de Alabá, incluso los más pequeños, como los arreglos de flores naturales sobre las mesas.

—Esta es su mesa. En breve un camarero vendrá a atenderlos —dijo la morena amargada con una sonrisa fingida. Bajé la mirada a la plaquita con su nombre: Vanessa.

—Muchas gracias, Vanessa, pero quiero que nos atienda la dueña del restaurante. ¿Se encuentra presente? —Miré alrededor, impaciente por ver a Alabá.

—Me temo que no será posible, señor. Lo siento mucho.

—No pregunté si era posible, señorita. Dije que quiero que nos atienda Alabá Monteiro. Así que vaya a buscarla —no pedí, ordené.

La gerente se movió incómoda. No parecía de las que aceptaba órdenes de nadie. Mucho menos de un enemigo arrogante.

—Como le dije, no será posible, señor. Alabá no es solo la dueña del restaurante, también es la chef. Y debido a la alta demanda, apenas tiene tiempo para salir de la cocina. Este restaurante vive lleno, sus platos son muy famosos —intentó justificarse inútilmente.

Me costó procesar esa información. Saber que Alabá había logrado la carrera con la que siempre soñó me hizo sonreír. Sabía que era la dueña, pero no que era la chef. Cuando éramos novios, siempre cocinaba para mí cuando mis padres no estaban. Yo me

rendía ante todo lo que hacía. Tenía manos de ángel para cualquier cosa comestible.

Ahora entendía el éxito del restaurante. Detrás estaba ella, la mujer talentosa que sabía conquistar desde el paladar.

—Si ella es la chef, entonces está en la cocina. Así que tráigala, o iré yo mismo —elevé la voz, llamando la atención de varias mesas cercanas. Cuanto más escándalo, mejor.

—Pero, señor… —volvió a intentar, pero mi mirada fue suficiente para dejar claro que no pensaba dar el brazo a torcer.

—Será mejor que hagas lo que pidió, querida. Por favor —pidió el alcalde, incómodo. No era tan tonto como parecía, y ya entendía por qué estábamos ahí.

Solo los invité a ellos para almorzar en el restaurante de Alabá porque sabía que con su presencia ella no podría echarme a patadas como habría hecho si yo venía solo. Con ellos allí, la dejaba contra las cuerdas. Estaría obligada a aguantarme toda la tarde, y en silencio.

—Como deseen, señores. Pero no prometo nada —masculló entre dientes, a punto de explotar.

Unos minutos después, mientras revisábamos el menú, para mi sorpresa, Alabá apareció con una sonrisa enorme para atendernos en persona. Respondía a mi provocación a la altura. Fue por eso que me enamoré de esa mujer.

Podía tener mil defectos, pero cobarde no era. Nunca huía de una buena pelea.

—Buenas tardes a todos. Espero que estén siendo bien atendidos —dijo Alabá, deteniéndose justo frente a nuestra mesa con las manos cruzadas a la espalda. Le devolví la sonrisa sin darme cuenta.

Marina me miró con cara de culo al igual que su madre. Pero no pude evitarlo. Cuando Alabá estaba cerca, todo lo demás dejaba de importar. Solo ella.

—Buenas tardes, señorita Monteiro. Su restaurante es realmente un lugar muy agradable, es una pena que le quedan los días contados —lancé la burla, había ido ahí a provocarla y aprovecharía cada oportunidad para cumplir mi objetivo.

Sin embargo, eso no me impedía notar lo bien que le quedaba el chaquetín de chef con su postura confiada. Siendo sincero, cualquier cosa le quedaba bien a esa maldita. Incluso con el cabello recogido en un moño alto y sin una gota de maquillaje, seguía viéndose deslumbrante.

—Entonces, alcalde, ¿usted y su familia ya decidieron qué van a pedir? —Me ignoró por completo, y eso encendió mi rabia.

—Sí, querida. Yo quiero un vatapá tradicional. ¿Y ustedes, niñas?

La esposa del alcalde y su hija hicieron sus pedidos. Alabá las escuchó con atención, sin anotar nada.

—¿Y usted, ya decidió también? —Se volvió hacia mí con total indiferencia.

Pero sus ojos pasaron discretamente por la hija del alcalde, que estaba sentada a mi lado prácticamente encima mío, y noté que su expresión se volvió incómoda después de eso.

—Claro que sí, chef. Quiero que me prepares mi plato favorito. ¿Todavía recuerdas cuál es? —La miré fijamente a los ojos. Ella bajó la cabeza, rompiendo el contacto visual.

Recordar ese tema era demasiado para Alabá. La primera vez que cocinó para mí fue en un día que marcó nuestras vidas.

—Claro que sí, señor. Y ahora, si me disculpan, debo volver a la cocina. Siéntanse como en casa —dijo en voz baja y se fue.

Mientras el alcalde seguía hablando sin parar con las mujeres de su vida, yo me mantuve en silencio. Golpeaba el suelo con las piernas debajo de la mesa y las manos me sudaban sin parar. No dejaba de mirar hacia la puerta de la cocina, esperando que Alabá apareciera en cualquier momento.

Pero no volvió más. El camarero trajo los platos de todos, menos el mío.

—Nuestra chef está terminando su plato, señor. Dijo que lo va a traer ella misma en unos minutos. Comentó que está poniéndole especial esmero porque era un pedido especial —anunció el muchacho, que tenía algunos pelos de barba mal afeitados en la cara. Seguramente la máquina que usó estaba desafilada.

—Muchas gracias. —Me removí en la silla, impaciente.

Cuando Alabá se acercó con paso lento a nuestra mesa, llevando mi plato entre las manos, los extremos de su boca se curvaron en una sonrisa dulce que iluminó todo a su alrededor. Y era para mí. El corazón me latía con fuerza. Estaba izando la bandera blanca de la paz, y lo hacía ella. Tal vez había entrado en razón y aceptaría venderme el caserón sin más peleas.

—Aquí tiene su plato favorito, hijo de puta. —Y me restregó la moqueca de camarones en la cara, dejando un desastre. Para colmo, aún estaba caliente.

—¡Mierda! ¡Quema! —Me puse de pie buscando desesperadamente algo líquido para arrojarme. Agarré una fuente blanca de la mesa más cercana y me la lancé en la cara.

Pero en lugar de aliviar el ardor, empeoró.

—¡Señor, acaba de tirarse mi caldo de bacalao en la cara y ni siquiera alcancé a probarlo! Espero que lo pague —reclamó una anciana molesta en la mesa a la izquierda, sin la menor compasión por mi sufrimiento.

—No se preocupe, señora, esa va por cuenta de la casa. —Alabá reía como si estuviera viendo una película de comedia y yo fuera el actor principal.

—¡Estás más loca de lo que pensé, Alabá!

—Y todavía no viste nada, Oliver. ¿De verdad creíste que ibas a venir a mi restaurante a provocarme y yo me iba a quedar cruzada de brazos? Ni lo sueñes.

—¡Esto es un escándalo! ¿No vas a decir nada, papá? —Marina miró a su padre, indignada, pero él seguía comiendo su vatapá como si nada.

—Perdón la sinceridad, hija, pero el que busca, encuentra. Si el señor Quent vino a armar lío, pues lo consiguió. —Se limpió la boca con una servilleta y se levantó—. Ahora, si me disculpan, mi familia y yo nos vamos. La comida estuvo excelente, Alabá. Volveremos más veces, pero con una compañía más agradable. Perdón por el alboroto. —Sacó un fajo de billetes de la cartera y lo dejó sobre el menú.

¡Maldito traidor inútil!

—Ustedes pueden irse, papá, pero yo me quedo con Oliver. ¡Mirá cómo está! Necesita ayuda para volver a casa —dijo Marina, tomándome del brazo. Al menos alguien tuvo un poco de compasión.

—Haz lo que quieras, hija. Eres mayor de edad y estás vacunada. Tu madre y yo nos vamos, querida. —Se dieron la vuelta y se fueron sin mirar atrás.

—Como vieron, el show terminó, ¿ok? Para compensar el mal momento, ¡las bebidas van por cuenta de la casa, mi gente! Pidan lo que quieran —anunció Alabá, calmando el alboroto que ella misma había provocado.

—Se acabó eso de ser buenito, Alabá. Si quieres jugar sucio, entonces juguemos sucio —le solté como advertencia final.

—¡Ay, qué miedo! Ahora lárgate de mi restaurante, no eres bienvenido acá. —Señaló la puerta. Quise encararla, pero Marina me agarró del brazo.

—Ya basta, Oliver, todos están mirando. —Se acomodó el cabello detrás de la oreja, con las mejillas encendidas.

Decidí recular, por ahora. Nos fuimos. En el camino, Marina me llevó a la guardia médica para que evaluaran el daño que Alabá me había hecho en la cara. El médico de turno me puso una pomada y aseguró que al día siguiente ni se notaría, que no fue nada grave. El desgraciado incluso hizo una broma: dijo que esa moqueca de camarones era solo para asustarme, que probablemente la dejó enfriar antes de tirármela, porque si hubiera querido herirme de verdad, la saca del fuego y me arranca la piel.

Pero eso no alivió ni un poco el odio que sentía por Alabá.

Llevé a la hija del alcalde a su casa y la penetré con furia toda la noche, en honor a esa maldita. El juego no se terminaba ahí.

Apenas estaba comenzando.



Alabá

—¡Mierda! —Me di una palmada en la frente, castigándome por haber vuelto a confundir la sal con el azúcar por tercera vez en el mismo pedido. Iba a tener que tirar todo y empezar de nuevo. Esa mañana andaba totalmente dispersa.

Jamás imaginé que ese diablo rubio tendría el descaro de aparecerse en mi restaurante justo después de salir en libertad, y encima traer a la estirada esa, la blanquita amargada hija del alcalde, solo para restregármela en la cara. Sabía que Oliver no iba a quedarse de brazos cruzados después de que yo lo mandara preso, pero venir a provocarme en mi propio territorio, eso ya fue demasiado. Actué como una loca delante de todo el mundo y lo eché a patadas de mi restaurante.

Yo no suelo ser de armar escándalos, pero Oliver siempre logró sacarme de mis casillas.

—¿Dónde está el plato de la mesa once, jefa? El cliente ya empezó a quejarse —Bruno llegó todo alterado. Cuando los pedidos tardan, son los meseros los que reciben los gritos.

—Perdón, Bruno, pero por primera vez no estoy logrando terminar un plato. Hoy estoy fuera de mí. —Saqué la olla del fuego y la tiré con fuerza dentro del fregadero. Lo que me faltaba, perder la mano para cocinar.

—Decile a la mesa once que el plato va a salir en diez minutos, Bruno. Deciles que yo mismo se los voy a llevar y les voy a pedir

disculpas por la demora. —Alex volvió a salvarme una vez más. Le guiñé un ojo en señal de agradecimiento.

—Si no fuera porque soy trans, Alex, ya me habría enamorado de ti, hermano —dijo Bruno, y le dio un beso en la mejilla al moreno guapo, que sonrió con timidez.

¿Cómo no me había dado cuenta antes de lo lindo que se veía Alexander cuando sonreía?

—Gracias, Alex, hoy no estoy bien. —Puse a calentar la sartén para preparar el siguiente pedido, pero no lograba recordar dónde estaban los ingredientes que necesitaba—. ¡Puta madre! ¿Alguien vio dónde está el aceite de oliva?

—Sí, definitivamente no estás bien. —Me alcanzó la botella que estaba justo frente a mí, sobre la barra. Si hubiese sido una serpiente, me habría picado.

—¡Carajo! Ni siquiera soy capaz de encontrar una maldita botella de aceite sola. —Me dejé caer de espaldas contra el fregadero y me cubrí la cara con las manos, tratando de contener el llanto. Llevaba mucho tiempo haciéndome la fuerte.

—Tranquila, linda… todo va a estar bien. —Alex me rodeó con sus brazos fuertes. Me sentí tan protegida.

—¿Cuándo vas a contarme sobre tu romance con ese magnate, Oliver Quent? Ayer casi lo quemas vivo —exageró un poco; la moqueca de camarones no estaba tan caliente.

—Todavía no estoy lista para hablar de eso, Alex, lo siento. —Cerré los ojos, me dio vergüenza contarle que me había dejado estafar por el chico que amaba.

—No hay problema, yo espero. —Me acarició el cabello—. ¿Por qué no te tomas el día libre, Alabá? Yo me encargo de todo acá.

—No puedo dejarte toda la carga a ti, solo necesito respirar un poco y voy a estar bien —prometí, aunque era evidente que ni yo me lo creía.

—¿No confías en mí, jefa? —Me sostuvo el rostro mojado entre sus manos, con esa calma en la mirada que era puro consuelo.

—Sabes que sí, Alexander —Puse los ojos en blanco con una sonrisa triste. Confiaba en él más que en mí misma.

—Entonces ya está, mocosa. Aprovecha que Eliot está en la escuela y tómate toda la mañana solo para ti. —Me besó la frente. Alex era un sueño ambulante, de esos que existen de verdad y caminan por la calle.

—Está bien, terco, pero te voy a pagar el día doble. Y si pasa cualquier cosa, me llamas y vengo volando. —Me quité el gorro y el delantal de chef y se los entregué. No podía dejar el restaurante en mejores manos.

Alexander era un excelente cocinero. Tenía una elegancia para mover las ollas que era un espectáculo en sí mismo. Siempre le decía que debería hacerse chef y abrir su propio restaurante, sería un éxito total. Pero él siempre esquivaba el tema, decía que era muy feliz trabajando conmigo y que no me dejaría por nada en este mundo.

—La mesa ocho preguntó si podíamos hacer algo especial para celebrar su primer aniversario de bodas. Les dije que lo iba a consultar con la jefa. —Vanessa vino directo a hablarme, pero hoy las decisiones no eran mías.

—No es mi asunto, Vane, preguntale a Alexander. Él es el jefe hoy. —Le di un beso en la mejilla a mi gerente favorita y salí dando pequeños saltos. Tomarme un día libre a mitad de semana, siendo madre soltera y trabajando a tiempo completo, era toda una aventura.

Lo primero que hice al llegar a casa fue encender un incienso de hierbas relajantes que puse sobre el estante del living para espantar las malas energías. Me fui al cuarto tarareando, me fui quitando la ropa por el camino. Me puse mi bata rosa y suave, recogí el pelo en un nudo mal hecho y sin apuro, empecé a llenar la bañera vieja de mi suite, que debía tener más de doscientos años. No escatimé con las sales minerales ni con las esencias florales elegantes que me había regalado Vanessa para mi último cumpleaños. Quería que el aroma quedara impregnado en la casa después del baño.

—¿Qué te parece si ponemos algo de música, eh, cosita fea? —Me agaché y acaricié la cabeza del gato. Hizo un sonido tierno y se sentó justo en la puerta, mirándome fijo.

—Miauuu —respondió. Creo que fue un sí.

—¡Así me gusta, campeón! —Le guiñé un ojo.

Fui hasta la sala, encendí el equipo de música y me puse a bailar camino a la cocina. Saqué una botella de vino tinto carísima que venía guardando hacía años y me serví una copa bien generosa. Para completar mi mañana perfecta, rescaté el libro *Mujeres que corren con los lobos* de mi mesa de luz. Llevaba meses intentando terminarlo y no podía por falta de tiempo, pero esa mañana decidí que lo iba a leer hasta la última línea.

—¡Esto sí que es vida, mi gente! —dejé caer la bata al piso, quedando a mis pies. Nada ni nadie me iba a sacar de esa bañera en un buen rato.

Levanté la pierna con elegancia para entrar, pero un temblor fuerte me tiró al piso antes de que la punta de mi dedo gordo tocara el agua.

—¿Pero qué carajo fue eso? —Antes de poder entender qué pasaba, arrancó un estruendo tremendo que parecía anunciar el fin del mundo.

Una clienta del restaurante había dicho que el pastor de su iglesia aseguró que el mundo se acabaría en 2010, solo se olvidó de decir que iba a ser hoy. El caserón entero temblaba. Me arrastré por el piso completamente desnuda y me abracé al inodoro, pensando en lo humillante que sería morir así. Empecé a llorar pensando en mi hijo, que seguramente estaba asustado y llamándome.

Íbamos a morir sin que pudiera decirle "te amo" una última vez.

—¿Qué haces ahí, desnuda, abrazada al inodoro, Alabá? —Alex apareció en la puerta del baño con el ceño fruncido, demasiado tranquilo para estar en medio del apocalipsis.

—¿No ves que todo está temblando, por el amor de Dios? ¡Protégete, que esto es el fin del mundo! —El temblor se intensificó y tiró al piso todo lo que estaba en el armario arriba del lavabo. Me aferré más fuerte al inodoro.

Mi vida dependía de ese inodoro.

—No está terminando el mundo, mujer, ubícate. Es la gente de la constructora Quent, que está demoliendo los edificios al lado del restaurante. Por alguna razón, dejaron de trabajar al final de la calle y ahora están pegados a nosotros. Vine a avisarte que no vamos a

poder seguir abiertos con ese ruido y toda esa nube de polvo —explicó, y la sangre me empezó a hervir. Debería haber sospechado que Oliver tenía algo que ver con todo eso.

—¡Voy a matar a ese maldito rubio! —Me puse de pie con los puños cerrados, lista para vengarme.

—Tranquila, jefa. El restaurante no sufrió daños graves con el temblor. Los meseros ya están limpiando todo antes de irse. —Asentí con una sonrisa agradecida. Tenía al mejor equipo del mundo.

—¡Gracias a Dios! Pero voy a ir a revisar con mis propios ojos. —Me fui caminando.

—¡Está bien! Pero creo que deberías vestirte primero, Alabá —Alex se dio vuelta, riéndose bajito. Recién ahí me di cuenta de que estaba completamente desnuda frente a mi empleado.

¡Qué vergüenza, Alabá!

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué papelón! Perdón, Alexander, no sé ni qué decir. —Agarré la bata del piso, que ya no era rosa sino marrón de tanta tierra. Ni quería imaginar cómo estaba el resto de la casa. Me iba a llevar una eternidad limpiarla.

—La que no sé qué decir soy yo, Alabá. Estás bastante bien para ser la madre de un nene de nueve años. —Me elogió carraspeando, haciéndome sentir aún más avergonzada por la situación.

—¿Qué es ese olor? Parece a quemado. —Aspiré fuerte. El olor era cada vez más intenso.

—No sé qué será, pero viene del living. —Nos miramos y salimos corriendo los dos.

Porque el desastre nunca viene solo, el incienso que había encendido se cayó sobre el sillón nuevo, ese que ni siquiera había terminado de pagar, y empezó a prenderse fuego. En el momento de desesperación, agarré la pecera redonda de Eliot y la lancé para apagar el incendio. Lo que olvidé fue que adentro estaba el pececito naranja que mi hijo adoraba, y terminó cocido en el proceso.

Como si fuera poco, la cosa fea se subió al sofá y se lo comió.

—¡La puta madre, Alabá! ¡Mataste a Bruce Willis! —Alex se llevó las manos a la cabeza. Mi hijo veneraba tanto a ese pez que le había puesto el nombre de su actor favorito.

—Te juro que no fue mi intención. Solo quería apagar el fuego —intenté justificar lo injustificable.

—Quiero verte explicándole esto a tu hijo, asesina de peces —dijo serio. Puse cara de pena, sintiéndome culpable, pero el idiota se largó a reír tan fuerte que terminó tirado en la alfombra, rodando de la risa.

—¡Vete a la mierda, Alexander! —Me tiré a su lado en la alfombra riéndome de mi propia desgracia. No había persona más desafortunada que yo.

—Conozco una tienda donde venden montones de peces iguales a Bruce Willis. Voy a ir a comprar uno y lo pongo en su lugar antes de que Eliot vuelva de la escuela —dijo entre carcajadas. Giré la cabeza hacia él y lo miré embobada. Estábamos acostados uno al lado del otro.

Todo ese cariño que Alex le tenía a mi hijo me calentó el corazón. En ese momento supe que había llegado la hora de dejar el pasado atrás de una vez y apostar por un posible futuro con alguien que de verdad se preocupaba por mí y por las personas que amaba.

—Gracias, Alex. Siempre salvando las papas. —Me senté algo nerviosa y empecé a jugar con mi pelo. Nunca había tenido que invitar a salir a un hombre. —Pero esta noche Eliot tiene que hacer un trabajo de a dos para la escuela y va a quedarse a dormir en la casa de su compañerito. ¿Qué te parece si salimos a tomar algo? —Las últimas palabras me salieron con voz temblorosa. Después de tantos años, ya ni sabía cómo se coqueteaba.

—¿¿Estás hablando en serio, Alabá?? —Alex se paró delante mío, nervioso.

—¿Vas a aceptar o no, criatura? —Yo también me puse de pie.

—¡Claro que acepto! Hace años que vengo esperando este momento. Paso a buscarte a las ocho en punto, ¿te parece bien? —Me levantó del piso y me giró en el aire.

—Perfecto, cariño, pero ya bájame que me estás mareando. —Sonreí, algo aturdida.

—Está bien, princesa, perdón. Nos vemos esta noche. —Me dejó en el piso, me dio un beso en la mejilla y se fue.

—La salida es por allá, Alex. —Le señalé la puerta de entrada, porque se estaba yendo para la cocina.

—¡Ah, cierto! Como si no hubiera venido acá cientos de veces. —Se rascó la nuca, avergonzado, y se fue.

Y yo me quedé sonriendo como una idiota el resto del día mientras limpiaba el desastre que quedó en mi casa. Me sentía plena por darme una segunda oportunidad para ser feliz, y Oliver no iba a arruinarlo esta vez. Si pensaba que podía frenar mi negocio con una nube de polvo miserable y unas cuantas máquinas ruidosas, estaba muy equivocado. Iba a armar un contraataque y estaría de puertas abiertas otra vez en menos de veinticuatro horas.

¡Eso te lo aseguro!

—Pero mamá va a pensar en eso más tarde, ¿cierto, cosa fea? Porque ahora tiene que prepararse para la cita con el tío Alex —bromeé con el bultito peludo y somnoliento sobre la alfombra.

Me di una buena ducha, pero a la hora de elegir qué ponerme, me agarraron las dudas. Entonces llamé a Vanessa, que entendía de moda, para pedirle una opinión. Error garrafal. La loca apareció en mi casa con una valija de ropa y encima trajo a Bruno para maquillarme. En la época en que todavía era Bruna, había trabajado como maquilladora en el salón de una tía suya.

—Gracias a Dios que por fin decidiste darle una oportunidad a Alex, jefa —Bruno soplaba mi ojo izquierdo para que se secara el pegamento de la pestaña postiza. A mí me parecía un exceso total para una simple cita.

Pero sabía que no servía de nada discutir, así que los dejé hacer.

—Yo hasta intenté tirarle onda a Alexander varias veces, pero siempre estuvo loquito por ti, Alabá. Así que me resigné a ser solo su amiga. —Vanessa se tiró sobre la pila de ropa desparramada en mi cama, todo para terminar eligiendo un vestido negro sencillo.

—Tranquilos, que esto es solo una cita. Y, por favor, mañana ni una sola broma frente a los demás empleados, quiero mantener esto en secreto por ahora.

—Ay, Alabá, sabes que la Vane y yo somos una tumba con los secretos. Ahora no te muevas porque no quiero arruinarte el labial. —Asentí riendo.

El apodo de Bruno y Vanessa en el restaurante era "Centro de noticias", porque cualquier novedad que les llegaba se convertía en información pública.

—¿Y cómo vas a abrir el restaurante mañana con esos vándalos trabajando día y noche con esas máquinas infernales pegadas a nosotros? Yo pensé que íbamos a estar cerrados hasta nuevo aviso.

—¡Por favor! ¿Acaso no conoces a tu amiga, Vanessa? Ese diablo rubio va a necesitar mucho más que eso para cerrar mi restaurante. —Sonreí maliciosa al espejo del tocador, sintiéndome hermosa y poderosa.

Bruno sabía lo que hacía con ese arsenal de brochas: me dejó como una actriz de cine, con los ojos realzados por un delineado preciso y sexy, pestañas larguísimas y un labial mate impecable. Un fuego.

—El maquillaje te quedó perfecto, jefa. Ahora ponte el vestido y las sandalias de taco para ver el look completo.

—Sí, señor. Vuelvo en un minuto. —Agarré las prendas y corrí al baño. Antes de salir, me solté el cabello y acomodé mis rizos con el peine afro para darles volumen.

Por las caras de Vanessa y Bruno cuando salí del baño, debía estar realmente preciosa, porque se quedaron los dos con la boca abierta.

—¡Carajo! Hoy sí que vas a volver loco a ese Alex. —Bruno se acercó con otra brocha para dar los últimos retoques.

—Estás buenísima, amiga. Ese vestido en mí no queda ni la mitad de bien. Vas a hacer que esa serpiente empiece a atacarte por todas partes. —Vanessa me tocó una teta sin pudor.

Me encantó el vestido que me prestó, me dejaba la cola parada y redondita. Las sandalias me parecían demasiado altas, pero Vanessa dejó claro que sacármelas no era una opción.

—Con todo respeto, jefa, está usted buenísima. Yo te doy sin dudarlo. —Bruno acomodó un rulo rebelde que se negaba a quedarse quieto. Era un perfeccionista.

—Gracias por todo, chicos, pero ya es hora de que llegue Alex y, como saben, él nunca llega tarde. Así que nos vemos mañana. Los amo. —Prácticamente los eché de casa, pero ellos entendieron.

Apenas me desearon suerte y se fueron, sonó el timbre. Me alisé el vestido y levanté los hombros antes de abrir la puerta y encontrarme con un moreno alto, guapísimo y muy elegante. Alexander llevaba una camisa blanca, pantalón de vestir negro, un ramo de flores en una mano y una bolsita con un pececito naranja en la otra.

¡Todo un caballero!

—Guau... Estás deslumbrante, Alabá. —Me miró sin apuro, de pies a cabeza, y sentí algo que no sentía hacía mucho.

Ser deseada.

—Y tú estás muy elegante, Alexander.

Nos sonreímos.

—Traje al doble de Bruce Willis. Solo hay que ponerlo en la pecera y Eliot ni se va a dar cuenta cuando llegue mañana. —Me tendió la bolsita, algo tímido.

—¿Y esas flores? ¿Son para mí? —Sonreí.

—Sí, espero que te gusten. —Me dio el ramo.

—Me encantan. Muchas gracias por la doble gentileza, Alex. No es raro que mi hijo te quiera como si fueras su papá —dije sin pensar mientras colocaba a Bruce Willis 2 en su nuevo hogar. Un silencio incómodo se hizo presente y me puse alerta. Tal vez había dicho más de lo que debía.

Miré hacia atrás y vi a Alexander con las manos en los bolsillos y la cabeza levemente inclinada, como si intentara ocultar los ojos vidriosos. No estaba solo emocionado; de algún modo, parecía profundamente triste y agotado.

—Yo también amo a Eliot como si fuera mi hijo, Alabá. —Desvió la mirada—. No debería, pero terminé enamorándome de ustedes dos, y haría cualquier cosa por hacerlos felices.

Su sonrisa estaba nublada por un sentimiento que no supe descifrar del todo, parecía una mezcla de culpa con arrepentimiento.

De cualquier forma, lo que dijo sobre mi hijo fue lo más hermoso que alguien me había dicho en mucho tiempo.

—No tuve la oportunidad de conocer a muchos hombres en la vida, pero sin duda tú eres, por lejos, el más increíble de todos. —Lo abracé con fuerza y, al separarnos, nuestras miradas se encontraron.

Ni siquiera habíamos empezado nuestra cita y ya tenía unas ganas locas de que me besara. Ese hombre era fuego en pleno verano. Como si pudiera leer mis pensamientos, Alex tomó mis labios en un beso lento y romántico. No duró mucho, pero fue intenso. Aunque no de la forma que yo esperaba.

—Esperé este beso durante cinco años, no puedo creer que esté pasando de verdad. —Apoyó la frente en la mía y acarició mi cabello.

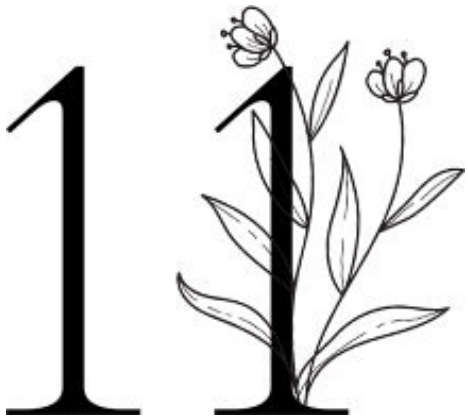
Le sonreí sin emoción. Aunque me gustó el beso, seguía sintiendo ese vacío en el pecho. Como si algo faltara. O tal vez todo. No sentí mariposas revolotear en el estómago como cuando el imbécil de Oliver me besó en su oficina. No me temblaron las piernas, ni mis manos sudaban.

Tranquila, Alabá. Alexander es un hombre increíble. Solo tienes que darle una oportunidad de verdad.

—Está pasando, sí, hombre. Y será mejor que nos vayamos o vamos a perder la reserva. —Agarré mi abrigo y mi bolso antes de que intentara besarme otra vez. Era mejor ir despacio.

Inhalé una larga bocanada de aire cuando Alex tomó mi mano mientras caminábamos por las calles de Salvador como una pareja de verdad. Sonreí pensando que esto tal vez sí podía funcionar, y estaba deseando que funcionara. Al final, todos merecemos ser felices en el amor, aunque no sea de esos que te lanzan al fuego ardiente de la locura.

A veces, los romances más bonitos ocurren de forma sencilla, pero lo suficientemente profunda como para volverse eternos.



Alabá

Antes
Año 2000

Bajé de la cama intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a la chica de la litera de abajo. Brenda era una desgraciada de primera, y si me veía escapando en medio de la noche iba a gritar hasta despertar a todo el orfanato, incluidas las monjas. Su placer era hacer que alguien terminara castigado en el sótano oscuro, y si tenía público para presenciar su hazaña, mejor aún. Yo misma ya me había perjudicado varias veces por culpa de esa perra. No era casualidad que fuera la favorita de la hermana Antonia, podía entrar y salir cuando quisiera, entre otros privilegios.

Con cuidado, tomé mi mochila de debajo de la cama moviéndome en cámara lenta y salí del cuarto de puntillas. Fui lo suficientemente lista como para acostarme ya vestida, así ganaba tiempo.

—¿A dónde crees que vas, Alabá? —Casi me da un paro cuando me encontré con Paulo, con las manos embarradas de galletas de chocolate. No perdía la costumbre de merodear por los pasillos del orfanato de noche para robar comida.

—No es asunto tuyo, Paulo. Buenas noches. —Fui tajante. Últimamente estaba insoportable, siempre metiéndose en lo que no le importaba.

—Claro que es asunto mío, querida. No puedo creer que planeaste ir a una fiesta sin mí. —Miró mis pies y se clavó en mis Converse blanco y negro, gastados, de caña alta, que solo usaba en ocasiones especiales.

Después bajó la mirada a su propio pijama ridículo, con rayas verticales azul y blanco, que le quedaba vergonzosamente corto de piernas, y puso cara de culo. No podía ocultar que se sentía en desventaja: yo lista para salir, él listo para dormir.

—No voy a ninguna fiesta, hermanito, déjame en paz. Ahora vuelve a la cama y haz como que no me viste. —Seguí con el plan, pero el muy terco vino detrás de mí, murmurándome al oído.

—Apuesto a que vas a ver a tu noviecito gringo. Desde que conociste a ese desteñido, ni te importa lo que yo diga, ni me invitas a nada.

—Sí, voy a ver a Oliver. ¿Y qué? Me gusta. Es un buen tipo, no entiendo por qué le tienes tanta bronca. —Puse las manos en la cintura.

—¿Ves? Lo sabía. Me cambiaste por ese blanquito insípido. —Hizo un puchero enorme. No sabía que Paulo tenía ese lado celoso.

—Jamás te cambiaría por nadie, mi negro. Deja de actuar como un niño. Somos cómplices desde los cinco años, ¿ya se te olvidó? —Le di un manotazo en la nuca.

—Ya lo sé, carajo. Pero me saca de quicio esta situación. Es obvio que ese gringo, después de meterte en la cama, te va a dar una patada y te dirá adiós. —Hizo un chasquido con los dedos para que el golpe doliera más.

—Voy a fingir que no escuché eso, Paulo. Ya basta de meterte en mi vida. Oliver no es ese tipo de hombre.

—¿Y cómo lo sabes? No hace ni dos meses que lo conoces y ya estás babeando por él. ¡Ubícate! Alguien como Oliver no va a vivir un romance de cuento de hadas con alguien de tu "perfil". —Escupió veneno directo a mi alma.

—¿Alguien de *mi perfil*? —Fruncí el ceño.

—Una negrita huérfana, rebelde, que no tiene ni adonde caerse muerta. No quiero ofender, eh, que yo también estoy en el mismo barco. Pero si ni tu madre te quiso, ¿te crees que un ricachón gringo

lo va a hacer? —Lanzó la estocada directo al corazón. Di un paso atrás, devastada.

Jamás pensé que escucharía algo tan cruel de la boca de un amigo que quería como a un hermano. Está bien estar dolido, pero no hacía falta ser tan hijo de puta para querer tener la razón.

—Vaya, hermanito. Tanto criticas a las monjas y ahora hablas igual que ellas. —Sonreí con ironía mientras ajustaba la mochila en mis hombros, tratando de esconder la decepción. Dicen que las peores heridas vienen de los que más cerca tenemos.

Porque una siempre espera los golpes de los enemigos, no de quien ama.

—Lo siento, Alabá. No quise hacerte daño, ¿sabes? Sabes que te quiero como una hermana. Por eso mismo no quiero que ese niño bonito te rompa el corazón.

—Desaparece de mi vista antes de que pierda la paciencia de verdad, Paulo. Que tengas buenas noches. —Lo dejé hablando solo. Ya estaba harta.

Nunca logré entender por qué le tenía tanta bronca a Oliver, cuando el pobre gringo siempre se esforzaba por caerle bien, a pesar de los desplantes constantes. Pero cuando no hay química, no tiene sentido insistir.

Salté el muro para ir a encontrarme con Oliver. Sus padres habían viajado a Nueva York a visitar a su abuelo y se quedarían fuera todo el fin de semana. Como le conté que amaba cocinar y que era muy buena en eso, me invitó a preparar algo para una cena romántica a la luz de las velas en su casa, y después veríamos una película juntitos.

—Perdón por llegar tarde, gringo. —Le sonreí cuando Oliver abrió la puerta con una bermuda floreada, camiseta blanca y sandalias Hawaianas verde y amarillo, bien a lo Brasil, como si fuera su país natal.

Olía a ducha fresca y a segundas intenciones. Su pelo rubio, aún mojado, caía sin control sobre sus mejillas ligeramente rosadas. Cada vez que lo veía, Oliver estaba ofensivamente más guapo. Su mirada era ardiente y su sonrisa dejaba sin aliento. Cuando estaba

con él, todo parecía más fácil. Sentía como si hubiera encontrado la mitad que me faltaba del alma, y ni siquiera sabía que me faltaba.

—No pasa nada, Preta. Tenemos todo el fin de semana para nosotros. —Me rodeó la cintura y me atrajo hacia adentro, cerrando la puerta con llave.

Nos besamos ahí mismo, contra la pared de vidrio del lujoso salón, que daba a un jardín espectacular cubierto por un césped verde brillante y flores salvajes, como los sentimientos que vivían en mí por ese chico. Ya había estado en su casa algunas veces, pero nunca dejaba de impresionarme el lujo de ese lugar. Oliver vivía en la zona más cara de la ciudad, donde solo vivía gente asquerosamente rica. Casi me morí de vergüenza la primera vez que me trajo a presentarme con sus padres como su novia.

Mis suegros fueron extremadamente amables conmigo, me trataban como si ya fuera parte de la familia. Cuando estaba con ellos, siempre me sentía en casa.

—Ahora déjame en paz, hombre de Dios, me estás sacando toda la concentración. Muéstrame dónde queda tu cocina porque voy a prepararte la mejor cena de tu vida —prometí, segura de mí, con las manos en la cintura. Si había un lugar donde yo mandaba, era en la cocina.

—¡Ok! Pero el postre corre por mi cuenta, Preta —dijo, guiñándome un ojo con aire seductor.

—Trato hecho, gringo. —Le guiñé de vuelta y mordí mi labio inferior.

Ambos nos echamos a reír. Siempre nos reíamos de todo.

—Dios mío, nena, ¡qué sexy eres! —Me agarró el trasero el descarado, y trató de meterme mano todo el camino hasta la cocina. No podía mantener sus manos lejos de mi cuerpo.

Y no fue distinto durante las siguientes horas. Oliver se ofreció a ayudarme a preparar la cena, pero lo único que hizo fue desordenar todo y aprovechar cada oportunidad para meterme la lengua. Era un descarado sin remedio, y me encantaba toda esa confianza que teníamos entre nosotros.

—¡Dios, esto huele increíble! ¿Ya podemos comer? Me muero de hambre. —Se acarició la panza inflada como si estuviera

embarazado. Era un payaso y siempre lograba hacerme sonreír.

—Sí, goloso, ya podemos. Creo que esta es la mejor moqueca de camarones que he hecho en mi vida. Puse la fuente de vidrio sobre la mesa. Como acompañamiento preparé arroz blanco y una farofa de banana cortada en rodajas finitas, con cáscara para concentrar el sabor.

Inventé esa receta en el orfanato para aprovechar dos cajas de bananas que nos donaba el señor Marcelo, el organizador de la feria del domingo. Siempre nos regalaba lo que le quedaba, y no era poca cosa. Yo aprovechaba para inventar platos rarísimos que hacían furor entre los chicos.

—¡Oh, my God! It's amazing —gimió Oliver con el primer bocado. Mi moqueca estaba tan rica que hasta le salió en su idioma natal.

Después de aprender portugués, me enseñó inglés, así que entendí perfectamente que había dicho que estaba increíble.

—Thank you, my love —le agradecí, orgullosa de mí misma. Me hacía muy feliz que le gustara mi comida.

—Te ves tan sexy hablando inglés, Preta. Juro que si esta mureca no estuviera tan rica, ya te estaría besando —dijo con la boca llena. Oliver no dejaba ni una pausa entre cucharada y cucharada.

—Se dice *moqueca*, gringo. —Me reí en su cara.

Oliver aprendió portugués rapidísimo. El hijo de puta tenía cara de protagonista de novela romántica y cerebro de nerd de película de ciencia ficción. Pero todavía le costaba pronunciar algunas palabras.

—¡Lo que sea! Solo sé que, desde hoy, este es mi plato favorito en el mundo entero, sobre todo porque lo hizo el amor de mi vida. —Puso su mano sobre la mía, y yo me derretí como un cubito de hielo al sol. Siempre me pasaba cuando decía algo así de romántico.

La cena fue un momento divertidísimo. Oliver era increíble. Distinto a todos los demás. No tenía nada que ver con lo que Paulo decía de él. Sabía que no lo hacía con maldad. Mi amigo me quería tanto que solo tenía miedo de que me lastimaran, y creo que si fuera al revés, yo haría lo mismo. Aunque nunca lo vi salir con nadie.

Siempre que íbamos de fiesta, se la pasaba comiendo lo que encontrara.

—Me alegra que te haya gustado, pero dime, ¿cuál es ese postre sorpresa? —Levanté las cejas haciendo una mueca divertida.

—Mmm… Estás justo frente a él, baby —dijo mientras se ponía de pie, empezó a tararear la musiquita de la Pantera Rosa y comenzó a desvestirse haciendo una especie de *striptease*.

Me incliné sobre la mesa y casi me muero de la risa. Oliver era un tonto total.

—Si estás intentando seducirme, Oliver, lo siento, pero no está funcionando. —Puse cara de indiferente.

—Bueno, Preta, al menos lo intenté. Hora de pasar al plan B. —Me hizo cosquillas y solté una carcajada tan fuerte que me salieron lágrimas de los ojos.

Después sacó dos platos del armario y los metió al microondas. De pronto, el olor delicioso del chocolate inundó toda la cocina.

—¡Amo el chocolate! —Cerré los ojos y aspiré profundamente.

—Lo sé, Preta. Por eso hice estos *brownies.* —Puso los platos sobre la mesa, aún humeantes.

—Pensé que no eras de los que saben usar una olla, Oliver. ¡Estoy impresionada!

—¿Y qué creías? ¿Que tú eras la única que podía ser buena en la cocina, mujer? —Imitó mi acento bahiano. A mí me parecía adorable, aunque no le quedaba para nada bien.

—¿Ah, sí, mi rey? ¡Oh, por Dios! —Fingí indignación. Oliver me sacó la lengua en respuesta.

Para completar, sacó de la heladera un pote de helado de crema casero, puso dos bolitas en mi plato y lo decoró con unas hojitas de menta. Todo muy gourmet.

—Aprendí esta receta con mi abuelo. Él era un genio para los postres. Era su hobby cuando no estaba matándose de tanto trabajar en la empresa —comentó, girando los ojos.

—Nunca probé algo tan rico en mi vida. Me tienes que pasar la receta.

Repetí el postre dos veces. Además de guapo y millonario, Oliver también sabía hacer dulces.

¡El mejor partido del mundo!

—¿Qué te parece si vemos una peli ahora, Preta? Tengo una colección de puro terror. —Secó el último plato y lo guardó en el cajón. Yo insistí en que dejáramos la cocina de su mamá impecable.

Desde que asumí la cocina del orfanato, me enfurecía ver aunque fuera un solo tenedor sucio en el fregadero.

—Creo que no va a poder ser, Oliver. Tengo que irme, ya es muy tarde. —Miré el reloj en mi muñeca. Eran casi la una de la mañana y necesitaba regresar cuanto antes al orfanato. Esa era la primera vez que salía sola tan tarde, sin Paulo, y podía ser peligroso volver así.

—Ni pensarlo. No voy a dejar que mi novia se vaya sola a esta hora. Te llevo temprano en la mañana y punto final. —Me tomó de la mano y me llevó al sofá, encendió la tele de cincuenta y cinco pulgadas. Me puse tensa, pero no discutí. Sabía que era inútil.

Esperaba que Oliver se quedara dormido durante las primeras escenas, como siempre pasaba, y me escaparía sin hacer ruido. No quería que me llevara y descubriera que vivía en un orfanato. Llevábamos meses saliendo, pero nunca tuve el valor de contarle la verdad. Cuando preguntaba por mis padres, inventaba cualquier excusa, pero ya empezaba a sospechar. Tarde o temprano iba a descubrir que era una huérfana que no tenía ni dónde caerse muerta, como había dicho Paulo.

No es que me avergonzara de eso, por supuesto, sino que no quería que Oliver sintiera lástima por mí. Quería que me viera como una chica normal, como cualquier otra. No como una pobre niña abandonada por una madre prostituta en cuanto nació.

—Ahora viene la mejor parte, amor, ¡mira! Hay sangre por todas partes —dijo Oliver, besándome la mejilla sin despegar los ojos de la pantalla. Tenía el brazo alrededor de mis hombros y los pies sobre la mesa de centro.

Para mi mala suerte, esa noche no parecía tener sueño. Estaba muy metido en esa masacre de *Viernes 13*, mientras yo miraba la hora cada cinco minutos. No podía quedarme a dormir allí de ninguna manera, si lo hacía me metería en un lío.

—Lo siento, Oliver, pero de verdad tengo que irme ahora. —Tomé su rostro entre las manos y le hablé con seriedad. Vio la

preocupación en mis ojos y no insistió.

—Está bien, Preta, solo voy a buscar mi chaqueta y te llevo —dijo, a punto de levantarse del sofá, pero lo detuve sujetándole el brazo.

—No hace falta. Voy a llamar a mi papá para que me pase a buscar en el auto —mentí descaradamente. El celular viejo que tenía ni siquiera funcionaba.

Lo llevaba solo para aparentar. Casi todos tenían uno, menos Paulo y yo.

—¿Hasta cuándo vas a seguir mintiéndome, Alabá? —Cruzó los brazos, soltando un suspiro.

—Oliver, yo… —empecé a tartamudear. No podía ni mirarlo, así que bajé la cabeza.

—Háblame, amor. Está bien. —Me levantó el mentón y no pude contenerme. Me puse a llorar. Cargar con una mentira sobre quién eres te rompe el alma.

—Ya lo sabías, ¿verdad? —La pregunta era obvia.

—Desde hace meses.

—¿Pero cómo? —Me encogí abrazando mi propio cuerpo.

—Paulo me contó todo hace tiempo. Me advirtió que si te lastimaba, me cortaría la cabeza. Me dijo que te quiere como a una hermana —reveló, tomándome totalmente por sorpresa.

Oliver había fingido todo ese tiempo que no sabía que era huérfana solo para no ponerme en una situación incómoda. Y yo inventando una familia entera en mi cabeza, hasta dije que tenía una tía que trabajaba como extra en un canal de televisión. Me pasé, lo sé. Pero sucedió en un momento de tensión.

Qué vergüenza, Dios. Es cierto eso de que la mentira tiene patas cortas.

—No sé ni qué decir, Oliver. Estoy muy avergonzada.

—No tienes que decir nada. Esperé a que estuvieras lista para hablar de esto. Quiero que entiendas que no hay nada de lo que avergonzarte. Tu pasado te convirtió en esta mujer fuerte y hermosa de la que me enamoré. —Secó mis lágrimas.

—Perdón por mentirte. Solo quería que me vieras como a cualquier otra chica. —Me hice chiquita en el rincón del sofá. Si

hubiera podido, me metía en un hueco de pura vergüenza.

—Jamás voy a verte como a cualquier otra, Alabá. Fue justamente por eso que me enamoré de ti desde la primera vez que te vi —su confesión me sacó una sonrisa.

—No tienes idea de cuánto te amo, Oliver. —Apoyé mi frente en la suya, respirábamos entrecortados.

—Entonces, ¿por qué no me lo demuestras, Preta? —Sonrió de lado con picardía y bajó la mano a mi cintura, atrayéndome más hacia él. Nunca en mi vida había sentido algo así. Era como si mi cuerpo ardiera de deseo.

En un segundo estábamos teniendo una charla seria en el sofá, y al siguiente, medio desnudos en la cama de Oliver, besándonos como si el mundo fuera a acabarse. Ni sé cómo llegamos allí.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo, Alabá? Quiero que sea en el momento justo —me dijo entre besos, con la respiración agitada.

—Nunca quise tanto algo en mi vida, Oliver. —Corrí mi cabello hacia un lado y bajé una de las tiras del sostén blanco de encaje lentamente frente a su mirada fija.

—Pero hay algo que tienes que saber antes, Preta… Soy virgen. —Sus mejillas se tiñeron de rojo.

Debo admitir que me sorprendió bastante. Yo ya tenía bastante experiencia, y él nunca había estado con nadie. O era un santo o yo una puta sin remedio.

—Está bien, te prometo que seré delicada contigo —bromeé para aliviar la tensión.

—Ni se te ocurra. Puedes hacer conmigo lo que quieras —respondió, sonriendo algo más relajado, pero aún tímido.

—Como digas, mocoso. —Me quité el sostén y lo lancé lejos. Tomé sus manos y las llevé a mis senos, duros y ardiendo de deseo.

—Demonios… Eres hermosísima, Preta. —Me miró como si fuera una criatura mística.

—Hermosa y deliciosa también. ¿Por qué no lo compruebas? —lo provoqué arqueando una ceja y funcionó.

Oliver se inclinó y me besó los pechos. Para ser novato, el gringo se estaba luciendo. Sentí un cosquilleo cuando su lengua jugó

con mis pezones. Contuve la respiración al notar la presión creciente entre mis piernas. Con otros chicos iba directo al grano, pero con Oliver quería que fuera especial.

—Ahhh… esto se siente tan bien… —gemí, completamente rendida. Quería que supiera cuánto me excitaba.

Incliné la cabeza hacia atrás cuando Oliver comenzó a besarme el cuello y a recorrer mi cuerpo con ternura, hasta empujarme suavemente sobre la cama. Todo el nerviosismo que tenía se había desvanecido.

—Me vuelves loco, ¿sabías? —susurró con la boca rozando la mía. Sus besos eran húmedos, intensos, llenos de pasión.

—Tú también me vuelves loca, gringo. Pero creo que estás demasiado vestido. —Fruncí el ceño.

—¡No hay problema, nena! Yo me encargo de eso —dijo Oliver mientras se ponía de pie junto a la cama y empezaba a desvestirse frente a mí.

Primero se quitó la camiseta por la cabeza y se enredó todo intentando sacarse el short. Tropezó con una pierna al querer zafarse de la otra, y hasta en un momento como ese, Oliver conseguía hacerme reír.

—¿Así está mejor, amor? —Los extremos de su boca se curvaron en una sonrisa pícara.

—¡Mucho mejor! —Verlo desnudo frente a mí me dejó sin aire.

Era enorme. ¡Dios mío! Muy, muy grande.

—Ahora solo falta una cosa para que esta noche sea aún más perfecta, Preta. —Encendió el equipo de música sobre la estantería y puso una canción romántica.

Y fue así, con "Dulce obsesión", de la banda Cheiro de Amor sonando de fondo, que Oliver y yo hicimos el amor por primera vez. Nada podría haber sido más hermoso. Fue romántico. Intenso.

Simplemente perfecto…



Oliver

Ahora

El día había amanecido bien a lo brasileño: un sol radiante y un cielo azul que inspiraba. Simplemente hermoso. Saqué la cabeza por la ventanilla de mi Ferrari y sentí la brisa fresca en la cara. Saber que había arruinado el día de Alabá me hacía sentir invencible. Cambié el lugar de la demolición de los inmuebles del terreno donde se construiría el centro comercial para el lado del restaurante, sabía que así no podrían mantener las puertas abiertas de ese tugurio en medio del polvo y el ruido de las máquinas. Y sin funcionar, entrarían en quiebra y se vería obligada a venderme la casona.

Eso se llama acción y reacción.

Alabá intentó molestarme y yo hice lo mismo con ella. Pero eso era solo el principio. No iba a parar hasta destruir todo lo que esa desgraciada amaba. Si ella sabía jugar sucio, yo también.

—Buenos días, Rubi. Estás preciosa hoy. —Le di un beso en la mejilla al llegar a la empresa. Me miró con la mandíbula literalmente caída, jamás me había visto de tan buen humor.

La gente suele decir que la venganza no vale la pena, pero yo empezaba a dudarlo.

—Buenos días, señor Quent. Tenemos que hablar. Prometo que no le tomará más de un minuto.

—Diga de una vez, señora Jones, hoy tenemos mucho trabajo. —Dejé el maletín sobre el escritorio y me quité el saco—. Por cierto, ¿dónde está Matthew? No lo veo desde ayer.

Me senté y empecé a revisar unos informes importantes. El proyecto del centro comercial apenas estaba despegando y ya había una fila enorme de empresas interesadas en invertir. Eso significaba que iba a entrar mucho dinero a la empresa. Y, en consecuencia, mucho trabajo también.

—El señor Matthew acaba de llegar y ya se fue. Dijo que necesitaba un café fuerte para curarse la resaca de anoche, que según él fue "bestial" —explicó.

Sonreí. Matthew llegó a Brasil sin saber una palabra de portugués y ahora ya usaba hasta modismos locales.

—Bien, Rubi. ¿Qué quería decirme?

—El jefe de obra llamó para avisar que el restaurante abrió normalmente esta mañana. Según los obreros, el lugar está a reventar. Esa tal Alabá es de armas tomar —soltó un gritito, impresionada por la perseverancia de mi enemiga.

Me puse furioso.

—¡Eso es imposible! —Tiré todo lo que había sobre el escritorio.

¿Cómo carajos esa desquiciada logró abrir el restaurante en medio de todo el quilombo que estaban armando mis trabajadores? No tenía ningún sentido.

—La información que dieron fue que puso música en vivo con bailes típicos de Bahía para tapar el ruido de las máquinas. Para evitar el polvo, aumentó la potencia del aire acondicionado y mantiene las puertas y ventanas cerradas. —Se acercó y me mostró un video que el capataz grabó desde afuera, espiando por una ventana. El ambiente no podía ser más animado.

Los clientes estaban completamente metidos en la música, tanto que la mayoría bailaba, incluida Alabá, que irradiaba como un rayo de sol en los brazos del tal cocinero Alexander. No paraban de intercambiar miradas íntimas. Eso me sacó aún más de quicio. En un momento, el malnacido le levantó la mano en alto y la giró como si fuera una bailarina, luego la sujetó por la cintura y la besó.

Sí, la besó. En la boca.

Y ella le correspondió.

—Déjame solo, Rubi —ordené entre dientes, la voz me salió ronca y venenosa.

Iba a matar a ese hijo de puta del cocinero.

—Como desee, señor. —Antes de salir, Rubi miró mis puños, cerrados con tanta fuerza que mis dedos estaban blancos.

A Alabá claramente le gustaba que ese imbécil la besara. ¡Y eso me mató! Porque ya no era solo la rabia lo que me carcomía por dentro. Estaba enloquecido de celos y dispuesto a eliminar a cualquiera que se interpusiera en mi camino. Además de ver a la mujer que intentó clavarme un embarazo fingido pisoteando cada uno de mis ataques para seguir con su proyecto, ahora también tenía que bancarme verla viviendo un cuento de hadas con su maldito empleado del mes.

Pasé toda la mañana y buena parte de la tarde sacado, tratando de pensar en alguna manera de revertir la situación, pero no se me ocurrió nada. Ni siquiera una idea mediocre.

—Tengo que hacer algo, ¡carajo! Pero no sé qué. Necesito un milagro. —Me dejé caer en la silla y me froté las sienes, la cabeza me latía del dolor.

—Buenas tardes, Oliver Quent. Yo soy tu milagro. —Entró Matt a mi oficina sin tocar la puerta y hablando como si estuviera en un estadio de fútbol. Me dolió más la cabeza todavía.

—Por favor, Matthew, ahora no. Me duele la cabeza.

—¿En serio, hermano? ¡Qué cagada! Pero, por suerte, traje una pastillita buenísima para eso. —Sacó un frasco de su maletín y me lo pasó. Me dolía tanto la cabeza que ni leí la etiqueta. Me mandé dos de una vez y guardé el resto en el bolsillo del saco.

—Gracias, Matt. Pero si puedes irte a tu oficina, te lo agradecería. No estoy teniendo un buen día.

—Ya lo sé. Pero para tu suerte, tengo sentado en mi sala a un tipo con cara de culo gordo que puede resolver todos nuestros problemas con la loca del restaurante. —Sonrió mostrando hasta la última muela, parecía convencido de lo que decía.

—¿Y quién es ese tipo, Matthew?

—Severiano Vila Nova. Hijo de la señora que insiste en que fue estafada por una oportunista que aprovechó la situación para comprar el caserón que estaba en su familia desde hace décadas por cuatro monedas —explicó, y supe de inmediato que ese era el milagro que había pedido.

Sabía que Alabá había dado algún golpe para llegar a donde estaba. Nadie sube en la vida así como así.

—Haz que venga a mi oficina ya mismo, Matt. ¡Lo hiciste genial, hombre! —Abracé a ese pequeño loco, la felicidad me volvió con creces.

—A la orden, señor Oliver Quent. Pero después no te olvides de decirme si la pastilla te sirvió. Conmigo es mano de santo, odio tener jaqueca.

—¡Está bien, Matt, ahora vete de una vez! —grité, y él salió corriendo.

Empecé a caminar de un lado a otro en mi oficina, retorciéndome las manos frente al cuerpo. Y cuando escuché que golpeaban la puerta, me entusiasmé. Buenas noticias estaban por llegar.

—Adelante, por favor —ordené.

—Con permiso. Me dijeron que aquí hay alguien muy interesado en aliarse conmigo contra esa estafadora. —El hombre calvo, rechoncho y con cara de todo menos de persona confiable entró en mi oficina como una maldita plaga, sus ojos de buitre inspeccionaban cada rincón con codicia.

Estaba claro que ese tal Severiano no venía buscando justicia por su pobre madre estafada. Lo que quería era sacar una buena tajada de todo esto a mi costa. Pero me daba igual. Si era enemigo de Alabá, era mi amigo.

—Ese hombre soy yo, señor. Un gusto conocerlo. —Nos dimos la mano.

—Suerte la suya, señor Quent, porque aunque la venta de ese inmueble que mi madre le hizo a Alabá fue perfectamente legal, tengo aquí unos documentos con información valiosísima sobre esa casa, que lleva años en mi familia. Y con eso podemos arruinarle la vida a esa desgraciada. —Me tendió un sobre blanco.

—Tome asiento y póngase cómodo, Severiano. Quiero leer cada página con calma. —Señalé la silla frente a mi escritorio, y él se sentó mientras yo lo ignoraba por completo. Solo me importaba lo que tenía entre manos.

Con cada línea que leía, me emocionaba más. Tenía ahí todo lo que necesitaba para cagarle la vida al restaurante de Alabá de una vez por todas.

—¿Se encuentra bien, señor Quent? Está sudando como un cerdo. —Me miraba con desconfianza.

—No es nada grave, solo un dolor de cabeza que no se va. —Me froté la nuca. Estaba empapado en sudor, sentía un calor jodidamente anormal.

Metí la mano en el bolsillo y me tomé otra de las pastillas que me había dado Matthew. En cuestión de minutos me sentí mejor. Pero el calor seguía aumentando, así que me aflojé la corbata y desabotoné la camisa.

—Entonces, señor Quent, ahora que lo leyó todo con calma, dígame: ¿cuánto valen para usted esas informaciones? —Se rió y se rascó la panza.

—Mucho, Severiano. Voy a firmarle un cheque. —Le di una buena suma por darme la munición perfecta para destruir a Alabá.

—Muchas gracias, señor, pero mi mejor recompensa va a ser verlo cagarle la vida a esa perra. —Soltó una carcajada diabólica, con los dos dientes de adelante separados por una rendija asquerosa.

—Si vuelves a hablar así de Alabá, te juro que yo mismo te mato de una forma bien lenta y dolorosa. —Lo agarré del cuello de la camisa, lo arrastré hasta el escritorio y apreté con tanta fuerza que la lengua se le salió y los ojos se le llenaron de venas rojas. El muy cobarde temblaba de pies a cabeza.

Yo quería vengarme de Alabá, sí. Pero no iba a permitir que ningún hijo de puta hablara así de ella en mi presencia.

—Perdón, señor Quent. ¿Puede soltarme, por favor? —gimoteó, casi sin aire.

—Larga ese culo gordo de mi oficina, Severiano, o no respondo de mí. —Le solté el cuello, salió tambaleando de mi oficina y se fue.

Fui al baño del fondo, me lavé la cara varias veces, necesitaba espantar esa sensación extraña. La piel me ardía y no era solo por la bronca que me hizo pasar el idiota ese. Algo raro me estaba pasando. Pero lo ignoré, tenía un asunto más importante que atender.

Sin embargo, justo cuando estaba por salir, mi secretaria apareció con cara de funeral.

—Disculpe que lo moleste, señor Quent, pero hay una llamada desde Nueva York en la línea dos —avisó con una expresión tan ridícula que parecía salida de una porno barata.

Muy raro. Jamile siempre era una profesional intachable.

—¿Por qué estás hablando así, Jamile? —Fruncí el ceño.

—¿Así cómo, señor Quent? —Sacó la lapicera del moño y soltó el cabello, que cayó en cámara lenta por su espalda, lacio y brillante. Una imagen tan erótica que casi me pongo duro solo de verla.

Nunca fui de mezclar trabajo con placer, pero estuve a punto de tirar a mi secretaria al piso y romperle el vestido ahí mismo.

¿Pero qué carajo me estaba pasando?

—Olvídalo. Solo anota el mensaje y déjalo en mi escritorio, Jamile. Me estoy yendo. —Parpadeé varias veces sin poder creer lo que veía. La miraba y la imaginaba totalmente desnuda, con nada más que los lentes puestos.

Traté de acomodarme disimuladamente la erección que me reventaba el pantalón. Definitivamente algo no andaba bien conmigo.

—Creo que debería atender, señor. La mujer parecía desesperada. Dijo que era su prometida. —Lanzó el pelo hacia un costado y casi babeo.

Un momento. ¿Prometida? ¡Mierda! Otra vez la psicópata de Sara. Como había bloqueado su número, ahora llamaba directo a la empresa. Estaba loca, obsesionada con llevarme al altar. Ese compromiso solo existía en su cabeza. Ni para sexo la quería ya.

—Dígale a la loca de Sara que estoy muerto. Gracias, Jamile. —Salí apurado sin mirar atrás, antes de hacer una estupidez. Estaba demasiado estresado y sin tener sexo últimamente, no había otra explicación para tanta locura.

—Buenas tardes, señor Quent. —Rubi me sonrió cuando se abrieron las puertas del ascensor, pero me quedé paralizado.

—Mejor bajo por las escaleras. —Salí corriendo, repugnado de mí mismo. No podía creer que había imaginado a Rubi, una mujer que era como una madre para mí, en tanga roja.

—¡Carajo! Me volví un pervertido. —Apoyé la cabeza en el volante con los ojos cerrados. La bocina sonó sin parar. Todas las mujeres en la calle me parecían estar en ropa interior.

¡Tranquilo, Oliver, solo está en tu cabeza!

Respiré hondo. Cuando abrí los ojos, todo había vuelto a la normalidad, gracias a Dios. Miré a mi alrededor y todos estaban bien vestidos. Aquella locura sexual había sido solo momentánea. Sonreí, aliviado.

Tenía un lugar importante al que ir, y nada me iba a detener.

Oliver Quent estaba a punto de dar vuelta el juego.



Alabá

—¿Qué fue ese beso tremendo que te dio Alex frente a todo el mundo, jefa? —comentó una de las meseras nuevas, que trabajaba con nosotras desde hacía un poco menos de un año.

Todos mis empleados se revolucionaron después de que el cocinero guapísimo del restaurante decidiera besar a la jefa frente a todo el mundo mientras bailábamos para celebrar lo bien que había salido mi idea de hacer shows en vivo para tapar el ruido de las máquinas. En la cabeza del personal ya estábamos saliendo hacía tiempo y hasta teníamos fecha para la boda. ¡Una exageración total!

—Yo también quisiera saber, Carol, qué fue eso. —Cerré la puerta de la heladera con más fuerza de la necesaria.

Confieso que mi cita anoche con Alex fue increíble. Bebimos, conversamos y nos reímos muchísimo. También nos besamos varias veces. Pero no pasó nada más que eso; Alex, como buen caballero, me dejó en la puerta de casa y se fue sonriendo solo. Yo entré al caserón en el mismo estado. Sentía una paz interior en su compañía. A la mañana siguiente, Alexander llegó al trabajo todo meloso conmigo. Faltó poco para que me levantara en brazos. Intenté disimular y hacerle señas de que en el trabajo debíamos ser discretos. Pero él ignoró todas las señales, me invitó a bailar y me plantó un beso tremendo. Todos aplaudieron y silbaron. Nunca había sentido tanta vergüenza.

No quería decirle la verdad y herir a Alex, pero necesitábamos hablar sobre ir con más calma. Todo era muy nuevo para mí. Además, mezclar trabajo con vida personal suele no terminar bien. Una lástima que tuvo que irse temprano del restaurante, pero mañana sin falta lo llamaría a un rincón y le diría las cosas como son.

—Ya terminé de limpiar el salón así que me voy, jefa, nos vemos mañana. —Carol dio un largo bostezo; esa noche le tocaba quedarse a hacer la limpieza del restaurante mientras yo cerraba la caja.

—Que descanses, Carol. Hoy el movimiento estuvo más intenso que de costumbre. Sabía que a los bahianos les encantaba una buena música en vivo, pero no imaginaba que fuera para tanto. —Acomodé la flor amarilla en mi cabello. Todo el equipo tenía permiso para venir vestidos para una fiesta con estilo bahiano, con buen axé y mucha alegría.

Eso significaba que la gente venía con ropa suelta, de colores vivos, turbantes y todos esos adornos que solo tiene la cultura bahiana. Yo elegí un vestido floreado hasta la rodilla. Me recogí el cabello en un moño y puse un lirio amarillo detrás de la oreja.

—Ni me lo digas. Pero tú también deberías descansar, mujer, no paraste ni un segundo. —Se quitó el delantal y lo dobló con cuidado para guardarlo en su bolso.

—Yo también estoy terminando aquí, Carolzita, no te preocupes. Después de despedir a la niñera de Eliot quiero darme una ducha y caer muerta en la cama.

—Ya pasó hace rato la hora de tu niñera, ¿no es cierto, jefa? Menos mal que tú pagas muy bien las horas extras a tus empleados. —Me abrazó y se fue. Carol era la hermana mayor de siete, y su familia vivía en un rancho diminuto en la Rocinha, por eso yo siempre me esmeraba en darle más horas extras como una forma de ayudarla sin que lo notara.

Cinco minutos después de que Carol se fue, oí que golpeaban la puerta. Seguramente esa loquita se había olvidado algo y volvía a buscarlo. Solo no se le olvidaba la cabeza porque la tenía pegada al cuello. Como la puerta trasera solo se podía abrir desde adentro, dejé de contar el fajo de billetes que tenía en la mano, lo guardé en

la caja y fui a abrirle. Golpeaba con tanta fuerza que pensé que iba a tirar abajo el caserón.

—¿Qué fue lo que olvidaste esta vez, bonita? —bromeé.

Mi sonrisa se desvaneció en cuanto abrí la puerta y vi que no era Carol. Era alguien muy distinto.

—Buenas noches, Preta. —Oliver sonrió con un aire embriagado muy raro, aunque no parecía estar borracho de verdad.

Estaba a dos pasos de mí y no sentí ningún olor a alcohol. Al contrario, el desgraciado olía delicioso. Su aspecto era el de un CEO legítimo, todo arrogante, enfundado en un traje azul oscuro que, por el brillo de la tela, debía costar al menos dos riñones y un hígado humano. Noté que los primeros botones de la camisa blanca que llevaba debajo del saco estaban desabrochados. Traté de no mirar las gotitas de sudor que bajaban desde su cuello hacia ese pecho masculino, pero mis ojos traicioneros se le clavaron encima enseguida.

El gringo parecía estar sofocado, y eso que esa noche ni siquiera hacía tanto calor así. El cielo estaba nublado y a cada rato pasaba una brisa fresca de esas que anuncian que la lluvia puede caer en cualquier momento.

—Será mejor que salgas de mi propiedad, o esta vez no voy a fallar el tiro, Oliver. —Fruncí el ceño.

La sonrisa psicópata que se dibujó en su rostro fue la señal de alerta de que venía algo pesado. Levanté el mentón, me puse la armadura y esperé el golpe.

—¿Tu propiedad? Yo no diría eso. Acabo de tener una reunión con el hijo de la antigua dueña del restaurante, un tal Severiano, ¿lo conoces?

Metió las manos en los bolsillos, egocéntrico, como si ya hubiera ganado la guerra.

—Por supuesto que conozco a ese gusano, no vale nada, igual que tú —ataqué.

—Pues ese gusano me entregó hoy los documentos de la deuda gigantesca que este inmueble tiene con Hacienda, que lleva acumulándose por varios años. —Me hablaba, pero sus ojos estaban clavados en mi escote.

Faltó poco para que me arrancara la ropa y me metiera la boca en el pecho como un ternero recién destetado. Oliver siempre tuvo una fijación por los senos grandes, y los míos, desde la adolescencia, eran enormes. Vivía diciendo que era adicto a ellos. Por lo visto, eso no había cambiado en lo más mínimo.

—No creo en una sola palabra de lo que dices, gringo. Me mentiste en el pasado y me estás mintiendo ahora para presionarme. Doña Yolanda era una mujer correcta y jamás dejaría de pagar sus impuestos. —Cerré el escote, impidiéndole seguir mirando. Oliver levantó el labio superior y mostró los colmillos, claramente decepcionado.

Pero no sirvió de nada. El gringo me miraba como si tuviera visión de rayos X, como Superman, y pudiera ver a través de mi ropa. Además, debía tener alguna alergia en el pito porque no dejaba de rascarse ni un segundo. Con esa cara de depredador sexual que se tira a cualquier puta que se le cruza, no me sorprendería que tuviera ladillas.

Qué asco.

—¿Cuándo mentí? Hasta donde sé, la mentirosa aquí fuiste tú, Alabá —empezó con esa cantaleta otra vez, y ya estaba harta de eso.

Oliver había ido hasta ahí buscando pelea, pero yo solo quería cerrar mi caja y volver a casa a descansar.

—¡Ay, vete a la mierda, maldito!

—No puedo esperar a comerte, bombón —soltó de repente, pero enseguida se tapó la boca con la mano y abrió los ojos como platos, con las mejillas encendidas, como si las palabras se le hubieran escapado sin querer.

—¿Qué carajo te pasa? Lárgate de aquí, degenerado, ¡Dios mío! —Intenté cerrarle la puerta en la cara, pero Oliver la detuvo con el pie.

Fui a la cocina dispuesta a agarrar el teléfono y llamar a la policía. Y esta vez la denuncia sería real. Oliver no estaba ahí solo para discutir, quería algo más. Sin embargo, el pervertido vino detrás de mí como una plaga siguiéndome por el desierto.

—Nuestra conversación no ha terminado, Alabá, ¡vuelve aquí! ¿Cuándo te mentí yo, eh? Dímelo solo una vez. Porque lo único que recuerdo es haberte amado como un loco —tuvo el descaro de decirme.

Solté una carcajada fuerte, pero sin nada de gracia. Era pura ironía.

—¿Quieres que te lo diga en orden alfabético, mi amor?

Crucé los brazos y lo enfrenté.

—Pero, de todas las mentiras, la peor fue cuando prometiste que confiarías en mí sin importar las consecuencias, y aun así hiciste todo lo contrario cuando las cosas se pusieron difíciles —mi voz salió quebrada. Si ese malnacido supiera todo lo que pasé para criar a su hijo sola, lamería el suelo que yo piso.

Pero no. Oliver se empeñaba en insinuar que yo era una interesada, una cualquiera, y no sé qué más. No puedo creer que, después de una década desaparecido, volvió de los infiernos con sed de venganza, dispuesto a llegar hasta el final con tal de arruinar mi vida.

—¿Y qué esperabas de mí, Alabá? ¿Que me hiciera cargo del hijo de otro hombre y todo estuviera bien? —Sonrió con rencor.

De la nada, agarró una papaya maduro de la canasta que estaba sobre el mostrador y empezó a acariciarlo como si fuera el culo de una mujer. Juraría que en cualquier momento iba a tener sexo con esa fruta allí mismo.

Ese hombre había fumado algo, o simplemente no estaba en su sano juicio.

—Yo esperaba muchas cosas de ti en esa época, Oliver, pero ahora lo único que quiero es que desaparezcas de mi vida. Y esta vez para siempre. —Le quité la pobre papaya de las manos y la puse de nuevo en la canasta.

—Nunca vas a tener paz mientras yo esté vivo, Alabá. ¡Te odio! —gruñó, pero ni me inmuté.

Sus palabras llenas de odio ya no me hacían daño.

—Yo te odio más todavía, Oliver. No eres más que un cobarde.

—¿Cobarde, yo? Carajo, Alabá, ya ni siquiera soporto mirarte. —Desvió el rostro, echando humo por la nariz.

—Y yo desearía que te murieras —dije en un arranque de furia.

Estábamos actuando como dos imbéciles desde que nos reencontramos. Eso era lo único que sabíamos hacer. Siempre fue así cuando peleábamos. La diferencia era que, de adolescentes, nuestras discusiones no duraban ni cinco minutos y terminaban en promesas de amor y sexo.

—No entiendo cómo pude enamorarme alguna vez de una mujer tan miserable como tú. Debía estar muy jodido para caer en tu cuento de amor eterno —alzaba la voz con tanta fuerza que seguro todo el barrio lo estaba escuchando.

—Lo sigues estando. Ojalá nunca te hubiera conocido, Oliver. Fuiste el peor error de mi vida —afirmé con vehemencia, aunque era mentira.

Si no hubiera conocido a Oliver, mi hijo nunca habría nacido, y ni siquiera podía imaginar un mundo sin Eliot. Pasaría por todo ese infierno otra vez un millón de veces por él. Fue, sin duda, lo mejor que me pudo haber pasado.

—Véndeme este lugar, Alabá, y te prometo que nunca volverás a verme.

—Prefiero morirme antes de hacer eso, mi rey. Voy a aguantar esta mierda hasta el final. Si quieres quedarte con mi restaurante, vas a tener que matarme primero. —Crucé los brazos sobre el pecho y Oliver hizo lo mismo. Nos quedamos retándonos con miradas llenas de furia.

Y de pronto, nos lanzamos el uno sobre el otro en un beso desesperado. Todo pasó muy rápido. En un segundo estábamos discutiendo, y al siguiente ya nos estábamos besando como locos. Sentía las manos de Oliver por todo mi cuerpo. Esta vez no estaba jugando como la última. Anhelaba ese beso tanto como yo. Lo sentí en cuanto sus labios tocaron los míos. Tenían sabor a nostalgia y a amor contenido. Nuestros cuerpos se fundieron en una mezcla de deseo, ternura y redención. Parecía algo mágico. Los años de separación ya no importaban.

En un breve momento de lucidez, me pregunté si entregarme otra vez a ese gringo no sería una locura total, pero ya era tarde para detenerme.

Estaba demasiado metida.

A la deriva en manos del enemigo.

Unas manos que en ese momento estaban bien agarradas a mi trasero, sin ningún pudor, mientras devoraba mi cuello a chupetones y mordidas. Tuve que apoyarme en la heladera que estaba cerca para no perder el equilibrio. Oliver se abalanzó sobre mí con todo.

Con él siempre fue así, salvaje. Nunca me dejaba tiempo para pensar en otra cosa que no fuéramos nosotros dos.

—¿Por qué me traicionaste, Preta? Siempre te amé tanto —murmuró mientras mordisqueaba el lóbulo de mi oreja. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Pero yo no te traicioné, Oliver —susurré con los labios pegados a los suyos.

Quería con todas mis fuerzas que me creyera, al menos una sola vez.

—¿No me traicionaste? —Sonrió con sarcasmo—. Entonces hiciste a tu hijo sola, porque conmigo no fue, ¿verdad? —Pasó la lengua por mi rostro y buscó de nuevo mi boca, pero giré la cara hacia otro lado.

—Para mí ya fue suficiente. ¡Vete a la mierda! —Lo empujé lejos de mí.

—No, Preta. ¡Te voy a penetrar! —Me tiró de vuelta por la cintura y me estampó un beso completamente distinto al primero. Solo tenía deseo, ni un rastro de sentimiento.

La verga de Oliver estaba tan dura que palpitaba contra mi cadera. Sin ningún pudor, metió la mano bajo mi vestido y comenzó a acariciarme por encima de la tanga de encaje. Gemí como la perra que él siempre decía que yo era. Si el gringo creía conocer mi lado más puta, estaba equivocado. No tenía idea, inocente. Le metí la mano dentro del pantalón y comencé a masturbarlo con movimientos cada vez más rápidos, quería hacerlo venirse en tiempo récord.

—Así... eso... no pares. Me vuelves loco, Preta. —Echó la cabeza hacia atrás, completamente dominado.

Por mí.

—Acaba para mí, gringo. —Intensifiqué los movimientos, casi aplastándole la verga con la mano.

—¡Solo si es dentro tuyo, perra! —Me dio una nalgada y me volvió a besar con descaro.

Con facilidad, me alzó en el aire y mis piernas rodearon su cintura. Caminó conmigo en brazos hasta la mesa, tirando al suelo todo lo que pudiera estorbar, y me sentó sobre la tabla de madera, todo sin interrumpir el beso.

—Quiero comerte toda. —Bajó el escote de mi vestido y se prendió de uno de mis senos, succionando con fuerza. Sabía que quería hacer eso desde que tocó mi puerta.

¿Sinceramente? Yo también lo deseaba con locura. Hacía mucho que no tenía sexo, y ese fuego en mi coño solo ese gringo descarado era capaz de apagarlo. Sabía exactamente cómo y dónde tocarme para volverme loca.

—¡Madre mía! —Contuve la respiración cuando Oliver abrió mis piernas de golpe y me rompió la tanga. Lamiéndose dos dedos delante de mí, me los metió de una sola vez, hasta el fondo.

Gruñía como un hombre lobo en noche de luna llena mientras me chupaba los pechos y me penetraba con esos dedos mágicos sin piedad. Era tan delicioso que casi acabo ahí mismo.

—Qué rico... —Me aferré a su pelo rubio y gemí como loca.

Por suerte, el techo del caserón era grueso y no se escuchaba nada en el piso de arriba, donde mi hijo estaba con su niñera Lidia. Podíamos gemir todo lo que quisiéramos sin que nadie oyera.

—¿Qué quieres que te haga, puta? —Oliver me bajó de la mesa, me dio la vuelta y me pegó contra él. Me sostuvo del cabello y tiró, obligándome a sacar el culo contra su erección.

Definitivamente, Oliver era buenísimo en la cama, pero nunca lo había visto tan caliente. Hasta se le había olvidado el odio que decía tenerme.

—Quiero que cierres esa boca y me comas rico, gringo —mi voz salió como una súplica. Me sorprendí de mí misma. Ni parecía la madre recatada en la que me había convertido en los últimos años.

Pero, ya que estaba bajo la lluvia, ¡a mojarse!

—Te voy a dar duro hasta que no sientas las piernas, Alabá. Prometo que jamás vas a olvidar esta noche. —Me dio una nalgada tan fuerte que el sonido rebotó por toda la cocina. Me mordí el labio, ansiosa por que cumpliera su promesa y me llenara con esa verga gruesa y dura.

¡Dale con todo, mi amor!

Pensé al oír el cierre de su pantalón abrirse. Me subí más el vestido y saqué el culo con ganas. Pero pasaron varios segundos y nada. Todo se volvió silencio. Ni siquiera se escuchaba ya la respiración agitada de Oliver. Me di vuelta furiosa, sin creer que el desgraciado se había largado y me había dejado otra vez como una estúpida.

—¡Puta madre! —Me llevé las manos a la cabeza. Oliver estaba tirado en el suelo, desmayado.

Apenas se bajó los pantalones, el tipo cayó redondo, rojo como un tomate y sudando como si hubiera corrido una maratón. Pero eso no era lo peor. Mientras yacía inconsciente en el piso de mi cocina, su verga había salido disparada de sus calzoncillos rojos, dura como una piedra y apuntando directo al techo. No sabía qué hacer. Llamé al servicio de emergencias, que llegó en pocos minutos. Dejé a Eliot tranquilo con la niñera y me fui en la ambulancia al hospital.

Sostuve la mano de Oliver durante todo el trayecto. Estaba preocupada y con miedo de que muriera. Lo odiaba con todas mis fuerzas, pero nunca desearía realmente la muerte del padre de mi hijo. Como si todo eso no fuera ya suficientemente vergonzoso, tuve que llamar la atención de los paramédicos dos veces porque no paraban de reírse del "estado" en que se encontraba el paciente: con una erección brutal. Ni siquiera le pudieron cerrar el pantalón. Tuvieron que cubrirlo con una sábana blanca, como si eso ocultara algo.

Cuando Oliver ingresó al hospital, fue otro festival de risas y chistes entre los enfermeros. Lo llevaron a la sala de emergencias y yo me quedé esperando más de una hora en la sala de espera. Suspiré cuando por fin el médico salió a hablar conmigo, con una sonrisa que apenas podía disimular. Ya ni me enojaba. Solo quería saber cómo estaba el gringo.

—Entonces, doctor, ¿cómo está Oliver? —Me levanté de inmediato.

—Su esposo ya está bien, señora. Pero la próxima vez, dígale que se controle con la dosis de Viagra o puede terminar con un infarto de verdad —dijo, intentando mantener el tono serio, aunque se le notaban las ganas de reír.

—¿Viagra? —Me largué a reír tanto que una enfermera tuvo que traerme un vaso de agua. Así que ahora el poderoso Oliver Quent necesita ayuda para comerse a una mujer.

¡No lo podía creer!

Ahora todo el fuego con el que llegó al restaurante tenía sentido. Sabía que no era normal que alguien acariciara una papaya de esa forma. Oliver debía haberse tomado una dosis enorme de esa sustancia azul para llegar al punto de casi tener sexo con una fruta.

Me reí aún más.

—Sí, señora. Los enfermeros encontraron esto en el bolsillo de su saco. —Me entregó un frasco con la etiqueta "Viagra extra potente" en letras minúsculas. Tuve que acercarlo bien a los ojos para leerlo.

—No es mi esposo, doctor. Gracias a Dios. Pero... me gustaría saber si le quedó alguna secuela en el… —Tosí con vergüenza antes de terminar la frase—. Bueno, usted sabe. —Traté de hacerle unas señas con las manos, pero solo empeoré las cosas.

—No, no sé, señora. Sea más clara. —Puso la planilla bajo el brazo y me miró directo.

Sí sabía. Pero como yo había dicho que no era la esposa del excitado, seguro pensaba que era la amante y quería hacerme pasar vergüenza.

—Quiero saber si la anaconda todavía está en modo ataque o si ya logró dormirla. —Crucé los brazos y le sostuve la mirada. Ahora él era el que estaba incómodo.

—Sí, logré dormir la anaconda del muchacho —respondió con las mejillas rojas como tomates.

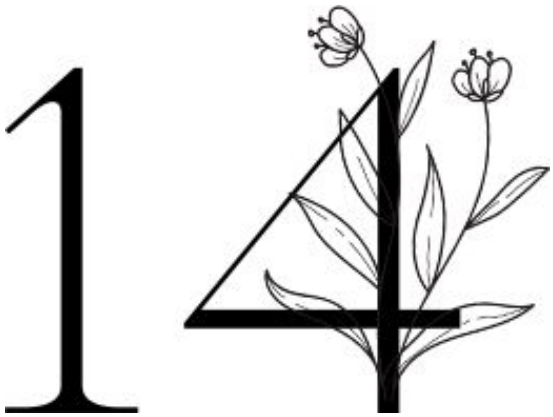
Dos familias que estaban en la sala de espera y habían estado escuchando todo estallaron en carcajadas. Yo me sumé a ellos. Y el doctor también. Ahora todo el mundo se reía de la situación.

—Gracias por todo, doctor. ¿Puedo ver a Oliver ahora? —Me sequé las lágrimas de tanto reír.

—Claro, querida. Está en la habitación 202. —Se despidió con un gesto de cabeza y se fue.

Cuando llegué al cuarto, Oliver dormía plácidamente, como un angelito. El que lo viera así ni imaginaría el demonio que era despierto. Corrí una silla que estaba en la esquina y me senté a su lado. No pude resistirme y terminé acariciándole el rostro. Aunque ya sabía que estaba bien, no logré irme y dejarlo solo.

Podía ser un cabrón con todas las letras, pero después del susto que me hizo pasar, descubrí que todavía tenía sentimientos muy fuertes por ese gringo hijo de puta.



Oliver

—¡Voy a matar a Matthew! —Intenté arrancarme los cables que tenía conectados al cuerpo para ir a golpear a ese desgraciado, pero los enfermeros me detuvieron antes de que pudiera salir de la cama.

Ese enano sinvergüenza sabía que se había pasado de la raya esta vez. No se acercó a mi cama ni por un segundo. Desde que llegó, se escondía detrás de la falda de Rubi. Matthew era un idiota completo, pero no era tonto. Sabía que si llegaba a ponerle las manos encima, él sería el próximo en ser internado en ese hospital... y no saldría caminando.

—Lo siento, Oliver, no sé cómo pasó esto, de verdad. Juro que ese frasco de Viagra no es mío, alguien malintencionado lo cambió por mis analgésicos para el dolor de cabeza, seguro con la intención de envenenarme.

Matt hizo una pausa dramática y miró a los costados como si lo estuvieran espiando. Quien no lo conociera, hasta se lo creería.

—¡Ay, cielos! Creo que mi vida está en peligro. Deberíamos llamar a la policía —añadió, llevándose el dorso de la mano a la frente como si estuviera protagonizando un melodrama barato.

—¿Alguien con la intención de matarlo con pastillas de Viagra, señor Matthew? —Rubi cruzó los brazos y arqueó una ceja.

—¡Claro, Rubi! ¿Cómo se mata a un semental? Con su propio veneno, ¿no?

—No tengo idea, señor Matthew. —Rubi puso los ojos en blanco, sin una pizca de paciencia.

—¡Dándole Viagra, por supuesto! —Le dio una palmadita en el hombro a Rubi y soltó una carcajada escandalosa, riéndose de su chiste, que solo él encontraba gracioso.

—Sácamelo de aquí, Rubi, antes de que cometa un crimen. Estoy a nada de hacerlo. —Me pasé las manos por la cara, furioso.

—Será mejor que te vayas, Matthew. No quiero que mueras por culpa de tu mejor amigo. —Rubi intentó calmar la situación, pero solo la empeoró.

—¡Yo no soy amigo de este imbécil, Rubi! —grité.

—¿Ah, sí? ¿Así estamos ahora, Oliver? ¿De un minuto al otro ya no somos amigos? —Fingió que lloraba.

—Nunca lo fuimos, Matthew. ¡Despierta! —le grité con furia.

—¿Ves cómo es, Rubi? Ya le pedí disculpas y solo sabe maltratarme. Y eso que esta vez ni siquiera fue mi culpa. Basta con ver mi postura varonil para saber que no necesito ningún estimulante sexual carísimo traído de las lejanas tierras árabes. —Se defendió.

O mejor dicho, se incriminó solo al dar detalles sobre el Viagra que juraba que le habían plantado en el bolsillo del saco para matarlo.

—No tienes remedio, Matthew. —Rubi no resistió las payasadas y soltó una carcajada incontenible.

Si no estuviera tan encabronado con Matt, hasta yo me habría reído de su cinismo. Ese cabrón no valía ni medio, pero sabía hacer reír en cualquier situación.

—Ojalá no existieras de verdad, Matthew —solté con rabia.

—¡Ay! Eso me dolió en el alma, hermano. —Se llevó una mano al pecho y se dejó caer dramáticamente en el sofá como si le hubieran disparado.

—Era para que doliera. Ahora desaparece de mi vista. Mejor aún, de mi vida. Ya no soporto ni escuchar tu voz. —Me cubrí la cabeza con la almohada.

—No me voy a ningún lado, Oliver, tú no eres mi jefe. —Cruzó los brazos como un niño haciendo berrinche.

—¿Ah, no te vas? Perfecto. Entonces voy a llamar a tía Latifa ahora mismo por video llamada, ¿qué opinás? Cuando vea que estoy

en el hospital, voy a tener el placer de contarle que la culpa es de su hijito —lo amenacé.

—No serías capaz, Oliver. Sabes cómo se pone mi madre cuando se enoja. —La sangre se le escurrió del rostro, quedó blanco como papel.

—¿Quieres apostar? —Agarré el celular y empecé a buscar el contacto de su mamá. Cuando levanté la cabeza para cumplir mi amenaza, ya no quedaba ni el olor de Matthew en el cuarto.

El cobarde salió corriendo. Nunca vi a nadie tenerle tanto miedo a su madre como él. Siempre adoré a tía Latifa, era un amor de persona. Pero cuando se enojaba… ni el mismísimo diablo se atrevía a meterse con ella.

—Ya se fue, señor Quent. Ahora intente calmarse o su presión va a subir de nuevo y el médico no le va a dar el alta. —Rubi mantuvo la calma de siempre mientras yo tenía sangre en los ojos.

Esta vez, el idiota de Matt realmente se había pasado de la raya. El médico que me atendió dijo que la "medicina" que tomé por error hizo que mi corazón se acelerara tanto que me subió la presión por las nubes. Sin contar la erección persistente que provocó. Menos mal que estaba inconsciente, porque habría sido demasiado vergonzoso llegar a emergencias con la verga parada. Por las sonrisitas de las enfermeras, ya era famoso en todo el hospital. Qué humillación, Dios mío. Me contaron que Alabá llegó desesperada, rogando que salvaran mi vida a cualquier costo. Estuvo horas en la sala de espera y, cuando la autorizaron a entrar, se quedó a mi lado hasta que Rubi llegó por la mañana.

No sé cómo lo hace, pero esa mujer siempre logra encontrarme, no importa el lugar ni la hora. Es la mejor asistente que cualquier CEO podría tener.

Desafortunadamente, cuando desperté, Alabá ya se había ido y se llevó mi corazón con ella. Porque mi corazón siempre fue suyo. Ya no tenía sentido seguir negándolo. Ayer, cuando fui al restaurante y la vi tan hermosa con ese vestido amplio color verano, sentí cada gota de mi sangre hervir como lava burbujeante. La deseé tanto que fue casi enfermizo. El deseo incontrolable que sentí no tuvo nada

que ver con el medicamento; solo sacó a flote lo que venía reprimiendo desde que nos reencontramos.

—¡Buenos días a todos! —El médico entró en la habitación con una sonrisa—. ¿Cómo va el paciente más famoso de este hospital? —bromeó, pero no me causó ni pizca de gracia.

—Pésimo, doctor. Quiero salir de este lugar ahora mismo. Así que nada de charlas innecesarias, vaya al grano —respondí seco. No tenía la menor paciencia después de que media ala del hospital hubiera visto mi verga.

—¡Oliver Quent! —Rubi me reprendió.

—Está bien, señora Rubi, es normal que el joven esté de mal humor. En su lugar, yo también lo estaría. —Soltó una risita.

Perfecto. Ahora hasta el doctor se burlaba de mí.

—No es "señora", doctor. Es "señorita" —dijo Rubi, apartándose el cabello de la cara, toda nerviosa. Los dos intercambiaron sonrisas.

Puse los ojos en blanco. Lo que me faltaba: mi asistente coqueteando con el doctor delante de mis narices.

—Voy a firmar su alta, señor Quent. No se preocupe.

—Excelente, doctor. ¿Puedo irme ya?

—Sí, claro. Pero no cometa este tipo de error otra vez, o la próxima tal vez no podamos hacer dormir a su anaconda —soltó la broma sin pudor

—Prometo que no va a volver a pasar, doctor. Me voy a asegurar de revisar lo que este niño anda tomando —se sumó Rubi al chiste.

Mi asistente no dejaba de sonreír con las mejillas encendidas, y con razón. El doctor había estado coqueteando con ella desde que entró. Para ser sincero, me alegraría mucho que algo pasara entre ellos. Rubi, tras la muerte de su pareja hace años, vivía solo para sus hijos y el trabajo.

—Espero que no vuelva a pasar, joven. Ya está comprobado científicamente que el uso excesivo de Viagra también puede causar infertilidad. Así que si algún día quiere ser padre, señor Quent, manténgase alejado de esa basura. Su caso es delicado. —Me sonrió con cortesía, pero mi expresión se endureció de inmediato.

—No se preocupe, doctor. Nunca seré padre. Nací estéril. —Desvié la mirada hacia la televisión colgada en la pared, que

mostraba algún programa estúpido. Odiaba hablar de ese tema.

Mi mayor sueño siempre fue ser padre, ver una parte de mí crecer y convertirse en alguien de bien, alguien a quien amaría más que a nada en el mundo. Un hijo que sería el heredero de todo mi imperio. Pero tuve que aceptar a la fuerza que nunca sería bendecido con esa dicha.

—¿Estéril? —El doctor me miró confundido, luego hojeó algunas páginas de su carpeta. Justo cuando iba a decir algo, lo llamaron de urgencia para atender a las víctimas de un accidente con un autobús lleno de pasajeros en estado crítico.

Pero yo ya sabía lo que iba a decirme. Era lo mismo que el médico de mi familia, uno de los más respetados de Estados Unidos, llevaba repitiendo durante décadas: que jamás conocería la dicha de ser padre.

—¿Qué le digo a su abuelo, Oliver? Es la milésima vez que llama. Dice que no le contestas el celular. —Rubi me mostró la pantalla, donde su número seguía marcando insistentemente.

—Ya le contesto —respondí a regañadientes.

No tenía idea de cómo mi abuelo se había enterado de que estaba en el hospital. Le había prohibido a Rubi y a Matt que se lo contaran, porque ya sabía que me iba a molestar con sus cuidados exagerados, y con su sermón sobre que debía volver a Nueva York porque Salvador no es lugar para los Quent y bla, bla, bla…

—Hola, abuelo. ¿Cómo estás?

—Seguramente mejor que tú, hijo —respondió con tono severo.

—No empieces, Arthur Quent. No fue nada grave. El médico acaba de darme el alta.

—Como sea, Oliver. Te vas a volver mañana mismo a Nueva York. Salvador no es lugar para los Quent —arrancó con el drama.

¿No lo dije?

—¿Y quién va a terminar el proyecto del shopping? Apenas empezamos la obra.

—Que se encargue Matt. Tiene más que suficiente competencia y tú lo sabes bien. —Mi abuelo empezó a toser.

—¿Estás tomando tus vitaminas, Arthur? —Me incorporé en la cama, preocupado. Mi abuelo era el tipo de persona que nunca se

enfermaba, tenía salud de hierro.

—No te preocupes, hijo, es solo una gripecita tonta —respondió, pero no me convenció.

—Voy a llamar al doctor John para que te revise en casa. Aunque sea una simple gripe, hay que tratarla antes de que se complique. No quiero convertirme en el único Quent vivo.

—No te preocupes, hijo. Eso no va a pasar tan pronto —aseguró, pero no sonó muy convincente.

Debía mantenerme atento a mi abuelo. Estaba muy distante y misterioso desde que me vine a Brasil.

—Eso espero, abuelo. Ahora ve a descansar un poco. En cuanto a la construcción del shopping, no me voy de Salvador hasta que la obra esté finalizada. Un abrazo, te quiero mucho. —Terminé la llamada y le devolví el celular a Rubi.

—Sabes que el señor Arthur no se va a rendir tan fácil, ¿verdad? —dijo Rubi y yo asentí, frustrado.

—Vámonos de este lugar, Rubi. Ya no tenemos nada más que hacer aquí. —Una enfermera apareció para ayudarnos y, menos de una hora después, ya estaba en mi casa.

Pasé el resto del día en la cama, agotado como si me hubiera atropellado un camión entero, pero era algo que ya esperaba. Según el informe médico, gracias al Viagra extra potente de Matt estuve al borde de un infarto… a los veintisiete años. Mi cuerpo no soportó la bomba de "potencia" de los tres comprimidos que ingerí en un corto período. Por eso comencé a tener alucinaciones con mujeres desnudas y casi me comí viva a Alabá en la cocina de su restaurante. Creo que, si no me hubiera desmayado, la pobre habría terminado en silla de ruedas después de todas las porquerías que pensaba hacerle. Esa mujer fue y siempre será una obsesión para mí, ya sea por amor o por deseo.

—¡Mierda! Estoy acabado. —Me golpeé la cara con la mano.

Me arrastré fuera de la cama, sin ganas, y fui al baño. Me asusté al ver mi reflejo en el espejo de la ducha. Era un desastre: descalzo, con un pantalón de buzo gris todo arrugado, el pelo como si hubiera atravesado un huracán, los ojos caídos y la piel más pálida de lo

habitual. No sabía cuál era el aspecto de alguien que había tocado fondo, pero no debía ser muy diferente del mío.

¡Me las vas a pagar, Matt!

Desde que salí del hospital intenté comunicarme con él para ajustar cuentas. Pero el desgraciado había desaparecido del mapa. Lo llamé, le mandé mensajes, nada. Pero Matthew no podía esconderse de mí para siempre. En algún momento lo iba a encontrar y que Dios se apiade de él.

Pero hasta entonces, necesitaba recargar energía. Apenas podía mantenerme de pie. Por suerte, sabía exactamente cuál era la mejor solución.

—Eso es, Oliver. Solo necesitas una buena dosis de whisky y todo volverá a la normalidad. —Fui directo al minibar del salón.

Había salido recién del hospital y sabía que no debía beber pero me importaba un carajo. Después de todo lo que pasó, me sentía tan mal que lo único que quería era relajarme un poco y olvidarme del mundo. No quería haber hecho pasar a Alabá por semejante humillación.

Para ser sincero, no tenía ni idea de cómo iba a ser la próxima vez que la tuviera frente a mí.

—¡La puta madre! —Casi se me cae el vaso de whisky al suelo del susto. Estaba teniendo alucinaciones otra vez.

Alabá estaba de pie en el medio de mi sala, hermosa como un ser celestial, sonriendo. Su cabello caía suelto en rizos voluminosos sobre una parte del rostro, de un modo tan sensual que tragué saliva al instante. Bajé la vista y me encontré con el escote de su blusa blanca sin espalda. Siempre creí que cualquier prenda le quedaba bien, pero adoraba cuando usaba esas faldas largas y coloridas, como la que llevaba puesta.

¡Qué mujer, Dios mío!

—Respirá hondo, Oliver. Esa mujer tan divina no está aquí. Así que contrólate. Solo es una alucinación —dije en voz alta. Cerré los ojos e hice una respiración profunda, diafragmática.

El doctor dijo que el efecto del Viagra ya había pasado, así que no tenía ningún sentido que eso me estuviera ocurriendo.

—Por lo visto, todavía no superaste esa manía de dormir en el refrigerador, gringo —dijo Alabá en tono divertido. Abrí los ojos y ella seguía ahí, sonriendo con dulzura.

¡Mierda! No era una alucinación. De hecho, había bajado el aire acondicionado del ático a menos de diez grados apenas llegué del hospital. Si no lo hacía, no lograba dormir.

—¿Có… cómo… cómo me encontraste, Preta? —tartamudeé, ni siquiera podía formar una frase completa delante de ella.

¡Qué patético!

—Le dejé mi número a Rubi antes de que intercambiáramos lugar en el hospital. Fue ella quien me llamó para avisar que te habían dado el alta. Como estaba preocupada, le hice muchas preguntas y decidió darme tu dirección para que viniera a verte —explicó con paciencia.

—Y… yo no sé qué decir —volví a tartamudear. Nunca me había sentido tan idiota.

Siempre fui un hombre seguro de mí en todos los aspectos de mi vida, rebosaba de éxito y poder por donde iba. Pero cuando se trataba de Alabá, no sabía cómo comportarme. Me convertía en un libro en blanco, listo para ser escrito bajo las reglas de una mujer a la que supuestamente debía odiar, pero no podía. No importaba cuánto lo intentara.

—Mira, creo que no fue una buena idea venir hasta aquí. —Se tocó el cabello, nerviosa—. Y perdón por haber invadido tu casa, pero cuando llegué, llamé y nadie respondió. La puerta estaba abierta y me asusté, pensé que podrías haberte sentido mal otra vez. —Desvió la mirada, tímida.

¿Entonces sí estaba preocupada por mí? Me hinchó el pecho saberlo, sobre todo al imaginar que había venido hasta mi casa solo para comprobar con sus propios ojos que yo estaba bien.

—No tienes que disculparte, Preta. Gracias por venir. —Me rasqué la nuca. Los dos estábamos incómodos—. ¿Te gustaría tomar algo? —intenté ser amable.

La situación era muy incómoda para ambos. Desde que nos reencontramos, no hacíamos más que discutir. Ahora ninguno de los dos sabía cómo hablar como personas normales.

—No, gracias. Y tú tampoco deberías, Oliver, acabas de salir del hospital. —Me quitó el vaso de whisky de la mano y lo dejó sobre la barra del minibar—. Tienes que comer algo consistente para recuperarte, por eso te traje una cosita para la cena. —Caminó hasta la puerta y levantó una canasta que había dejado en el piso.

Por el aroma delicioso, ya sabía lo que era. Alabá había cocinado otra moqueca de camarones para mí. Mi plato favorito, ese que conocí a través de sus manos hace ya diez años.

—No me digas que envenenaste esto —bromeé, aunque con un toque de verdad. Alabá nunca estuvo del todo bien de la cabeza.

—¡Claro que no, Oliver, qué horror! —Hizo una mueca—. Solo quiero redimirme por la forma en que te traté en el restaurante el otro día. El padre Juan me enseñó que no importa la circunstancia, uno nunca debe negarle comida a nadie. Y no solo te la negué, ¡sino que te la lancé en la cabeza! —Movía la punta del pie contra el suelo de forma compulsiva, como siempre hacía cuando estaba nerviosa.

Muchas cosas podían ser discutibles sobre Alabá, pero su amor incondicional y su profundo respeto por el padre Juan eran indiscutibles. Lamentablemente no llegué a conocerlo, pero por todo lo que ella contaba, era evidente que fue un ser humano increíble para los niños del orfanato.

—Está bien, Alabá. Me lo merecía —admití con sinceridad.

—Y vaya que te lo merecías. ¡Ja! —Se rió en mi cara.

En esos veinte segundos de valor, decidí tomar la iniciativa.

—Estaba pensando… Ya que viniste hasta acá, ¿por qué no te quedas y cenas conmigo? —Probé suerte.

—No sé si es buena idea. Solo vine a ver cómo estabas y ya me iba. Pero gracias por la invitación. —Dibujó una sonrisa educada, levantando apenas las comisuras de los labios, sin mostrar los dientes.

Pero yo no iba a rendirme tan fácil. Si Alabá había levantado la bandera de la paz, yo iba a continuar con la tregua. Basta de peleas. Iba a probar con otra estrategia.

—Solo relájate, Alabá. Lo único que te pido es una tregua. Solo por esta noche. Ya que trajiste la cena, quédate y compártela

conmigo. —Levanté la mano, esperando que aceptara mi propuesta de paz.

—Está bien. —Estrechó mi mano—. Pero no puedo quedarme mucho, cerré el restaurante más temprano solo para venir. Soltó su mano de la mía y se acomodó la blusa, claramente nerviosa.

—Perfecto. Ven conmigo, Preta. Voy a preparar la mesa. —Sonreí al escuchar sus pasos tímidos siguiéndome. Para mí, fue tan emocionante como escuchar una orquesta de música clásica.

Todavía estaba algo desorientado en la cocina del ático, pero logré encontrar dos platos, un juego de cubiertos de plata y dos copas de cristal para, al menos, acompañar la comida con un buen vino. No podía lidiar con esa situación completamente sobrio. Necesitaba un poco de alcohol en la sangre o iba a terminar perdiendo la cabeza.

Para darle un toque más elegante a la mesa, busqué un candelabro de tres puntas y dejé el ambiente iluminado solo con velas.

—¡Vaya pero qué linda quedó esta mesa, Oliver! Creo que voy a contratarte para trabajar en mi restaurante —bromeó, pero entonces recordó que yo era el tipo que quería destruir su negocio exitoso y su sonrisa se apagó de golpe.

—¿Sabes una cosa, Preta? —Metí las manos en los bolsillos del pantalón de buzo y la miré. Esa mujer desconfiada frente a mí no dejaba de espiarme el pecho desnudo, aunque intentara disimularlo.

—Mirá, gringo, yo no sé nada, ¿entiendes? —Alabá frunció el rostro, lista para recibir cualquier ataque de mi parte y devolverlo con la misma intensidad.

—Me había olvidado de cuánto amo ese acento bahiano tuyo. Es una de las cosas que más me encanta de ti. —Sonreí de lado, probablemente con cara de tonto.

En realidad, quería decirle que su acento me parecía increíblemente sexy, y que cada vez que lo escuchaba me daban unas ganas locas de besarla. Pero no quería tensar más el ambiente de lo que ya estaba.

—Creo que ya podemos empezar la cena abriendo el vino, ¿te parece? —Ignorando por completo lo que dije, Alabá dejó la canasta

sobre la mesa y se sentó lo más lejos posible de mí.

Agarró la botella y la destapó con los dientes, después sirvió una copa de vino tinto y se la tomó de un solo trago, sus manos temblaban un poco.

—Me parece una excelente idea. —Hice lo mismo que ella: me senté y bebí la copa de un solo trago, sin quitarle los ojos de encima.

Comenzamos la cena en completo silencio. Cada bocado de moqueca de camarones con arroz blanco que llevaba a la boca era un gemido de placer que se me escapaba sin querer. ¡Mierda! Aquello sí que era un manjar digno de los dioses. No comía tan bien desde la última vez que Alabá cocinó para mí.

—¿Hace cuánto tomas Viagra? —preguntó de repente, rompiendo el silencio. Casi me atraganto con el trago de vino que acababa de dar. Ya íbamos por la mitad de la segunda botella.

—Contando hoy... dos días —Me encogí de hombros y volví a comer.

Entonces, la cocina se llenó con la carcajada de Alabá. Su risa era igualita a la de Eliot: fuerte, alegre. Eran iguales en todo. En la mirada segura, la sonrisa dulce y, sobre todo, en ese encanto natural para conquistar a la gente sin hacer ningún esfuerzo.

—Perdón, pero no puedo dejar de reír. He visto gente al borde del infarto por muchas razones, pero por Viagra es la primera vez. —Siguió riendo hasta que se le salieron lágrimas. Supuse que el vino ya le estaba haciendo efecto.

—Creo que debí haber comprado de otra marca, ¿sabes? Escuché que el Viagra ruso es el mejor del mercado —respondí en serio.

Intercambiamos miradas y no pude contener la risa. La cocina ahora resonaba con nuestras carcajadas mezcladas. Pensé que jamás volvería a escuchar esa combinación.

—¡Deja de decir tonterías, gringo! Rubi me contó que tomaste el Viagra por error, yo ya lo sospechaba. Siempre fuiste un toro en la cama. —Rozó mi mano sin querer sobre la mesa y nos quedamos mirándonos fijamente.

Cuando Alabá se dio cuenta de lo que acababa de decir, sus mejillas se encendieron como brasas. Tenía los labios apretados, seguramente para no gritar del bochorno.

—¿Todavía tienes espacio para un postre rápido, Alabá? —Cambié de tema. Por la expresión que tenía, estaba a punto de salir corriendo, y yo quería que se quedara un poco más.

—No, gracias. La cena estuvo muy rica, Oliver, pero ya me quedé más de lo que debía y tengo que irme. —Se levantó apurada, evitando mirarme, y se despidió con un gesto.

—Qué lástima, Preta. Mi plan era hacer ese brigadeiro de cuchara con esencia de coco y vainilla que tanto te encantaba. Siempre me pedías la receta, pero yo me hacía el misterioso. —Lancé el anzuelo.

Alabá siempre fue fanática de los postres que preparaba con las recetas secretas de mi abuelo. Cada vez que probaba uno, decía que era lo mejor que había comido en su vida.

—Eso es juego sucio, gringo. —Se detuvo en el pasillo y volvió a la cocina, acercándose mucho a mí.

—No llegué a ser un CEO exitoso por nada, mi amor. Soy un experto en estrategia. —Le guiñé un ojo con descaro.

—Está haciendo calor aquí, ¿no te parece? —Se abanicó el rostro con la mano.

Curioso, porque cuando llegó dijo que el departamento parecía un congelador por culpa del aire acondicionado. Y ahora, de repente, tenía calor.

Muy interesante…

El brigadeiro estuvo listo en un abrir y cerrar de ojos. Era una receta sencilla. Alabá anotó el paso a paso en su libretita de notas, toda avergonzada, y me pidió permiso para usarla en su menú de postres. Por supuesto que le dije que sí. En ese momento, le habría dicho que sí a cualquier cosa.

—¡Dios mío, Oliver! Esto está demasiado bueno —dijo con la boca llena, gimiendo de placer. Estábamos sentados en el sofá, comiendo brigadeiro directamente de la olla y viendo cualquier cosa en la tele.

Siempre hacíamos eso cuando salíamos. Yo amaba estar con Alabá. Me hacía sentir como el chico más afortunado del mundo.

—Me alegra que te guste, Preta. Al menos no perdí el toque para los dulces.

—¡Para nada! ¿Sabías que intenté mil veces hacer esta receta? Pero nunca me salió bien —bufó con una mueca.

—¿En serio? Pensé que no existía receta imposible para la gran chef Alabá Monteiro. —Apoyé el codo en el respaldo del sofá y descansé la cabeza sobre la mano, mirándola mientras lamía la cuchara lentamente. Era una escena increíblemente sexy.

¡Mierda! Ya estaba con la verga dura otra vez. Bastaba verla para que mi cuerpo se preparara para la acción. Siempre fue así con ella.

—Las personas nunca son como uno cree —respondió con una sonrisa triste, evitando mi mirada.

—Un segundo, Preta, tienes chocolate en la boca. —Extendí el brazo y limpié la comisura izquierda con el pulgar. Mis ojos fueron directo a sus labios carnosos, esos que tanto amaba besar.

Alabá se humedeció los labios con la lengua, como por reflejo, y eso me volvió loco. Sin darnos cuenta, nuestros rostros empezaron a acercarse lentamente. Las respiraciones se entrecortaban. Estábamos a un centímetro de un beso ardiente.

Podía sentirlo…

—Bueno, quiero que sepas que me divertí mucho con esta noche de tregua, Oliver. Pero hasta aquí llegó. —Alabá rompió el clima de golpe. Tiró la cuchara sobre la mesa y se puso de pie—. En cuanto cruce esa puerta, volveremos a ser enemigos. La pelea sigue desde donde la dejamos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Preta. Yo también me divertí mucho esta noche. Gracias por la moqueca, estaba espectacular.

—No fue nada. Que tengas buenas noches, gringo. —Me regaló una última sonrisa.

—Buenas noches, Preta. —Le abrí la puerta para que saliera. Cada vez que la veía irse, sentía como si mi mundo se viniera abajo.

Tanto así que, al cerrar la puerta, no pude soltar la manija. Mi corazón latía con tanta fuerza que pensé que estaba teniendo otro

preinfarto. Pero no era eso. Era algo peor. Una sensación intensa de que algo no cerraba en mi historia con Alabá. Éramos tan buenos juntos. Cada vez que la miraba, sentía que estaba viendo a mi mitad perdida, a mi alma gemela. Habíamos tenido una noche increíble y no podía dejarla ir así. Tenía que ir tras ella y arreglar de una vez por todas todo lo que nos quedó pendiente.

Sin embargo, al abrir la puerta, me la encontré ahí mismo, con la respiración agitada, como si hubiera vuelto corriendo. Estaba tan invadida por el mismo sentimiento arrollador que me quemaba por dentro, que no la dejé decir ni una palabra. La tomé por la cintura, la atraje de nuevo al departamento y la besé con pasión. Cerré la puerta de un puntapié.

No pensaba dejar que esa mujer se escapara de mí otra vez.

Ella volvería a ser mía, al menos por esa noche.



Alabá

No supe exactamente cómo sucedió, pero después de salir del ático de Oliver sentí algo muy extraño. Con cada paso que me alejaba de él, era como si me clavaran una daga en el corazón. Cuando entré en el ascensor y las puertas empezaron a cerrarse lentamente, la angustia se volvió casi insoportable. Sinceramente, solo recuerdo unos segundos después estar de nuevo frente a la puerta del gringo. Antes de que pudiera siquiera pensar en llamar, la gran puerta de madera oscura se abrió y vi el rostro de un hombre tan angustiado como yo. No había espacio para más palabras entre nosotros, nada más importaba. Mucho menos el pasado.

Solo Él y yo.

Atrapados en una dimensión que creamos solo para nosotros dos, donde todo era posible, sin reglas ni corazones rotos. Lo único que importaba era el aquí y el ahora.

Con un movimiento rápido, Oliver me llevó de vuelta a su ático y me besó con todas sus fuerzas, pero sin urgencia. Fue cariñoso. Me levantó y me llevó a su habitación, haciendo todo el trayecto sin detenerse a besarme; nuestros labios parecían pegados.

—Te extrañé todos los días, Preta —susurró Oliver en mi oído mientras me recostaba en su cama en medio de una pila de suaves sábanas blancas, me miró profundamente a los ojos y acarició mi rostro con ternura.

—Yo también te extrañé, Oliver, todos los días —admití en un susurro, entonces Oliver me besó de nuevo de esa manera que te

roba todo el aliento.

Su mano se deslizó por mi pierna y me levantó la falda, dejando mis muslos al descubierto, pero no se detuvo ahí. Apartó mis bragas blancas de encaje e introdujo un dedo dentro de mí. Jadeé de placer cuando empezó a tocarme, siguiendo los movimientos de su lengua dentro de mi boca. Fue un acto atrevido y sensual. Oliver quizá no valiera nada, pero sabía muy bien cómo complacer a una mujer. Volverla loca hasta el punto de que ni siquiera pudiera recordar su propio nombre.

—¡Ahh...! ¡Preta! Te deseo tanto. —Me mordisqueó el pezón y luego trazó un camino de besos hasta la mitad de mis piernas.

Entonces el pervertido se abalanzó sobre mí, me lamió y me chupó muy bien. Levanté las caderas y las froté en su cara sin ninguna vergüenza. Quería más. Mucho más.

—Hoy soy toda tuya, haz conmigo lo que quieras. —Le di carta blanca entre gritos y más gritos de puro deleite, solo Oliver era capaz de sacar mi lado más desenfrenado.

—Ay, Dios mío... estás toda mojada para mí. —Deslizó su lengua por toda mi vagina mientras jugaba con mi clítoris en círculos con el pulgar. Dios mío, qué bien se sentía.

No sé si era porque había pasado tanto tiempo sin sexo, pero Oliver me hizo acabar rápidamente solo con su lengua y sus dedos. Y ni siquiera me había quitado las bragas. Con el corazón acelerado y la respiración entrecortada, miré hacia abajo y vi al canalla del gringo sonreír, con la piel brillante de sudor, la cara enrojecida y los labios hinchados. Esa escena despertó mi libido, dándome placer, él estaba excitado.

—¿Lista para la segunda ronda, Preta? —Se quitó la camisa y la tiró, el ambiente se había calentado a un nivel magistral.

—Siempre estoy lista para ti, Oliver. —En medio de un intercambio de miradas, deslicé mis bragas por mis piernas y en cuanto me las quité se las arrojé en la cara.

—Mmm, qué rico, qué rico. —Mordisqueó la parte interior de mi muslo.

Como una puta le enseñé los dientes a Oliver y él rápidamente volvió a bajar sobre mí y me chupó por todas partes, tragando cada

gota de mi reciente orgasmo, estaba tan mojada que podía sentir caer las gotas.

—Me encanta sentir tu cuerpo con mi boca… tu sabor es adictivo —gruñó con voz apagada.

—Cállate y sigue, gringo. —Lo agarré del pelo y lo acerqué más a mí, quería todo el placer que pudiera darme.

¡Y Oliver me lo dio!

Gruñó mientras me chupaba como un loco, me lamía y me penetraba brutalmente con la lengua. Cuando se dio cuenta de que iba a acabar, paró y empezó de nuevo, castigándome. Me retorcí y gemí como una puta.

—Por favor, Oliver, no puedo más. —Agarré mis pechos y los apreté, la sensación que tenía era que mi cuerpo iba a explotar.

—Acaba para mí, nena —ordenó y obedecí sumisamente, llegando al clímax con un grito agudo.

—¡Guau!… —fue lo único que pude decir con una sonrisa cansada pero satisfecha.

Mi cuerpo estaba aún en sus últimos espasmos, me sentía ligera como una pluma.

—Eso fue solo el calentamiento, Preta, ahora viene la mejor parte. —Oliver se quitó el resto de la ropa y yo hice lo mismo, estaba más que lista para recibirlo dentro de mí.

—Ya que me la vas a meter, gringo, ya sabes cómo me gusta, ¿no? —Me mordí el labio inferior, abrí las piernas y me toqué delante de él.

—Bruto y profundo. —Esbozó una sonrisita traviesa y vino arrastrándose hacia la cama como un león a punto de atacar a su presa. Me encantaba cuando me miraba así lleno de devoción.

—Eso es…—Me incliné para besarle la boca.

—Te quiero en cuatro patas. —En un movimiento rápido, Oliver giró mi cuerpo sobre mi espalda con mi trasero apuntando hacia él y mi cara presionada contra el colchón.

Yo solo sonreí con entusiasmo, esa era su posición favorita.

—Te voy a comer toda la noche, Preta. —Se inclinó y me besó el trasero antes de penetrarme con una embestida brutal y profunda. Jadeé en una peligrosa mezcla de depravación y euforia.

—¡Mierda! Sigues tan apretada —rugió paralizado, con mis paredes vaginales aplastando su verga gigante y durísima.

Después de tanto tiempo sin sexo yo era prácticamente virgen, era como si estuviéramos teniendo una nueva primera vez.

—¿Necesitas ayuda, gringo? —Miré a Oliver por encima del hombro, con aire de suficiencia, y moví las caderas adelante y atrás.

—¡Ni hablar, maldita sea! —Me dio una palmada en el trasero y luego me sujetó la cintura con fuerza, impidiéndome moverme—. Hoy soy yo el que manda en esta mierda.

Descontrolado, Oliver me penetró incontables veces; el sonido de nuestros cuerpos chocando llenaba la habitación. Era demasiado intenso. Con cada embestida, penetraba más profundamente; gemía tanto que me quedé sin voz. Ese gringo tenía un aliento envidiable. Me rodeó con el brazo para que nuestros cuerpos se fusionaran, y luego aumentó el ritmo de sus embestidas, casi partiéndome en dos.

—Eso es... métemela bien duro —gemí, frotándome contra su verga, sin vergüenza.

Con Oliver me convertí en un depredador sexual. Sin tabúes ni moralismo. Quizá no fuéramos almas gemelas en el amor, pero en el sexo sí.

—Voy a acabar… —El cuerpo de Oliver se desplomó sobre el mío mientras su semen brotaba dentro de mí, ese fue definitivamente uno de nuestros mejores polvos.

—Nunca ha sido tan bueno como contigo. —Me abrazó, sentí su respiración agitada contra mi nuca.

Sentí una punzada de celos. Sabía que Oliver tenía a miles de mujeres tras de mí, pero oírlo de sus labios me dolió profundamente. De repente, sentí unas ganas enormes de llorar. Necesitaba salir de allí antes de que las lágrimas cayeran y revelaran mi dolor.

—Es un poco tarde, Oliver. Necesito irme ya. —Intenté levantarme de la cama, pero no me soltaba la cintura.

—No te dejaré ir a ningún lado, Preta. —Me dio besos en la espalda. —Apenas estamos empezando —susurró contra mi piel y me apretó el pecho.

Mi cuerpo se iluminó cuando sentí el duro pene de Oliver frotando contra mi trasero, el hombre acababa de correrse y ya

quería más.

—Oliver, yo…

Intenté discutir, pero él me interrumpió.

—Shhhh … cállate, Preta. —Mordisqueó la curva de mi cuello. —Sé buena chica —no preguntó, ordenó.

Oliver me levantó la pierna y se deslizó en mi vulva con facilidad gracias a la lubricación de su propio líquido espeso, aún caliente dentro de mí. Me mordí el labio cuando empezó a moverse con lentitud. Y así hicimos el amor a cucharadas durante las siguientes horas, sin prisas y con total entrega.



Alabá

Me desperté con el celular sonando insistentemente a todo volumen. Me froté los ojos en medio de un largo bostezo y estiré el brazo para agarrar el aparato sobre el mueble al lado de la cama. Me sentí culpable al ver que era Alexander. Me había llamado varias veces y había *mandado cientos de mensajes cariñosos del tipo:*

"*Daría todo por estar contigo ahora, mi amor.*"

"*Eres mi felicidad.*"

"*Amo tu sonrisa.*"

Era una traidora de primera. El pobre todo amoroso conmigo y yo, esta descarada, en la cama de otro hombre. Un hombre que fue un verdadero hijo de puta conmigo cientos de veces. Pero las últimas horas que pasamos juntos no contaban dentro de ese historial: Oliver había sido un verdadero Don Juan. Me hizo el amor sin apuro, como si quisiera adorar cada centímetro de mi cuerpo. Perdí la cuenta de las veces que llegué al clímax en sus brazos, ese hombre parecía una máquina sexual. Apenas terminaba una ronda y ya quería empezar otra.

Si cerraba los ojos, todavía podía sentirlo dentro de mí. Esa siempre fue y siempre sería la mejor sensación de mi vida.

—¿No vas a contestarle a tu noviecito? Parece preocupado — Oliver besó mi hombro, yo ni siquiera me había dado cuenta de que se había despertado.

Todavía estaba algo adormecido, pero no lo suficiente como para disimular el fastidio que se colaba en su voz arrastrada.

—No me toques, Oliver. Lo que pasó aquí fue un error. —Me levanté dolida y empecé a recoger la ropa desperdigada por el suelo. Nunca debí haber ido a visitar a ese imbécil.

—¿Un error? —Sonrió con rabia—. ¿Así llamabas también a las encamadas que tenías con otros tipos cuando yo era tu novio y no tu amante, como ahora? —Cruzó los brazos sobre su pecho ancho y se quedó mirándome con esa actitud arrogante suya.

—Adiós, Oliver Quent. Te odio. —Me di vuelta y me fui, vistiéndome mientras caminaba hacia la puerta.

La casa de Oliver me daba un poco de miedo, el ambiente era frío y la decoración completamente negra, tan sombría como el alma del que vivía ahí. Pero al menos los muebles eran modernos y las obras de arte, de buen gusto.

—Adiós, Alabá Monteiro. Vuelve a tu vida perfecta con tu noviecito devoto y tu hijo bastardo —escupió lleno de furia, siguiéndome como un demonio en miniatura. Solo le faltaba el tridente rojo en la mano.

Me di vuelta de inmediato, furiosa. Oliver podía insultarme todo lo que quisiera, pero a mi hijo no.

—No te atrevas a hablar de mi hijo otra vez o te destruyo, Oliver. Eliot lo es todo para mí y no voy a permitir que lo ofendas de ninguna manera. —Le apunté con el dedo a la cara, completamente fuera de control.

—Tú me destruiste hace mucho tiempo cuando me engañaste, Alabá. —Levantó el mentón cuadrado, adoptando esa pose altanera —. Ahora soy yo quien va a acabar contigo. No estaba mintiendo sobre la deuda con Hacienda. A menos que consigas el dinero, esa casa irá a remate, y dudo mucho que alguien ofrezca más que yo —aseguró, inflado de ego.

Lo miré devastada. Solo él tenía la capacidad de llevarme de la euforia a la tristeza más profunda en cuestión de segundos. Primero me había amado con locura en su cama como si yo fuera la única luz en su mundo oscuro, y después volvió a ser un perfecto imbécil. Lo peor era que no parecía estar mintiendo sobre la deuda, lo cual me preocupaba mucho. No tenía de dónde sacar esa plata para pagarle

al fisco, me había gastado hasta el último centavo comprando esa casa. Estaba más quebrada que un palo seco.

Tenía que moverme rápido con eso o iba a perder mi negocio a manos de ese desgraciado. La dura y cruel verdad era que a Oliver Quent no le importaba un carajo construir un centro comercial de millones de dólares, su verdadero objetivo era arruinarme la vida lo más posible.

—Para quitarme el restaurante, gringo, primero vas a tener que pasar por encima de mí. Y no es nada fácil, te lo aseguro. —Me puse las manos en la cintura, desafiante.

Nos quedamos frente a frente, desafiándonos con la mirada. No soportaba a ese diablo rubio. Fue entonces cuando sonó de nuevo mi celular, pero esta vez no era Alex, sino la niñera de Eliot. Atendí al instante, ya era casi la una de la madrugada y ni siquiera le había mandado un mensaje a la pobre para avisarle que llegaría tarde.

—Hola, Lidia. Perdón por la demora. Te prometo que te voy a pagar las horas extra al doble, ¿sí? —dije avergonzada. Nunca había hecho algo así, salir sin avisar la hora exacta en que volvería.

Lidia tenía apenas dieciocho años y cuidaba de Eliot en casa todos los días después del colegio desde hacía mucho tiempo. Nunca tuve una queja sobre ella. Siempre fue una chica muy responsable y cariñosa, más una hermana mayor que una niñera.

—No se preocupe por eso, Alabá. Necesita venir al hospital, ya mismo. —Casi no podía hablar entre sollozos—. Es Eliot. —Su voz tembló.

Dejé de respirar en el acto.

—¿Al hospital, Lidia? ¿Qué quieres decir? ¿Qué le pasó a mi hijo? —Yo también empecé a llorar, temblaba tanto que apenas podía mantenerme de pie.

—¿Qué pasó con el niño, Alabá? —Oliver se puso frente a mí y me sostuvo por los hombros.

Como no reaccionaba, totalmente en estado de shock antes incluso de saber qué tenía Eliot, Oliver me quitó el celular de la mano y activó el altavoz.

—¿Todavía estás ahí, Alabá? Por favor, ven rápido, estoy muy asustada —suplicó Lidia al otro lado de la línea. En ese momento me

quedó claro que la situación era realmente grave.

—¿Tu nombre es Lidia, cierto? Habla Oliver Quent. Solo trata de calmarte y dime en qué hospital están. Te prometo que la mamá de Eliot y yo estaremos ahí en pocos minutos. —Oliver mantuvo un tono tranquilo, pero tenía las manos cerradas con fuerza en los puños.

—Estamos en el Hospital Pediátrico San Bento, queda al otro lado de la ciudad. Fue el único que tenía lugar para atender a Eliot —explicó, y yo me desesperé todavía más.

—Dios mío, por favor, cuida de mi hijo. —Caí de rodillas sobre el piso oscuro, suplicando. El San Bento era un hospital infantil que solo recibía casos de extrema urgencia.

—Sé dónde queda, Lidia, nos vemos en breve. ¿Está bien? —prometió Oliver mientras se ponía unos jeans y una camiseta blanca de algodón a la velocidad de la luz. Ni siquiera se puso zapatos, se calzó las primeras sandalias que encontró frente a él.

—Sí, señor —Lidia sorbió fuerte por la nariz, pero ya había dejado de llorar. De algún modo, las palabras de Oliver la tranquilizaron.

Aunque yo no tenía la menor idea de cómo Oliver iba a cumplir su promesa de que llegaríamos tan rápido al hospital, considerando que quedaba al otro lado de la ciudad. Sin tráfico y manejando a toda velocidad, llevaría por lo menos una hora.

—Ven conmigo, Alabá, voy a llevarte con tu hijo. —Oliver me ofreció la mano y, como aquella vez en que nos conocimos, dudé si debía tomarla o no. Tenía cientos de razones para no cometer esa locura, pero la confianza que me transmitió a través de su mirada me hizo arriesgarme otra vez.

Por mi hijo sería capaz de aliarme con el enemigo. Apreté con fuerza la mano de Oliver, que salió corriendo por los pasillos del edificio arrastrándome con él. Como el ascensor tardaba en llegar, bajamos por las escaleras. Pero en vez de bajar, él estaba subiendo, y yo no entendía absolutamente nada.

—¿Qué estás haciendo, Oliver? ¿Te volviste loco? Estás yendo para el otro lado. —Intenté soltarme de él para correr hasta mi hijo lo más rápido posible. Me sentía una pésima madre.

Mientras Eliot me necesitaba, yo me entregaba en cuerpo y alma al hombre que lo abandonó apenas supo que existía. Eso me convertía, sin lugar a dudas, en la peor madre del mundo. Si le pasaba algo a mi hijito, nunca me lo perdonaría.

—Solo confía en mí, Alabá, ven conmigo —insistió.

—¡Esta vez no, Oliver! Cada vez que confié en ti, terminé hecha mierda. —Logré soltarme de su mano y empecé a bajar las escaleras corriendo.

—Pero no tienes opción, Preta —Oliver me cargó al hombro como si fuera una bolsa de papas y subió conmigo hasta la azotea del edificio.

—¡Bájame ya, Oliver, no tengo tiempo para esto! ¡Mi hijo me necesita! —Le golpeé la espalda con los puños, un montón de rizos me cayeron sobre la cara y no podía ver nada a mi alrededor. Lo único que supe fue que sentí una brisa fuerte cuando cruzamos una gran puerta de hierro.

—¡Lo sé, carajo! Así que entra de una vez, cierra la boca y ponte el maldito cinturón. —Me soltó en el suelo. Solo cuando vi que estábamos en el helipuerto del edificio entendí su plan.

—¿Sabes pilotear esta cosa, Oliver? —pregunté atónita, pero él no me respondió.

Oliver rodeó el helicóptero, entró por el lado del piloto y comenzó a prepararse para el vuelo. Se puso los auriculares de protección y encendió las hélices.

—¿Vienes o no, Alabá? Estamos perdiendo tiempo. —Abrió la puerta del pasajero. Aunque me moría de miedo a las alturas, subí al helicóptero.

Odiaba volar, y esa era la primera vez que me subía a un helicóptero, además con un piloto en quien no confiaba ni un poco. Pero una madre desesperada hace cosas que ni Dios se imagina.

—Por favor, Oliver, solo llévame con mi hijo —supliqué.

—Eliot va a estar bien, Preta. Te lo prometo. —Me tocó la mano brevemente antes de despegar.

Para mi sorpresa, Oliver piloteaba el helicóptero con la soltura de quien ya lo había hecho miles de veces. Como si fuera tan fácil como andar en bicicleta. No le bastaba con ser dolorosamente

guapo, asquerosamente rico y estar siempre perfumado. Tenía que ser talentoso también. Parecía que no existía nada en este mundo que Oliver Quent no pudiera hacer.

No podía dejar de mirarlo. Ese hombre enigmático parecía tan decidido a llevarnos con nuestro hijo que nada ni nadie iba a impedirlo.

Oliver usó una cancha de fútbol cerca del hospital para aterrizar el helicóptero. Apenas pudimos, salimos corriendo directo a la recepción para pedir información sobre Eliot.

—Por favor, señorita, ¿dónde está mi hijo? Ingresó hoy aquí, su nombre es Eliot Monteiro. —Empecé a llorar otra vez. Tenía miedo de que me diera una mala noticia.

—Tranquila, señora. Su hijo tuvo una fuerte crisis alérgica, pero ya se encuentra estable. Su habitación está al final del pasillo —explicó la recepcionista. No esperé a que terminara de hablar y salí corriendo.

Entré al cuarto de Eliot sin tocar la puerta, estaba desesperada. Lo primero que vi fue a Lidia inclinada sobre la cama de mi hijo, llorando. El pobrecito dormía conectado a varias máquinas que monitoreaban sus signos vitales.

—Ey, mi amor, todo va a estar bien. Mamá ya está aquí. —Me acerqué a la cama y acaricié el rostro de mi bebé.

—Dios mío… ¿qué tiene? —Oliver se colocó a mi lado y le tomó la manito. Tenía los ojos llenos de lágrimas al ver esa escena.

Los sentimientos de Oliver por Eliot eran reales, incluso sin considerar la posibilidad de que fuera su hijo. Eso es lo que hace el orgullo herido: impide ver la verdad, incluso cuando está justo frente a los ojos.

—Eliot tiene una alergia rara al pelo de gatos, Oliver —le dije en voz baja para no despertar a mi niño.

Oliver no dijo nada más. Permaneció inmóvil, mirando fijamente a Eliot de una forma extraña. Parecía que mil pensamientos le pasaban por la cabeza en ese momento. Ni siquiera respiraba.

—Lo siento mucho, Alabá. Fue culpa mía. —Lidia no paraba de llorar, apretaba el suéter azul de Eliot contra el pecho—. Si quiere despedirme, lo entiendo.

—No digas eso, Lidia. Eres la mejor niñera que mi hijo podría tener. Él te ama, y yo también. Hace mucho que te consideramos parte de la familia. —Le sonreí para tratar de consolarla. Jamás la culparía por nada.

—No. Soy una niñera terrible. No debí haberme quedado dormida en el sofá mientras Eliot y yo veíamos una película. Él aprovechó para jugar con el gato, aun sabiendo que la regla principal era que solo podía tenerlo en brazos unos minutos por su grave alergia.

Hizo una pausa y aspiró profundamente antes de seguir hablando entre sollozos. Ni siquiera podía mantener los hombros rectos, estaba completamente decepcionada de sí misma.

—Cuando desperté, vi a Eliot desmayado en el suelo, todavía abrazado al gato. Estaba todo hinchado, pobrecito, rojo y con ronchas enormes por todo el cuerpo. —Se acarició el brazo con los vellos erizados, como si recordar esa escena aterradora le provocara escalofríos.

De hecho, cuando Eliot tenía una de sus crisis alérgicas no era nada agradable de ver. Yo, que era su madre y ya lo había visto pasar por eso otras veces, siempre me asustaba como si fuera la primera. Pero el verdadero error en toda esta historia fue mío, por ceder ante los caprichos de mi hijo y permitirle quedarse con el gato. Pensé que ya era lo suficientemente grande como para seguir todas las indicaciones que el médico había dado como condición para que nos quedáramos con el animal.

Pero estaba equivocada, y por eso casi pierdo a mi hijo. Yo era la adulta, y debería haber sido más firme.

—Todo está bien, princesa. Ahora que a Eliot ya le dieron la medicación, está fuera de peligro. Solo fue un susto. —Me alejé de mi hijo por unos instantes y abracé a Lidia; poco a poco, sus lágrimas fueron cesando.

—¿Estás segura de que Eliot va a estar bien, Preta? Quiero hablar con su médico. —Oliver acariciaba el cabello del niño con una ternura que yo juraba que alguien con su carácter era incapaz de dar.

Tal vez era instinto paterno, o culpa. No lo sé.

—Sí, Oliver. No es la primera vez que le pasa esto a Eliot. No tienes porqué preocuparte —suspiré aliviada, lo peor ya había pasado.

Oliver ni siquiera me escuchó, toda su atención estaba volcada en Eliot. Nada más parecía importarle.

—Estoy aquí contigo, campeón. No me voy a ningún lado hasta que estés bien. —Le acarició la mejilla—. Te lo prometo. —Le dio un beso en la cara.

Increíblemente, Eliot sonrió levemente, aún con los ojitos cerrados. Oliver también sonrió, de una forma tan suave que casi me parte el alma. Esos dos serían una gran dupla de padre e hijo. Una lástima que eso nunca iba a pasar. Había un abismo enorme entre su realidad y la nuestra, y nada podía llenarlo.

—¿De verdad lo prometes, papá? —la voz de Eliot salió apenas audible.

Empecé a temblar al ver esa escena. De alguna manera, Eliot sabía que su padre estaba allí con él.

—Lo prometo, hijo. Todo va a estar bien —la voz de Oliver salió quebrada. Sabía que lo decía solo por compasión hacia un niño enfermo, pero aun así me conmovió profundamente.

Oliver podía seguir negando que compartía la misma sangre con Eliot, pero la forma en que lo miraba tenía la ternura que solo un padre verdaderamente enamorado de su hijo podría tener.

—¡Algo anda mal! —me alarmé. ¿Estaba perdiendo la cabeza o la temperatura del cuerpo de mi hijo volvía a subir?

—Corre, Lidia, ve a llamar al médico —pedí, y ella salió disparada.

—¡Ay! ¡Me duele la garganta, mamá! —Eliot gritó con fuerza y empezó a toser sin parar. Su carita volvió a hincharse y estaba a punto de dejar de respirar.

Lo peor era que no había ni una sola enfermera cerca para ayudarnos. Cuando llegué, noté que la sala de emergencias estaba llena, así que tendríamos que arreglárnoslas solos.

—¡Rápido, Alabá, sujétale la cabeza a Eliot! Va a tener otra crisis, y peor que la primera —Oliver giró el cuerpo de Eliot de costado y le apartó la lengua con el dedo para despejarle las vías

respiratorias. Realmente parecía saber lo que hacía, así que seguí sus instrucciones.

Estaba muy preocupada. Eliot nunca había tenido dos crisis alérgicas en un mismo día, y mucho menos después de haber sido medicado.

—¡Ayuda! ¡Mi hijo necesita ayuda! —grité, y finalmente apareció una médica.

El problema fue que parecía más joven que yo y no dejaba de mascar chicle de forma irritante. No era más que una pelirroja bajita, con aire arrogante, que llevaba una bata blanca llena de lentejuelas. Alrededor del cuello tenía un estetoscopio rosa fosforescente y el cabello recogido en dos colitas, una a cada lado de la cabeza.

—Tranquila, señora. Soy la doctora Patricia, residente de primer año del Hospital Infantil San Bento —se presentó con calma, como si estuviera en una fiesta o en un bar socializando.

—¿Residente? ¡Llama ya al médico de verdad que esté de guardia! —Oliver se enfureció.

—Eso no es posible, señor. El doctor Manoel, único "médico de verdad" de guardia esta noche en urgencias que, por cierto, es mi padre y también director de este hospital, está atendiendo a un niño en estado crítico que fue atacado por dos pitbulls. Así que por ahora, lo mejor que tienen soy yo. —Se colocó los guantes lentamente. Esa paciencia suya me estaba sacando de quicio.

—Entonces haz algo ya para ayudar a mi hijo, porque si se muere, la próxima vas a ser tú, querida —la amenacé, fuera de mí.

—Relájese, mamita, le voy a aplicar al chico otra dosis del antialérgico que recetó el doctor Manoel y no hay margen de error. —Empezó a preparar la medicación mientras seguía masticando ese maldito chicle, haciendo globos que estallaban justo frente a mi cara.

Mientras tanto, Eliot empezó a delirar, diciendo un montón de cosas sin sentido. Yo le sostenía una mano y Oliver la otra, pero el pobrecito no dejaba de retorcerse en la cama, ya ardiendo de fiebre. Siempre era igual: cuando los síntomas aparecían, lo hacían como una ola gigante arrasando con todo.

—¡Apúrate de una vez, doctora! No tenemos todo el día, carajo —Oliver perdió la paciencia, y con razón. Esa niña estaba tardando una eternidad en llenar la jeringa.

Un segundo más y yo misma le habría arrebatado la jeringa para aplicar el medicamento. Incluso sin ser médica sabía que en momentos así había que actuar rápido.

—¡Lo logré! —Celebró con un pasito de baile. Esa médica estaba completamente desquiciada.

Tomó un algodón con alcohol y limpió la parte del bracito de Eliot donde iba a inyectar el medicamento. Pero en medio del pánico, él movió la mano y golpeó la jeringa antes de que la aguja tocara su piel. Entonces el contenido se derramó y la mayor parte se esparció lejos.

—¡Haz otra preparación, doctora, rápido! No podemos seguir esperando —grité, furiosa, y la tipa se quedó congelada como un poste, más pálida que la bata que llevaba puesta.

—No se puede, señora. Ese era el último frasco de ese medicamento. Tendría que haber pedido un nuevo lote la semana pasada, pero se me olvidó. Puta madre, mi papá me va a matar. —Empezó a golpearse la cabeza, más preocupada por el sermón que le daría su padre que por la vida de mi hijo.

—¿Y ahora qué hacemos? No tenemos tiempo de trasladar a Eliot a otro hospital donde puedan atenderlo. Necesita medicación urgente o va a morir justo frente a nosotros. —Miré a mi bebé, cada vez más grave. No resistiría mucho más.

—No va a pasar eso, Alabá. Confía en mí esta vez, vuelvo en un minuto. —Oliver salió disparado y no tardó ni sesenta segundos en volver con varias ampolletas del mismo medicamento que Eliot necesitaba.

—¿Dónde conseguiste esa medicación tan rápido, Oliver?

—Siempre llevo varias conmigo, en mi auto, en el jet privado y en el helicóptero. Tengo la misma alergia rara a los pelos de gato que Eliot. Una vez casi me muero en una crisis, y desde entonces siempre ando preparado. —Oliver rompió todos los protocolos del hospital y él mismo empezó a preparar el medicamento, mientras yo

no podía dejar de mirarlo, estupefacta. Nunca me había contado nada sobre su alergia.

Con mucha seguridad, Oliver le aplicó la inyección en el brazo, y el efecto fue casi inmediato. La hinchazón comenzó a disminuir, al igual que la temperatura de su cuerpo. En pocos minutos, mi hijo ya estaba mejor, gracias a los esfuerzos de su padre.

—Gracias por todo, Oliver. Te debo la vida de mi hijo. —Lo abracé conmovida.

—No tienes que agradecer nada, Alabá. —Se quedó quieto, completamente indiferente a mi contacto. Parecía alterado.

—¿Estás bien, Oliver? —pregunté.

—¿No crees que sería mejor llevar a Eliot a un hospital privado? No confío en este lugar. —Miró hacia la médica loca, que reía y hablaba en voz alta por teléfono—. Yo me encargo de todos los gastos, solo quiero que el niño reciba la mejor atención posible. —Se frotaba las manos, inquieto.

—Ya está mejor, gracias a ti, Oliver. De verdad, no tienes que preocuparte. —Le toqué el rostro, pero él retrocedió con un gruñido, como si mi mano le hubiera causado dolor.

—Necesito un poco de aire, Alabá. Ya regreso. —Se fue, escapando de mí.

Aun así, le estaría eternamente agradecida. Puede que no quisiera aceptar a Eliot como su hijo, pero lo cuidó cuando más lo necesitaba. Fue el padre que cualquier niño merece tener.

—¿Viste, mamita? Te dije que todo saldría bien. —La doctora vino a hablar conmigo.

—No precisamente por ti, ¿verdad, doctora? —Crucé los brazos y la miré con seriedad.

—Bueno… creo que ya me voy. Voy a ver si el doctor Manoel necesita ayuda en emergencias. Cualquier cosa, solo llamen. —Se fue rápido, con las mejillas sonrojadas.

—¿Puedo hablar con Eliot ahora, Alabá? —La voz de Lídia sonó entre lágrimas, y ni siquiera recordaba que la pobrecita seguía ahí, llena de preocupación.

—Claro que sí, princesa, ven aquí. —Extendí el brazo y le ofrecí la mano, que ella tomó acercándose con pasos inseguros.

Lídia se aproximó a la cama de Eliot, se colocó detrás de la oreja el cabello corto teñido de azul y comenzó a hablarle muy bajito. Siempre fue muy paciente con él.

—Lo siento tanto, Eliot, mi deber era haberte cuidado bien. Casi te mueres y todo fue culpa mía. —Le sostuvo la manito con ternura.

—Si hay una culpable en toda esta historia, soy yo. No debí permitir que Eliot se quedara con el gato. Ahora, cuando despierte mañana, tendré que darle la triste noticia de que no vamos a poder quedarnos con ese bicho, y partirle el corazón. —Negué con la cabeza, decepcionada de mí misma.

—Yo puedo quedarme con el gato, Alabá. Estoy segura de que mi mamá me va a dejar. Así Eliot podrá visitarlo cada vez que quiera. ¿Qué te parece? —Lo ofreció con todo el corazón.

—Me parece perfecto, mi amor. Muchas gracias. Eliot va a estar feliz de no tener que separarse para siempre de esa cosita fea. —Abracé a esa dulzura de niña.

—Perdón, Alabá, pero ya es tarde y tengo que irme. Mi mamá debe de estar preocupada.

—No te preocupes, Lídia. Pídele disculpas de mi parte. Voy a pedir un taxi que te lleve a casa. —Me levanté rápido, agarré la cartera de la bolsa y le di tres veces más de lo acordado. Después de todo lo que pasó, lo tenía más que merecido.

—Muchísimas gracias. Quiero mucho a Eliot, como si fuera mi hermanito menor. Es un amor de niño, muy educado y dulce. Apuesto a que lo sacó de usted.

—Seguro que sí, porque del imbécil de su padre no fue —bufé.

Ambas nos reímos.

—Con permiso. —Oliver carraspeó antes de entrar al cuarto, con el ceño fruncido. Me dio vergüenza saber que había escuchado mi comentario.

—Buenas noches, chicos. Mañana llamo para saber cómo sigue Eliot. —Sonrió con dulzura y se subió la capucha del buzo gris. Antes de irse, le dio un beso en la mejilla a Eliot.

Acompañé a Lídia hasta la puerta y pedí un taxi para ella. Nos quedamos solos Oliver y yo, unidos por nuestro hijo.

—Parece una buena chica —comentó Oliver para romper el hielo.

—Sí, Lídia lo es. Mi hijo la quiere muchísimo. —Sonreí con timidez mientras acomodaba la sábana de Eliot. Ese aire pasivo entre nosotros era muy raro.

Me resultaba más fácil pelear con Oliver que hablar con él en paz. Puede parecer extraño, pero tratándose de ese gringo, me sentía más segura en medio de una guerra que en un tratado de paz.

—Creo que este cuarto está un poco frío para Eliot. Voy a pedirle una manta extra a la enfermera —se ofreció con gentileza.

—No hace falta. Eliot es igual que tú, le gusta dormir con frío —dije sin pensar, y me morí de vergüenza en el acto. Al mirar hacia él, noté que un músculo en su mandíbula se contrajo.

¡Qué carajo, Alaba! Cierra la boca.

—Entiendo —respondió sin más. Caminó hasta la ventana y se quedó de espaldas, con las manos en los bolsillos del jean, mirando hacia la nada.

No había ninguna vista afuera, solo la pared del edificio de al lado. Solo quería evitarme, por alguna razón.

—Te agradezco por todo, Oliver. Pero seguro estás cansado. Si quieres, puedes irte a casa.

—No voy a irme a ningún lado, Alabá. —Me miró por encima del hombro unos segundos y dijo—: Le prometí al chico que no me movería de su lado, y pienso cumplirlo. —Volvió a girar hacia la ventana.

—Ah, vete a la mierda. Ahora te importa tu hijo, ¿no, amorcito? —eso fue lo que pensé. Pero lo que dije fue: —Está bien, Oliver.

—¿Qué sentiste al tener a Eliot en tus brazos por primera vez? —preguntó de la nada, tomándome completamente por sorpresa.

Escuché cómo le rechinaban los dientes; en realidad, parecía que la pregunta que quería hacer era muy distinta.

—Fue increíble. Nunca voy a olvidar ese día, fue el más feliz de mi vida. Eliot era tan pequeño y frágil... Me agarró el dedo con su manito arrugada y le sonrió al mundo. —Me senté al lado de la cama de mi hijo, necesitaba abrazarlo fuerte.

Conmovida, besé su carita hermosa. Nunca me cansaba de mirar a ese ángel precioso que Dios me había mandado para hacer mi vida más feliz. Yo había nacido para ser la mamá de Eliot y no me imaginaba haciendo otra cosa. El amor de madre es diferente a todo en este mundo. Es más grande que cualquier cosa. Un lazo que no se rompe, una luz que nunca se apaga.

—Los dos se ven muy lindos juntos. —Oliver sonrió con una ternura distinta.

Fue por ese gringo dulce y de buen corazón que me enamoré un día, no por el gran CEO Oliver Quent, frío y calculador, que usaba su poder para conseguir lo que quería.

—Si quieres, puedes acomodarte en el sofá de la esquina, Oliver. Yo me voy a quedar aquí en el sillón al lado de la cama de Eliot por si se despierta y me llama. —Cambié el tono de voz; era mejor cortar la conversación en ese punto.

—Yo también quiero quedarme cerca de Eliot. —Acercó el sofá hasta pegarlo a mi sillón No iba a poder librarme de ese hombre tan fácil.

Eliot pasó el resto de la noche muy bien. Terminé quedándome dormida, y cuando desperté, tenía la cabeza apoyada en el pecho de Oliver y la mano dentro del cuello de su camisa. Cuando salíamos juntos, me gustaba dormir sintiendo el calor de su piel. Puede parecer ridículo, pero así me sentía protegida. Todavía era muy temprano, el gringo dormía todo torcido en el sofá y mi hijo también seguía en un sueño sereno. Tenía el rostro sonrojado y respiraba normalmente. Probablemente le darían el alta más tarde.

Aproveché que todo estaba tranquilo y fui a la cafetería del hospital a comprar dos cafés, uno para mí y otro para Oliver cuando se despertara. Al regresar, aún en el pasillo, escuché risas fuertes viniendo del cuarto de Eliot. Los dos ya estaban despiertos y charlaban animadamente.

—Mira, mamá, qué genial el avión que el señor Quent sabe hacer con una hoja de papel. —Los ojos de Eliot brillaban.

Eliot estaba sentado en la cama junto a Oliver, los dos jugaban con aviones de papel de varios modelos.

—El señor Quent no solo sabe hacer aviones de papel, hijo. También sabe pilotar uno de verdad. —Besé la frente de mi pequeño y le pasé el café a Oliver.

Nuestros dedos se tocaron.

Hubo una mirada entre nosotros.

—Gracias, Preta, leíste mis pensamientos. —Me guiñó un ojo con una sonrisa matadora, luego dio un sorbo al café y puso una expresión de placer que me hizo arder por dentro.

El tipo acababa de despertar con la cara hinchada y toda marcada, además del pelo, que era un desastre total. Tenía la ropa desalineada y los ojos pesados de sueño, y aun así era insultantemente hermoso, como un príncipe egipcio.

—No fue nada. —Me pasé el cabello hacia atrás y respiré hondo. Seguramente parecía una escoba pidiendo a gritos un cepillo.

Pocas personas en el mundo tenían la suerte de despertarse divinas como Oliver, y yo definitivamente no era una de ellas.

—¿De verdad sabes pilotar aviones? ¿Eso es cierto, señor Quent? —Eliot se quedó literalmente con la boca abierta.

Volví a sentarme en el sillón y me quedé escuchando la charla animada entre los dos. Ver a mi hijo despierto, bien y feliz, era algo revitalizante.

—En realidad, todavía estoy aprendiendo, campeón. Ayer fue mi primer vuelo solo —explicó Oliver, y casi me ahogo con el sorbo de café que tenía en la boca.

—¡Dios mío, Oliver! ¿Nunca habías volado solo ese aparato antes? —pregunté incrédula.

—Sabía que iba a caer en eso, señor Quent. —Eliot le dio una palmada al padre, y los dos se rieron hasta que les dolió el estómago con mi expresión de pánico.

—Ustedes dos, los graciositos, se confabularon para burlarse de mí. Punto para ustedes. —Me reí también.

—Soy piloto desde los veinte años, Alabá. Esa es mi segunda pasión más grande. —Oliver acarició su barba de más de cinco días, todo seductor.

—¿Y cuál es la primera pasión, señor Quent? —preguntó Eliot con su tono inocente.

—Esa no te la puedo contar, campeón. Es un secreto. —Me miró fijo y tragué saliva.

Parecía que una banda de mariposas me revoloteaba en el estómago. Tuve que dejar el café porque sentía que en cualquier momento iba a vomitar una lluvia de purpurina de todos los colores.

—Madre mía. Vine lo más rápido que pude. —Una voz grave desde la puerta llamó la atención de todos.

—Tío Alex, qué bueno que viniste. —Eliot abrió los brazos hacia Alexander, que corrió hasta la cama y lo abrazó ignorando por completo la presencia de Oliver, que estaba sentado junto al niño.

Oliver se levantó de inmediato con la mandíbula apretada y los dientes apretados. Estaba a punto de explotar.

—Me asustaste, hijo. No vuelvas a hacer eso nunca más. —Alex abrazó a Eliot de nuevo—. Te amo mucho a ti y a tu mamá —concluyó con la voz entrecortada.

—Yo también te amo, tío. Muchísimo.

Sonreí al ver tanto cariño entre ellos. Era un gusto verlos así. Cuando bajé a comprar café a la cafetería, mandé un mensaje al grupo del restaurante por WhatsApp avisando que no iba a ir a trabajar porque estaba en el hospital San Bento con Eliot, pero que no se preocuparan, que ya estaba bien. Aun así, Alexander vino corriendo hasta acá.

—¿Por qué no me llamaste anoche, amor? Habría venido corriendo. —Alex me besó en los labios y, cuando se apartó, ya no vi a Oliver en el cuarto.

Se había ido.



Oliver

Manos sudorosas.

Respiración entrecortada y ojos enrojecidos.

Ese era mi estado en aquella fatídica mañana lluviosa de viernes. Caminaba de un lado a otro por ese pasillo frío y vacío. Las paredes, pintadas de un blanco opaco, parecían cerrarse cada vez más sobre mí, como si me chuparan el aire poco a poco. No había dormido en toda la noche y ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que comí algo sólido. Cada pocos minutos miraba la hora en el Rolex de oro blanco que llevaba en la muñeca, pero para aumentar mi tormento, el tiempo parecía arrastrarse con la única intención de burlarse de mí. Aun así, nada iba a hacerme abandonar la búsqueda de la verdad. Estaba dispuesto a esperar toda una eternidad si hacía falta. Había demasiado en juego.

Nunca fui una persona religiosa, pero esa mañana ya había lanzado al menos media docena de plegarias para que las ideas insanas que rondaban mi cabeza tuvieran aunque fuera un mínimo de sentido.

—Disculpe la demora, señor Quent. Puede pasar. —El hombre de cabello gris y sonrisa amable abrió la puerta para que entrara. A cada paso que daba, sentía cómo mi corazón bombeaba sangre con más fuerza a todo el cuerpo.

Si había algo en mi historia con Alabá que no encajaba, estaba a punto de descubrirlo.

—Quiero que sea directo, doctor. Nunca he sido de andar con rodeos. —Sentado frente a él, lo miré a los ojos, maduros y nítidos color azul turquesa.

—Como usted prefiera, señor Quent. —Revisó el montón de papeles en sus manos, leyéndolos con cuidado uno por uno. Mis piernas comenzaron a temblar debajo de la mesa, y las palmas me sudaban más de lo normal.

Ese hombre quería volverme loco. Primero me había hecho esperar horas interminables y ahora se tomaba todo el tiempo del mundo, como si su maldito suspenso fuera parte del tratamiento. Sentí que esta vez sí iba a darme un infarto de verdad. Desde que descubrí que Eliot tenía la misma alergia rara que yo, mi padre y mi abuelo, a los pelos de gato, no pude pensar en otra cosa. Era demasiada coincidencia. Por eso había venido a buscar una segunda opinión sobre mi fertilidad. Toda mi vida solo me había atendido el médico de la familia, desde hacía más de veinte años. El doctor John era de total confianza para los Quent. Le habría confiado mi vida.

Fue en la adolescencia, durante unos chequeos de rutina, cuando el doctor John descubrió que yo era estéril, pero no me lo dijo en ese momento. En cambio, fue a hablar con mi abuelo, de quien era muy amigo. El señor Arthur Quent esperó al día siguiente de la muerte de mis padres para darme la noticia, en medio de una discusión en la que intentaba obligarme a regresar a Nueva York para vivir en su mansión.

—Ahora somos solo tú y yo, hijo. Por eso tenemos que aprovechar el tiempo que nos queda juntos, ya que nuestra línea de sangre termina contigo —me soltó, así, sin anestesia.

—¿Cómo que nuestra línea termina conmigo, abuelo? —pregunté confundido. Acababa de enterrar a mis padres, mi mente estaba hecha pedazos.

—No quería que lo supieras así, Oliver, pero el doctor John me dijo que tus últimos análisis de rutina revelaron que eres estéril. —Mi abuelo me abrazó, pero yo no reaccioné. Estaba en shock, completamente devastado por aquella revelación.

—¡Dios! Eso quiere decir que nunca podré ser padre… —Las lágrimas me corrían por el rostro. El sueño de formar una familia

junto a Alabá acababa de ser destruido frente a mí.

No tenía idea de cómo darle esa noticia terrible al amor de mi vida. Nunca podríamos tener la casa llena de hijos y nietos que tanto soñamos. Sin embargo, no podía esconderle algo así. Tenía que contarle. Y pronto. Pero antes de que pudiera hacerlo, ella llegó feliz, radiante, con una sonrisa que no le cabía en el rostro… para decirme que estaba embarazada. Parecía una cruel broma del destino. Solo puedo decir que eso me destrozó por completo.

Si yo era estéril, ¿cómo podía estar embarazada Alabá?

Me hice esa pregunta un millón de veces. Y solo encontré una respuesta: la mujer que amaba más que a mi propia vida me había traicionado.

Un amigo ya me había advertido de la fama que tenía ella entre los chicos, pero yo me negaba a creerlo. Sin embargo, la prueba estaba ahí. De la forma más cruel posible. Cegado por la rabia, traté a Alabá como si fuera una cualquiera. Le deseé que desapareciera del planeta... y que se llevara con ella al bastardo que llevaba en el vientre. Porque, para mí, ella iba a tener un hijo… de otro hombre. Un hijo que debería ser mío, pero el destino decidió arruinarme.

Con el corazón hecho trizas y deprimido por la muerte de mis padres, acepté volver a Nueva York con mi abuelo. Mi vida se vino abajo desde entonces, y nunca más logré confiar en una mujer.

—Bien, señor Quent, según los resultados de sus exámenes, efectivamente confirman que usted sufre una deficiencia grave en la producción de espermatozoides. —El médico me clavó la espada en el cuello y mató de golpe todas mis esperanzas. Bajé la cabeza sintiendo una angustia aplastante.

—¡Lo sabía! —fue lo único que pude decir.

—Lo lamento mucho, hijo —el doctor me tocó el hombro.

Era el mismo médico que me atendió en la guardia unos días antes. Como imaginaba, surgió algo entre él y Rubi, así que intercambiaron contactos para conocerse mejor. Cuando le dije a mi asistente que necesitaba hacerme unos estudios específicos, urgentes y con total discreción, no me hizo ni una sola pregunta. Solo me pasó el contacto del doctor Marcelo. Una pena que todo haya sido en vano.

—Muchas gracias, doctor Marcelo. Y disculpe por haberle hecho perder el tiempo conmigo. Tal como repite el médico de mi familia desde hace años: soy estéril. —Me puse de pie y di media vuelta para irme. Caminé con los hombros caídos y la mirada perdida en el suelo.

Saber que tenía razón sobre la traición de Alabá me destrozó, pero haber sido tan imbécil como para, después de tantos años, volver a creer que tal vez me había dicho la verdad, eso me hizo sentir aún peor. En ese momento solo quería desaparecer, volver a mi casa en las montañas de Nueva York y no salir de ahí nunca más. Jamás debí volver a poner un pie en Salvador. Ese maldito lugar está maldito para los Quent. Solo nos ha traído desgracia y dolor.

—Pero usted no es estéril, Oliver. Nunca lo fue —soltó el doctor justo cuando yo ya tenía la mano en el picaporte. Por un segundo, temí estar alucinando de tantas ganas que tenía de escuchar algo así.

—¿Cómo dice, doctor? —pregunté sin atreverme a mirarlo a los ojos.

—Dije que usted tiene una deficiencia grave en la producción de espermatozoides, no que fuera estéril —me soltó la bomba que hizo estallar mi cabeza. No podía creer lo que acababa de escuchar.

Era demasiado bueno para ser cierto.

—¿No soy estéril? —Me acerqué a su escritorio, desconfiado.

—No, señor. En realidad, si ese problema se hubiese tratado cuando fue detectado, hoy estaría completamente curado.

—¡Dios mío! Esto es increíble. —No sabía si reír o llorar.

—Pero es verdad, señor Quent. —Se rascó la nuca con expresión incómoda—. Lo que no entiendo es por qué su médico no le explicó esto antes. Me imagino que tendrá alguna razón lógica, porque en sus estudios todo está muy claro —lamentó.

Yo no. Yo no lo lamentaba. Yo estaba furioso. Me habían mentido toda la vida, haciéndome creer que mi infertilidad era irreversible, cuando en realidad tenía tratamiento. Estoy seguro de que el doctor John y mi abuelo lo sabían desde el principio. Solo que nunca entendí por qué me ocultaron algo tan grave. Pero lo

averiguaría y ajustaríamos cuentas más adelante. Por ahora había algo más urgente que resolver.

—¿Existe alguna posibilidad de que haya dejado embarazada a una chica en esa época, incluso con esta condición? —Lo agarré de la solapa del guardapolvo. Debía de verme tan desquiciado que sus ojos casi se le salen de la cara.

Estaba totalmente fuera de mí. Lo que ese médico acababa de decir podía cambiar mi vida para siempre.

—Un cinco por ciento, hijo. Sería prácticamente un milagro —dijo como si fuera una pésima noticia, pero para mí era la mejor que podría haber recibido.

Soy un hombre de negocios. Sé el valor de los números. Y cinco por ciento… es infinitamente más que cero.

—Muchas gracias, doctor. Usted es un grande. —Le besé la frente y salí de su consultorio riendo como un loco.

Quería tanto ser el padre de Eliot, y ahora tenía una posibilidad real. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me sentía lleno de esperanza. De alguna forma, ya me sentía su padre. No sabía explicarlo. Solo… lo sentía. Era un amor tan grande que me hacía sonreír cada vez que lo miraba. Cuando lo vi ahí, en esa cama de hospital, tuve tanto miedo de perderlo que habría dado lo que fuera por cambiar lugares con él. Habíamos pasado una mañana hermosa, riéndonos y divirtiéndonos como nunca. Pero entonces apareció ese tipo arrogante y se encargó de restregarme en la cara que él era la figura paternal en la vida de Eliot. Y también el nuevo compañero de su madre.

Cuando ese desgraciado besó a Alabá delante de mí, me fui de ahí antes de matarlo a golpes. Lo odiaba con todo mi ser. Él estaba ocupando el lugar que debía ser mío.

—Pero fuiste tú quien lo arruinó todo al no creer en ella, Oliver —pensé en voz alta, sintiéndome un completo imbécil.

Estaba feliz con la posibilidad de ser el padre de Eliot, pero al mismo tiempo también estaba destrozado. Porque si ese niño increíble resultaba ser realmente mi hijo, eso significaba que Alabá jamás me mintió y yo la abandoné embarazada, de la forma más cobarde posible. Ella jamás me perdonaría por eso y, con toda razón,

no me permitiría acercarme a Eliot. Lo más probable es que me obligara a iniciar una batalla legal, y eso solo empeoraría todo con la mujer de mi vida.

—¡Qué mierda, Oliver! Tranquilizate, hombre. Tienes apenas un cinco por ciento de chance de ser el padre y ya estás pensando en demandas y todo eso. —Me reí de mí mismo mientras encendía el auto.

Antes de hacer cualquier cosa, lo primero que necesitaba era conseguir una muestra de ADN de Eliot para hacer la prueba de paternidad. Pensé en sobornar a alguien del hospital infantil donde estuvo internado, pero era demasiado arriesgado: si la persona abría la boca y la noticia llegaba a los oídos de Alabá, me mataría en seco por actuar a sus espaldas. Y si se lo contaba y le pedía el test honestamente me mataría igual.

Además, robar material genético de una unidad de salud es un delito. Podría meterme en un lío muy serio. Así que necesitaba trazar un plan seguro para obtener lo que quería sin involucrar a terceros… a menos que fuera alguien de mi entera confianza. Y ya sabía quién podía ser.

Tomé el teléfono y llamé a Matthew. Milagrosamente, atendió. Todavía estaba enojado con ese idiota, pero dos cabezas piensan mejor que una. Y, a pesar de todo, confiaba en él.

—¿Para qué me llamaste con tanta urgencia? Si es para despedirme por lo del Viagra, adelante. Ya tengo las maletas hechas —soltó con dramatismo.

Se había aparecido en la oficina en pijama, con la cara toda arrugada de dormir. Se había tomado el día libre por su cuenta, lo cual significaba que estaba en su casa viendo tele, comiendo como un cerdo y durmiendo entre una cosa y la otra.

—¿Despedirte? Al contrario, hermano. Tengo que agradecerte. Si no me hubieras dado el medicamento equivocado, Alabá jamás habría ido a mi departamento, yo no habría terminado internado y no habría descubierto que existe una mínima chance de que sea el padre del niño más genial del universo. —Lo abracé con una alegría que no me cabía en el cuerpo.

—Gracias a Dios ya no estás enojado conmigo, Oliver. Me sentí re mal, loco, te considero como un hermano. solo que blanco y malhumorado —empezó a largar toda su charla.

Pero de repente se quedó en silencio, se dio cuenta.

—Espera un segundo… ¿dijiste "padre"? —Dio un paso atrás, shockeado.

—Sí, hermano. Te voy a contar todo desde el principio, pero siéntate porque es una historia larga. Voy a prepararnos algo de beber —le avisé, y él se tiró en mi silla con las piernas abiertas como si estuviera en el living de su casa. Fui hasta el frigobar, agarré dos cervezas y le di una al descarado.

Matthew escuchó cada palabra con atención, pero no pudo disimular la cara de asombro cuando le conté que en mi adolescencia había salido con la misma mujer dueña del restaurante que venía causando tantos problemas en la obra del shopping. La misma por la que ahora rogaba ser el padre de su hijo de nueve años.

Un enredo tremendo. A veces ni yo mismo entendía bien esta historia de amor tan complicada con Alabá.

—Dios mío, Oliver… estás hasta el cuello. ¿Qué vas a hacer ahora? Esa mujer jamás te va a dejar hacerte el test de ADN.

—Lo sé. Por eso voy a conseguir la muestra de otra forma —aseguré.

—¿Y cómo, hombre? Solo que te metas a escondidas en la casa de esa loca y robes algo, pero eso es delito. No me digas que vas a hacer una cagada.

—¡Claro que no voy a robar nada, Matthew! ¡Por el amor de Dios!

—Menos mal, me asustaste. —Se llevó la mano al pecho.

—Yo no… pero tú sí. —Le clavé el dedo en el pecho.

Ese hijo de puta me debía una. Casi me mata. Era momento de pagar.

—¿¡Qué!? ¡Ni loco, Oliver! —Se plantó con las manos en la cintura como una señora de barrio—. Conmigo no cuentes. Esa mujer está loca de atar. Casi te mata a ti, a mí que soy la mitad de tu tamaño me va a hacer puré.

—Entonces hazlo bien, hermano. Porque si Alabá te agarra entrando a escondidas, no encuentran ni tus huesos para el velorio. —Le metí más terror.

—No jodas, Oliver, eso no tiene gracia. ¿Y por qué no lo haces tú?

—Porque la mamá del nene me odia. Las pocas veces que fui a su restaurante me recibió con un tiro de escopeta y casi me fríe vivo con una moqueca de camarón —exageré un poco. —Si me ve en su casa, no me deja volver a mirar al chico nunca más.

—¿Y quieres mandarme a mí a la boca del lobo así nomás?

—¡Obvio! Ella no te conoce, Matt. Solo tienes que hacerte pasar por un turista gringo que fue al restaurante porque el hotel se lo recomendó. En plena hora pico, pides ir al baño, pero en vez de eso subes hasta el departamento de arriba, que es donde vive Alabá, y entras al cuarto del nene. Buscas cualquier cosa que tenga ADN suyo y listo.

Era un plan "infalible", aunque en voz alta sonaba a estupidez total.

Pero yo era un hombre desesperado. Y por Eliot haría cualquier cosa. Hasta mandar a mi mejor amigo al matadero.

—¿Y si me agarra ella o alguno de sus empleados?

—No va a pasar. Ella se encierra en la cocina y no sale hasta que cierran. Además, el lugar está siempre llenísimo —le expliqué—. Pero si llegara a pasar, solo di que te perdiste buscando el baño. Fácil.

—A ver si entendí bien: quieres que me juegue la vida entrando a escondidas a la casa de tu ex para robar ADN del hijo que tiene un cinco por ciento de probabilidades de ser tuyo. —Frunció el ceño.

—Exacto, Matt.

—Estás completamente chiflado, Oliver. ¿Tienes idea de lo ridículo que suena todo esto?

—Me debes una por lo del Viagra. No me hagas recordar, porque me vuelven las ganas de liquidarte.

—¡Ya te pedí perdón, carajo! Fue un accidente. Supéralo.

—No importa cuántos años pasen, Matthew. Jamás voy a olvidar el día que terminé en el hospital con una erección tremenda —dije serio—. Y además, eres mi mejor amigo. Los amigos se ayudan.

—Espera, ¿dijiste mejor amigo?

—Sí, Matt. Lamentablemente lo eres. ¿Creés que le pediría esto a cualquiera?

—Lo sabía. ¡Sabía que también me amabas! —dijo con un puchero enorme, intentando besarme la cara.

—Ay, sal de aquí, ridículo. —Lo empujé entre risas. No se podía tener una conversación seria con ese enano atrevido.

—Pero dime algo, Oliver. ¿Por qué quieres tanto ser el padre de ese chico? Hay un montón de pibes en el mundo que podrían ser míos y no por eso ando robando ADN. De hecho, solo me hago el test si el juez me obliga y con custodia armada.

—Porque tengo un lazo muy fuerte con ese niño, Matt. No lo entiendes. Solo hablé con Eliot un par de veces y ya quiero formar parte de su vida. Quiero verlo crecer y convertirse en un hombre de bien —dije con una sonrisa llena de orgullo.

—Entonces, ¿para qué gastar plata en un test de ADN? Adóptalo, y se acabó el problema. —Lo decía como si fuera tan fácil, pero no lo era.

—Hay mucho en juego en esta historia, Matthew. Alabá se arrodilló frente a mí aquella vez y juró entre lágrimas que nunca me había engañado y yo no le creí. No creí en el llanto del amor de mi vida. Así que este resultado puede sacar a la luz muchas verdades ocultas que podrían cambiar la vida de varias personas. —Me senté al borde del escritorio y respiré hondo, con la mano en la frente.

—¿Todavía amas a esa mujer, no?

—Más que a mi propia vida, hermano. Siempre la amé, no sirve de nada negarlo. No quiero ser parte solo de la vida de Eliot, quiero estar también en la vida de su madre. Esa es la verdad —lo dije en voz alta, conmovido.

—¡La puta madre, Oliver! Eso te salió tan del alma que me puso la piel de gallina. Está bien, ganaste. Lo voy a hacer. Pero el día que termine matando a alguien, ya sabes a quién voy a llamar. —Me dio un golpe en el hombro.

—Gracias, Matt. Eres un capo.

—¿Puedo pedirte algo, Oliver?

—Dale, criatura, ¿qué quieres?

—Dime otra vez que soy tu mejor amigo. Lo quiero grabar para guardarlo de recuerdo —dijo mientras me moqueaba la espalda.

—¿Estás llorando, Matt?

—¡Claro que no, Oliver! ¿Qué te pasa? ¡Ni que no me conocieras! Seguro es algún virus nuevo de esos raros que vienen de China y andan flotando por ahí. —miró al aire como si pudiera verlo.

—Está bien, hombre. —Me eché a reír.

—¡Vete a cagar! Yo acá arriesgando mi vida por ti y tú te burlas. No me jodas. Si ese chico llega a ser tu hijo, me voy a convertir en su mayor referencia del mundo negro. Y punto.

—Hecho, Matt. —Nos dimos un apretón de manos. Me peleaba todo el tiempo con ese idiota, pero lo quería como a un hermano.

—Bueno, siéntate. Vamos a mejorar tu plan, porque lo que escuché hasta ahora es un desastre.

—Está bien, Matthew, ¿qué sugieres?

—¿Qué te parece si me hago pasar por un turista europeo? Así no levanto sospechas. Sé imitar bien el acento inglés, ¿quieres escuchar?

—En realidad, pensé en otra nacionalidad. —Le di una palmada en el hombro.

Matthew siempre fue un maestro de la charlatanería. Sabía que iba a manejar la situación como un profesional. Si había alguien capaz de meterse en un lío así y salir ileso, era él.



Alabá

—¡Ahora sí que estamos jodidas! —Releí varias veces el maldito correo que mandó la Administración Fiscal para estar completamente segura de lo que estaba escrito ahí.

Después de que Oliver me hablara sobre la deuda del caserón, aunque al principio pensé que era puro cuento, intenté comunicarme con doña Yolanda un millón de veces para sacarme la duda y asegurarme de que no tenía nada de qué preocuparme. Pero no logré hablar con ella. Sentí un nudo en el pecho, como si algo estuviera muy mal. Fui a su casa personalmente, pero no había nadie. El lugar parecía abandonado, el patio estaba lleno de maleza y la galería del frente cubierta de polvo. Entonces llamé a André, su abogado, y él también me dijo que llevaba casi dos semanas intentando contactarla sin éxito.

Además, agregó que no sabía nada sobre los impuestos porque quien siempre se encargaba de esos asuntos en todas las propiedades de doña Yolanda era Severiano.

¡Mierda!

Solté una puteada en plena llamada, me despedí de André y de inmediato contacté con Hacienda. Si el nombre de Severiano estaba en el medio, era porque se avecinaba un lío. Y sí, así fue. La deuda del caserón con Hacienda era de más de quinientos mil reales. Llevaba décadas sin pagar, y el vago del hijo de doña Yolanda claramente no había transferido la plata. No solo de esa propiedad, sino de varias más, incluso algunas que eran de él. Seguro se

quedaba con el dinero y falsificaba los documentos. Muy típico de ese parásito.

—Amiga, no sabes lo que te tengo que contar. Acaba de llegar un turista de Jamaica al restaurante. Tienes que ver cómo viene vestido, todo lleno de colores. Parece un rey africano. Lástima que no mide ni metro y medio. —Vanessa entró entusiasmada a la cocina. Cerré la laptop de golpe antes de que leyera el correo mortal de Hacienda..

Difundir entre los empleados que debíamos una fortuna sería provocar un caos, y solo empeoraría las cosas. Necesitaba tiempo para pensar con calma en una solución.

—Qué bueno, Vane. —Sonreí forzadamente.

—¡Ay, mujer! ¿Eso es todo? Pensé que ibas a gritar de la emoción e ir corriendo a hablar con él. Si eres fan número uno de Bob Marley y todo lo que tenga que ver con Jamaica.

—Dime en qué mesa está ese jamaiquino que ya mismo le voy a tomar el pedido y aprovecho para saludarlo. Ni loca me pierdo la oportunidad de hablar con alguien que viene directo de la tierra del Bob —intenté sonar convincente.

Porque en verdad, ni la presencia del mismísimo Bob Marley en mi restaurante me habría levantado el ánimo en ese momento.

—No me convenciste, amiga. Cuéntame qué está pasando. —Apagó el fuego de mi olla de risotto, quería mi atención total.

—Te voy a contar todo, Vanessa, pero no ahora ni aquí. —Señalé con la cabeza hacia Alex, que estaba del otro lado de la cocina bien pendiente de la charla. Confiaba mucho en él, pero no quería que se preocupara por mis problemas.

Ya bastante tuve con la gran escena de celos que hizo después que salimos del hospital. Tuve que inventar una pila de mentiras para justificar la presencia de Oliver en la habitación de Eliot. Creo que me creyó, porque se calmó y volvió a tratarme como un dulce desde entonces. Me gustaba pasar tiempo con Alexander, pero después de haberme acostado con el gringo, no podía dejar de pensar en él, y eso me hacía sentir fatal.

Alex no se merecía eso. Era un tipazo, siempre me sacaba una sonrisa y era un amor con mi hijo. De verdad quería que lo nuestro

funcionara, pero no sabía si algún día lograría amarlo de verdad. Así que iba a ser sincera con él sobre lo que sentía.

—Está bien, Alabá. ¿Qué te parece si hacemos algo juntas esta noche en tu casa? —Vanessa apoyó el mentón en mi hombro.

—Ni lo sueñes, Vanessa. Tu amiga y yo ya tenemos planes. —Alex se metió en la conversación. Yo ya sabía que estaba escuchando todo lo que decíamos.

No sé por qué, pero últimamente sentía que me vigilaba todo el tiempo. Supongo que ya sospechaba que entre Oliver y yo había mucho más de lo que yo dejaba ver.

—Pues cancela, bombón, porque esta noche es solo de chicas. —Vanessa me dio un empujón con la cadera que casi me tira al piso.

—Lo siento, Alex, pero necesito de verdad una noche entre mujeres. —Le puse carita.

—Está bien, chicas. Ganaron…

—¡Siiii! —Vanessa saltaba a los gritos, aplaudiendo como si hubiese ganado la lotería. Para ella, "noche de chicas" era sinónimo de beber hasta caer redonda.

—¡Gracias! —le susurré a Alex desde lejos y le mandé un beso al aire.

Para ser sincera, sentí un gran alivio por no salir con Alex esa noche. Me encantaba su compañía, pero necesitaba espacio. Ya pasábamos el día entero metidos en esa cocina y casi todas las noches terminábamos juntos después del trabajo. Y cuando no salíamos, el muy listo se aparecía de la nada en mi casa con cualquier excusa y una pizza distinta cada noche. Después veíamos una peli hasta que nos quedábamos dormidos abrazados en el sillón.

Alexander era todo un caballero y jamás se pasaba de la raya, pero me llenaba de mimos, abrazos, besos y caricias infinitas.

—Mandar besos de lejos no vale, mi amor, mejor voy yo a buscarlos —dijo Alex, dejando el cuchillo junto al medio tomate que estaba picando, y caminó hacia mí con ese andar sexy, abrazándome por detrás.

Mientras yo revolvía las ollas en el fuego, giré el cuello y le di un beso rápido en los labios. No me sentía del todo cómoda con la situación.

—Ahora vuelve a tus fuegos, galán, tenemos una montaña de pedidos para sacar —le dije con una sonrisa, volviendo la vista al frente.

—A sus órdenes, chef. Pero antes de eso… —Me giró de nuevo el rostro y me dio un beso de verdad, con lengua y todo.

—¡Cálmate, hombre, por el amor de Dios! —Le di un golpecito en el brazo, muerta de vergüenza por esa escena en frente de Vanessa.

—Una cosa más, Alabá. Si quieres, puedo salir con Eliot esta noche para que tú y la borrachina de Vanessa puedan tomar tranquila —ofreció con dulzura. Era un amor, de verdad.

Pero dudé. No quería seguir aprovechándome de su buena voluntad. Especialmente después de haberme revolcado con Oliver como si no hubiera un mañana. Me sentía tan culpable… no sabía cómo iba a decirle eso a Alex. Me odiaría. Pero mentir nunca fue lo mío. Por más que duela, siempre es mejor decir la verdad.

—Muchas gracias, Alex, pero no quiero molestarte. Has estado trabajando mucho en el restaurante y deberías aprovechar tu noche para descansar.

—Tú y Eliot nunca me molestan, lo sabes bien. —Me acarició la cara. Así que decidí aceptar. No quería parecer desagradecida ni darle la impresión de que estaba alejando a mi hijo de él.

—Entonces está bien, Alex. A Eliot le va a encantar salir. Está medio triste desde que la niñera se llevó al gatito a su casa. —Respiré profundo y solté despacio.

Mi hijo lloró tanto al ver a Lídia llevarse al gato. Me sentí destrozada y culpable. Ni siquiera pudo darle un último abrazo, por las indicaciones del médico. Su sistema inmune estaba muy sensible después de las últimas dos crisis alérgicas.

—Listo entonces. Paso a buscar a mi campeón a las siete. —Me guiñó un ojo y me hizo temblar las piernas.

—¡Uf! Me dio hasta calor. Mejor me voy antes de enamorarme de tu chico, amiga. —Vanessa salió de la cocina riéndose y abanicándose con la mano.

Tal como prometí, preparé el pedido del supuesto jamaiquino, que raramente había pedido la mitad del menú y exigía que todos

los platos fueran preparados por el chef y servidos de una sola vez. Tuve que pedirle ayuda a Alex para preparar todo y tres mozos nos ayudaron a llevar semejante cantidad de comida. Pero cuando llegamos a la mesa, el hombre simplemente había desaparecido. Esperamos cinco minutos y nada. Golpeé la puerta del baño de hombres y no estaba. Vanessa se asomó al frente del restaurante y tampoco había rastro. Empecé a preocuparme, pero al regresar al salón, el tipo apareció como por arte de magia, diciendo que había salido a fumar en su pipa.

El "jamaiquino" parecía un arcoíris con ese conjunto de camisa y pantalón a rayas con los colores de la bandera de Jamaica: rojo, amarillo, verde y negro. Un exceso total. Además, tenía una barba larguísima, de casi un metro, usaba lentes oscuros y una boina de lana enorme.

—¡Buenos días! Es un placer recibirlo en mi restaurante. Soy Alabá Monteiro, la chef de la casa —le dije en jamaiquino. Estuve practicando esa frase con Google Traductor mientras preparaba sus platos. No quería quedar mal frente a nuestro cliente ilustre.

Le extendí la mano para saludarlo, pero el hombre no respondió nada. Solo me miraba con una sonrisa tensa, como si no entendiera ni una palabra. Sudaba frío, parecía que iba a desmayarse en cualquier momento. Muy raro todo. Vanessa me había dicho que era bajito, pero no me imaginé que tanto. No debía medir más de metro y medio. Mi hijo, con nueve años, era casi de su estatura.

—*Can we talk in English, please?* —preguntó con acento bastante norteamericano y desconfié.

—*What part of Jamaica are you from?* —quise saber de qué parte de Jamaica venía.

—*So, I think is time to go, beautiful woman!* —respondió que era hora de irse, me besó la mano y sacó un montón de billetes de cien reales del bolsillo, dejándolos sobre la mesa. Era el triple del valor de lo que había pedido.

Quería irse sin probar ni un solo bocado de mi comida, ¡pero no se lo permití, obvio!

—¡Ni loca! No estuve todo este tiempo cocinando para que ahora se largue así nomás. Siéntese y coma —le dije en portugués,

tomándolo del brazo y obligándolo a sentarse. Luego deslicé un plato de acarajé frente a él.

—*I will test it and leave after, ok?* —Asentí.

No lo dejaría irse sin comer al menos un acarajé. Para asegurarme, arrastré una silla y me senté con él.

—*So, do you like it?* —le pregunté si le había gustado.

—*I loved it! But it's so spicy* —sacó la lengua y empezó a abanicarse con el menú. Es verdad, quien no está acostumbrado a la comida bahiana suele encontrarla demasiado picante.

—¡Oh, perdón! —Me levanté rápido para buscarle un vaso de agua bien fría, pero cuando volví, el jamaiquino ya había desaparecido otra vez y esta vez no regresó.

Los demás clientes contaron que salió corriendo como un loco en cuanto me di vuelta, fue muy raro todo eso.

—Hay cada loco que aparece en este restaurante… —murmuré mientras me tomaba yo misma el vaso de agua.

Para no desperdiciar toda la comida que había pedido el "jamaiquino", la usamos para alimentar a personas en situación de calle, como hacíamos siempre con lo que sobraba al final del día. Cuando cerrábamos el restaurante, preparábamos varias viandas y las repartíamos entre la gente que venía todos los días a la misma hora. Se organizaban en una fila única sobre la vereda. Ya eran parte de la casa; nos sabíamos sus nombres y los tratábamos con todo el cariño del mundo. Eran buena gente, merecían respeto y dignidad.

Después de doce horas de trabajo intenso, llegué a casa y me di una ducha deliciosa. Cuando salí del baño, envuelta apenas en una toalla, sonó el timbre. Fui a abrir refunfuñando. Vanessa estaba por llegar en cualquier momento para nuestra noche de chicas, y yo ni siquiera me había vestido. La crema para peinar se me había terminado y tenía el pelo como una escoba.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle? —pregunté al joven asiático todo vestido de negro, con el logo de una empresa de tecnología en la camisa.

—Buenas noches, señora. Tengo una entrega para Eliot Monteiro. ¿Él se encuentra? —Sacó una caja con envoltorio azul y un lazo blanco, muy bonita y elegante.

—Sí, está. Pero antes, ¿puedo saber quién mandó esto para mi hijo? —Me crucé de brazos y lo miré con desconfianza. Podía ser una bomba o algo peor. Una nunca sabe.

—Es un regalo del señor Oliver Quent, señora. Puede confiar. Estoy seguro de que a su hijo le va a encantar. —Me entregó la caja. Me quedé muda, no esperaba eso para nada.

—Muchas gracias. Que tenga una buena noche. —Cerré la puerta y fui a la sala, donde Eliot miraba la tele esperando a que el tío Alex viniera a buscarlo para ir al cine.

Los dos habían planeado ver una animación 3D de Disney que mi hijo moría por ver, y después irían al McDonald's a empacharse de porquerías.

—¿Qué es eso, mamá? —preguntó con esa carita de pícaro que solo él tiene, frotándose las manos.

—No lo sé, hijo. El señor Quent te lo mandó. —Le entregué la caja.

—¡Qué genial! El señor Quent es muy buena onda. —Deshizo el envoltorio con una emoción que daba gusto. Me senté en el brazo del sillón, curiosa por saber qué era.

—¡No lo puedo creer! —Se me cayó la mandíbula cuando Eliot sacó de la caja un gato robótico que caminaba como un gato de verdad, maullaba y parpadeaba como si tuviera alma. Me dio hasta miedo, nunca había visto algo así.

Adentro venía una nota que decía:

"*Ahora puedes jugar todo lo que quieras con tu nuevo gato, amiguito. Espero que te guste.*"

Me quedé sin palabras. Oliver le había comprado a mi hijo un gato tecnológico para que pudiera tener por fin una mascota, sin poner en riesgo su salud. Y ese bicho debía costar una fortuna.

—¡Dios mío! Mira esto, mamá, tengo el gato más genial del mundo. —Eliot abrazó al robot y no lo soltó más. Fue un alivio verlo tan feliz otra vez.

Aunque confieso que ver la cola de ese bicho moviéndose hacia mí me dio escalofríos. Es increíble lo que la ciencia puede lograr hoy en día. En la caja decía que el producto venía de China, y yo no tenía idea de cómo Oliver había conseguido eso tan rápido.

—Qué bueno, hijo. Después tenemos que llamar al señor Quent para agradecerle. —Le acaricié sus rizos.

—Está bien, Mamá. —Me dio un beso en la mejilla.

—Disculpen, amores. ¿Puedo saber por qué están tan felices? —Alex entró sin tocar, como siempre, con la confianza de quien ya es parte de la familia.

—¡Hola, tío Alex! Mirá el regalo que me dio el señor Quent. ¿No es lo más? Le voy a poner "Mascota" —dijo mi hijo, orgulloso. Pero Alex no pareció muy contento con el asunto.

—Sí… lo es. Pero, ¿nos vamos ya, campeón? No quiero que lleguemos tarde al cine. —Hizo una mueca cuando el gato empezó a rozarse contra sus piernas. Parece que le gustó Alex.

Me reí mucho de eso, pero nadie lo vio.

—Bueno, tío. —Eliot ya no se veía tan entusiasmado con la salida.

—Nos vemos luego, amor. —Me dio un beso rápido.

Alex agarró el robot de cualquier manera y lo tiró sobre el sofá, luego tomó a mi hijo del brazo y se lo llevó casi a rastras antes de que pudiera arrepentirse. Ni tiempo me dio de decirles adiós.

Apenas se fueron, apareció Vanessa con un pack de cervezas, una botella de dos litros de energizante y dos de vodka para hacer los "tragos asesinos" que eran lo mejor de nuestra noche de chicas.

—Amiga, ¿tú crees que con esto alcanza? Ahora que lo saqué del auto, me parece poco. —Miró las bolsas que apenas podía cargar. Vanessa era de esas personas que cuando van a una fiesta con barra libre, dejan al anfitrión en bancarrota.

—Está perfecto, mujer. Entra y mete todo eso a la heladera. Yo me pongo algo de ropa y empiezo a preparar una mesa linda con una picada.

No hizo falta decírselo dos veces.

—Ey, Alabá, ¿escuchaste eso? —Levantó el dedo.

—¿Escuchar qué, Vanessa? Está todo en silencio desde hace rato.

—¡Exacto, Alabá! Esas malditas máquinas ruidosas desaparecieron. No vi ni un obrero trabajando en la obra del shopping hoy. ¿No te parece raro?

—Rarísimo, amiga. Tengo tantas cosas en la cabeza que ni me fijé. Ojalá esos hijos de puta no estén tramando algo en mi contra. —Fui al dormitorio, agarré un camisón de algodón gris que usaba para dormir y me lo puse.

—O capaz que hayan desistido de construir el shopping, la esperanza es lo último que se pierde —dijo, alzando las cejas con una expresión graciosa, cruzó los brazos y se quedó parada en el marco de la puerta.

—No delires, mujer. Ven, vamos a comer y beber hasta caer rendidas. —La agarré del cabello y la arrastré adentro.

—A ver, Alabá, ¿vas a contarme por qué andas tan rara últimamente? Estás distraída, misteriosa… —dijo con la boca llena. De cada tres pedazos de queso que cortaba para la bandeja con aceitunas rellenas, ella se comía dos.

—¿Quieres saber la verdad, Vanessa? —Tomé aire como si fuera a lanzarme de un precipicio.

—Con cada punto y coma, pues adelante, hermana.

—El cretino del padre de Eliot volvió a aparecer en mi vida —dije apretando los labios.

—¡En serio! Yo pensaba que nunca hablabas del papá de Eliot porque estaba muerto y no te gustaba tocar el tema, por eso nunca te pregunté nada ni imaginé que fuera a aparecer de la nada.

—Para mí, estaba muerto desde que me dejó embarazada. Por eso nunca hablé de él. Me dolía demasiado tocar el tema.

—¿Pero por qué volvió justo ahora? No me digas que viene detrás de tu dinero. —Se impulsó hacia atrás y de un salto plantó el culo sobre mi mesa de mármol.

Tuve que reírme. Mi dinero era una limosna comparado con la fortuna de la familia del padre de Eliot.

—Ese desgraciado nada en dinero, Vanessa, no tienes idea de cuánto.

—¿Y puedo saber quién es ese imbécil? Porque no lo conozco, pero ya lo detesto con todo mi ser. —Cruzó los brazos con aire desafiante.

—Es el presidente de la empresa americana que quiere tirar abajo nuestro restaurante para construir ese maldito shopping —solté al fin.

—¿¡Qué!? —Giró la cabeza hacia mí, impactada—. ¿Me estás diciendo que Eliot es hijo de ese gringo engreído? Dios mío, amiga, ese tipo no vale nada. —Se mandó un shot de vodka puro.

—Lo sé… —Me hundí aún más.

—¿Y cómo fue que terminaste cruzándote con ese magnate internacional? Que yo sepa, tú creciste en un orfanato acá en Salvador.

—Conocí a Oliver cuando aún vivía en el orfanato. Fue mi primer amor. Pensé que era el príncipe azul que me iba a sacar de ese infierno, me entregué a él con cuerpo y alma, y terminé con el corazón hecho mierda. —Me tapé la cara con la mano. Contar eso me hacía sentir una idiota total.

—De príncipe solo tiene la cara, amiga, porque el alma es del que vive allá abajo. No aguanto esa pose de mandón que tiene. —Puso los ojos en blanco.

—Y espera, que todavía no llegué a la peor parte. —Ahora fui yo la que se mandó un vodka puro.

—¡La puta madre, Alabá! Cuéntalo ya, entonces.

—Cuando quedé embarazada, el señorito me dejó tirada. Dijo que yo quería cazarlo con el embarazo, que el hijo no podía ser suyo porque era estéril. Obviamente, era mentira. Porque desde que estuve con él, no estuve con ningún otro hombre.

—O sea que... ¿hace diez años que no tienes sexo, Alabá? Perdón, pero solo escuché esa parte. —Me miró con cara de espanto.

—No exactamente. —Me apoyé en la pared de azulejos de la cocina, cruzando los brazos con vergüenza.

—¿Cómo que "no exactamente"? —Se quedó pensando unos segundos y se dio cuenta—. ¡Nooo! ¿Te acostaste con el magnate hace poco? ¡Estoy en shock!

—Sí… y tengo que admitir que fue increíble. Ese maldito todavía me revuelve toda por dentro —me sinceré.

Vi su mandíbula caer en cámara lenta. Era mucha información de golpe.

—Esto es peor de lo que imaginaba. Un segundo, por favor, necesito ayuda para procesar. —Vanessa alzó la mano delante de mi cara, agarró la botella de vodka y le dio un buen trago—. Ahora sí, Alabá. Continúa.

—Después de dejarme embarazada, el hijo de puta desapareció. Nunca más lo vi hasta ese día en que apareció en el restaurante y casi le meto un tiro en la cabeza.

—Mmm… lástima que fallaste.

—¡Vanessa! —Le di un codazo en las costillas.

Las dos estallamos en carcajadas. Ya estábamos bastante entonadas.

—¿No te parece demasiada coincidencia que justo ahora quiera construir un shopping encima de tu restaurante? No sé… hay algo que no encaja en toda esta historia. —Se sentó con la mirada entrecerrada. Yo estaba tan sacudida por el reencuentro con Oliver que no me había detenido a pensar en lo raro que era todo.

—Ahora que lo dices, Vanessa, suena todo demasiado sospechoso —Empecé a juntar las piezas en mi cabeza.

—Demasiado, amiga. Ese regreso huele a trampa. Así que abre bien los ojos —me advirtió.

—Sea lo que sea, lo único que tengo claro es que no va a parar hasta sacarme el restaurante. Me odia por una traición que jamás existió. Ni siquiera me dio la oportunidad de probar mi inocencia. Solo se dio vuelta y se fue, sin mirar atrás.

—Entonces debe haber descubierto que eras dueña de un restaurante exitoso, Alabá, y vino a Brasil para vengarse.

—¿Tú crees, Vane? —Abrí una cerveza y se la pasé, luego destapé otra para mí.

Nos fuimos al sofá del living para seguir la charla más cómodamente.

—Hay locos para todo. Además, ese tipo es peligroso. ¿Sabías que estuvo preso hace unos días? Leí en un portal de chismes que

una mujer tuvo el coraje de denunciar al millonario por acoso sexual y tentativa de secuestro. Dicen que fue una fake news, pero yo no dudo ni un poquito que sea verdad. —Se encogió de hombros.

—Esa loca fui yo, amiga. Quería vengarme de Oliver por todo lo que me hizo así que encontré la manera de meterlo preso. —Me largué a reír a carcajadas.

—¡Esa es mi chica! —Chocó su palma con la mía—. Ahora cuéntame esa historia con lujo de detalles. Quiero saberlo todo.

Después de esa cerveza, abrimos otra… y otra más. Perdí la cuenta de cuántas nos tomamos. Mis charlas con Vanessa siempre se alargaban, ya fuera en persona, por teléfono o mensaje. Me hizo contarle todo sobre mi historia con Oliver, paso por paso. Lo único que no me animé a detallar demasiado fue sobre la reciente sesión de sexo que tuvimos. Era demasiado complicado explicar que, incluso después de todo lo que pasó, aún tenía sentimientos muy fuertes por el padre de mi hijo. Que cuando estábamos juntos, todo lo demás dejaba de existir.

Para cerrar la historia, le conté a Vanessa sobre la deuda gigantesca del caserón con Hacienda. Cuando le dije que Oliver usó eso para chantajearme, se puso furiosa.

—¡Pero qué cobarde de mierda, Alabá! Ay, lo voy a agarrar a ese infeliz y le voy a romper todos los huesos del cuerpo. —Intentó levantarse para ejecutar su plan, pero estaba tan borracha que apenas pudo dar un paso y cayó de nuevo al sofá, toda mareada.

—Mejor deja lo de romperle los huesos a Oliver para mañana, amiga. Todavía nos queda mucha cerveza por delante —bromeé.

—Buena idea, amiga. Ese idiota no se merece al hijo tan hermoso que tiene. Encima de haberlo abandonado, ahora quiere quitarle el techo. Nunca hizo ni hará nada bueno por Eliot —murmuró con la cara hundida en un almohadón marrón del sofá.

—En realidad, Vanessa, quien le salvó la vida a mi hijo en la última crisis alérgica fue Oliver. Pasó la noche entera en el hospital a su lado —dije con voz melosa, sonriendo como boba.

Es difícil esconder lo que una siente después de varios tragos, medio cajón de cerveza y un par de shots de vodka.

—¿En serio, amiga? ¡Qué locura! Ahora ya no puedo odiar más a ese imbécil, creo que hasta me enamoré de él. —Empezó a reírse como loca.

—Y eso que no viste el gato robótico que le mandó de regalo al nene, justo antes de que llegaras. Todo para que Eliot pueda jugar con su mascota sin que afecte su salud. —Saqué la caja del regalo que Vanessa había aplastado al sentarse y se la mostré.

—Ay, por Dios… ¡qué tierno! No sé si amo u odio al padre de tu hijo —suspiró, frustrada.

Yo me tiré a la alfombra. Todo me giraba. El techo se movía como si fuera el mar.

—Te entiendo perfecto, Vane. Llevo diez años sintiendo lo mismo. —Empecé a reír, pero en un instante, esa risa se transformó en llanto.

Estaba tan confundida con lo que sentía que ni el alcohol me ayudaba a tapar el dolor. La verdad era que no había nada en el mundo capaz de hacerme superar a Oliver Quent.



Oliver

—¿Vas a abrir ese sobre o no, Oliver? No aguanto más tanto misterio. Además, tengo hambre —rezongó Matthew frunciendo el ceño.

Llevábamos más de una hora parados en el estacionamiento del laboratorio, metidos en el auto, bajo el calor infernal de Salvador. Todo porque yo no tenía el valor de abrir el maldito sobre blanco que tenía entre las manos y leer el resultado.

—Calma, hermano. Solo necesito unos minutos más. —Apoyé la frente en el volante, con el corazón latiéndome tan fuerte que dolía.

La verdad es que, a esa altura, mis esperanzas ya se habían ido al carajo. En el fondo, siempre supe que el resultado iba a ser negativo. Como dijo el doctor Marcelo, solo un milagro podría confirmar que Eliot era mi hijo.

—Dijiste lo mismo hace una hora. Dame esa mierda, yo lo abro. Ya basta de torturarte así. Sea lo que sea, voy a estar a tu lado. —Extendió la mano, molesto, pero negué con la cabeza.

El pobre Matt ya se había arriesgado bastante para conseguir la muestra de ADN. Tal como habíamos planeado, pidió varios platos del menú, esperó a que la gerente del restaurante se distrajera y actuó. Una vez dentro de la casa de Alabá, no fue difícil encontrar el cuarto de Eliot. En unos minutos, recogió algunos cabellos que encontró en la almohada, los metió en una bolsita y volvió a la mesa

con cara de póker. Nadie notó nada. Mi amigo demostró ser más hábil de lo que aparentaba.

—No, hermano, esto lo tengo que hacer yo. Ya hiciste demasiado por mí —le dije, pero pasó otra hora y el sobre seguía cerrado.

—Ya basta, Oliver. ¡Parece que ni quieres saber la verdad! —Puso cara de fastidio.

—Sí, realmente no quiero, Matt. Me acabo de dar cuenta de que la verdad ya no importa. Desde ahora, Eliot es mi hijo. El amor de un padre va mucho más allá de la sangre. —Sonreí, convencido.

Incluso añadí en voz alta y clara:

—También quiero que Alabá vuelva a mi vida y al diablo con todo lo demás, el pasado quedó atrás. Ya fue suficiente dolor, suficiente culpa. Quiero vivir el presente y ser feliz. Siempre amé a esa mujer, y sé que ella también me ama. Esta vez, lo vamos a lograr. Estoy seguro.

Me sentía liviano, como si hubiera reseteado mi vida, listo para empezar de nuevo al lado de la mujer que amaba y del hijo que decidí reconocer como mío. Íbamos a ser una familia de verdad, llena de amor y felicidad.

—¿Y recién ahora te das cuenta, después del lío que me hiciste pasar para robar esa muestra de ADN?

—Sí, Matt… perdón. Pero no quiero saber el resultado de este examen —dije mientras empezaba a romper el sobre.

—¡Tú no quieres, pero yo sí! —Matthew me arrebató el sobre.

—¡No hagas eso, por favor! —Se lo volví a sacar, pero en el tironeo lo rompimos por la mitad. Justo me quedó la parte que decía el resultado.

—Dime algo, Oliver. Me estás asustando con esa cara de velorio —Matt me sacó el papel de las manos, porque yo no podía decir ni una palabra.

Me faltaba el aire. Abrí la puerta del auto, me bajé tambaleando y me senté en el cordón de la vereda, con las manos en la cara, llorando como un condenado.

—¡Eliot es mi hijo! ¡MI HIJO, CARAJO! —grité con toda el alma.

Ahora era oficial: 99,9% positivo, en letras bien grandes. Eliot era mi hijo, con la mujer de mi vida. Era como cumplir un sueño. El día más feliz de mi vida. Ser padre es tener en las manos la misión más noble del mundo. Es como tener dos corazones y entender que el más importante late fuera de tu cuerpo. Mi linaje no terminaba conmigo. Los Quent seguiríamos dejando huella en el mundo por muchas generaciones.

Nunca estuve seguro de muchas cosas en la vida, pero sí de una: nací para ser el papá de Eliot. Lo supe desde el primer segundo en que lo vi.

—¡Rayos, el niño es tuyo de verdad! Estoy feliz por ti, hermano. —Matt se tiró encima mío y caímos los dos al piso, riéndonos como dos idiotas. Desde lejos, cualquiera habría pensado que éramos pareja.

No podía creer que eso estuviera pasando. ¡Dios mío, estaba eufórico!

—¿Y ahora qué vas a hacer, Oliver?

—Asumir la paternidad cuanto antes. No quiero perder ni un segundo más lejos de mi hijo. —No podía borrar la sonrisa. Tenía ganas de salir corriendo a abrazar a todo el mundo y gritar que era papá de un nene hermoso.

—Todo muy lindo, sí, pero… ¿y tu abuelo? ¿Qué vas a hacer con él? Porque dejaste embarazada a la mujer que amabas y la abandonaste por culpa de él. Dudo mucho que el médico de tu familia se haya equivocado con el diagnóstico, seguro lo obligaron a mentir. —Me puse serio al instante. Saber que mi abuelo estuvo involucrado en mi ruptura con Alabá me destrozaba—. Voy a ajustar cuentas con él, Matt. Tiene mucho que explicarme. Perdí diez años con mi hijo y con la mujer de mi vida. Eso no se perdona —Me quebré, por mucho que lo intentara, jamás podría recuperar el tiempo perdido.

—Y prepárate, porque se nota que tu abuelo tiene muchos secretos escondidos.

—No dejo de pensar en eso. Siento que mi vida entera fue una mentira.

—¿Y por qué crees que hizo todo esto?

—Para llevarme de vuelta a Nueva York con él y prepararme para heredar los negocios de la familia. Y lo logró.

—O capaz lo hizo por otra razón muy distinta, hermano —dijo, rascándose la nuca con los ojos clavados en el piso, como si no se animara a decir lo que seguía.

—¿Qué pasa, Matt? Ve al grano.

—¿Estás seguro de que tu abuelo nunca conoció a tu novia en esa época? ¿Y si ya sabía que ella estaba embarazada e hizo sus movidas para evitar que un bisnieto fuera de los "estándares físicos" de los Quent entrara a la familia? —insinuó Matt.

Yo no tenía ni idea de cómo mi abuelo pudo haber conocido a Alabá. En su momento no le hablé mucho de ella, solo le dije que la amaba y que me iba a quedar en Brasil por ella.

—¿Fuera de los estándares físicos de nuestra familia? ¿Qué mierda estás diciendo, Matt? —me encabroné. Sabía por dónde iba, pero necesitaba que lo dijera claro.

—No me malinterpretes, Oliver. Me cae bien tu abuelo, pero creo que el señor Arthur no es del tipo de hombre que aceptaría a una persona de color como parte de la sangre azul de los Quent. Lo dije.

—¿Estás insinuando que mi abuelo nos separó porque es un maldito racista? —Empecé a caminar de un lado a otro en la vereda —. Imposible, Matt. Me niego a creer eso.

—¿No? Tú crees que no, pero te digo algo: En la Universidad, cuando íbamos a hacer trabajos a tu casa, él le pedía a la empleada que me vigilara porque "gente como yo" no era confiable, que teníamos tendencia al crimen. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. Los míos también. No podía creer que no lo hubiera notado en su momento. Que Matt fuera maltratado en mi casa y yo no hiciera nada me partía el alma.

Conocí a Matthew el primer día de clases en la carrera de Administración. Yo venía de más de un año en el pozo, pero al hacer un trabajo en dupla me tocó el tipo más carismático del planeta y mi vida dejó de parecer tan miserable. Hacía reír a toda la clase con sus ocurrencias, ni los profesores podían mantener la seriedad. Era una persona feliz, a pesar de venir de una zona humilde y de haber perdido a su padre muy joven. Su madre, tía Latifa, se rompía el

lomo trabajando para que su hijo mayor fuera el primero en graduarse en la universidad.

Gracias a Dios, todo su sacrificio valió la pena. Matt se recibió con honores, con la nota más alta de su clase. Siempre fue un genio.

—Dios, Matt… lo siento tanto —Lo abracé fuerte—. Deberías haberme contado. Habría enfrentado a mi abuelo por ti sin pensarlo.

—Ya pasó, hermano. Está superado. Pero no quiero que tu hijo tenga que pasar por lo mismo. No permitas que nadie le haga sentir que vale menos por el color de su piel.

—Si alguien mira mal a mi hijo, Matt, lo mato con mis propias manos —juré, con el alma hecha fuego.

—Así se habla, Oliver. Te apoyo con todo.

—Pero dime la verdad… ¿hoy en día mi abuelo todavía te trata mal cuando no estoy cerca?

—No, nunca me lo dijo directamente. Pero todo hombre negro reconoce una mirada racista —dijo, con tristeza reflejada en su rostro—. Sé que me ofrecieron ese empleo increíble en la empresa Quent porque era tu amigo, pero me maté trabajando, me gané mi lugar, y por eso llegué a ser vicepresidente. Yo quería el respeto de ese viejo blanco y lo conseguí.

—Y bien merecido, porque fue mi propio abuelo quien te recomendó para ese cargo frente al consejo de los mayores inversores. Todos votaron a favor, por unanimidad —le conté. Normalmente esos temas son ultra confidenciales, pero mi amigo merecía saber que su talento fue reconocido.

—¡Eso es! ¡Soy un crack! Ni tu abuelo racista se resistió a mi encanto. —Puso una mano en su rodilla y empezó a menearse en medio de la calle. Mi amigo sinvergüenza estaba de vuelta.

Reí con él, pero por dentro seguía dolido. El daño que le había hecho mi abuelo me pesaba. ¿Quién era, en realidad, Arthur Quent? Para ser sincero me daba miedo averiguarlo.

—Eres un crack, sí señor. —Le hice una llave de cuello jugando.

—Pero olvídate de tu abuelo y de mí por ahora, Oliver. Enfócate en ese chico y en su mamá, porque no te la va a poner fácil —dijo con toda razón. Alabá no era precisamente de las que se doblegaban fácil.

Eso era lo más duro de todo. Saber que, si no hubiera sido tan celoso y cabeza dura con ella, habríamos tenido la vida feliz que siempre soñamos juntos. ¿Y si el hijo no fuera mío? Igual debí quedarme, confiar en su amor. Ese fue mi mayor error.

—Lo sé. Pero voy a recuperar el tiempo perdido y voy a luchar con todo para tenerla de vuelta.

—¿Entonces qué estás esperando, hermano? ¡Dale, ve por ella!

—Tienes razón, Matt. —Le choqué la mano, subí al auto y manejé lo más rápido que pude hacia el restaurante.

Estaba nervioso. En minutos, mi vida podía dar un giro total. Pero no fue así.

—¡¿Qué carajos es esto?! —maldije al estacionar en la calle del restaurante y ver a Alabá llegando a su casa de la mano con ese tal Alex, el cocinero. Él llevaba a MI HIJO sobre los hombros, parecían una de esas familias perfectas de propaganda.

Eliot jugaba con una espada luminosa verde fosforescente. Yo no podía dejar de sonreír viendo cada uno de sus movimientos. Mi hijo era especial. Una vida que antes me parecía vacía ahora tenía sentido. Y estaba tan feliz que por un segundo temí que fuera un sueño. Pero no lo era. Me había convertido en padre de un día para otro, y nadie iba a quitarme mi lugar en la vida de ese niño. Mucho menos un cocinero tatuado que se cree una estrella.



Alabá

Parada en el marco de la puerta, observaba a Alex acostar a mi hijo en la cama después del paseo increíble que habíamos hecho juntos a un parque nuevo en la ciudad, inspirado en el universo de Star Wars. Apenas llegamos, Eliot recibió una espada láser verde y no paró de correr de un lado a otro con eso en la mano, se subió a todos los juegos y armó un escándalo en la merienda, se comió una pizza entera él solo. En el camino de regreso a casa no dejaba de repetir que había sido el mejor día de su vida.

—Buenas noches, campeón. Que tengas dulces sueños. —Le acomodó la manta con cuidado y le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, tío Alex. Hoy fue el mejor día de mi vida —repitió por enésima vez mi pequeño. Con tanta emoción encima, dudaba que pudiera dormirse fácil.

—Me alegra mucho saberlo, campeón. Pero ahora descansa, porque mañana empezamos a entrenar en serio para el campeonato de capoeira que es en una semana. —Le despeinó el cabello con cariño.

Alex estaba entusiasmado porque ese sería el primer año en que mi hijo tendría edad suficiente para participar en el campeonato que se celebraba durante la mayor fiesta de Salvador después del carnaval. La ciudad se llenaba de gente hermosa de todo Brasil que venía a vivir, aunque fuera un poco, la belleza y la energía contagiosa de la cultura bahiana. El evento incluía conciertos de

bandas famosas de axé, presentaciones del grupo de bahianas, danzas de frevo y muchas cosas más de primer nivel.

—Está bien, tío. Voy a entrenar todos los días para que te sientas orgulloso de mí cuando llegue el campeonato. —Apretó su gato robótico contra el pecho, ilusionado. No se despegaba del regalo de su padre ni para ir al baño.

—Ya estoy orgulloso de ti, eres el chico más genial que conozco. —Le sonrió—. ¿Puedo contarte un secreto?

—¡Sí, señor! —asintió varias veces, ansioso.

Entonces Alex se inclinó y le susurró al oído:

—No se lo digas a nadie, porque yo soy el maestro del grupo, pero toda mi hinchada es para ti. Estoy seguro de que vas a traer ese trofeo a casa —le dijo, y los ojitos marrones de Eliot se iluminaron de ilusión.

Sabía que la intención de Alexander era motivarlo con esas palabras, pero me preocupaba. No quería que Eliot sintiera que tenía que ganar el trofeo solo para impresionar a su tío. Las competencias debían ser divertidas y sanas, sin importar el resultado.

—Prometo guardar el secreto, tío Alex. ¡Te quiero! —Lo abrazó con todo su cariño.

—Yo también te quiero, campeón. —Alex cerró los ojos y sonrió con ternura, sin soltar a Eliot por un buen rato.

Después de que lo acostó, me dijo que tenía que irse. Lo acompañé hasta la puerta. Le propuse que se quedara a dormir porque ya era tarde, pero me dijo que no podía, que tenía algo importante que resolver esa misma noche. Me decepcionó un poco, quería aprovechar ese momento para hablar con calma sobre lo que estaba pasando entre nosotros, porque siendo honesta, ni yo tenía del todo claro qué éramos.

Además, ya era hora de contarle la verdad sobre el padre de Eliot, pero esa charla tendría que esperar.

—Que tengas dulces sueños, jefa. —Se despidió con un beso inesperado en los labios, ahí mismo en la vereda frente a la casona. Sus manos recorrieron mi cuerpo con disimulo.

En medio de toda esa explosión de sentimientos, había algo que no podía negar: me estaba acostumbrando muy rápido a los besos

de Alexander. Pero no era para menos: tenía una mezcla perfecta de ternura y fuego. Aunque, de pronto, me invadió una sensación extraña, como si alguien nos estuviera observando. Tuve que interrumpir el beso. Miré hacia todos lados, pero no vi nada sospechoso, así que me guardé ese presentimiento. Debía ser cosa mía.

—Igualmente, bombón. Gracias por esta noche tan linda. Eliot y yo la pasamos increíble. —Apoyé la cabeza en su hombro.

Sonreí cuando me acomodó el cabello detrás de la oreja. Amaba ese gesto tan sencillo, pero tan lleno de cuidado. Él y Oliver eran polos opuestos: uno era calma, el otro tormenta que arrasa con todo. Pero como una no tiene dignidad y siempre se engancha con lo que le hace mal, no hace falta decir nada más...

—No hay nada que agradecer, jefa. Yo también me divertí mucho. —Me acarició el brazo. Con la brisa fresca de la noche, tenía la piel erizada.

Nos quedamos unos minutos más abrazados, mirando el cielo estrellado. La noche estaba tan hermosa que parecía de película.

—¿Seguro que no quieres quedarte, Alex? Puedo preparar un chocolate caliente y ver una peli mientras hablamos. Hay algo importante de mi pasado que necesito contarte —Probé suerte.

Pero no funcionó. Su cuerpo se tensó de golpe y su expresión cambió por completo.

—Ya te dije que no puedo, Alabá. —Dio un paso atrás, su tono fue un poco seco—. Además, llego tarde a mi compromiso. Hablamos mañana. —Se fue sin siquiera despedirse bien. Parecía que ya intuía que la conversación iba a ser sobre el padre de Eliot y estaba haciendo todo lo posible por evitarla.

—¡Deja de imaginar cosas, Alabá! —Me di un golpe en la frente. Qué locura pensar que Alexander podía leer la mente.

Antes de entrar a casa, volví a mirar a los costados. La calle estaba oscura y vacía. Pero esa sensación de estar siendo observada no se me iba. Cerré todas las puertas y ventanas con llave y me preparé para dormir, con la esperanza de que las cosas empezaran a mejorar, aunque fuera de a poco.

Los días pasaron volando y la fiesta en la ciudad empezaba mañana. Todo estaba tan a las corridas con los preparativos para recibir a los turistas en el restaurante que no me había quedado ni un minuto para respirar. Todo el equipo estaba trabajando el doble para dejar todo listo: había que revisar caja por caja los productos de los proveedores, además de encargarse de un montón de otros detalles. Todas las mesas ya estaban reservadas para las próximas dos semanas. Todos los años, en esta época, nuestras ganancias se triplicaban.

Y eso era genial, porque necesitaba juntar plata para pagar la deuda del caserón con Hacienda. Todavía faltaba muchísimo y no tenía ni idea de dónde iba a sacar el resto, porque ya había ido a cinco bancos y todos me negaron un préstamo tan alto. Pero iba a arreglármelas, como siempre hacía cada vez que se me presentaba un problema.

Aunque esa no era la única cosa que me tenía con la cabeza a mil: Alexander andaba distante conmigo. Tal vez fuera porque estaba muy enfocado en entrenar a sus alumnos para el campeonato de capoeira. Tenía un espíritu muy competitivo y, sin querer, a veces les ponía demasiada presión a los chicos. Llegué a hablar con él sobre eso, pero no tomó muy bien mi crítica constructiva. Estaba estresado, así que decidí no cargarlo con más preocupaciones. En otras palabras, nunca tuvimos aquella "conversación importante". Y en cierto punto, me pareció mejor así; era preferible dejar que pasara el caos que se armaba en Salvador en tiempos de fiesta. Nunca vi gente que disfrutara tanto una buena locura como los bahianos. Y yo no era la excepción: también la amaba.

—Mejor me voy a dormir ya, mañana empieza la movida. —Cerré el libro que estaba leyendo, lo dejé sobre el mueble al lado de la cama, apagué la lámpara y me tapé hasta el cuello con el edredón.

Qué delicia era poder dormir temprano sin esas máquinas infernales haciendo ruido todo el día. Por increíble que pareciera, no

había visto a nadie de la empresa Quent trabajando en la obra del shopping en los últimos días. El lugar estaba completamente desierto. Muy raro. Tampoco había vuelto a tener noticias de Oliver, lo cual me parecía perfecto, aunque también me daba un poco de miedo que estuviera planeando algo a mis espaldas. O tal vez estaba tirado en su sofá carísimo, copa de Martini en mano, esperando a que yo perdiera el inmueble ante el fisco para venir a poner sus manos sucias sobre él. Y eso va a pasar en pocas semanas si no pago la deuda en el plazo acordado.

—Vas a conseguir la plata, Alabá… relájate —murmuré medio dormida antes de quedarme profundamente dormida. Gracias a Dios, al día siguiente podría dormir un poco más.

Como el campeonato de capoeira era mañana, el restaurante no iba a abrir. Todos los empleados querían ver a nuestro niño competir. Yo misma decidí ofrecer un bufé para todos los participantes al final de las presentaciones. Sería un festejo a lo grande.

—¡Bueeeeeeeenos díasssss, mamá! —Me desperté de golpe con Eliot saltando sobre mi cama. Miré el reloj: apenas eran las seis de la mañana.

—Vuelve a la cama, hijo, es demasiado temprano —dije entre un largo bostezo. Mi plan era darme vuelta y dormir un rato más.

—¡No puedo! ¡Estoy demasiado ansioso por el campeonato! Tío Alex dijo que voy a presentarme en la primera dupla del concurso.

Me tiró el edredón al suelo. Cuando mi hijo se ponía eléctrico, no había quien lo parara. No se quedaba quieto ni un segundo ni me dejaba quedarme a mí.

—No hay por qué ponerse ansioso, mi amor. Todo va a salir bien —Lo atraje entre mis brazos—. Lo importante es que te diviertas con tus compañeritos. Pero si no calmas ese corazoncito, no vas a disfrutar nada. —Le puse la mano sobre el pijama de Bob Esponja, justo encima del corazón.

—Entiendo, mamá… Creo que sé qué puede ayudar a calmar mi corazoncito. —Se llevó el dedo al mentón, pensativo.

—¿Y qué sería eso, querido? —Levanté una ceja, ya conociéndolo.

—¡Desayunar una torre gigante de esos panqueques con dulce de leche y canela que haces y que me encantan! —se aprovechó el pillo de la situación. Ya lo dije: este niño tiene el carácter igualito al del padre.

—¡Está bien, mocoso! —Le hice cosquillas hasta que se puso rojo de tanto reírse.

Después de mi rutina matutina, me vestí y bajé con Eliot al restaurante. Como tenía que preparar los aperitivos para el bufé de bienvenida del campeonato, decidí hacer las panqueques ahí mismo, así no ensuciaba dos cocinas.

—¿Puedo ayudarte a hacer los panqueques, mamá?

—Claro que sí, mi amor, tráeme dos huevos de la heladera, por favor. —Saqué un bowl de plástico verde del mueble para hacer la mezcla.

—¡Aquí van dos huevitos fresquitos! —Sonrió, ya se lo notaba mucho más tranquilo.

Eliot hizo más lío que lo que me ayudó con los panqueques, pero no me importó. Se divirtió muchísimo, tenía harina hasta en el pelo, parecía un fantasmita con la cara toda blanca. Lo dejé sentado sobre la mesada comiendo mientras yo empezaba a adelantar los bocaditos para la celebración. Estaba tan concentrada que ni me di cuenta del tiempo que pasó.

Golpearon la puerta, pero justo estaba revolviendo una olla en el fuego, así que Eliot fue a abrir.

—¿Quién es, mi amor? —grité, curiosa.

—¡Es la tía Vanessa y Bruno! Vinieron a ayudarte a preparar los bocaditos —contestó Eliot, apareciendo en la cocina colgado de la espalda de Bruno, los dos muertos de risa.

—Los dos atrevidos, tarde como siempre, ¿no? —molesté a mis amigos, aunque por dentro les agradecía un montón que se hubieran ofrecido para ayudarme.

Pero no había tiempo que perder. El campeonato empezaba al mediodía y todavía no tenía casi nada listo. Faltaba decorar el salón, las mesas, quería que todo estuviera lindo para el bufé.

—Ay, deja de quejarte, mujer, lo importante es que llegó la caballería —dijo Vanessa mientras se sacaba los lentes de sol y los

enganchaba en el cuello de la camiseta oficial del concurso, que ella misma había personalizado. Le cortó media tela y la llenó de cintas de colores y lentejuelas. Era una genia para convertir cualquier cosa simple en algo espectacular.

—Está bien, Vanessa, pero ahora a trabajar. Empieza a rellenar las tapiocas, por favor.

—¡Sí, señora! —Se puso firme como soldado. Aunque trabajaba como gerente del restaurante, cocinaba de maravilla, a pesar de no haber hecho nunca ningún curso de cocina.

—Y tú, señor Bruno, deja de jugar a la luchita con mi hijo y ven a envolver las empanaditas de carne seca. —Me crucé de brazos, mirando a Bruno que estaba en el piso rodando con Eliot y el gato robótico.

Bruno, por lo general, era muy maduro para su edad, pero cuando se juntaba con Eliot, parecía tener la misma edad que él.

—¡Nooo, mamá! Deja que Bruno juegue conmigo, porfa. —Eliot hizo un puchero adorable.

—Sí, mamá, por favor —repitió Bruno, imitando la voz de nene y juntando las manos como si rezara.

—Está bien, chicos, pero solo cinco minutos, ¿eh? Tenemos mucho trabajo por delante. Y tú también vas a ayudar, Eliot.

—¡Yujuuu! —festejó Eliot.

Volví a lo mío con Vanessa, pero antes de que pudiera tocar una olla, el celular vibró en el bolsillo del delantal. Era un mensaje de un número desconocido que decía simplemente:

"*Enciende el televisor en el canal nueve".*

No tenía idea de quién lo mandó, pero me dio tanta curiosidad que ni lo pensé. Agarré el control remoto, encendí la tele que estaba sobre la mesada de mármol y puse el canal indicado.

—¡Mierda! —se me escapó cuando apareció la imagen de Oliver en la pantalla, en vivo y en directo, sentado en el set del noticiero de la mañana de CNN Brasil.

Estaba elegante como siempre con un traje azul oscuro y corbata negra con rayas finitas. Se había peinado con ese copete levantado como los actores de los 80 que hacían furor en Hollywood. Me pareció un poco cursi, pero igual encantador. Todo le quedaba

bien a la belleza apabullante de Oliver Quent. Aunque había algo distinto en él, un brillo en los ojos, una expresión al sonreírle a las cámaras, como si tuviera toda la felicidad del mundo al alcance de la mano. Nunca había visto ese tipo de mirada en nadie más.

—¡Mamá, dijiste la palabrota con M! —se sorprendió Eliot. Yo casi nunca decía groserías delante de él.

—Perdón, hijo, se me escapó. —Le apreté la mejilla con cariño.

—El tipo podrá ser un imbécil, pero está tan bueno como para hacernos llorar, y no a través de los ojos —suspiró Vanessa mientras miraba la transmisión como si se derritiera.

—Pero si no se llora con los ojos… ¿por dónde se llora, tía Vane? —preguntó Eliot con esa inocencia tan suya.

—Sí, tía Vane, ¿por dónde? —se burló Bruno.

—¡No me molesten! —dijo Vanessa entre risas—. Solo quise decir que ese tipo tiene una belleza fuera de lo común.

—En eso te tengo que dar la razón, rubia. Mira cómo le brilla la piel con la luz del estudio. Debería ser ilegal nacer con tanto dinero y belleza. Te digo algo: lo odio. —Bruno puso cara amarga.

—No hables así del señor Quent, a mí me cae bien —saltó Eliot en defensa del padre y se le tiró encima a Bruno, y así arrancó el segundo round de su luchita.

No podía con esos dos… Siempre era igual: en dos minutos me daban vuelta la casa.

—¡Silencio, todos! Quiero escuchar lo que va a decir Oliver. —Agarré el control remoto y subí el volumen al máximo, la presentadora comenzó a hablar con Oliver y no se escuchaba ni una sola respiración en esa cocina. Todos estábamos atentos a lo que iba a salir de la boca del CEO poderoso Oliver Quent.

No podía despegar los ojos de la pantalla, era como estar hipnotizada. El noticiero era en vivo, lo que significaba que quien mandó el mensaje quería que yo viera eso en tiempo real.

—Primero que nada, es un honor tenerlo en mi mesa, señor Quent —dijo la presentadora, una mujer de cabello gris y gesto encantado, que parecía lista para lanzarse encima de él en cualquier momento.

—El honor es mío, Marina. Y puedes llamarme solo Oliver, no hace falta tanta formalidad. —Miró directo a la cámara, encantador, y se acomodó el cabello. No sabía si lo había hecho a propósito para seducir a todas las mujeres del país, pero seguro le funcionó.

—Como quieras, Oliver. Estoy impresionada con tu portugués, es perfecto. —Le tocó la mano descaradamente sobre la mesa.

¡Maldita zorra!

—Muchas gracias, Marina. —Sonrió seductor—. Aprendí portugués hace muchos años, aquí mismo en Salvador. Fue una persona muy especial en mi vida quien me enseñó.

Miró a la cámara con una intensidad tal, que era como si pudiera verme del otro lado de la pantalla. Y fue en ese instante que lo supe: todavía amaba a ese desgraciado con todas mis fuerzas.

No tenía sentido seguir mintiéndome. Amé a Oliver desde la primera vez que lo vi. Y así iba a ser siempre.

—Mmm, ¿quién será esa persona especial, eh? —Vanessa me dio un codazo y se rió por lo bajo.

—¡Shhh, Vanessa! Quiero escuchar lo que dice en el noticiero. —Fruncí el ceño, aunque por dentro sonreía.

—¡Como quieras, jefa! —La descarada me sacó la lengua, pero al menos se quedó callada.

—Entonces, Oliver, ¿cuál es ese anuncio tan importante que quiere hacer en cadena nacional? Todos estamos muy ansiosos por saber.

—Lo entiendo, Marina, ya basta de tanto suspenso. —Oliver se puso serio justo en el momento en que la cámara hizo un primer plano de su rostro, y entonces dio la siguiente noticia bomba:

—Quiero anunciar que la empresa Quent canceló el contrato del shopping de varios millones de dólares que estábamos construyendo en Brasil, y además, prometo a los antiguos residentes del terreno que todas las casas que fueron demolidas serán reconstruidas y devueltas a sus respectivos dueños. El dinero pagado por sus propiedades no tendrá que ser devuelto, será una especie de indemnización por los perjuicios causados.

Lo explicó con calma mientras yo casi me desmayaba ahí mismo, en medio de la cocina del restaurante. ¿Cómo que Oliver

había renunciado a su obra millonaria así, de la nada? Ahora entendía por qué habían desaparecido los operarios y las máquinas. No tenía ningún sentido. Un día quería adueñarse de mi restaurante por la fuerza, y al siguiente desistía de todo. Para mí eso solo podía ser otra de las jugadas del diablo rubio. No había otra explicación.

—¡Guau! Esa sí que no me la esperaba, Oliver. Entonces, ¿los bahianos ya no tendrán el shopping más grande de la historia de Bahía? —preguntó la presentadora, claramente intrigada.

—Por supuesto que sí, y todavía mejor. Se construirá en otro lugar, donde funcionaba una antigua fábrica de productos lácteos. Ya firmamos un nuevo contrato y compramos la propiedad. Planeamos comenzar las obras la próxima semana. No será barato, pero el esfuerzo vale la pena.

—¿Y por qué vale tanto la pena, Oliver? Además de perder una gran cantidad de dinero, este cambio de terreno debe haber significado mucho trabajo para la empresa Quent. Perdón la sinceridad, pero no encuentro ningún motivo lógico —insistió la conductora del noticiero.

Me froté las manos frente al cuerpo, cambiando el peso de un pie al otro, esperando la respuesta. Esa víbora había hecho justo la pregunta que más retumbaba en mi cabeza.

—Pero sí hay una razón importante. Un día, un niño muy especial me enseñó que nunca debemos construir nada sobre la felicidad ajena. Me costó un poco entenderlo, pero más vale tarde que nunca, ¿no? —Esbozó una sonrisa tenue y se limpió una lágrima que le caía por la comisura del ojo. Estaba claramente conmovido.

¿Oliver Quent estaba hablando de mi hijo en televisión nacional? ¡Dios mío! Tragué con dificultad. Jamás en mil años habría esperado eso. Y todavía no me había recuperado de sus palabras cuando agregó:

—Gracias a la sabiduría de ese niño, que tiene una personalidad fuerte y un corazón tan dulce como el de su madre, a partir de hoy, la empresa Quent solo aceptará proyectos que hagan feliz al mayor número posible de personas. Si no es así, no firmaremos contrato —prometió con sinceridad. Me dejé caer en la silla de la cocina con la mano en el pecho y la respiración agitada.

Carajo, gringo… vas a terminar matándome.

¿De verdad estaba abandonando un proyecto de semejante magnitud solo por un niño de nueve años? Ya había dado suficientes señales de que quería a Eliot de verdad, pero jamás imaginé que tanto.

—¿Y podemos saber el nombre de ese niño tan especial?

—Claro que sí. El nombre del chico más increíble del mundo es Eliot. —Su sonrisa brillaba más que una constelación entera, pura expresión de orgullo de padre.

—El señor Quent no va a construir el shopping en nuestra calle por mi culpa, mamá. —Eliot corrió a abrazarme por la cintura, con los ojos llenos de lágrimas. Estaba muy emocionado al escuchar la declaración del padre en la tele.

—Así es, cariño. —También se me llenaron los ojos de lágrimas. Estaba tan orgullosa de mi hijo, y del desgraciado de su padre, por al menos una vez en la vida, hacer lo correcto.

Con algo así era difícil seguir odiando a Oliver. Hacer que mi hijo se sintiera tan especial me desarmaba por completo, y eso me daba miedo. Encima, había desistido de destruir mi restaurante, lo cual era una maravilla. Al menos, la parte más grave del problema estaba resuelta. El resto… ya veríamos cómo arreglarlo.

—¡Mierda! Retiro todo lo que dije del gringo hermoso, ya no lo odio —murmuró Bruno, con el humor apagado y el rostro entristecido.

—¿Qué pasa, Bruno?

—No había dicho nada, jefa, pero tenía mucho miedo de que demolieran el restaurante y perder el trabajo. Porque para un joven trans es casi imposible conseguir un empleo digno, con gente que lo quiera y lo respete como acá. Así que gracias por todo el cariño. ¡Los quiero! —Bruno se sumó al abrazo, también con lágrimas en los ojos.

—No tienes que agradecer nada, Brunito. Aunque hubieran demolido el restaurante, no ibas a librarte de nosotros. Porque ya somos una familia. —Le acaricié la espalda.

—Mira, todavía no me cae bien ese tipo, pero esta vez se la jugó. Hay que admitirlo. ¡Mierda! —Vanessa se secó las lágrimas y

convirtió el abrazo triple en uno cuádruple.

Ese restaurante nos había convertido en una gran familia. Llena de amor, apoyo y una confianza que no se quebraba con nada.

—Dijiste la palabra con M, tía Vanessa —dijo Eliot con la voz llorosa, y todos estallamos en risas. Mi hijo era especial, como dijo Oliver.

Tan especial como para ablandar el corazón helado del gran CEO Oliver Quent. No sabía si eso me hacía feliz o me preocupaba. El padre de Eliot se estaba acercando demasiado, y demasiado rápido. Algo me decía que eso no era buena señal. A pesar de todos los motivos para celebrar, sentía que una tormenta muy fuerte se venía en camino. Y yo tenía miedo de que no saliéramos ilesos.



Oliver

—No puedo creer que me convencieras de bajarme del auto, Matt. Hace un calor insoportable hoy. —Saqué el pañuelo del bolsillo y me lo pasé por la frente. Por suerte me había quitado el saco y la corbata y los dejé en el asiento trasero de mi BMW.

Estábamos en medio de un evento famoso de la ciudad, serían varios días seguidos de fiesta. Había tanta gente que, después de salir del estudio del noticiero, no pudimos avanzar ni quinientos metros sin quedar atrapados en el tráfico. Las calles estaban repletas de gente linda y alegre. Matthew me convenció de estacionar en la primera cochera libre que encontramos y seguir a pie con el flujo de personas. Si había caos, él se sentía en casa, sobre todo en un lugar mágico como Salvador, donde las calles ya estaban naturalmente adornadas con casas pintadas en colores vivos, igual que la personalidad de los bahianos. Desde arriba, cuando piloteaba el helicóptero, parecía ver un inmenso arcoíris de punta a punta.

Pero en días de fiesta el centro de la ciudad era aún más espectacular. La calle principal decorada con banderines y telas coloridas, puestos de artesanos locales, comidas típicas de Bahía y mucho más. Yo ya había estado en ese evento una vez con Alabá cuando todavía éramos novios. Fue nuestra primera gran fiesta juntos. Caminamos abrazados entre la multitud, parando en todos los puestos, comprando cosas que no necesitábamos y comiendo

como dos muertos de hambre. Después nos quedamos hasta la madrugada bailando en el show en vivo de la banda Olodum. Sin dudas, uno de los momentos más felices de mi vida.

Éramos jóvenes, llenos de pasión y energía, y gastamos hasta la última gota después del show, haciendo el amor en la playa bajo un amanecer increíble, con una brisa suave que venía del mar. No me sorprendería que Eliot hubiera sido concebido durante aquel amanecer anaranjado, con los pájaros cantando de fondo como si celebraran nuestro amor. Aquella fue la época más feliz de mi vida. Pero fui lo suficientemente idiota como para echarlo todo a perder, y ahora tenía que romperme el alma para arreglarlo.

Mi plan inicial era ir directo a la casa de Alabá, caerme a sus pies y pedirle perdón por todo, decirle que estaba listo para ser un buen padre para nuestro hijo. Pero cuando llegué, la vi abrazada con ese tipo asqueroso. Me quedé en el auto observando hasta que el imbécil se fue, después de besar a mi mujer en la vereda. Fue una tortura. Pero no hice ninguna locura, me calmé y me volví a casa. Decidí cambiar de táctica: empecé demostrando en televisión nacional que ya no pensaba derribar su restaurante. Al menos por eso, ya no tenía razones para odiarme.

—Deja de quejarte, hermano. Tienes que relajarte un poco. Estás hecho un manojo de nervios desde que viste a tu ex noviecita en modo familia con el cocinero y tu hijo. Tanto, que hasta gastaste una fortuna en cambiar el terreno de la obra solo para impresionarla. ¿Cómo se llamaba ella? ¿Albana o Alagüana? —Matt se encogió de hombros, hablando con la boca llena de acarajé que compró en el puesto de una bahiana muy simpática.

A Matt le había parecido muy picante cuando lo probó en el restaurante de Alabá, pero ahora estaba enganchado. Lo pedía todos los días.

—Es *Alabá*, idiota, y deja de hablar con la boca llena. —Le quité el acarajé de las manos y le di una mordida generosa.

—¡Carajo, Oliver! ¿Y por qué no compraste uno para ti? Te mereces que Alabama te haya cambiado por otro. —Recuperó lo que quedaba de su acarajé antes de que me lo comiera todo.

Me rendí. Enseñarle a pronunciar el nombre de mi mujer era perder el tiempo. Decía cualquier cosa menos Alabá.

—¿Podemos cambiar de tema, Matt? No quiero discutir mi vida personal con un tipo que nunca tuvo una novia de verdad —lo provoqué.

—Pero tampoco me rompieron el corazón ni me apareció un hijo perdido en otro país. Aquí tienes, distraído. —El imbécil se pegó una palmada en el trasero y yo me merecía esa broma.

—Esa estuvo buena, Matt, un punto para yi. —Le di un codazo en las costillas.

—Solo quiero que te relajes, Oliver. Olvídate del pasado un rato y disfruta esta fiesta. Mira, hasta hay baile en la calle. —Señaló a un grupo de mujeres que bailaban al ritmo de una banda de tambores. Era normal ver ese tipo de danza por las calles de Salvador cualquier día de la semana. Era una parte poderosa de la cultura bahiana.

—No se puede olvidar el pasado, Matt, no cuando te lo refriega en la cara vestida con un maldito vestido amarillo que vuela con el viento, moviéndose al ritmo hipnotizante de la mujer más hermosa que mis ojos hayan visto jamás. —Sonreí, completamente embobado.

Alabá estaba entre las mujeres bahianas que bailaban para un grupo enorme de personas que formaban un círculo a su alrededor. Todos, igual que yo, estaban encantados con aquella presentación tan bella, tan llena de historia y herencia africana.

—¿Pero qué carajos estás diciendo, Oliver? —Matt se puso con las manos en la cintura, mirándome todo confundido.

Ni siquiera tuve que contestar. La mirada de Matt siguió la dirección en la que yo no podía dejar de mirar y ahí la vio. Alabá. Sostenía la falda del vestido y giraba con una gracia única. Sus rizos volaban con el movimiento. Era imposible no fijarse en sus piernas gruesas, torneadas, al descubierto de forma provocadora pero sin ser vulgar. ¡Carajo! ¡Cómo la amaba!

Alabá nació para ser mía.

La madre de mi hijo.

Mi único y gran amor.

—¡MIerda! Ahora entiendo por qué no pudiste olvidarla después de tantos años. Esa mujer es un espectáculo —dijo Matt, boquiabierto ante la belleza de mi mujer bailando, y no podía culparlo por eso. Todos los hombres presentes pensaban lo mismo.

—Espectáculo se queda corto. Es mucho más que eso —dije, abriéndome paso entre la multitud. Necesitaba verla de cerca.

Estaba hipnotizado por cada uno de sus movimientos, ni siquiera pestañeaba mientras miraba a esa mujer perfecta. Era algo más fuerte que cualquier cosa que hubiera sentido antes. Ella me sacaba de órbita. Cuando nuestras miradas se cruzaron, fue mágico… como si todo alrededor se moviera en cámara lenta.

Ella todavía me amaba. Podía sentirlo.

—¡Ey, señor Quent! ¿Usted vino a verme participar en el concurso de capoeira? ¡Qué genial! —Eliot vino corriendo y se lanzó a mis brazos, vestido completamente de blanco.

Lo abracé con todas mis fuerzas. Ese fue un momento muy especial para mí, porque era la primera vez que abrazaba a Eliot *como mi hijo*.

—Claro que vine, campeón. No me perdería esto por nada del mundo —le dije, dejándolo creer que ya sabía del campeonato. Le debía una a Matt por obligarme a bajarme del auto y venir a esta fiesta.

—Vi cuando habló de mí en la tele esta mañana, señor Quent. Me pareció genial. Muchas gracias por desistir del shopping por mi culpa. Y también por el gato biónico, fue el mejor regalo que me hicieron. —Me abrazó otra vez y apoyó su cabecita en mi hombro. Nunca imaginé que se podía amar a alguien tanto como para no concebir la vida sin esa persona.

Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no llorar. Nunca más iba a alejarme de Eliot. Saber que mi abuelo hizo lo imposible por separarme de él me destruía. ¿Cómo pudo, sabiendo lo que es ser padre? ¿Cómo intentó robarme eso? Fue una crueldad. Y si lo hizo porque había un Quent mestizo en la familia, eso sí que nunca se lo perdonaría. Pero no quería juzgarlo sin antes escucharlo. A pesar de todo, lo amaba y tenía una mínima esperanza de que hubiera alguna explicación razonable. Aunque lo dudaba mucho.

Quedaban muchas cosas del pasado por esclarecer, pero la pieza principal de ese rompecabezas estaba en mis brazos en ese momento, y eso era lo único que me importaba.

—¿Es él, Oliver? —preguntó Matthew, con los labios temblorosos, estaba muy emocionado.

—Es él, Matt —Acaricié la espalda de mi hijo con ternura.

—¡Ven acá, Eliot! ¿Qué te dije sobre hablar con desconocidos? —El cocinero ese apareció con su tonito pedante.

Matt y yo nos miramos. Ese tipo era un plomo. Parecía estar siempre metido donde estaban Alabá y mi hijo, como si marcara territorio.

—Él no es un desconocido, tío Alex. Es amigo de mamá desde hace muchos años, y vino solo para verme competir —respondió feliz, con el brazo en mi cuello.

Pero el tío Alex se puso furioso, casi le salía espuma por la boca.

—¿Amigo de tu madre desde hace años, eh? Interesante —repitió la frase del niño justo cuando Alabá apareció y lo escuchó. Se notaba que se sintió incómoda con el tono agresivo del imbécil.

—Vamos, hijo. El campeonato ya va a empezar —dijo, y se lo llevó de mis brazos con la cara dura.

Pero antes de irse, Alabá miró a Matt, que seguía a mi lado, como si hubiera visto algo familiar en él... tal vez un cierto jamaiquino muy extraño.

Ella llegó a mover los labios como para decir algo, pero solo negó con la cabeza y se fue.

—Uff… por poco —murmuró Matt, llevándose una mano al pecho. Un segundo más y se meaba encima del susto. Tenía miedo de que Alabá lo reconociera y lo hiciera puré ahí mismo.

Tuvo suerte. Alabá estaba tan enojada por la guerra de egos entre mí y su noviecito que se llevó a nuestro hijo bien lejos de los dos. Mientras tanto, el tipo y yo nos mirábamos con un odio que podía hacerse físico en cualquier momento. Lo odiaba con toda mi alma. Era una piedra en el zapato que no iba a ser fácil de sacar.

—No me engañas, gringo. Sé que detrás de tu renuncia a tirar abajo el restaurante de Alabá hay gato encerrado —dijo con demasiada seguridad para alguien que apenas me conocía.

—¿Ah, sí, cocinero? —Crucé los brazos con ironía—. Dudo mucho que sepas algo real sobre mí.

—Sé más de lo que te imaginás, señor Quent. Así que mantente lejos de mi mujer y mi hijo. No te lo voy a repetir —dijo, en un inglés perfecto, como si fuera nativo.

—¿Y si no? —Di un paso al frente.

Debía estar loco si pensaba que podía referirse a mi mujer y mi hijo como si fueran suyos. Nunca en mi vida quise tanto borrar a alguien del mapa.

—O te vas a arrepentir. No digas que no te lo advertí. No sabes de lo que soy capaz para defender a los que amo.

Me dio la espalda y se fue. Pero yo fui tras él, listo para romperle la cara, hasta que Matt me agarró del brazo.

—No hagas eso, viejo. No con tu hijo ahí. Le dijiste que venías a verlo competir. Cumple tu promesa. Después le damos una lección a ese imbécil. —Asentí, con la vena del cuello a punto de estallar.

—No puedo creer que voy a decir esto, pero tienes razón, Matthew. —Traté de calmarme.

—¿Puedes repetirlo más fuerte, Oliver? Me parece que no te escuché bien. —Se hizo el bobo solo para regodearse.

—No me agotes la paciencia, Matt. Vamos, no quiero perder la competencia de mi hijo. —Me acomodé el cuello de la camisa.

—Tú lo harás, hermano, pero yo no. ¿Viste cómo me miró la madre de tu hijo? Si no me reconoció, está a un paso de hacerlo, así que creo que es mejor irme antes de que las cosas se compliquen aún más. —Matt fue sensato y estuve de acuerdo.

—Perdón por meterte en mis líos, amigo. Después te cuento cómo le fue a mi hijo en la competencia. —Lo abracé.

—Gracias, Oliver. Me voy a dar unas vueltas. Después nos vemos. —Se fue detrás de una morocha espectacular con escote generoso y unos jeans cortitos que dejaban poco a la imaginación. Justo el tipo de mujeres favoritas de Matt.

Cuando se perdió entre la multitud, fui a buscar el lugar del concurso. Estaba un poco alejado de la fiesta, pero se podía ir caminando tranquilo. Era en lo alto de un morro, con una vista increíble de Salvador y el mar, aunque yo ni la registré. Mis ojos

estaban puestos en Alabá, que ayudaba a nuestro hijo a prepararse para entrar en la roda de capoeira. Quería estar ahí con ella, animando a Eliot, pero otro hombre ocupaba mi lugar. Apreté los dientes cuando el cocinero abrazó a mi hijo. Si pensaba que podía ser su padre, estaba muy equivocado.

—Tranquilo, Oliver, cálmate. No hagas ninguna estupidez de la que después te puedas arrepentir. —Respiré hondo, solté las manos en puño y las metí en los bolsillos.

Ese tal de Alexander me estaba provocando a propósito. Quería que hiciera alguna estupidez delante de Alabá y de mi hijo. Pero iba a necesitar mucho más que eso para lograrlo. Si había algo que sabía hacer a la perfección era disimular el odio, incluso cuando ya me ardía en cada célula del cuerpo.

22

Alabá

No esperaba encontrarme con Oliver en la fiesta de la ciudad. La última vez que él y yo habíamos estado juntos en ese evento, éramos apenas dos adolescentes inmaduros, llenos de amor para dar. Por eso casi me voy de culo al suelo, justo en medio de la rueda de batucada, cuando vi al gringo con Eliot en brazos… y a Alex encima de él como un gallo de pelea, defendiendo su lugar en la vida de mi hijo. Tuve que intervenir, pero no me gustó nada el tono grosero con el que me habló.

Así que tomé a mi hijo y caminé al frente rumbo al lugar del campeonato, pero Alex vino detrás de mí con los ánimos un poco alterados.

—¿Cuándo pensabas contarme sobre tu antigua amistad con el magnate Oliver Quent? —Alex me sujetó del brazo con más fuerza de la necesaria. Giré el cuello para mirarlo y sus ojos helados se clavaron en los míos.

Quise gritarle que había intentado hablar con él sobre mi pasado varias veces en los últimos días, pero él siempre encontraba una forma de esquivarlo. Sin embargo, me contuve. Eliot estaba presente y escuchándolo todo.

—No delante de mi hijo, por favor. —Hice un gesto con la cabeza hacia él, que nos miraba asustado. Sabía que algo no andaba bien porque Alex y yo siempre nos habíamos llevado muy bien.

Y quería que siguiéramos así. Por eso, ese día sería definitivo. Después del bufé que se serviría a los participantes del campeonato, llamaría a Alex para una conversación franca, sin filtros. Ya era hora de que supiera toda la verdad sobre mi historia con Oliver. Tenía miedo de su reacción, pero no podía seguir posponiéndolo.

—Perdón, mi amor. Me saca de quicio la presencia de ese tipo arrogante. —Me besó en la frente.

Si Alexander ya odiaba a Oliver ahora, ni me imagino lo que iba a ser cuando supiera todo. Santo Dios… sería el inicio de la tercera guerra mundial.

—Está bien, Alex. Estás perdonado. Pero apurémonos, sabes que Eliot va a competir en la primera rueda. —Aceleré el paso.

No tenía ni idea de dónde se habían metido los locos de Vanessa y Bruno. Dijeron que iban a un puesto a comprar, no alcancé a oír qué. Ya habían pasado más de cuarenta minutos y no volví a saber de ellos.

¡Ja! Si se perdían la presentación de Eliot, los iba a matar.

—Nuestro niño va a brillar, Alabá. Así que relájate. —Alex me dio una nalgada discreta, el descarado, y yo solté una risita porque me hizo cosquillas. No podíamos estar peleados por mucho tiempo.

Al mirar hacia un costado, vi que Oliver nos observaba todo el tiempo, con esa cara de asesino que pone alguien a punto de explotar. Y tenía un buen presentimiento de quién iba a ser su víctima. Eso solo me confirmaba que el día perfecto que había planeado podía volverse una tragedia en cualquier momento.

—No sé, Alex, me parece que está nervioso. —Señalé a Eliot, que se retorcía las manos constantemente.

Eliot no paraba de mirar a su contrincante, que ya estaba calentando dentro de la rueda de capoeira. El chico era visiblemente más grande de lo normal para su edad, y eso puso a mi pequeño muy ansioso. Por eso fui enseguida a hablar con él, para que supiera que no tenía que hacer nada que no quisiera.

—¿Estás bien, mi amor? No tienes que hacer esto si no quieres. —Le toqué el rostro, preocupado.

—No, mamá, solo estoy un poco ansioso —contestó, con las manos juntas detrás del cuerpo y la mirada baja.

—Pero no hay motivo para estarlo, campeón. ¡Todo va a salir bien! Eres uno de mis mejores alumnos. —Alex intentó calmarlo con un abrazo.

—Pero no el mejor, tío Alex —suspiró, decepcionado.

Sentí un nudo en el pecho. Eliot era solo un niño y ya era demasiado exigente consigo mismo.

—Para mí eres el mejor en todo lo que haces, cariño. Por eso estoy completamente segura de que hoy te va a ir muy bien. —Lo abracé. Pero él seguía con esa carita triste, asomando por encima del hombro de su tío.

—¡Ey, maestro Alexander! ¿Puede venir un minuto? Tenemos una duda —llamó una alumna de Alex que también iba a competir, si no me equivoco en la tercera rueda.

—Puedes ir, Alex. Yo me encargo aquí. —Le guiñé un ojo, y él fue a atender el llamado.

Todos los alumnos de Alexander que participarían en el campeonato estaban muy ansiosos, así que no era justo que le diera más atención a Eliot que al resto. Además, quería hablar a solas con mi hijo en ese momento.

—¿Se puede saber por qué sigues con esa carita desanimada, hijo? —Le sostuve el mentón para que me mirara a los ojos.

—Porque si no gano, mamá, el tío Alex se va a poner muy triste y todos en nuestro grupo también —me confesó con total sinceridad.

—El problema no es ganar o perder, hijo, sino tener el coraje de al menos intentarlo. Todos te amamos y vamos a estar a tu lado, pase lo que pase. —Me agaché hasta ponerme a su altura y le hablé mirándolo directo a los ojos.

—Lo sé, mamá, pero de verdad necesito ganar porque… —Se quedó mudo de repente.

—¿Porque qué, hijo? Puedes decirlo —lo animé a terminar la frase.

—Porque hasta el señor Quent vino a verme competir y no quiero hacer el ridículo delante de él, ¿entiendes? —Miró en dirección a Oliver, que levantó ambos pulgares con una sonrisa enorme y le susurró un "mucha suerte, campeón". Por más que intentara odiar a ese cretino, me lo ponía cada vez más difícil.

Sin embargo, debo admitir que me sorprendió lo importante que era para Eliot impresionar a un hombre que apenas conocía, pero no lo cuestioné por eso. Mi pequeño ya estaba lo suficientemente nervioso.

—Si ganas el campeonato, genial, hijo. Y si no, también está genial. ¿Sabes por qué? —Le apreté la punta de la nariz con los dedos, él sonrió al sentir cosquillas.

—No sé, mamá. ¿Por qué?

—Porque, por lo general, uno aprende más perdiendo que ganando, mi amor. Dios suele usar esa técnica infalible para prepararnos para algo mucho más grande que solo llegará en el momento adecuado —Le sonreí a mi querido hijo.

Mientras Eliot reflexionaba en silencio sobre lo que le dije, le quité la camiseta y acomodé el nudo de la cuerda atada a su cintura, encima del pantalón blanco. Mi hijo se veía hermoso con su traje de capoeira.

—Ya entendí, mamá. Me siento mucho mejor ahora. ¡Gracias! Eres la mejor mamá del mundo. —Me abrazó con fuerza.

—No, mi amor, el mejor hijo del mundo eres tú. —Le llené la carita de besos.

—¡Llegó la hora, Eliot! Tu presentación empieza en un ratito, ya tienes que empezar a calentar. —Alex le tomó la mano—. No olvides todo lo que te enseñé. No te concentres en la fuerza, sino en la perfección de los movimientos, ¿entendido? —Le dio las últimas indicaciones.

—¡Sí, señor!

—Bien, campeón. Vamos, que todos los alumnos del proyecto están haciendo fuerza por ti, así que hay que lucirse. —Lo alzó en brazos y lo lanzó hacia arriba.

—¡Buena suerte, hijo! —Le quité las sandalias y las guardé en la mochila junto con la camiseta.

—¡Gracias, mamá! —Me saludó con la mano mientras caminaba hacia el centro de la roda de capoeira. Yo le lancé un beso lleno de amor.

Intenté aparentar tranquilidad, pero también estaba nerviosa. No tenía miedo de que se lastimara ni nada por el estilo, porque, a

diferencia de lo que mucha gente piensa, la capoeira no tiene que ver con la violencia. Todo lo contrario, es una expresión cultural que mezcla deporte, lucha, danza, cultura popular, música, juego y, sobre todo, respeto: tanto hacia el oponente como hacia los propios límites físicos. Sus movimientos imitan los de los animales y se caracteriza por actos ágiles y complejos, usando pies, manos y elementos acrobáticos. Mi preocupación era cómo afectaría esta competencia emocionalmente a mi hijo.

—Perdón por llegar tarde, Alabá. El idiota de Bruno conoció a una chica en un puesto y se puso todo galán, se le fue el tiempo por completo. —Vanessa llegó empapada en sudor y bastante molesta.

Subió el morro corriendo, y Bruno llegó detrás con su conquista, una chica de mirada tímida y sonrisa dulce que parecía buena gente.

—No pasa nada, chicos, la presentación de Eliot todavía no empieza —los tranquilicé.

—¿Lo ves, Vanessa? Te dije que llegaríamos a tiempo. Además, valió mucho la pena el retraso. —Bruno besó la mano de la chica de piel color canela y cabello largo y ondulado. Ella se sonrojó con su galantería.

—Bienvenida a este grupo de locos, querida. Un gusto, soy Alabá. —Le ofrecí la mano.

—El gusto es todo mío, Alabá. Soy Marisa y voy a estar haciendo fuerza por tu hijo. Bruno me dijo que es un niño increíble.

—Muchas gracias, mi amor. Creo que Bruno tenía razón cuando dijo que la espera valió la pena. Eres muy linda y dulce. —Le guiñé un ojo a la nueva parejita de jóvenes hermosos que acababa de nacer.

Todo era muy bonito hasta que Vanessa me llevó hacia un rincón para decirme que nuestro amigo le pidió que ninguna de las dos le contara a Marisa que él es un chico trans. Eso quería decir que Bruno tenía miedo de no ser aceptado por ella, y eso sí que era un problema. Después de todo, ese no es el tipo de cosa que se pueda esconder por mucho tiempo en una relación.

Me preocupé bastante. Pensaba que Bruno ya había superado todas sus inseguridades, pero estaba clarísimo que no.

—Qué situación triste, Vanessa. Tenemos que hablar de esto con Bruno cuanto antes. Si sigue alimentando esta mentira, va a terminar muy lastimado.

—Mira quién habla de mentiras, ¿no? —Vanessa cruzó los brazos y miró en dirección a Alex y Oliver, para después fijarse en mí.

Incluso ella ya se había dado cuenta de la competencia entre esos dos idiotas peleando por la atención de mi hijo, que ni caso les hacía, estaba demasiado ocupado calentando junto a su oponente y el maestro de capoeira más viejo de la ciudad, invitado especial del evento. Todos lo conocían como "Preto Véio". A sus más de noventa años, seguía siendo el mejor en lo que hacía.

—No me molestes, Vanessa. Esta misma noche le voy a contar toda la verdad a Alex, ya está decidido.

—¡Aleluya, hija! ¡Gloria a Dios!

—¡Aleluya digo yo, mujer! No me fastidies más y concentremos toda la energía positiva en Eliot. —Saqué el celular del bolsillo y puse la cámara en modo video para grabar cada movimiento de mi hijo. Quería guardar ese recuerdo para que él pudiera mostrárselo a sus hijos algún día.

—Tienes razón, Alabá. Nuestro niño se está convirtiendo en todo un hombrecito, ¡qué belleza! —Me agarró del brazo. Las dos nos quedamos contemplando lo hermoso que estaba.

—Sí, amiga, dentro de poco será más alto que yo —asentí toda derretida.

—¡Es ahora, gente! Acaban de anunciar la primera dupla. —Bruno nos tomó de la mano a Vanessa y a mí. Puede que hubiera conocido a la chica de sus sueños, pero seguía siendo parte de nuestro trío de mosqueteros.

Nosotros tres éramos como los tres inseparables: uno apoyaba al otro, sin importar lo difícil que fuera la situación. Porque nuestra amistad era más que verdadera. Era única. Por eso teníamos que hablar con nuestro chico de oro sobre no tener vergüenza de ser quien es. Porque hacer que alguien te quiera a base de una mentira no vale la pena.

—¡Mierda! —solté frustrada.

La presentación empezó pésimo para nuestro grupo. Eliot no estaba haciendo nada bien. Parecía distraído, erraba todos los movimientos. Me puse tan nerviosa que me comí todas las uñas de las dos manos. Cada tanto cruzaba miradas con Oliver, que parecía tan o más tenso que yo, pero lo disimulaba bien; solo observaba en silencio, como si analizara la técnica del rival.

En cambio, Alexander… ¡Dios mío! No paraba de gritar como un loco dándole instrucciones a Eliot sobre qué técnica usar, parecía que era él quien estaba compitiendo y no mi hijo. Tal vez ese fuera el verdadero problema: un maestro que presiona más de lo que alienta.

—¿Qué estás haciendo, Eliot? ¡Defiéndete, carajo! —estalló Alex cuando mi hijo se quedó paralizado de pronto en el medio de la roda de capoeira, con el gesto fruncido, como si fuera a romper en llanto en cualquier momento.

Sabía que la presión sobre el pobrecito era demasiada, y si no hacía algo rápido, se iba a venir abajo frente a todo el mundo. Porque contar con Alex era imposible, estaba demasiado ocupado discutiendo con el maestro Preto Véio para detener la presentación de los chicos.

—¡Ya basta! Voy a sacar a mi hijo de ahí antes de que este campeonato lo traume para siempre —dije con decisión.

—Espera, Alabá. ¡Mira! —Vanessa me sujetó del brazo. Oliver ya se había adelantado y fue a hablar con Eliot.

Se agachó enseguida y le susurró algo al oído que hizo que mi hijo sonriera. Luego, le quitó el collar que llevaba puesto y se lo colocó en el cuello a Eliot.

—¡Sal de mi roda ahora mismo, muchacho, o el participante Eliot Monteiro será descalificado con deshonra! —el maestro Preto Véio reprendió a Oliver.

—¡Disculpe, señor! —El gringo hizo una reverencia al anciano.

Después de volver a su lugar con una sonrisa satisfecha, Oliver me guiñó un ojo como diciendo que todo saldría bien. Y, de hecho, fuera cual fuera su plan, había funcionado. Porque tuvo mucho efecto. Apenas el maestro dio la señal para retomar la presentación,

mi hijo dio un verdadero espectáculo. Eliot estaba completamente concentrado, tranquilo y confiado como nunca antes lo había visto.

Sus movimientos eran precisos, sin darle la más mínima oportunidad al contrincante. Se me llenaron los ojos de lágrimas al ver a Eliot en acción. Fue algo hermoso, simplemente emocionante.

—¡Eso es, Eliot, vamos, campeón! —gritó Oliver, eufórico.

Ahora era él quien gritaba como un loco, mientras Alexander permanecía callado, de brazos cruzados y cara de culo, como si no le agradara nada ver a Eliot dando el mejor desempeño que jamás le habíamos visto en el dominio del arte de la capoeira. Un momento memorable en la infancia de mi hijo.

Tanto Eliot como yo éramos apasionados por la cultura de nuestro pueblo, llena de tradiciones y expresiones propias. Un rincón de Brasil con identidad propia. Siempre me sentí orgullosa de ser una bahiana auténtica, amaba el color oscuro de mi piel y todo lo que representaba mi origen.

—La presentación terminó, gente. Crucemos los dedos y esperemos el resultado del jurado —pedí llena de esperanza.

Como le dije a Eliot, ganar no lo era todo. Pero mi hijo se había esforzado tanto por llevarse ese trofeo a casa, que recé con todo mi corazón para que le dieran la mejor puntuación.

—El gran vencedor de la primera ronda es… —el maestro hizo una pausa dramática que duró eternos segundos.

—¡Dígalo ya, por el amor de Dios! —gritó alguien del fondo.

—Está bien, basta de rodeos. El que se lleva la victoria hoy es Eliot, que empezó la presentación como un principiante y la terminó como un verdadero maestro del arte de la capoeira. Felicitaciones, chico, llevas el ritmo y el alma de la capoeira en la sangre. —Le entregó el trofeo a mi hijo, que no cabía en sí de la emoción.

Y yo, como la típica mamá loca del año, grité y lloré de orgullo y abrí los brazos esperando que viniera corriendo a abrazarme para celebrar juntos su victoria. Pero, en lugar de eso, Eliot se lanzó directo a los brazos de su padre, que lo alzó y lo lanzó al aire varias veces, los dos riendo con una felicidad que me hizo sonreír también. No sentí celos de Oliver, para nada; más bien me quedé encantada viendo la felicidad de los dos. Eran hermosos juntos.

Pero mi sonrisa se esfumó en cuanto mis ojos se cruzaron con los de Alex, que se alejaba del lugar echando chispas por la boca. Me sentí pésimo por él. Era como si le estuvieran robando su lugar y no hubiera nada que pudiera hacer para evitarlo. El lazo entre padre e hijo entre Oliver y Eliot era tan fuerte que, cuando estaban juntos, no había fuerza en el mundo capaz de romperlo, ni siquiera yo. Era algo natural.

—Ya vuelvo, gente, voy a buscar a Alex. —Giré sobre mis talones para salir, pero Vanessa me detuvo del brazo.

—No, no vas a ir, Alabá. Este es un momento muy especial en la vida de tu hijo, y no lo vas a perder por ningún hombre, ni siquiera por un moreno tatuado, hermoso y lleno de amor para dar que está que muerde de celos por un cierto rubio de infarto que, por cierto, es el padre de Eliot. —Mi amiga me soltó una buena sacudida.

Y tenía razón. Por más complicada que fuera la situación, una madre nunca debe dejar solo a su hijo por ir detrás de ningún hombre. Pero Alex no era cualquier hombre, era alguien que había estado a mi lado en muchos momentos difíciles y yo no quería darle la espalda ahora que se sentía fuera de lugar en la vida de Eliot.

—¿Cómo que el padre de Eliot? —Bruno se atragantó con su propia saliva.

¡Mierda! Ni me di cuenta de que estaba al lado, escuchando toda la conversación.

—¡Vanessa! —Fruncí el ceño con las manos en la cintura. No quería que nadie más supiera sobre el padre de Eliot antes que Alexander.

—Ya basta, amiga. Anda, ve a felicitar a tu hijo. Yo me encargo de explicarle el resto de tu novela trágica a Bruno.

Ya no había nada que hacer. La leche ya estaba derramada, así que solo asentí y fui a recuperar a mi hijo de los brazos del diablo rubio para buscar juntos a Alex.

—¡Lo logré, mamá! ¡Gané! —Eliot me mostró el trofeo apenas me vio llegar. Todavía estaba en brazos de su padre, que me miraba con una expresión demasiado serena para mi gusto.

Nada de eso tenía sentido. ¿Oliver pasando de demonio rubio a ángel celestial en cuestión de segundos? Ahí había gato encerrado.

—Lo vi, mi amor, ¡felicidades! —Bajó del regazo de Oliver y vino a abrazarme.

—¿Dónde está el tío Alex? Quiero darle mi trofeo. Es mi mejor amigo en el mundo —dijo, feliz. Y al instante, el maxilar de Oliver se tensó con fuerza.

—Muy buena idea, hijo. No sé dónde está Alex, pero podemos buscarlo juntos, ¿te parece? —Besé su cabecita.

No pude evitar notar el collar que el gringo le puso cuando se metió en la roda. Era de oro puro, brillante, con un colgante de rubí en forma de cruz. Conocía muy bien esa joya, porque estuve presente cuando la madre de Oliver se la regaló en su último cumpleaños. Dijo que era para protegerlo y darle fuerzas en momentos difíciles. Por eso se volvió su amuleto de la suerte.

—Está bien, mamá. —Eliot saludaba a todos como si fuera la celebridad del momento.

—Entonces, muy bien, querido. Pero antes, devuelve el collar al señor Quent. Sé que tiene mucho valor para él.

—Lo tiene, Alabá, por eso se lo di a Eliot. Quiero que se quede con él —dijo con ese tono que no me dejaba margen.

—Haz lo que te digo, hijo —refunfuñó, pero empezó a sacarse el collar.

—Si lo haces, me pondré triste contigo, Eliot. —El desgraciado puso al niño en una situación complicada.

Eliot miraba al padre y luego a mí, sin saber qué hacer.

—Devuélvelo —ordené.

De ninguna manera iba a permitir que mi hijo se quedara con una cosa tan cara; además, no quería recibir nada más que viniera de Oliver, aunque lo hiciera con buena intención.

—Perdón, señor Quent. —Se quitó el collar y se lo entregó a Oliver.

—Está bien, Eliot, no es tu culpa. —Me frunció el ceño.

—¿Por qué no vas yendo adelante? Ya te alcanzo, mi amor. Necesito intercambiar unas palabras con el señor Quent. —Le sonreí.

—¡Trato hecho, mamá! Adiós, Sr. Quent, nos vemos en la fiesta para los participantes del concurso, allá en el restaurante de mi

mamá, ¿sí? —Le lancé una mirada fulminante a Eliot, que simplemente se encogió de hombros.

No tenía por qué estar invitando a ese hombre a nuestra celebración, ese mismo que hasta ayer quería derribar el restaurante. Por supuesto no pensaba permitir que Oliver fuera.

—Adiós, Eliot. Nos vemos allá entonces, campeón. —Le hizo un gesto con la mano.

Esperé a que mi hijo se alejara para tener una charla con su padre. No sabía qué pretendía con esa cercanía repentina con Eliot, pero eso se acababa ahí mismo.

—No vas a ver a mi hijo en nuestra celebración ni en ningún otro lugar, Oliver. Estoy muy agradecida de que hayas desistido de destruir mi restaurante, pero desde este momento quiero que te mantengas lejos de mí y de todo lo que forma parte de mi mundo —fui directa y tajante.

—¿Y si no quiero mantenerme lejos, Preta? —me desafió.

—Por tu propio bien, es mejor que quieras. Ya va siendo hora de dejar el pasado atrás, porque no queda absolutamente nada entre nosotros. —Llené el pecho de aire e intenté sonar lo más firme posible frente a la actitud segura de ese maldito gringo, que escuchó todo lo que dije con cara de que no le importaba en lo más mínimo.

—¿Estás segura de que ya no queda nada que nos una, Alabá? —Se inclinó hacia mí con una sonrisa que me hizo hervir la sangre. Me dieron unas ganas tremendas de borrársela con un puñetazo en el ojo izquierdo.

—Segurísima. Nunca existió nada. Así que hazme el favor de olvidarme de una vez por todas, porque yo ya te olvidé hace tiempo. —Levanté el mentón para darle credibilidad a mis palabras, aunque el temblor en mi voz me delatara.

—Nunca fuiste buena para fingir, Alabá —se burló de mí.

—Estoy hablando muy en serio, gringo.

—No lo estás, y los dos lo sabemos —soltó sin paciencia—. En cuanto al collar, se lo di a Eliot, así que no puedo quedármelo. —Lo puso en mi mano y la cerró, y con solo ese contacto mi cuerpo se encendió en llamas.

—Ya te dije que no podemos aceptarlo, Oliver. Además de que es muy caro, sé que te lo dio tu madre y tiene un gran valor sentimental para ti. —Lo observé con cautela, sin saber en qué estado estaba respecto al tema de sus padres.

—Ya te dije que quiero que el niño lo tenga, Alabá. ¿Viste cómo cambió su desempeño después de que le puse el collar? Eliot realmente cree que es un amuleto de la suerte. —Sonrió con orgullo al hablar de su hijo.

—Pensé que tú también creías en eso, Oliver.

—Lo creía… hasta que te perdí, Preta. —Me tocó el rostro y el corazón me dio un vuelco.

—No me perdiste, Oliver. —Me aparté de su toque—. Me abandonaste como el maldito cobarde que eres, así que no le eches la culpa a tu amuleto de la suerte. —Prácticamente le arrojé el collar encima y me fui, sin importarme sus falsos arrepentimientos.

Seguí mi camino con la esperanza de que él también siguiera el suyo, y de preferencia, bien lejos de mí. Nuestra historia ya estaba muerta y enterrada desde hacía mucho. Fui a buscar a mi hijo, temblando de rabia. Lo único que deseaba era que Oliver se largara de Salvador y no volviera nunca más.

—¡Mirá, mamá, encontré al tío Alex! —gritó Eliot en cuanto lo vio y señaló unas piedras más arriba. Mi cocinero malhumorado estaba sentado mirando el inmenso mar frente a él.

—Buen trabajo, hijo. Vamos a buscar a tu tío, que el torneo de capoeira recién empieza y todavía queda mucha emoción por delante. —Él asintió con una gran sonrisa y me tomó de la mano.

Subimos hasta las piedras y, como siempre, Eliot corrió por delante gritando al tío desde lejos, anunciando nuestra llegada. Alex nos sonrió, pero con tristeza.

—Tío, gané esto para ti —le dijo, extendiéndole el trofeo. Un rayo de sol se reflejaba en el acero dorado de la pieza e iluminaba los ojos color miel de mi pequeño campeón.

—¿Lo ganaste para mí? —Alex miró el trofeo suspendido en el aire, demasiado conmovido como para tomarlo con sus propias manos.

—Sí, Alex, nuestro niño quiere darte el trofeo porque eres su mejor amigo —me aseguré de decirlo fuerte y claro, para que este hombre entendiera de una vez por todas que nadie en el mundo podía ocupar su lugar en la vida de Eliot.

—¿Yo, su mejor amigo en todo el mundo? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

—Claro que sí, tío, ¿quién más podría ser? —Lo abrazó con fuerza. Mi hijo era el niño más tierno del mundo.

Durante los últimos cinco años que Alex trabajó en el restaurante, los dos habían construido una historia que era solo suya. Y yo me sentía honrada de formar parte de ella.

—Tú también eres mi mejor amigo, Eliot —le dijo, mientras me miraba por encima del hombro del niño, que seguía aferrado a su cuello—. Y tu mamá es la mujer de mi vida. —Me tendió la mano y yo se la tomé.

Alex era el mejor padre que mi hijo podía tener. Un hombre íntegro, que me amaba sin mentiras ni cobardía. Asumió la responsabilidad de una paternidad que no le correspondía, y dio lo mejor de sí. Lo mínimo que podía hacer por él a cambio era intentar amarlo y hacer todo lo posible para que fuera feliz.

—A partir de ahora, todo va a ser diferente, chicos. Y para mejor, lo prometo. —Apreté la mano de Alex y le sonreí, aunque con menos convicción de la que hubiera querido.

Pero de verdad estaba decidida a empezar un nuevo camino. Quería que Alex estuviera con mi hijo y conmigo en esa nueva etapa, y todo iba a salir bien porque yo me iba a encargar de que así fuera.



Alabá

No volví a ver a Oliver después de que regresamos al lugar del campeonato, y me sentí muy aliviada por eso; por fin había escuchado lo que le pedí y se había ido de nuestras vidas. Con él lejos, hasta el aire se sentía más liviano. Alexander volvió a ser el tipo tranquilo y amable de siempre. Cumplió con excelencia su rol de maestro de capoeira y no se despegó de sus alumnos, que hicieron una gran presentación en el campeonato. No todos se llevaron el trofeo a casa, pero eso no redujo ni un poco la alegría del equipo, que convirtió la pequeña reunión en mi restaurante en una fiesta privada. Incluso había un grupo de samba con instrumentos improvisados.

Me estaba divirtiendo bastante en medio de aquel desorden, pero no podía esperar a que todos se fueran para tener *esa* conversación a solas con Alexander. Si quería que él siguiera en mi vida, iba a empezar por contarle toda la verdad.

—Voy avisando desde ya que no pienso ayudar a limpiar este desastre después, jefa. No me importa. —Bruno dio un trago a su jugo de uva. Estábamos él, Vanessa y yo sentados en una mesa del salón, mirando cómo ese montón de preadolescentes hacían trizas nuestro lugar de trabajo.

—Mucho menos yo, Alabá. Esta noche es el mejor show de la fiesta de la ciudad y no me voy a perder la oportunidad de saltar

como loca con Ivete Sangalo por nada del mundo. —Vanessa también se lavó las manos.

—No hay problema, chicos. Jamás les pediría que se perdieran el show de la poderosa Ivete solo para ayudarme a limpiar el restaurante. Me encargaré más tarde.

—¿Cómo que no vas a la fiesta más brutal de la ciudad, jefa? Como dijo Vanessa, hoy es el mejor día del evento, el parque de exposiciones va a explotar. Yo quedé en encontrarme con Marisa allá —suspiró Bruno.

Su chica no pudo venir a nuestra reunión, pero durante el campeonato de capoeira estuvieron pegados todo el tiempo.

—No voy a ir, Bruno. Estoy agotada y, además, ya quiero que todo el mundo se vaya para poder quedarme a solas con Alexander. —Lo miré del otro lado del salón, bailando con sus alumnos. Nunca lo había visto tan feliz.

Eliot también estaba ahí en el medio, era puro entusiasmo. Hoy había sido un día muy importante en su vida, uno que quedaría grabado para siempre en sus recuerdos de infancia.

—Mmm… Nuestra jefa va a armar su propia fiestita privada con el cocinero que está buenísimo. Por fin se les va a dar la primera vez —Vanessa me empujó con el hombro.

—¡Oh , no es nada de eso, Vane! Solo voy a contarle toda la verdad sobre mi historia con el papá de Eliot. —Me até el cabello en un nudo flojo.

—Suerte, amiga. La vas a necesitar.

—Lo sé, Vanessa —suspiré, agotada.

—Con ese plan que tienes para esta noche, jefa, creo que es mejor que cambies ese jugo de uva por algo con alcohol. Voy a ver qué encuentro en el freezer de la cocina. —Bruno se levantó a buscar una bebida decente para animar nuestro final de tarde, y yo, la verdad, lo encontré una gran idea.

Después de tres rondas de cerveza que Bruno sacó no sé de dónde, yo ya estaba completamente relajada, tanto que ni me di cuenta de cuándo se fue la gente. Eliot se quedó dormido en el sillón del cansancio, así que Alex lo cargó en brazos, lo llevó a su cuarto y lo acostó en la cama.

Creo que caminé por toda la sala mientras esperaba que Alexander volviera. No tenía la menor idea de cómo empezar a contarle la verdad. Tal vez comenzar por el día en que conocí a Oliver no sería una mala idea.

—Creo que nuestro niño no se va a despertar hasta mañana, linda—dijo Alex al llegar, abrazándome por detrás y dejando un beso en la curva de mi cuello. Respiré hondo, lo más que pude, antes de empezar a hablar.

—Quiero hablar contigo, Alexander. —Me di vuelta y lo miré a los ojos—. Es sobre el pa…

El celular de él empezó a sonar sin parar y no pude terminar la frase.

Alex no dijo qué decían exactamente los mensajes que recibió, pero se notaba que era algo serio, porque se le fue el color del rostro.

—Perdón, Alabá, pero tengo que irme ahora. —Hizo una sonrisa falsa mientras escribía algo rápidamente y lo enviaba.

—¿Pasó algo, Alex? —me preocupé, él no dejaba de mirar la pantalla del celular, como si esperara una respuesta urgente.

—No, todo está bien. —Carraspeó y se rascó la nuca—. Es solo que una amiga a la que no veo hace mucho me escribió para invitarme a cenar esta noche, y acepté. —Desvió la mirada. Yo sospechaba que esa tal "amiga" era más íntima de lo que quería hacerme creer.

Quedaba bastante claro que no era la única en esa casa que guardaba secretos, y eso me hizo sentirme un poco menos culpable. Pero mucho más intrigada.

—Anda, Alex. Me alegra que te reencuentres con tu amiga. —Sonreí forzadamente y metí las manos en los bolsillos de mi vestido.

—Gracias, jefa. Después seguimos esa conversación que quedó pendiente. —Me besó la mejilla y se fue tan rápido que ni tuve tiempo de decirle nada más. Me quedé parada sola en medio del salón, frustrada y con cara de tonta.

Para despejar la cabeza, decidí ponerme a limpiar el desastre que había quedado en el restaurante. Me até el delantal, agarré la escoba y un balde con agua y detergente, y me puse manos a la

obra. Estaba agachada, fregando el piso, cuando Vanessa me llamó para saber cómo me había ido con Alex. Le conté lo que pasó, y la mujer se puso como una fiera. Me dijo que de ninguna manera me quedaría en casa mientras mi *chico mágico* salía a cenar con una supuesta "amiga" que nadie conocía.

Le respondí que estaba todo bien y que no tenía ganas de salir, pero Vanessa me dijo que iba a pasar por mí a las 21:00 en punto para llevarme al show de Ivete Sangalo, aunque tuviera que arrastrarme del pelo. Y después de amenazarme descaradamente, me cortó.

—¿Sabes qué? ¡A la mierda! Voy a llamar a la niñera de Eliot — Subí corriendo las escaleras, animada para darme un buen baño y arreglarme. Me vendría bien salir y despejarme un poco en compañía de mi amiga alocada.

El último mes había sido puro estrés y tensión, así que al menos esa noche pensaba olvidarme de todos los problemas y disfrutar del show de la poderosa Ivete. Beber hasta caer y volver a casa cuando amaneciera, como en los viejos tiempos, cuando salía de fiesta con mi amigo Paulo. Él sabía mejor que nadie cómo aprovechar la vida.

Durante todos estos años no hubo un solo día en que no pensara en Paulo. Cómo me gustaría que la vida no nos hubiera separado, y siempre rezaba para que algún día el destino volviera a cruzar nuestros caminos.

—Muchas gracias por venir, Lídia. ¿Estás segura de que podrás quedarte toda la noche con Eliot? Porque no tengo idea de a qué hora voy a volver —le pregunté mientras la miraba por el reflejo del espejo, colocándome unos aros dorados de argolla.

Ya pasaban las nueve y, en cualquier momento, la escandalosa de Vanessa iba a estar tocando bocina sin parar frente a mi casa. Siempre hacía lo mismo para apurarme cuando salíamos juntas.

—Sí puedo, Alabá, ya hablé con mi mamá y me dio permiso. Sal tranquila y disfruta, que está divina esta noche.

—¿De verdad crees que estoy linda, Lídia? Porque necesito renovar mi guardarropa con urgencia, ni recuerdo cuándo fue la última vez que entré a una tienda. —Acomodé el escote en V de mi blusa negra. Aunque había amamantado a Eliot casi hasta los tres

años, mis pechos seguían firmes y en su lugar, desafiando la ley de gravedad.

—Linda es poco, Alabá, te ves espectacular. Siempre pensé que te vistes muy bien. Esa falda larga roja con abertura al costado que llevas puesta es un show. —Lídia, tan dulce como siempre, me acomodó la hebilla a un costado del pelo, que llevaba suelto en un torbellino de rizos bien voluminosos.

—Ay, Lídia… yo siempre supe que Eliot iba a ser un niño. Pero si hubiera sido niña, me hubiera encantado que fuera igualita a ti. —Le di un beso en la mejilla. Tenía un corazón puro, nunca decía nada para herir, solo para alegrar.

—Y yo hubiera amado tener una mamá tan genial como tú. Pero mejor baja ya, que Vanessa acaba de llegar. —Rió al escuchar el escándalo de la bocina desde la ventana de mi cuarto. Lídia ya estaba acostumbrada a las locuras de mi amiga.

—Mejor me voy antes de que los vecinos llamen a la policía por disturbios, Lídia. Creo que Eliot jugó tanto que no va a despertar hasta mañana, pero si necesitas algo, mándame un mensaje y vuelvo volando. —Tomé mi bolso de la cómoda.

—Sí, señora, ¡diviértete!

—Gracias, mi amor. Buenas noches. Hay comida en la heladera, puedes agarrar lo que quieras, y no te olvides de cerrar con llave cuando me vaya. —Asintió con una sonrisa antes de cerrar la puerta.

Apenas puse un pie fuera de casa, Vanessa empezó a gritar. Era imposible pasar desapercibida al lado de esa mujer.

—¡Apurate, desgraciada, que esta noche es nuestra! —Abrió la puerta del auto.

—Espero no arrepentirme de ir a esa fiesta contigo, Vanessa. —Me senté en el asiento del acompañante y me puse el cinturón.

—¡Arrepentirte un carajo, Alabá! Mañana me lo vas a agradecer cuando despiertes con resaca y los pies hinchados de tanto saltar como palomita de maíz entre la multitud, al lado de tu mejor compañía. —Me tiró un beso al hombro, estilo Valesca Popozuda[1].

—Si tú lo dices, amiga… ¿quién soy yo para contradecirte? ¡Vamos a romperla esta noche en Salvador! —Choqué mi mano con

la suya.

—¡Ahora sí me gustó! ¡Pies en la ruta, iujuuu! —Giró la llave y aceleró.

Apenas llegamos a la fiesta, nos fuimos directo a buscar algo fuerte para tomar antes de que empezara el show de Ivete. Me vendría bien soltarme un poco, porque estaba tan tiesa como un palo en medio de la multitud. Era evidente que había perdido la costumbre de salir a festejar, pero como dicen por ahí, no hay mal que tres shots de tequila con limón y sal no curen.

Ya para el cuarto trago, estaba tan caliente que le decía "mi amor" hasta al más feo que se me cruzara. Chorreando sudor, despeinada, saltando como loca frente al escenario, tal como Vanessa había predicho.

Me divertí como nunca con el ritmo arrollador de Ivete, hasta que, de la nada, la mujer frenó el show a la mitad para dar un anuncio importante.

—¿¡Por qué paró!? ¿¡Por qué, mujer!? —protestábamos yo y un mar entero de gente con la calentura por las nubes.

A esa altura de la noche, todo el mundo estaba borracho, bailando sin control o dándose besos (y algo más) en cualquier rincón oscuro con el primero que pasaba.

—Calma, mi gente, el show sigue… pero por un pedido muy especial, voy a cambiar el repertorio para recordar una canción de una banda que reversioné hace un tiempito. —El baterista marcó un redoble para generar suspenso.

—¡Hermosa! ¡Maravillosa! ¡Diosa! —La gente le tiraba amor a Ivete por todos lados, con razón. Si ya en la tele era simpática, en vivo era una bomba de energía, puro carisma y diversión.

—Gracias, mi gente, ¡ustedes son lo máximo! Pero volviendo a la canción que voy a cantar… Me dijeron que no hace falta que mencione nombres, porque cuando esa persona especial la escuche, va a saber que es para ella. —Hizo una seña a la banda, y los acordes de guitarra se extendieron por todo el parque, en una melodía romántica que erizaba hasta el alma.

—Ay, dale, maldita sea, ¿idónde quedó el axé!? ¡Yo quiero perrear hasta el suelo! —se quejó Vanessa, cruzándose de brazos—.

Me dieron ganas de tomar algo, ¿quieres una cerveza, amiga?

Pero yo ya no podía ni oír lo que me decía. En mi cabeza solo había lugar para la voz de Ivete Sangalo.

—Sí… —respondí apenas con un murmullo.

—Está bien, amiga, voy a buscarla, no te muevas de acá —asentí, ida.

—¡Ese hijo de puta! —grité de golpe, con la voz entrecortada, cerré los ojos, apreté los labios y me tapé los oídos con las manos. No quería seguir escuchando esa maldita canción.

La canción que Ivete empezó a cantar era "Dulce obsesión", de Banda Eva, la misma que había sonado durante mi primera vez con Oliver, haciendo ese momento aún más especial y romántico. Por eso decidimos que sería *nuestra canción*. La escuchamos más de un millón de veces juntos, hasta que quedó tatuada en nuestras almas. Siempre que sonaba en la radio de casa, terminaba llorando como una idiota.

—Tranquila, Alabá, seguro es solo una coincidencia —traté de calmarme, respiré profundo y abrí los ojos.

—Espero que te haya gustado la sorpresa, Preta. —Se me erizó la piel al verlo frente a mí, con las manos en los bolsillos del jean y esa maldita sonrisa seductora.

¿Cómo tuvo el descaro ese gringo sinvergüenza de pedirle a Ivete Sangalo que cantara nuestra canción? ¡Es que hay que ser muy hijo de puta!

—¿Qué parte de "desaparece de mi vida para siempre" no entendiste, Oliver Quent? —intenté sonar firme.

Pero maldita la hora en que posé los ojos en ese hombre, mi cerebro colapsó. Estaba para el pecado, con unos jeans oscuros ajustados y una camiseta blanca que se le pegaba al pecho marcado. Se le notaban los abdominales por debajo de la tela. Respiré hondo. Después me fijé en su nuevo corte de cabello, corto a los lados y largo arriba, estilo David Beckham. Tenía la cara bien afeitada, y aún podía oler su loción post afeitado, esa que me volvía loca.

No había cómo negarlo: Oliver Quent era perfecto de pies a cabeza.

Y nada había cambiado en cuanto a la atracción brutal que sentía por él. Con solo cruzar nuestras miradas, ya ni me acordaba cómo me llamaba.

—No me voy a ir a ningún lado, Preta. —Me tomó las manos y acercó su rostro al mío—. No si tú no estás a mi lado. —Se mordió el labio de forma provocadora. Estaba intentando comprarme con su encanto.

Y lo estaba logrando.

—Ya no siento nada por ti. Vete —mentí, tartamudeando.

—Lástima que ni tú te creas eso, Preta. —Me rodeó la cintura, y como una perrita bien entrenada, recosté la cabeza en su pecho.

Ya no tenía fuerzas para luchar contra él. No mientras Ivete Sangalo cantaba nuestra canción. En ese momento estaba completamente entregada a ese hombre que destruyó mi vida, que conquistó mi corazón y después lo despreció. Y aún así, lo seguía amando con todo lo que tenía. Oliver Quent era mi *dulce obsesión.*

Mientras sonaba nuestra canción, cerré los ojos y fingí que habíamos retrocedido en el tiempo. Oliver balanceaba nuestros cuerpos suavemente, al ritmo de la voz de Ivete, como si ella estuviera cantando solo para nosotros.

"*Tú llegaste*
Me encontraste, tan amarga y vacía
Me entregaste tu amor con cariño
Y acabaste con mi soledad

Tu amor
Es una luna de miel, mi amado
Que ilumina mi cielo estrellado
Mi dulce obsesión…

Confieso que no estaba tan preparada
Para ver cómo todo este amor me conquistaba
Te ruego que no me abandones
No dejes que se apague nuestra llama…"

—Daría todo por volver al pasado y arreglar todas mis cagadas, mi amor. Éramos tan felices juntos —susurró Oliver en mi oído.

Sonreí sin darme cuenta. Me sentía liviana como una pluma en sus brazos.

—Yo también —admití al fin. Era imposible mentir con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando los latidos de su corazón.

—Ven, Preta. Quiero llevarte a un lugar. —Me tomó de la mano.

—No, Oliver, no puedo dejar sola a mi amiga en medio de toda esta multitud. —Solté su mano.

—¿Quién dijo que estoy sola, amiga? —Vanessa apareció, en lugar de con una cerveza, con un bombón moreno abrazándola por la cintura.

¡Esa mujer no perdía el tiempo!

—Pero, Vanessa…

—Ni "pero" ni mierda, Alabá. Solo se vive una vez, así que aprovecha. Yo ya lo estoy haciendo. —Le estampó un beso escandaloso al tipo.

—Puedes quedarte ahí sosteniéndole la vela a tu amiga o venir conmigo, Preta. Tú decides. —Oliver se giró y comenzó a abrirse paso entre la multitud sin mirar atrás, desafiándome otra vez.

—¡Pero qué carajo! —resoplé antes de salir detrás del gringo. Me estaba carcomiendo la curiosidad de saber a qué maldito lugar especial me quería llevar.

—Sabía que ibas a tomar la decisión correcta. —Entrelazó sus dedos con los míos y me guió lejos del bullicio de la fiesta. Caminaba tan rápido que apenas podía seguirle el paso.

—¡Baja la velocidad, hombre! ¿Adónde me llevas? —Me detuve y lo observé bien. Su rostro resplandecía, los ojos le brillaban con adrenalina pura.

—A un lugar especial, Preta, ya te lo dije. ¿Vienes o no? —preguntó con una ansiedad de mil demonios.

—¿Tú qué crees, gringo? —Puse las manos en la cintura y levanté el mentón. Él respondió con esa sonrisa mojabragas que me aflojó hasta las rodillas.

¡Mierda! Ahí estaba yo otra vez, cayendo ante el encanto del enemigo. Con Oliver siempre era lo mismo: no podía controlar ni mi

corazón, ni mis piernas, ni esa parte entre las piernas.

—Entonces alcánzame si puedes. —Empezó a correr por las calles de Salvador como un loco, riéndose a carcajadas, y yo fui detrás haciendo lo mismo. Pasamos por callejones y atajos hasta llegar a ningún lugar.

—¿Estás seguro de que sabes a dónde vamos, Oliver? —Dejé de correr, con la respiración entrecortada.

—Claro que lo sé, mujer, relájate. —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

Paramos un momento y él hizo señas a un colectivo nocturno que pasaba. Subimos. Éramos los únicos pasajeros, porque seguramente todo el mundo estaba viendo el show de Ivete Sangalo.

—¿Y tu coche importado, señor magnate?

—Lo dejé en el estacionamiento del parque de exposiciones. Me pareció que así el paseo tendría más emoción. —Jugó con uno de mis rizos. Siempre le había encantado mi cabello voluminoso, por eso me pedía que lo usara suelto.

—Pensaste en todo, ¿verdad, gringo?

—En realidad, estoy improvisando la mayor parte sobre la marcha. —Se echó hacia atrás soltando una risa divertida.

Solo quería saber si había ido a la fiesta con el único objetivo de encontrarme. Pero sería demasiado pretencioso de mi parte preguntar y obviamente la respuesta sería que no.

—¿Sabes qué? Nunca pensé que iba a ver esta escena en mi vida. —Saqué el celular de mi bolso y le tomé una foto a Oliver sentado frente a mí. Guardaría esa prueba de que los ricachones también usaban transporte público.

—¿Qué escena? —Torció la boca de esa forma tan sexy suya, se levantó de su asiento y se sentó a mi lado, pegando su cuerpo al mío.

—La del poderoso CEO Oliver Quent viajando en autobús a la una de la mañana, con su ropa de marca y ese Rolex de al menos medio millón de dólares en la muñeca. —Negué con la cabeza, sonriendo.

Solo con ese reloj podría saldar la deuda del caserón, remodelar todo el restaurante y aún sobraría para pagarle el sueldo a todo el personal por más de un año.

—En realidad, costó bastante más que eso, mi amor. —Se acomodó el cuello de la camiseta, dándoselas de jefe.

—Ya deja de presumir, gringo fanfarrón, que a mí me tienen sin cuidado tus miles de millones de dólares. —Puse los ojos en blanco y giré la cara hacia la ventana. Las calles de Salvador estaban casi vacías, apenas algún que otro auto pasaba de vez en cuando.

—Sí, tú nunca te interesaste por mi dinero, Alabá. Por eso me enamoré desde el principio, porque eras capaz de verme más allá del apellido Quent. —Sus palabras sonaban sinceras. Giré el cuello de inmediato y clavé la mirada en esos ojos ardientes como el mismo infierno.

—Pero me dejaste precisamente porque pensaste que solo quería tu dinero, ¿ya se te olvidó? Porque a mí no. —Crucé los brazos, toda molesta.

—Jamás podría olvidar el día en que cometí el mayor error de mi vida, Preta. —Trazó la forma de mis labios con los dedos y se acercó como si fuera a besarme. Y yo no hice nada para evitarlo, lo deseaba tanto como él.

—Última parada —anunció el chofer del colectivo justo antes de que nuestras bocas se encontraran.

Oliver se apartó rápido, acomodándose el bulto que se le había formado en los jeans, con las mejillas rojas. Ni siquiera nos habíamos besado y ya estaba con la verga dura. Con él siempre era así: juego rápido.

—Llegamos, Alabá. —Señaló hacia la vista del otro lado del vidrio. Sonreí con los ojos llenos de lágrimas.

—Me trajiste a nuestro lugar especial, Oliver. —Miré hacia el mar enorme, no tan lejos, iluminado por el reflejo de la luna llena en el cielo. La noche estaba preciosa y romántica.

El lugar especial al que me había traído era la Praia do Porto, nuestro rincón secreto. Nunca volví ahí después de que me dejó. De todas las playas de Salvador, esa se volvió territorio prohibido para mí, ni siquiera pasaba cerca. Los recuerdos dolían demasiado, dolían

en el alma. Pero ahora me sentía tan feliz de estar allí… y entendí que había cometido un error al no volver antes. Todo seguía exactamente como lo recordaba hace diez años. Era una dosis dulce de nostalgia.

—¿Y a qué lugar más especial que este te podría traer, mi amor? —Secó una lágrima que rodaba por el rabillo de mi ojo.

—¿Y ustedes van a bajar o no, muchachos? Mi turno de doce horas ya terminó y estoy hecho polvo. —El chofer nos miró por el retrovisor con una sonrisa cansada.

—Ya estamos bajando, señor, disculpe. —Oliver me tomó de la mano y compartimos una sonrisa antes de levantarnos y seguir camino.

Juntos…

—Que tenga una buena noche, señor. Se merece descansar bastante después de tantas horas de trabajo. —Le hice un gesto de despedida al chofer antes de bajar del colectivo.

—Gracias, señorita bonita, pero en cinco horas tengo que hacer otra línea, así que casi no me da tiempo de apoyar la cabeza en la almohada. Mi prometida está embarazada y vamos a casarnos pronto. Necesito juntar plata para comprar nuestra casa. —Su expresión de felicidad conmovía; los bahianos son así, siguen alegres sin importar las luchas que enfrenten cada día.

—¡Buena suerte! —le deseé con una sonrisa.

—Gracias, querida. —Asintió con la cabeza antes de cerrar las puertas del colectivo y marcharse.

Di unos pasos hacia la playa, pero Oliver no me siguió. En cambio, salió corriendo detrás del colectivo.

—¡No! ¡Espere un minuto! —El chofer lo vio haciendo señas con las dos manos en alto, se detuvo y abrió la puerta. Oliver subió y los vi conversar por unos minutos.

A través del vidrio vi cómo el gringo se quitaba el Rolex y se lo daba al chofer, que lo abrazó varias veces entre lágrimas. Era increíble que realmente hubiese hecho eso. Si no lo hubiese visto con mis propios ojos, no lo habría creído.

—¿Por qué hiciste eso, gringo loco? —pregunté apenas volvió hacia mí con una sonrisa plena, orgulloso de su acto. Oliver irradiaba

felicidad.

—Porque ahora ese hombre va a poder comprar una casa grande para vivir con su futura esposa y el hijo que viene en camino. Además ese reloj ni siquiera me gustaba tanto. —Se encogió de hombros.

Miré su muñeca, donde había quedado marcada la silueta del reloj, lo que dejaba claro que probablemente no se lo quitaba ni para bañarse. Oliver le acababa de dar una joya carísima a un desconocido, y encima intentaba hacerse el modesto. Me pareció una locura, sí, pero también un gesto admirable.

—Está bien, gringo. —Me quité la presilla del cabello y la guardé en la bolsa.

—¿Qué estás haciendo? —Me miró, confundido.

—Ya que estamos en la Praia do Porto, creo que un baño en el mar sería perfecto para recordar los viejos tiempos. A ver si puedes seguirme. —Me quité las sandalias y salí corriendo hacia la playa.

—Esa frase es mía, Preta. —Oliver vino corriendo detrás de mí, pero no fue lo suficientemente rápido para alcanzar mi entusiasmo por llegar cuanto antes a mi rincón favorito del mundo.

Cuando mis pies tocaron la arena, me sentí tan bien que tiré mi bolso por algún lado, me saqué el vestido y lo dejé tirado por ahí. Agradecí haber salido de casa con un conjunto de lencería decente.

—Con permiso, madre Iemanjá, con todo respeto te pido permiso para entrar al mar. —Hice una reverencia a la diosa del agua, hija de Olokun, el orisha rey de los océanos, antes de mojarme los pies.

Como era de esperarse, el agua estaba helada, pero mi corazón ardía con la emoción de estar viviendo ese momento inesperado aunque mágico. Eso equilibró la temperatura de las cosas.

—¡Eh, tramposa, espérame! —Oliver se enredó quitándose los pantalones y cayó de cara en la arena. Creo que lo hizo a propósito para hacerme reír, y funcionó.

—¡Apúrate, tonto! —Me lancé sobre una ola gigante que vino como regalo del destino.

—¡Carajo, esto está helado! —se quejó el gringo, caminando hacia mí, abrazándose a sí mismo, todo tembloroso y castañeteando

los dientes.

—¡Ay, no exageres, criatura de Dios! ¡No está tan fría! —Le lancé varios chorros de agua, entonces empezó la guerra para ver quién ganaba.

Uno casi ahoga al otro, pero nos reímos tanto que el mar podría habernos arrastrado a mil metros de profundidad y aún así no nos habría importado.

—Está muy divertido, Preta, pero creo que deberíamos salir antes de que nos dé hipotermia. —Ya tenía los labios morados del frío.

—Perdón, Oliver. Me olvidé de que a ti te gusta dormir con el aire en cero, pero no soportas el agua fría. —Lo ayudé a salir del mar y sentarse en la arena. Temblaba tanto que empecé a preocuparme de verdad.

Rápidamente recogí nuestras ropas de la arena y nos vestimos, pero el gringo seguía temblando como un pollito perdido bajo la lluvia.

—La física dice que el calor humano es lo que más rápido calienta, así que… —Abrió los brazos con cara de pícaro.

—Buena excusa, pillo. Pero creo que es mejor llamar a tu chofer antes de que te congeles. —Me escurrí el cabello.

—Me encantaría, pero mi celular se quedó sin batería. ¿Puedo usar el tuyo, Alabá?

—Claro que sí. —Busqué en mi bolso pero no lo encontré.

Seguramente Vanessa lo había guardado en su cartera cuando me pidió usarlo para llamar a su mamá, ya que no tenía crédito.

—Mierda, creo que se lo dejé a mi amiga. ¿Y ahora qué hacemos? —Me di una palmada en la frente.

—Entonces estamos atrapados aquí en Praia do Porto, porque ese fue el último horario de autobús hacia esta zona y dudo mucho que pase algún taxi a esta hora —explicó Oliver, sin parecer en absoluto triste por el hecho de que íbamos a pasar la noche a la intemperie.

—Entonces voy a tener que mantenerte caliente de alguna forma, gringo, o en unos minutos vas a estar todo azul del frío. Pareces un gato, no aguantas el agua fría. —Me reí en su cara.

—Estoy totalmente de acuerdo, hermosa, podemos empezar con un abrazo bien fuerte y largo. Voy a entrar en calor en un abrir y cerrar de ojos. —Me miró con cara de perrito abandonado.

—Solo en tus sueños, cariño —le negué de inmediato, y él se quedó decepcionado—. Tengo una idea mejor, vuelvo en unos minutos.

Recolecté algunas ramas y hojas secas de las palmeras que había alrededor e hice una fogata. Por suerte siempre cargaba un encendedor en el bolso. Nadie lo sabía, pero a veces todavía fumaba un cigarrillo cuando el nivel de estrés se volvía demasiado alto para manejarlo sola. Estar ahí con Oliver, en la misma playa donde nos dimos nuestro primer beso, era uno de esos momentos. Por eso me pareció más que apropiado dar unas pitadas y calmar un poco los nervios. Usé una brasa de la fogata para encenderlo.

—Creí que me habías prometido que dejarías de fumar, Alabá. —Su rostro se tensó.

—Tú también me prometiste muchas cosas que no cumpliste, Oliver. Así que estamos a mano. —Di una calada larga y solté el humo directo en su cara de culo.

—No estamos a mano ni mierda. —Me quitó el cigarrillo de la boca y lo tiró al fuego, luego se quedó mirándome fijo.

—¡Carajo, Oliver, era el último! No entiendo por qué te enojaste tanto solo por un puto cigarrillo.

—Tal vez porque esa mierda puede causar cáncer de pulmón y matarte, y no quiero que eso te pase, ¿ok? Porque, aunque llegué a odiarte en algún momento, nunca me imaginé viviendo en un mundo donde tú no existas, Alabá. —Volteó la cara para no mirarme después de confesar que tenía miedo de perderme. Debo admitir que me sorprendió y me conmovió su confesión.

Le giré el rostro para que me mirara otra vez y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas y de miedo. Fue doloroso verlo así, en ese estado de redención, pero al mismo tiempo tan hermoso. No me resistí. Cuando me di cuenta, ya estaba besando su boca con urgencia. Todo en él me seducía con facilidad, pero cuando nuestros labios se encontraban era algo mágico, como si siempre fuera la primera vez.

—¡Carajo, Preta, me vuelves loco! —Oliver me atrajo hacia su regazo, sentada frente a él, con una pierna a cada lado de su cuerpo. Sus brazos rodeaban mi cintura con confianza y una sed desesperada de placer.

—No digas nada más, Oliver, solo bésame —ordené, entregándome en cuerpo y alma a los brazos de lo prohibido.

La temperatura del cuerpo del gringo había subido frenéticamente. Nuestro deseo era tan intenso que no hubo tiempo para preliminares. Oliver desabrochó el pantalón con rapidez y su verga, dura como una roca, saltó hacia afuera, gruesa y con la punta rosada. Mientras me besaba, levantó mi vestido, corrió la tanga a un lado y me la metió con fuerza.

—¡Hijo de puta! —grité bien alto.

Sentí a Oliver tan profundo dentro de mí, era una sensación única.

—Por favor, amor, pórtate como una chica mala. Muévelo rico en mi verga, vamos. —Me dio una nalgada.

Oliver no tuvo que pedírmelo dos veces. Rodeé su cuello con los brazos y cabalgué en su regazo sin ninguna vergüenza, como si estuviera domando un caballo salvaje.

—Eso… dámela toda, gringo. —Eché la cabeza hacia atrás y gemí tan fuerte que me pareció escuchar el eco de mi voz en toda la playa desierta. Tenía las uñas clavadas en la espalda de Oliver.

—¡Mierda, Preta! Me encanta tu vulba mojada, siempre está lista para recibirme. —Me sujetó de la cintura y aceleró el ritmo de las embestidas. Aquello era demasiado bueno, podría tener sexo toda la noche con ese hombre y al día siguiente seguir queriendo más.

—Por favor, más rápido —suplicaba con la voz aguda, y Oliver cumplió mi deseo, me penetró con tanta fuerza y velocidad que sentí que me partía en dos.

—Ya casi llego, mi amor… —Me besó con un deseo salvaje.

—Yo también… —susurré con los labios apretados contra los suyos.

Ninguno de los dos pudo aguantar más. Acabamos al mismo tiempo, desplomados sobre la arena blanca, exhaustos y saciados. Oliver acomodó mi cabeza sobre su pecho y me envolvió en un

abrazo de oso. El calor que aún emanaba de las brasas de la fogata era tan reconfortante que me dormí en pocos minutos, escuchando los latidos del corazón de mi primer y único amor.



Oliver

Todavía dormía cuando sentí los primeros rayos de sol acariciar mi rostro con suavidad. Esa era la prueba de que la noche mágica que viví con Alabá no había sido un sueño. Sabía que traer a la madre de mi hijo al lugar donde comenzó nuestra historia de amor iba a reavivar la llama de nuestra pasión. Ahora que nos habíamos entendido, lo demás se iría acomodando solo. Tenía la certeza absoluta de que, al despertar, todo iba a estar como antes. Sin rencor. Sin dolor.

Solo amor.

Por fin podríamos vivir nuestra hermosa historia y alcanzar el tan soñado final feliz, sin más mentiras ni intromisiones de nadie.

—Perdón por interrumpir a la parejita hermosa, pero ya es hora de despertarse. —Sentí que alguien me tocaba el hombro.

Casi no lo podía creer cuando abrí los ojos y, entre la luz del amanecer, vi la cara de alguien que me hizo pensar que mi sueño se había convertido en una pesadilla. Todo había sido demasiado perfecto para ser cierto.

—¿Pero qué carajo haces acá, y justo ahora? —pregunté irritado, aunque en voz baja para no despertar a Alabá, que dormía profundamente, abrazada a mí.

—¿Fue para esto que viniste a Brasil, Oliver Quent? —chilló la loca de Sara. Esa desquiciada había venido hasta Brasil detrás de mí.

Alabá se movió en mis brazos, pero no llegó a despertarse. Seguro había bebido un poco de más en la fiesta anoche y dormía

como una piedra.

—Vamos, Oliver, estoy esperando una explicación. —Golpeaba el piso con los pies y tenía las manos en la cintura.

¡Dios mío! No soportaba a esa mujer. ¿Qué mierda tenía que aparecer justo ahora para arruinarme la vida? Sara era la típica rubia americana con cara de porrista. Hija de un magnate petrolero, todo el mundo creía que era una dama de clase pero no era más que una insoportable que no podía callarse ni un segundo, con esa voz chillona que te taladraba el cerebro.

Tuvimos sexo unas cuantas veces, hace tiempo, y a la desequilibrada se le metió en la cabeza que era mi prometida. Hasta logró que media Nueva York se lo creyera. Incluso mi abuelo ya la trataba como parte de la familia y vivía preguntándome cuándo íbamos a formalizar "nuestro compromiso ante la ley de los hombres y la de Dios".

—Mi vida no es asunto tuyo, Sara. Es más, ¿cómo mierda me encontraste acá? ¿Sabes qué? No me importa. Vuélvete al infierno de donde saliste antes de que la única mujer que me importa en el mundo se despierte y te vea —le susurré, aunque lo que quería era gritarle que desapareciera para siempre.

Eso tenía que ser una pesadilla. Cuando por fin di unos pasos hacia Alabá, un error del pasado se apareció de la nada para arruinarlo todo.

—No hay problema, querido. Yo misma voy a despertar a esa perra —Sara sacó una botella de agua de su bolso verde lima y se la tiró en la cara a Alabá.

—¡Ay, Dios! ¿Dónde estoy? —Alabá se despertó sobresaltada.

—No es nada, mi amor, puedo explicártelo. —Acaricié su rostro todavía confundido.

—¿Explicar qué, Oliver? ¿Quién es esta mujer? —Alabá examinó a Sara de arriba abajo con cierto desprecio.

—Soy su prometida, querida —respondió Sara, alzando la nariz con aires de superioridad.

¡La iba a matar!

—¿Prometida? —Alabá me miró con absoluto asco.

—No es lo que estás pensando, Preta. Déjame explicarte. —Intenté tocarla, pero no me dejó.

—Ya es un poco tarde para explicaciones, ¿no crees, Oliver? Tendrías que haberme hablado de tu prometida antes de meterte entre mis piernas anoche, hijo de puta. —Me empujó lejos de ella.

Se levantó furiosa, decidida a irse, pero no iba a dejar que se fuera tan fácil.

—Me parece un poco hipócrita de tu parte exigirme moralidad cuando ni por un segundo pensaste en tu noviecito cocinero mientras te montabas sabroso sobre mi verga anoche. ¿No lo crees también, Alabá? —Perdí la paciencia. Me estaba juzgando por algo que ella también había hecho, aunque en mi caso era diferente, porque jamás tuve una relación emocional con Sara.

Ella y ese chef de pacotilla se la pasaban lanzándose miraditas y sonrisas como dos adolescentes, así que si había alguien inmoral allí era ella y no yo.

—Sí, lo creo, Oliver. ¿Y sabes qué es lo más irónico de todo esto? —Torció la boca con una sonrisa amarga—. Que al final lograste convertirme en la puta que tanto dijiste que yo era. Debes estar feliz ahora, ¿no? —Se secó las lágrimas silenciosas que le corrían por el rostro.

¡Mierda! Fui tan imbécil que dejé que la rabia hablara más fuerte y la volví a lastimar.

—Debo admitir que estoy sorprendida. Por lo menos reconoces que eres una zorra que se acuesta con hombres comprometidos —escupió Sara su veneno.

—¡Cierra la maldita boca, Sara! —le grité, fuera de mí.

—Dios mío... Ustedes dos se merecen —la voz de Alabá sonó seca, amarga.

—Perdóname por todo esto, Alabá. No quise ser cruel contigo. —Di un paso hacia ella, pero ella retrocedió dos.

—¿Ah, no quisiste? —me respondió con ironía.

—Sabes que no, Preta. Pasamos una noche increíble. Por favor, no dejemos que nada ni nadie vuelva a separarnos —supliqué.

—Si no estamos juntos, es solo culpa tuya, Oliver. Tienes máster y doctorado en lastimar a las personas. —Las lágrimas seguían

bajando por su rostro, y la forma en que me miraba, cargada de dolor, me hizo querer morirme ahí mismo.

Me llevé las manos a la cabeza sin saber qué hacer. Con Alabá siempre me sentía como un chico perdido, desesperado por volver a casa, pero sin la menor idea de cómo hacerlo.

—Entonces enséñame a ser una mejor persona para ti, mi amor. Tengo toda una vida para aprender a ser el hombre que te mereces.

—No vale la pena el esfuerzo, gringo. Fuiste el peor error de mi vida, y no voy a ser tan estúpida como para caer dos veces en la misma trampa. Así que quédate ahí, haciendo de Ken para tu Barbie rubia y estúpida, que a mí ya me da igual, —Corrió entre los autos y cruzó la calle llena de tráfico solo para alejarse de mí. Y preferí dejarla ir antes de empeorar más las cosas.

Además, todavía tenía que deshacerme de cierto espécimen irritante. Ya era hora de ponerle fin a la obsesión enfermiza de Sara. Si no aceptaba los hechos, la iba a internar en una clínica psiquiátrica. Pero de una forma u otra, la iba a sacar de mi vida.

—Por fin volviste, Oli, ¿podemos irnos ya a Nueva York? Odio este país. —Sara se me colgó del cuello.

—Te vas a volver a Estados Unidos ahora mismo y vas a olvidarte de que yo existo, Sara. Estoy harto de tus locuras. Seguirme hasta mis vacaciones en Hawái ya fue demasiado, ¡pero venir a Brasil para arruinarme la vida es imperdonable! —Intenté mantener la calma, pero verla ahí, con todo el maquillaje derretido por el calor, me sacaba de quicio.

Tenía dos líneas negras corriéndole por el rostro desde los ojos, y el labial rojo estaba todo embadurnado. El pelo rubio hecho un desastre. Y por cómo se le veía el top rosa chueco y esa faldita ridícula que llevaba puesta, cualquiera diría que acababa de tirarse a alguien en un callejón. Viendo su historial de puta, no me costaba nada creerlo. Pero ya no me importaba.

—No me voy a ir a ningún lado sin ti, Olizinho, te amo. —Me agarró la cara entre las manos e intentó besarme a la fuerza.

Obviamente la empujé. Siempre odié esos apodos ridículos que Sara me ponía.

—¡No me toques, Sara! Quiero saber cómo carajo haces para encontrarme siempre, no importa dónde me esconda de ti.

—Una mujer nunca revela sus trucos, amorcito. —Cruzó los brazos, haciéndose la ofendida.

—Voy a contar hasta cinco, Sara —la amenacé.

—¡Está bien, carajo! —Pateó el suelo como una nena caprichosa —. Le pedí a mi hermano nerd, ese perdedor, que me hiciera una app para rastrear tu celular en cualquier parte del mundo, incluso si está apagado —confesó, y me quedé helado. Sara no solo estaba loca, también era una criminal y encima arrastraba al hermano adolescente en sus delirios de persecución.

—Estás más enferma de lo que pensé, Sara. Te voy a denunciar a la policía, psicópata.

—¡Todo esto es tu culpa! Si me hubieras respondido las cientos de llamadas que te hice, no habría tenido que venir hasta Brasil a buscarte. ¡Y encima te encuentro en esta playa tropical abrazado a esa mujerzuela sucia! —Puso cara de asco.

—Nunca más vuelvas a hablar así de la madre de mi hijo, ¿entendiste? —Le apreté el brazo con fuerza.

—¿Hijo? ¿Cómo que hijo, Oli? Pensé que eras estéril —preguntó, espantada.

—Yo también lo pensaba, pero no es asunto tuyo, Sara. —La dejé ahí parada y salí a buscar un taxi, ya no podía ni verla.

—¡Espera, amor! ¡Tienes que explicarme esto mejor! ¿Qué les vamos a decir a nuestros amigos cuando se enteren de que tienes un hijo negro? Qué vergüenza, Dios mío. —Sara venía corriendo detrás de mí, irritándome aún más.

¡Qué mujer de mierda!

—Vergüenza es tu racismo, víbora. —Me di vuelta de golpe y casi la hago caer del susto.

Debo haber tenido una cara de furia tal que tragó saliva al instante. ¡Perfecto! Así le quedaba claro lo que estaba a punto de decirle:

—Para que lo sepas, gritaría a los cuatro vientos que tengo un hijo negro con todo el orgullo del mundo, Sara. Porque nació del

amor más puro que puede existir, un milagro que le dio sentido a mi vida.

—Pero, Oliver… —intentó interrumpirme, pero empecé a gritarle en plena calle.

—La mamá de Eliot fue la única mujer que amé en mi vida, y la voy a amar incluso después de la muerte, por toda la eternidad. No voy a parar hasta casarme con ella y formar la familia que siempre soñé. Y si vuelves a meterte en mi camino, te destruyo, Sara —fui lo más claro posible para que incluso una cabeza hueca como la de ella pudiera entenderlo. Tenía la mentalidad de una nena mimada.

—¿Le puso el nombre de tu padre a ese bastardo? ¡Dios mío! Esto cada vez es peor —dijo con desprecio.

Tal como imaginé, no había escuchado ni una sola palabra de lo que le dije.

—¿Sabes qué, Sara? ¡Vete al carajo! Nunca te soporté, fuiste el sexo más aburrido de mi vida. —Le di la espalda y me fui, no tenía sentido seguir hablando con alguien que solo sabe hablar y jamás escucha.

—¡Espera, Olizinho! ¡Nuestra historia de amor no puede terminar así!

—¡Nunca empezó, loca de mierda! Y antes de que se me olvide. —Saqué mi iPhone plateado del bolsillo y lo lancé lo más lejos que pude—. Tus días de acosadora se acabaron, y si me entero de que volviste a rastrearme, te entrego a la policía. ¿Quedó claro? —Asintió con cara de querer largarse a llorar.

—¿Y qué le voy a decir a tu abuelo? ¡Él sueña con vernos casados! —Me agarró de la camisa.

—Puedes decirle lo que se te cante. Y de paso, ¿por qué no te casas con él? Harían una pareja perfecta: el viejo rico mentiroso y la puta interesada. —Hice señas a un taxi que por suerte frenó. El conductor era un señor negro muy simpático.

Subí, me senté en el asiento de atrás y cerré la puerta dejándola del otro lado. Ya había agotado mi dosis de paciencia para todo el año con esa mujer.

—¿Y qué hay de mí, amorcito? ¿Vas a dejarme sola acá?

—Lo siento, Sara, pero como no te gustan las personas negras, no voy a hacerle pasar el mal trago al chofer de tener que aguantarte durante todo el viaje. Adiós —dije con tono burlón.

Le pedí al conductor que arrancara y me fui sin mirar atrás. Cuanto más lejos estuviera de Sara, mejor. Después de la noche increíble que pasé con Alabá, no estaba preparado para vivir una mañana tan infernal.

—¡Eres un completo idiota, Oliver! Lo arruinaste todo otra vez —dije en voz alta, frustrado.

Quería ir tras Alabá para intentar explicarle todo, pero lo mejor era dejar que se calmara. La amaba demasiado, ella lo era todo para mí, y no pensaba perderla de nuevo.

Iba a luchar por ella. Hasta la muerte, si era necesario.



Alabá

—¿Cómo vas a explicar esto, Alabá? —Me miraba fijo en el espejo del baño, con la cara hinchada y los ojos rojos de tanto llorar en el autobús que tomé de regreso a casa.

Me arrastré por las escaleras hasta mi cuarto, con el corazón hecho pedazos y llegando tarde al trabajo. Por suerte, la niñera ya había llevado a Eliot a la escuela y luego se había ido. Aproveché que estaba sola para darme una ducha rápida, tratando de sentirme mejor, pero no sirvió de nada. No sabía qué dolía más en toda esa historia: haber permitido que Oliver me hiciera quedar como una idiota otra vez o no poder dejar de pensar en la noche increíble que pasamos juntos, aunque no fuera más que otra de sus malditas jugadas para romperme. Y esta vez lo hizo muy bien.

Llevarme al lugar donde todo había comenzado para hacerme bajar la guardia fue juego sucio. Pero restregarme en la cara a su prometida blanca y amargada, eso fue cruel.

Se iba a casar.

Con otra mujer.

—Dios mío, amiga, ¿dónde te metiste? Estaba súper preocupada. —Vanessa apareció en la puerta del baño y empezó a hablar sin parar.

Me quedé cabizbaja, en silencio. Me sentía avergonzada.

—Apuesto a que pasaste una noche maravillosa con el rubio hermoso y te olvidaste del mundo, ¿verdad, amiga? Hasta dejaste el celular conmigo, en mi bolso. Ya te aviso que tienes como un millón

de llamadas de Alex. Tuve que inventarle que fuiste al médico, por eso ibas a llegar tarde al trabajo. Lídia me ayudó a cubrirte antes de llevar a Eliot a la escuela —explicó, y me sentí profundamente agradecida.

Pero no tenía fuerzas para agradecerle en voz alta, así que solo asentí con un leve movimiento de cabeza.

—¿Estás bien, Alabá? No has dicho ni una palabra —su tono era preocupado.

Me giré despacio para que mi amiga no se asustara al verme en ese estado lamentable. Estaba hecha polvo, encogida, temblando, como si estuviera desnuda en medio del Polo.

—Solo abrázame, amiga. —Le pedí, rompiendo a llorar otra vez.

—¡Ese gringo desgraciado! ¿Qué te hizo ahora? No importa, le arranco las pelotas —se enfureció.

—Fue mi culpa, no debí confiar de nuevo en las artimañas del diablo rubio. Pero no quiero hablar de eso ahora —dije, con la voz entrecortada.

—¿"Diablo rubio"? ¡Me encantó! Le queda como anillo al dedo. —Vanessa se echó a reír, y yo terminé riéndome también. Siempre lograba sacarme una sonrisa en los momentos más inesperados.

Una vez fuimos al velorio de una tía lejana de ella y, de la nada, la loca empezó a reírse a carcajadas en plena ceremonia. Yo la seguí, claro. No pudimos quedarnos ni al entierro. Con solo mirarnos, estallábamos de nuevo.

—Ya me siento un poquito mejor. Necesito bajar a ayudar a Alex en la cocina. Pero no quiero que me vea con esta cara de zombi. —Le señalé las ojeras.

—Dejámelo a mí, traé todo el maquillaje que tengas —me pidió, y así lo hice.

Usando solo tonos color piel, Vanessa obró un pequeño milagro en mi rostro. Por fuera, parecía que estaba perfecta. Pero por dentro, me sentía destruida. Me puse el uniforme, recogí el cabello en un moño alto y bajé al restaurante con una sonrisa forzada. Apenas pisé la cocina, el corazón se me partió de nuevo al ver a Alexander, feliz, cantando mientras cocinaba. Sin imaginar que la

mujer que cortejaba anoche estaba revolcándose en la arena de Praia do Porto con otro tipo.

Yo, que siempre valoré tanto mi dignidad, me había convertido en una puta que estaba con dos hombres al mismo tiempo. Uno que no valía una mierda y otro que no merecía ser lastimado. Por eso iba a decirle la verdad ahora mismo. Dentro de ese triángulo amoroso, él era el único que no merecía salir herido.

Nadie me puso una pistola en la cabeza para que me acostara con Oliver. Lo hice porque fui una estúpida sin un gramo de vergüenza.

—Buenos días, jefa, estás más hermosa que de costumbre. —Se inclinó y besó mi mejilla mientras preparaba un plato de ensalada.

—Buenos días, Alex.

—Te extrañé, esta cocina no es lo mismo sin ti —Hizo un gesto encantador con la boca.

En ese momento me pregunté por qué carajo no podía amar a ese hombre como él merecía. Era todo lo que una mujer podía querer: guapo, sexy, atento y muy romántico. Además, amaba a mi hijo, y eso era lo que más me conmovía de Alexander. Pero no era suficiente para seguir alimentando la esperanza de una relación apasionada que, entre nosotros, jamás iba a existir.

Mi corazón estaba demasiado lastimado, y dudaba mucho que algún día volviera a amar de verdad. Oliver había hecho tan bien su trabajo que me cerró para todos los demás.

—Sé que estás muy ocupado, pero… ¿podemos hablar, Alex? Es importante. —Sentí la verdad inflarse en mi garganta, rogando por salir a gritos.

—No tengo ni un segundo libre ahora, Alabá, y tú tampoco, jovencita. Tenemos una lista enorme de pedidos para sacar, hoy está todo desbordado. —Tocó la punta de mi nariz, sus dedos olían a cilantro y albahaca.

—Pero solo será un minuto, te lo juro. No puedo seguir guardando esto.

—Tranquila, mujer, te prometo que hoy me quedo a ayudarte con la caja y la limpieza, y ahí vamos a tener tiempo de sobra para hablar, ¿de acuerdo? —propuso Alex.

—Está bien, Alex —acepté al final, no tenía otra opción.

Miré a mi alrededor y vi el caos absoluto: la pileta llena de platos sucios, varias ollas al fuego al mismo tiempo, clientes impacientes sin motivo y mozos al borde del colapso, entre otros dramas que solo quienes trabajamos en gastronomía entendemos. No, definitivamente no era el momento ni el lugar para esa conversación.

Tendría que quedarme con la verdad atravesada en la garganta al menos hasta el final del día. Recé para tener fuerza suficiente para aguantar.

—Pues manos a la obra. —Me puse el delantal y me lancé de lleno al trabajo.

No fue un día fácil para nadie. Mi humor estaba por el piso, discutí por todo con todo el mundo. Esa no era yo. Esa mujer amargada y gruñona me hizo entender lo mucho que influye en nuestro ánimo la gente que dejamos entrar a nuestras vidas, para bien o para mal.

Aun así, entre tropezones, logré terminar el día sin volarle el cuello a nadie. Todos se fueron. Quedamos solos Alexander y yo. Por fin había llegado el momento de decir la verdad.

—Entonces, mi amor… ¿ya estás más tranquila ahora que estamos solo nosotros dos? —Alex se acercó con suavidad, me abrazó y dejó un beso en mi hombro.

—Sí, pero juro que estuve a punto de enloquecer con ese grupo de adolescentes que vino a almorzar hoy. —Moví el cuello de un lado al otro para soltar la tensión de tantas horas parada.

—¿Qué te parece si te hago un masaje en los pies cuando terminemos acá? Me dijeron que tengo manos mágicas. —Movió los dedos de forma graciosa, estaba haciendo de todo para sacarme una sonrisa.

—Ay, Alex, parece que leíste mi mente. —Terminé de cargar los platos en el lavavajillas.

—Dicen que también soy bueno leyendo pensamientos femeninos. —Levantó las cejas con picardía.

—Entonces, si lees mentes, sabes que este es el momento de tener esa charla. ¿Verdad? —asintió, rascándose la nuca, incómodo

con que sacara el tema. Pero igual continué—. Necesito contarte todo sobre mi pasado, hay cosas importantes que tienes que saber. —Le tomé las dos manos.

—No quiero saber nada sobre tu pasado, Alabá. Porque no me importa. Lo que quiero es construir un futuro contigo, y eso es lo único que realmente cuenta. —Acarició mi mejilla con el dorso de la mano.

—No es tan simple, Alex. No soy esa persona maravillosa que crees. Hay otro hombre en mi vida alguien del pasado que volvió y me hizo mierda por dentro —solté de una vez, esperando su reacción.

—Eso tampoco me importa, mi amor. No voy a dejar que ese tipo te saque de mi lado. Él ya perdió su oportunidad, y yo no pienso perder la mía. —Apoyó su frente contra la mía.

—Pero tienes que saber que me vi con esa persona varias veces y nosotros… —Me tapó la boca con los dedos. No quería escuchar de mí que había tenido sexo con otro, aunque él y yo no pasáramos de unos besos y abrazos.

—Ya te lo dije, mi amor, no necesito saber nada de ese tipo. Está todo bien —susurró.

—Pero, Alex, esa persona es el… —Me calló con un beso justo cuando iba a decirle quién era el padre de Eliot. Lo hizo a propósito para esquivar el tema.

Por primera vez, Alexander me besó con más fuerza, como si necesitara hacerlo para reafirmar su virilidad. Me sobresalté cuando metió la mano bajo mi uniforme y me apretó el pecho de forma brusca. Me sentí mal por él. Ese no era el Alexander que yo conocía.

Iba a detenerlo y decirle que no podía ofrecerle nada más que mi amistad, cuando algo sucedió que me congeló la sangre en un segundo.

—Perdón por interrumpir a la parejita, pero necesito hablar contigo, Alabá. —Una voz grave y fuerte retumbó en todo el restaurante. Todos los músculos de Alex se tensaron y se apartó de mí enseguida para mirar al intruso de frente.

Llegué a pensar que era una alucinación, pero no. Oliver Quent estaba parado en el medio del salón, entre las dos mesas del frente,

con un ramo enorme de rosas rojas en la mano y una expresión de decepción en el rostro. No debía, pero me sentí mal al ver la manera triste con la que me miraba, justo en el momento en que Alexander y yo estábamos juntos.

Fuerza, Alabá. Él es solo un mentiroso.

—¿Se puede saber qué mierda estás haciendo acá, tipo? Te dije que te mantuvieras lejos de nosotros. —Alex fue directo hacia Oliver, instintivamente.

—Mi asunto no es contigo, cocinero, así que quédate en tu lugar. —Una vena saltó del cuello de Oliver, tiró el ramo al piso y cerró los puños.

Una pelea fea estaba por estallar si no intervenía.

—Será mejor que te vayas, Oliver. Como puedes ver, noeresbienvenido aquí. —Señalé la salida con firmeza.

—No me voy de acá sin antes hablar contigo, Alabá. Tenemos que aclarar las cosas. Si quieren sacarme de este restaurante, va a tener que ser por la fuerza. —Apretó la mandíbula.

Se arremangó la camisa blanca y con la mano le hizo señas a Alex, invitándolo a pelear. Decidí dejar que hablara antes de que todo se saliera de control.

—Dí de una vez lo que tengas que decir y vete. Tienes sesenta segundos. Sé rápido. —Levanté la cabeza y lo enfrenté con el rostro cerrado.

—Mi conversación contigo es privada, Alabá. Así que dile a tu amigo que se vaya.

—No somos solo amigos, ¿todavía no lo notaste? —provocó Alexander, me rodeó la cintura y casi le faltó golpear el pecho y arrastrarme del pelo como un cavernícola marcando territorio.

—No lo voy a repetir: pídele a tu empleado que se borre de mi vista o no respondo por mí. —No fue una petición, fue una amenaza.

—Lo que tengas que decir, puedes decirlo delante de Alexander. Hace mucho tiempo que es parte de mi familia y no tengo nada que esconderle. —Tomé la mano de Alex.

—¿Estás segura, Preta? —Cruzó los brazos y frunció el ceño—. Entonces supongo que ya le contaste lo que pasó en mi

departamento y lo de ayer en Praia do Porto, ¿cierto? —Sonrió con burla.

—Puedes parar por ahí, Oliver —dije entre dientes, muerta de vergüenza. No tuve ni el valor de mirar a Alex.

—Tranquila, que hay más, Alabá. No podemos olvidarnos de esa vez acá mismo, en esta cocina de tu restaurante. ¿Te acuerdas? Debe ser difícil trabajar teniendo pensamientos tan calientes conmigo. —Me guiñó un ojo y me tiró un beso, el malnacido. Oliver Quent no valía ni medio centavo.

Alexander se giró para mirarme con una expresión que no podría describir ni aunque lo intentara. Acababa de darse cuenta quién era ese "alguien del pasado" y estaba furioso. Soltó mi mano al instante y yo sentí que me partía en mil pedazos. Jamás le perdonaría a Oliver haber hecho esto.

—Ya fue suficiente, Oliver. ¡Lárgate! ¡Te odio!

—No, no me odias, Alabá. Y creo que hasta tu noviecito ya se dio cuenta de eso. —Se pasó los dedos por el cabello, con ese ego insoportable.

—¡Estoy harto de esta mierda! Te dije que te alejaras de mi mujer y de mi hijo. —Alex perdió la cabeza y le metió un puñetazo directo en la cara con toda su fuerza. Estaba dolido conmigo y aun así me defendía.

Oliver dio un paso atrás por el impacto, pero no cayó.

—Pero esa mujer de la que hablás es mía desde hace más de diez años, y soy el padre de su hijo, hombre. En las venas de Eliot corre mi sangre, no la tuya. ¿Te quedó claro o te hago un dibujito? —Se limpió la sangre de la comisura de los labios con una sonrisa victoriosa. Con esa revelación, ganó la discusión.

Dios mío… No podía creer lo que acababa de oír.

Estaba en estado de pánico total. Pensé que jamás escucharía a ese desgraciado de Oliver referirse a Eliot como "su hijo" y con tanto sentimiento de propiedad. Tenía que ser una provocación para joder a Alexander, no podía ser otra cosa. Hasta ayer mismo él decía que era estéril y me acusaba de ser una puta que se acostaba con medio Salvador, y ahora venía a mi restaurante a inflar el pecho y gritar su paternidad como si fuera un trofeo.

¡Pero de ninguna manera!

—¿¿¿Nuestro hijo??? ¡¿Estás bromeando, Oliver?! —Empecé a reír, pero era con rabia. De la peor.

—Sí, Alabá, Eliot tiene mi sangre, y tú mejor que nadie lo sabes —repitió con más énfasis, haciéndome hervir de rabia.

Yo siempre supe que Oliver sabía que era el padre de Eliot. Nunca me tragué ese cuento de la esterilidad ni ninguna de sus excusas. Lo que no entendía era por qué decidía asumir la verdad justo ahora. Y si lo hacía, seguro que no era por una buena razón. Por eso tendría que proteger a mi hijo más que nunca. No iba a permitir que ese hombre le rompiera el corazón como hizo conmigo tantas veces.

—¡No! Eliot no es tu hijo. Es mío. Solo mío. Y si te vuelves a acercar a él, Oliver Quent, te voy a hacer llorar sangre. —Le apunté con el dedo en la cara.

—Tienes todo el derecho del mundo a odiarme, Alabá. Cometí el peor error de mi vida al abandonarte embarazada, y voy a pasar el resto de mi vida intentando ganarme tu perdón. Pero no es justo que Eliot pague por eso. Ese niño merece saber que tiene un padre que lo ama —empezó con su filosofía barata.

—¡Tú no amas a nadie, hijo de puta! Eres incapaz de querer a alguien que no seas tú mismo.

—Te equivocas, Alabá, siempre te amé. Y ahora te amo aún más desde que descubrí que me diste al hijo que siempre soñé tener. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. Pura falsedad.

—Pues yo no te amo. Te odio, Oliver Quent —dije, ciega de ira —. No eres el padre de Eliot y nunca lo serás.

—Sí lo soy, y lo amo más que a nada en este mundo. Él es un Quent. Sangre de mi sangre. El único heredero de una empresa de miles de millones de dólares.

—¡Y al diablo tu puta empresa, maldito ricachón de mierda! Eliot nunca necesitó un centavo tuyo, porque Alabá se parte el alma día y noche para darle lo mejor a ese niño. —Alexander me tomó la mano como recordándome que no estaba sola en esa pelea. Le sonreí con gratitud.

Alex no dejaba de demostrar que era el hombre más valioso en mi vida. Aunque no lo mereciera, tenerlo a mi lado en ese momento significaba todo para mí.

—¿Y tú qué carajo sigues haciendo acá, cocinero? Lárgate de una vez. No tienes lugar en esta historia. Nunca lo tuviste. —Oliver tensó la mandíbula. Estaba claro que no pensaba irse sin enfrentarse.

—El que no tiene lugar acá eres tú, Oliver. Mi hijo no necesita otro padre, porque ya tiene a alguien que ocupa ese lugar en su vida. —Abracé a Alexander para confirmar lo que acababa de decir, y nos miramos con complicidad.

Aunque Alexander y yo siguiéramos siendo solo amigos, quería que continuara siendo esa figura paterna para mi hijo. Siempre fue un ejemplo.

—Pero el padre real de Eliot soy yo, y tengo pruebas irrefutables. Podré ser un malnacido que todos detestan, pero tengo mis derechos y voy a hacerlos valer en la justicia si es necesario. —Amenazó con ese tono arrogante de CEO podrido en plata, acostumbrado a salirse con la suya. Ese era Oliver Quent. No sabía actuar de otra forma.

¿Pruebas irrefutables? ¿De qué mierda estaba hablando? Eso era imposible. Estaba mintiendo, como siempre. Era otra jugada sucia para manipularme, pero esta vez no iba a caer en su juego enfermo.

—¿Derechos, Oliver? ¿Estás bromeando? —Solté una risa sarcástica—. Pasé hambre, dormí en la calle y trabajé como una esclava para criar a Eliot sola. Así que no creas que vas a aparecer diez años después, como si nada, para reclamar derechos de padre —grité a un centímetro de su cara. Toda la rabia acumulada durante años salió de golpe.

Quería arrancarle la piel con las uñas, deformarlo para siempre, hacerlo sufrir tanto como él me había hecho sufrir. Mientras yo cargaba con una criatura en los brazos sin saber qué comer al día siguiente, él se gastaba su fortuna con putas y champagne.

—Entiendo tu rabia, Preta. Sé que no puedo corregir todo el daño que te hice y nunca me voy a perdonar por eso. Pero con Eliot aún estoy a tiempo. No puedes quitarme esa oportunidad a mí ni a

él. Es nuestro derecho. —Una lágrima se deslizó por su rostro, pero a mí no me conmovió ni un poquito.

Ojalá hubiera tenido toda esa "determinación" cuando le conté que estaba embarazada. Ahora ya era tarde para arrepentimientos. Y no pensaba ponérsela fácil. Si ya una vez huyó de sus responsabilidades, podía hacerlo de nuevo. Pero ahora Eliot era grande, y entendería todo, y sufriría. Como madre, no podía permitir que eso sucediera.

—No sé qué estás tramando con todo esto, Oliver Quent. Pero mantente lejos de mi hijo. No pienso repetirlo. No sabes con quién estás lidiando. Tu abandono me transformó en alguien que no te va a gustar conocer —lo amenacé. Haría lo que fuera necesario para mantenerlo lejos de Eliot.

—Puedes hacer lo que quieras, Alabá, pero nada va a cambiar el hecho de que soy el padre de Eliot. Y voy a luchar por él con todas mis fuerzas —lanzó su declaración de guerra sin filtros.

—¿Mi papá? —La vocecita de Eliot sonó desde lo alto de la escalera que conectaba el restaurante con nuestra casa.

Estaba tan impactado por lo que escuchó que soltó el gato biónico que tenía en las manos. El robot metálico cayó por los escalones hasta llegar al primer piso. Como yo no subía a casa, el pobrecito seguro bajó a buscarme… y terminó descubriendo la verdad de la peor manera posible. Mi hijo nunca volvería a ser el mismo después de enterarse así quién era su padre. Y la culpa era mía. No debería haber permitido que Oliver se acercara a su vida. Ahora ya era demasiado tarde.

Porque hacer sufrir a los demás era lo que el maldito diablo rubio mejor sabía hacer, así fue toda su vida, y así sería siempre.



Alabá

—Sí, Eliot, yo soy tu papá, hijo mío. —Oliver sonrió conmovido.

Intentó acercarse a Eliot, pero Alex se interpuso y le bloqueó el paso para evitar que siguiera destruyendo la vida de ese niño.

—¡No! Usted no es mi papá, señor Quent. Porque si lo fuera, no habría abandonado a mi mamá ni a mí. —La voz de Eliot no tembló ni un poco, ni lloró. Lo miró con total indiferencia.

—No me hables así, hijo, te amo tanto… —Oliver, en cambio, estaba visiblemente afectado y no tuvo reparos en llorar delante de nosotros.

—Pues yo lo odio, señor Quent. Ojalá el tío Alex fuera mi papá, no usted. —Eliot salió corriendo. Nunca lo había visto así de enojado.

—Felicidades, Oliver. Ahora no solo rompiste mi corazón, también rompiste el de Eliot. —Le golpeé el pecho con fuerza. Él se quedó inmóvil, porque sabía que se lo merecía. Alex tuvo que sujetarme o habría matado a ese desgraciado ahí mismo.

—Creo que será mejor que desaparezcas de nuestras vidas, hombre, o te haré desaparecer yo mismo.

—Lo… lo siento mucho, Alabá —murmuró Oliver, lleno de culpa.

Después se fue tan rápido como sus piernas se lo permitieron. Enfrentar el desprecio de su hijo fue más de lo que pudo soportar. Pero a mí no me importaba el dolor de Oliver. A él nunca le importó el mío. ¿Qué creía ese imbécil? ¿Que el niño iba a recibirlo con los

brazos abiertos después de diez años de abandono? ¡Por favor! Eliot era un niño inocente, pero no era estúpido.

Mi hijo sacó muchas cosas de mí, sobre todo el orgullo. Primero atacaba, y después iba a llorar solo a su cuarto. Por eso necesitaba hablar con él de inmediato. Seguro estaba furioso con su padre, pero también herido conmigo por haberle ocultado la verdad.

—Abre la puerta, hijo. Mamá quiere hablar contigo sobre tu papá. —Golpeé una y otra vez la puerta de la habitación de Eliot y le supliqué que la abriera, pero no quería hablar ni conmigo ni con nadie.

Deslicé la espalda contra la madera hasta que mi cuerpo tocó el suelo. Estaba destruida, no entendía cómo había dejado que la situación llegara a ese punto. Maldito el momento en que Oliver volvió a Salvador. Éramos tan felices antes de su regreso. Ahora ya nada iba a ser como antes. Y aún podía empeorar mucho más con la verdad al descubierto. Probablemente mi hijo no volvería a hablarme nunca y además tendría que enfrentar una batalla judicial para no perder su custodia.

Oliver estaba podrido en plata y podía pagar al mejor equipo de abogados del mundo. Yo solo era la dueña de un local que en cualquier momento podía ser embargado por Hacienda.

—Si ese demonio me quita a mi hijo, me muero. —Empecé a llorar desesperada.

—Tranquila, mi amor. Todo va a estar bien. —Alex se sentó en el piso conmigo y me abrazó.

—Mi hijo nunca va a perdonarme. ¿Y ahora qué voy a hacer? —Apoyé la cabeza en su hombro.

—Sí va a perdonarte. Eliot es un chico increíble. Solo hay que darle un poco de tiempo para asimilar todo esto. —Me acarició el pelo.

Sinceramente, no entendía por qué Alexander seguía ahí después de todo lo que había escuchado, pero se lo agradecía con todo mi corazón. No habría soportado ese momento sola.

—¡Oliver va a quitarme a mi hijo, Alex! Estoy segura de eso. —Me colgué de su cuello y escondí el rostro en su pecho, llorando sin consuelo.

—No va a pasar, Alabá. Lo mataría antes de que eso suceda —lo dijo tan convencido que me asustó. Nunca lo había oído hablar así.

—Oliver es un hombre muy poderoso. Nos aplastaría a los dos antes de que pudiéramos hacerle algo. Gente intocable como él siempre consigue lo que quiere y nunca paga por nada —dije cabizbaja.

—No importa. Eres la mejor madre del mundo y ningún juez en su sano juicio te quitaría a Eliot. Y si quieren hacerlo, nos vamos a Albania. Tengo conocidos allá. —Me abrazó con fuerza. Él siempre lograba hacerme sentir segura, como si no importara cuán feas se pusieran las cosas, al final todo saldría bien.

—Perdóname por todo lo que pasó hoy, Alex. Debí haberte contado todo desde el principio. Nunca quise hacerte daño.

—Está bien, jefa. No necesitas disculparte. Esta noche me quedo y cuido de ti.

Me alzó en brazos y me llevó a mi habitación. Me acomodó en la cama, se acostó a mi lado y me acarició el cabello hasta que me dormí abrazada a él. Me desperté recién al día siguiente, cerca de las once de la mañana. Alex había apagado mi despertador a propósito para dejarme dormir. También me dejó una bandeja con el desayuno y una tarjeta que decía "Buen día".

—¡Este hombre no existe!

—Buen día, mamá. —Escuché la voz de Eliot, triste, viniendo desde la puerta entreabierta.

Corrí hacia él, caí de rodillas y lo abracé muy fuerte. Pensé que no volvería a hablarme después de lo que pasó ayer.

—Buen día, amor. Ven con mamá. —Abrí los brazos y él vino corriendo y me abrazó.

—¡Te amo tanto! —Lo apreté con fuerza y hasta lo levanté del suelo.

—¿Entonces por qué no me dijiste que el señor Quent es mi papá? —fue directo al grano. Si no lo hacía así, no sería el Eliot que yo conozco: firme en sus palabras y decidido.

Era un Quent legítimo, no había cómo negarlo ni seguir ocultándolo por mucho tiempo.

—Porque mamá tenía mucho miedo, hijo. Hacía muchos años que no veía a tu papá y, cuando apareció de repente, no supe qué hacer ni cómo contarte la verdad. ¿Me perdonas?

—Claro que te perdono, mamá, no llores. —Me secó las lágrimas como un verdadero caballero. Siempre lograba sorprenderme con su madurez para entender asuntos de adultos.

—Te prometo que nunca más voy a ocultarte nada, mi amor. Lo único que quiero es que tengamos una vida feliz y tranquila como antes.

—Yo también quiero que todo vuelva a ser como era, pero no quiero volver a ver al señor Quent. Él nos abandonó y yo lo odio. —Me abrazó y escondió el rostro en el hueco de mi cuello para que no viera que estaba llorando, pero sentí cómo sus lágrimas caían sobre mi piel.

Mi hijo estaba sufriendo, y la culpa era de Oliver. No le bastó con intentar destruir mi vida una vez, tenía que volver para terminar el trabajo. A veces me sorprendo pensando cómo habría sido nuestra vida si él hubiera actuado distinto cuando le conté que estaba embarazada. Podríamos estar viviendo el sueño de formar la familia perfecta que alguna vez imaginamos juntos.

Pero no.

Oliver eligió tratarme de la peor manera. Me humilló, me acusó de ser una interesada que se había embarazado de otro para darle un golpe económico. Recuerdo haberme arrodillado a sus pies, rogándole que no nos abandonara a mí y a nuestro hijo y aun así se fue.

Después lloré hasta quedarme vacía, hasta que se me secaron las lágrimas. Cada vez que cierro los ojos, esa escena vuelve a repetirse una y otra vez en mi cabeza.



Alabá

Antes
Año 2000

Paulo salió de la farmacia con cara de póker, caminó despacio hasta el semáforo en rojo y esperó tranquilo con las manos en los bolsillos. Tenía ese don de aparentar calma incluso en medio de un tornado. En cuanto la luz del semáforo se volvió verde-esperanza, mi amigo cruzó hacia donde yo lo esperaba del otro lado de la calle, mordiéndome la última uña entera que me quedaba en la mano izquierda.

A diferencia de Paulo, yo miraba a todos lados como si estuviera cometiendo un crimen, y de hecho, lo estábamos haciendo.

—¿Conseguiste lo que te pedí, Paulo? Por favor, dime que sí —le pregunté. Él asintió con cara de culo, todavía estaba enojado conmigo desde hacía semanas.

Aun así, cuando le pedí ayuda, vino sin decir una palabra.

—Lo conseguí, Alabá. —Sacó de su pantalón la cajita alargada blanca y rosa y me la entregó. La agarré tragando saliva.

—Traje dos, para estar seguros, pero creo que lo mejor es no usarlos en el orfanato, porque si la monja te pilla, estamos muertos los dos —dijo sin mirarme.

—Muchas gracias, Paulo. ¡Te amo! —Lo abracé con cara de susto, estaba muerta de miedo.

Nosotros no solíamos robar porque el padre Juan nos enseñó que eso estaba mal, pero esta era una emergencia muy seria y no teníamos ni una moneda partida al medio. Me daba vergüenza pedirle plata a Oliver, porque eso implicaba contarle mis sospechas, y no quería decir nada hasta estar totalmente segura. Llevaba dos semanas de retraso y eso era muy preocupante, considerando que tuvimos sexo varias veces sin protección, lo cual fue una estupidez enorme porque apenas éramos dos adolescentes sin ningún tipo de estructura para ser padres.

—Tranquila, Alabá, todo va a salir bien. —Paulo me secó las lágrimas—. Hay una cafetería en la esquina, puedes usar el baño de ahí para hacerte las pruebas. —Asentí.

Paulo se quedó esperándome afuera. Después de diez minutos volví con la cara hinchada y los ojos rojos de tanto llorar.

—¡Voy a matar a ese hijo de puta! —Mi amigo se puso como loco. Ni siquiera tuve que decirle nada, con solo verme supo que las dos pruebas habían dado positivo.

—No es solo culpa de él, Paulo. Este bebé no se hizo solo. —Asumí mi parte de responsabilidad, que no era poca.

—¡Claro que es culpa de él, Alabá! Ese imbécil te sedujo y te embarazó, y ahora seguro va a desaparecer. ¡Carajo! Te lo advertí tantas veces. ¿Qué vas a hacer ahora con un bebé en brazos? ¡Tienes apenas diecisiete años!

—Oliver jamás abandonaría a su hijo, me ama y se va a poner muy feliz cuando se entere de que vamos a tener un bebé. —Salí en defensa de mi amor.

Estaba convencida de que Oliver se volvería loco de felicidad al saber que yo estaba embarazada. Le encantaban los niños y vivía diciendo que soñaba con tener un varón para ponerle el nombre de su padre, Eliot. Los dos tenían una relación muy especial como padre e hijo, y estaba segura de que con nuestros hijos sería igual. Ese gringo iba a ser un padrazo de aquellos.

—¡Ah, claro que lo va a reconocer, Alabá! ¡Mi sobrino no va a crecer sin padre, puedes estar segura! —Paulo se fue caminando con furia, dispuesto a defender mi honor, y yo me quedé atrás desorientada.

Como sabía que Oliver pasaría el día en casa de un amigo fuera de la ciudad y no volvería hasta la noche, decidí regresar al orfanato y esperar que el peleador de Paulo volviera todavía más enojado por no haber podido cumplir su misión.

Pero no fue así. Paulo volvió con una expresión extraña. Ya no parecía enfadado, pero sí triste.

—¿Qué pasó, Paulo? —Me paré del segundo escalón donde estaba sentada y corrí a su encuentro. Estaba pálido.

—Ahora Oliver es como tú y yo, Alabá —dijo, mirando al vacío, como si una avalancha de pensamientos le pasara por la cabeza y no quisiera compartirlos del todo conmigo.

—¿Cómo que es *como nosotros*, Paulo?

—¡Un huérfano, Alabá! —Bajó la cabeza. Nadie mejor que nosotros para saber lo duro que era cargar con el peso de esa palabra.

Todos mis músculos se congelaron y un escalofrío me recorrió las entrañas. De inmediato, el olor de la muerte se hizo presente. Era rancio y traicionero, tan fuerte que me dieron arcadas.

—¡Dios mío, Paulo! Explicame bien eso. —Lo sacudí por los hombros, él transpiraba frío.

—Cuando llegué a la casa de tu noviecito con la intención de romperle la cara, me enteré de que sus padres habían tenido un accidente de auto esa mañana y murieron los dos en el acto. —Se limpió rápido una lágrima, pero no lo suficiente como para que yo no la viera.

—¡Santo Dios, tengo que ir para allá ahora mismo! —Entré en pánico. Caminaba en círculos por la sala como una cucaracha mareada.

Estaba muy alterada. Sabía cuánto amaba Oliver a sus padres, y seguramente debía estar destrozado. Por eso tenía que estar con él más que nunca.

—Mejor no vayas, Alabá. Este es un momento solo para la familia, y tú no tienes nada que hacer ahí, metida en medio de esa gente ricachona —murmuró Paulo, pero yo ya estaba cruzando la puerta como un huracán.

Ni loca iba a dejar solo al Oliver en un momento tan difícil. Estar juntos en la alegría y en la tristeza no es solo algo que vale después del casamiento. Sin embargo, no logré ni acercarme a la mansión de los Quent. Una barrera de guardaespaldas malhumorados, todos vestidos de negro y con anteojos oscuros, impedía el paso. La calle estaba repleta de periodistas de todo Brasil y también del extranjero, transmitiendo en vivo la trágica muerte del matrimonio Quent en un accidente fatal. También había un montón de curiosos sacando fotos con el celular, apenas se podía caminar.

No tuve más opción que volver al orfanato y bancarme un "te lo dije" del pesado de Paulo.

Los días pasaron y los noticieros no dejaban de hablar del accidente. Me partía el alma cada vez que mostraban imágenes de Oliver en la televisión, siempre cabizbajo, llorando en silencio. Hice de todo por hablar con él, pero cada vez parecía más imposible. Fui varias veces a su casa, pero los guardias ni siquiera me dejaban acercarme. Cuando decía que era su novia, se me reían en la cara y casi me sacaban a patadas.

Así que dejé de intentar. Esperé a que Oliver encontrara la forma de venir a verme cuando estuviera listo.

Y él vendría...

Estaba saliendo de la escuela cuando una señora me hizo señas desde lejos, escondida detrás de un árbol. Miraba hacia todos lados como si temiera que alguien nos estuviera espiando.

—Hola, Alabá, ¿te acuerdas de mí, querida? —me saludó por mi nombre. Llevaba uniforme de empleada.

Me acerqué con desconfianza, pero cuando la vi bien, la reconocí. Era Valdete, la cocinera de la casa de Oliver. Siempre fue muy buena conmigo, y cada vez que iba a visitarlo, me preparaba un banquete.

—Estoy bien, gracias. ¿Y usted, Valdete?

—Yo también, hija, pero muy triste por la muerte de los patrones. Que Dios los tenga en su gloria —dijo persignándose.

—Por favor, Valdete, ¿me puede decir cómo está Oliver? Estoy tan preocupada. Hace días que trato de verlo, pero esos guardias no me dejan ni pisar la vereda. —Sentí que se me venía el llanto de

nuevo, estaba sensible por el embarazo. Solo quería abrazar a mi amor con todas mis fuerzas.

—No llores, mi niña, el joven Oliver me pidió que viniera a decirte que está bien. Sabía que ibas a estar muy preocupada por él.

—¿Y por qué no vino él mismo a hablar conmigo? No entiendo...

—Porque su abuelo es un hombre muy complicado. Ordenó que vigilaran al nieto las veinticuatro horas del día. Le prohibió salir de casa desde el entierro de sus padres y le confiscó la computadora y el celular —explicó, y eso me llenó de rabia.

¿Qué clase de viejo loco era el abuelo de mi novio para ser tan rígido justo cuando más necesitaba apoyo? Oliver estaba preso en su propia casa, y eso era rarísimo, porque siempre hablaba maravillas de su abuelo, Arthur Quent.

—¿Y por qué lo vigila? ¿Qué tiene en contra de mí ese viejo?

—Lo vigila justamente para que no te vea, hija. Oliver le contó todo sobre ti, le dijo cuánto te ama y que no piensa irse de Brasil por nada del mundo. Está dispuesto a esperar a que ustedes sean mayores de edad para casarse. Pero el viejo se puso como una fiera. Dicen que sus gritos se escuchaban a kilómetros —me contó Valdete.

Pero yo solo podía sonreír después de saber que Oliver quería casarse conmigo apenas cumpliéramos los dieciocho. No podía esperar a que llegara ese día.

—¿Y qué piensa hacer el abuelo con respecto a la decisión de Oliver?

—Llevarse al pobre chico mañana a la noche a vivir con él a Nueva York. Ya mandó a preparar el avión —respondió en un susurro. La situación era tan tensa que hasta ella tenía miedo de que alguien nos oyera.

Todo se me nubló. Oliver no podía irse a Nueva York. Yo me iba a morir sin él. Lo amaba más que a nada y ahora teníamos un hijo en camino. Necesitaba su ayuda para criar a ese bebé, no sabía si podría hacerlo sola.

—Oliver no puede irse. Tengo que hablar con él ahora mismo. — Intenté dar un paso, pero me sentí mareada.

—¿Estás bien, mi amor? —Me ayudó a sentarme en un banco que había en el jardín de la escuela. Era muy amable, se notaba por qué Oliver confiaba en ella para venir a hablar conmigo.

—Sí, gracias. —Saqué una botella de agua de la mochila y tomé un sorbo. Esa mañana me había despertado con una náusea constante.

—Puedes quedarte tranquila, porque vas a hablar con Oliver, pero no ahora. Me pidió que te dijera que va a encontrar la forma de escaparse de los guardias de su abuelo y se va a ver contigo en la calle de atrás del orfanato a las diez en punto de la noche. —Me tomó la mano y me sonrió.

Yo también sonreí. Sabía que mi amor encontraría la manera de arreglar todo. Me emocionaba pensar que lo vería esa noche. Estaba tan ansiosa por contarle lo del bebé.

—Muchísimas gracias por todo, Valdete. Eres un ángel en nuestras vidas. —La abracé, queriendo retribuir todo el cariño que le tenía a Oliver y también a mí.

—No tienes que agradecer, hija. Yo amo a ese muchacho como si fuera mi propio hijo, y tú pareces una buena persona. Los dos se merecen ser felices. —Me apretó la mejilla—. Pero ahora tengo que volver al trabajo antes de que ese viejo lengua enredada empiece a preguntar por mí. —Puso los ojos en blanco. Además de simpática, era muy graciosa.

Después de que Valdete se fue, me quedé sonriendo sola con la mano en la barriga. Muy pronto él estaría en mis brazos. Íbamos a ser muy felices junto al papá de mi bebé. No podía creer que, al fin, formaría parte de una familia de verdad.

Mi propia familia.

—¿Qué quería la empleada de los Quent contigo, Alabá? —Paulo apareció de la nada y vino directo a hablarme.

—¿Y cómo sabes que trabaja en la casa de los Quent? —Fruncí el ceño. Noté cierta confusión en su cara.

—La vi el día que fui a la casa de Oliver a defender tu honor, claro. Pero la muerte de los papás de ese chico arruinó mis planes de darle una buena lección al engominado. ¡Carajo! ¿No podían haber estirado la pata otro día esos viejos? ¡Qué mala suerte! —dijo

con tono burlón, acomodándose la mochila al hombro, sin una gota de compasión por el dolor ajeno.

Yo quería mucho a Paulo, pero a veces hablaba y actuaba como un verdadero imbécil.

—Será mejor que reúnas a los chicos para volver a casa, Paulo. Ya sabes cómo se pone la hermana Antonia cuando llegamos tarde —dije levantándome y me fui.

Volvimos al orfanato y conté los segundos hasta que el sol se escondiera detrás de las montañas y un manto de oscuridad cubriera la ciudad. Entonces salí corriendo al baño para darme una ducha y arreglarme para el gran encuentro. Como sería una noche especial, elegí ponerme mi mejor vestido, que no era gran cosa, pero el tejido era liviano, todo colorido y con hombros descubiertos y una falda bien amplia. Oliver siempre decía que ese era su favorito.

También dejé mis rizos sueltos y bien definidos, como a él le gustaban. Quería verme linda para darle la gran noticia del embarazo.

Una vez lista, esperé a que todos estuvieran dormidos para salir a escondidas. Mis manos se retorcían sobre el regazo mientras caminaba hacia la calle de atrás del orfanato. Era demasiado amor saliendo por cada poro. Perdí la cuenta de cuántas veces me arreglé el pelo frente a las vitrinas de las tiendas por las que pasaba. Me lo tiraba de un lado al otro, pero siempre terminaba dejándolo como estaba cuando salí.

Apenas doblé la esquina, bajo la tenue luz de un poste, vi a Oliver apoyado en una pared cualquiera, con las manos en los bolsillos del buzo negro y la cabeza gacha, el pelo rubio, ya por los hombros, le cubría casi todo el rostro.

—¡Hey, gringo! —grité. Cuando Oliver levantó la vista, me sonrió de oreja a oreja, pero tenía los ojos tristes.

Mi amor vino corriendo hacia mí, y yo fui a su encuentro. Nadie jamás lograría separarnos, porque habíamos nacido para estar juntos. Éramos almas gemelas.

—Te extrañé tanto, mi amor. —Me apretó bien fuerte entre sus brazos. Qué lindo era volver a sentir el calor de su cuerpo.

Cuando me besó fue lo mejor del mundo. Podía sentir el sabor de la nostalgia en sus labios. Quería que esa sensación durara para siempre.

—Perdóname, amor. Intenté ir a verte muchas veces. Lo siento por lo que pasó con tus papás, quería estar contigo cuando te dieron la noticia. —Le tomé las manos y lo miré a los ojos llenos de lágrimas. Su rostro estaba algo hinchado, seguro había pasado todos esos días de luto llorando sin parar.

—Todas las mañanas me despierto y pienso que en cualquier momento mi mamá va a entrar a gritar que ya es tarde para la escuela. Siempre abría todas las cortinas y se paraba al lado de mi cama con las manos en la cintura, cantando alguna canción loca hasta que me levantara. Y mi papá se quedaba en la puerta mirando y riéndose de mí. —Oliver sonreía mientras lloraba. Recordar los momentos lindos le hacía bien, pero también le dolía.

Se me rompía el corazón verlo sufrir así. Yo no soportaría imaginar mi vida sin él. ¿Cómo sería perder a las dos personas que más amas de golpe? Esa debía ser una de esas penas imposibles de describir.

—Te juro que me encantaría poder hacer que tu dolor desaparezca, amor. Pero no sé cómo. —Lo abracé por la cintura.

—Con que existas ya haces que mi dolor sea más soportable, Preta. —Me envolvió en sus brazos y besó la cima de mi cabeza—. Por eso no voy a dejar que mi abuelo nos separe, amor. Mañana al amanecer nos vamos a escapar —me dijo su plan, y yo lo amé en el acto. Lo seguiría a donde fuera.

Nunca creí en esa tontería del príncipe azul llegando en su caballo blanco para rescatar a la damisela en apuros y vivir felices para siempre. Pero Oliver apareció en mi vida y me demostró que estaba equivocada. Hasta una cenicienta como yo merecía ser feliz. Conocer a Oliver fue lo mejor que me pudo haber pasado, un verdadero milagro de Dios en mi camino.

—Acepto cualquier cosa contigo, gringo. Pero antes tengo que contarte algo. —Di un paso hacia atrás y respiré todo el aire que pude. Había llegado el momento de dar la gran noticia.

—¿Qué cosa, Preta? Espero que sea algo bueno, porque ya tuve suficiente con los golpes de la vida. —Me apartó los rizos que el viento insistía en soplar sobre mi cara.

—No es solo algo bueno, amor. Es maravilloso. Creo que es la mejor noticia que vas a recibir en toda tu vida.

—Entonces dilo ya, amor, estoy ansioso por saber.

—En unos meses vas a ser papá, Oliver. Estoy embarazada. —Tomé sus manos y las llevé hasta mi panza. Estaba desesperada por saber qué sería lo primero que diría el gran amor de mi vida.

—Bien que me advirtieron que eras una puta interesada, Alabá. —Se alejó de mí con un gruñido lleno de rabia.

—¿Qué? —pregunté, en shock. Pensé que había oído mal.

—No te hagas la estúpida, nena. Te acostaste con otro y ahora quieres clavarme con ese bebé, ¿no? —me acusó con la expresión dura. Me sacudía por los hombros, fuera de sí.

No podía entender por qué me estaba tratando así, con semejantes acusaciones sin sentido. Yo creía que iba a ponerse feliz al saber que íbamos a tener un hijo.

—Por Dios, Oliver, no me hables así. Jamás te engañaría. ¡Yo te amo! —Intenté tocarlo, pero él me agarró la mano antes de que llegara a su cara.

—¿Y de quién es ese hijo entonces, del Espíritu Santo? Porque mío no es, mi amor. Acabo de enterarme de que soy cien por ciento estéril —lo soltó de golpe, sin anestesia, y sentí el piso desmoronarse bajo mis pies.

Tenía que ser un error. No había estado con ningún otro hombre desde que conocí a Oliver. ¿Cómo podía estar embarazada si él aseguraba con tanta seguridad que no podía tener hijos? Nada de eso tenía sentido.

—Eso es imposible, Oliver. El médico que te dijo eso está equivocado. Tienes que creer en mí —intenté abrirle los ojos.

—¿Y por qué mentiría el médico de mi familia desde hace veinte años? Es uno de los mejores especialistas en su área, en Estados Unidos. La mentirosa eres tú. Y yo, muriéndome de miedo por contarte que nunca iba a poder darte un hijo, y resulta que ya estás

embarazada… ¡de otro! —Sonrió con ironía, pero sus labios temblaban de ganas de llorar.

—No me hagas esto, amor. Tienes que creer en mí. ¡Yo te amo tanto! Por favor, no me dejes. Te juro por mi vida que este hijo es tuyo. —Caí de rodillas a sus pies, llorando desesperada, suplicándole que no me abandonara.

—A partir de ahora, tu vida no significa nada para mí, Alabá. Mi abuelo tenía razón cuando dijo que estabas conmigo solo por mi dinero. Mañana me voy con él a Nueva York y no quiero volver a saber nunca más ni de ti ni de ese bastardo. Para mí, los dos están muertos. —Se dio vuelta y se fue.

Quedé tirada en la vereda, hecha un ovillo, llorando bajo aquella noche helada. Nunca más iba a ver al gran amor de mi vida. No me creyó. Se fue para siempre. Pero eso no era lo peor. Lo que más me dolía era saber que mi hijo había sido abandonado por su padre antes siquiera de nacer.



Oliver

Ahora

A veces el dolor es tan fuerte que uno siente que no lo va a soportar. Es como si te arrancaran el corazón del pecho y, aun así, siguieras vivo, pero sin alma, sin energía, sin nada. Todo lo que ves a tu alrededor es oscuridad pura, un vacío que no tiene fin. Te invade una angustia tan grande que quema por dentro, pero no lo suficiente como para matarte, solo para dejarte herido, sangrando por dentro. Exactamente así me sentí cuando Eliot dijo que quería que ese tipo fuera su padre y no yo. Jamás voy a olvidar la mirada llena de rencor que me lanzó. Recién me enteraba de que tenía un hijo y ya lo había perdido. Y lo peor es que su madre tenía razón cuando me escupió en la cara que era experto en destruir a las personas que me rodeaban.

No sé cómo logré llegar a casa después de salir del restaurante. Veía todo borroso y las manos me temblaban. Siempre fui un hombre muy varonil, no era de mostrar lo que sentía, pero esa noche lloré como un nene durante todo el trayecto. Estaba destruido. Un policía me paró por exceso de velocidad, pero al verme la cara, se apiadó de mí y me dejó seguir.

—Si no te levantas de esa cama ahora mismo, Oliver, te juro por Dios que te interno, hermano. —Matt me arrancó el edredón y lo tiró lejos.

Había perdido la noción del tiempo. Llevaba días encerrado en ese cuarto oscuro, sin comer ni bañarme. No tenía fuerza para nada. En el fondo, esperaba que la muerte viniera pronto y se llevara este dolor de una vez por todas. Ya no tenía ningún motivo para seguir viviendo.

La mujer que amaba me despreciaba y ya había metido a otro hombre en su vida. Y ese hombre era el que mi hijo había elegido para llamar papá.

—Mi hijo me odia, Matt. Tendrías que haber visto la forma en que me miró cuando se enteró de que yo era su padre. —Me cubrí otra vez con el edredón.

Ser papá era mucho más difícil de lo que imaginaba. Ya lo había arruinado todo con Eliot y no tenía la menor idea de cómo arreglar las cosas. No debió enterarse de la verdad de ese modo. Dejé que los celos me dominaran cuando vi a Alabá besándose con el cocinero y perdí el control. Lo había arruinado todo y no había vuelta atrás.

—Tu hijo no te odia, hermano. Solo está dolido, piensa que su papá lo abandonó durante todos estos años. —Matt se sentó al borde de la cama, cruzó las piernas y apoyó la mano en el mentón. Se estaba sintiendo el gurú del año.

Nunca en mi vida imaginé que terminaría tan hecho mierda como para recibir consejos de Matthew. Si alguien me lo hubiera dicho meses atrás, le habría soltado una carcajada en la cara. Pero había algo que tenía que admitir. Ese enano era un idiota que siempre me metía en líos, sí, pero también era un amigo de verdad. No se despegó de mí desde que llegó a casa y me encontró en ese estado lamentable. Desde entonces, hacía todo lo posible por sacarme de esa cama.

—Pero lo abandoné, Matt. No solo a él, sino también a su madre, embarazada, sin un centavo y sin nadie. Mientras yo vivía rodeado de lujos y fiestas, Alabá se mataba trabajando para que nuestro hijo no pasara hambre. —Me quedé mirando el techo con los dedos entrelazados sobre el pecho. Sentía tanta vergüenza de mí mismo. Era un imbécil, un egoísta de mierda.

Un ser humano patético. No merecía el amor de nadie.

—No seas tan duro contigo mismo, amigo. Sé que eres un egoísta hijo de puta, un niño rico rubio con aires de superioridad, que anda por ahí creyéndose lo máximo en su Ferrari, pero que no es más que un imbécil que solo hace tonterías y... —Matt se frenó cuando vio la cara que le puse. Si estaba tratando de levantarme el ánimo con ese discurso, iba por el camino equivocado.

—Ya sé que soy un caso perdido, Matthew, no hace falta que me lo expliques con lujo de detalles. Ahora vete. —Me di vuelta y me tapé la cabeza con la sábana.

—Tranquilo, hermano, lo que quise decir es que no importa cuántas veces te hayas mandado cagadas en esta vida, nunca es tarde para cambiar y remendar las cosas. Y el Oliver Quent que yo conozco no se rinde fácil, así que déjate de hacer drama. —Me arrancó la sábana de nuevo—. Levántate de una buena vez y ve a demostrarle a tu hijo que lo amas y que merecés estar en su vida. —Caminó hasta la ventana y abrió las persianas de par en par.

Después Matt se subió a mi cama y empezó a brincar como si fuera un trampolín, no iba a rendirse conmigo tan fácil. Ver eso me hizo sonreír por primera vez en días. Es cierto lo que dicen: cuando se trata de amigos, cuanto más locos, mejor.

—Ganaste, Matt. No puedo abandonar a mi hijo como lo hice hace diez años. Esta vez me voy a quedar y voy a luchar con todas mis fuerzas por él y voy a demostrarle cuánto lo amo. —Me levanté de un salto, pero me mareé un poco.

Llevaba tanto tiempo sin comer bien ni ver la luz del sol que la cabeza me latía y los ojos me ardían. Tuve que parpadear varias veces hasta acostumbrarme a la claridad.

—Eso es, hermano. Pero antes ve a darte una ducha porque apestas. —Se tapó la nariz con los dedos.

—¿Qué dices, Matt? Ven, abrázame, amigo. —Abrí los brazos y me acerqué a él.

—¡Ni lo sueñes, Oliver! ¡Sal de aquí! —Salió corriendo del cuarto. Y sí, realmente apestaba.

Mientras me bañaba, empecé a pensar qué iba a hacer. Tenía que hablar con Eliot lo antes posible, pero su mamá obviamente no iba a autorizarlo, y con toda la razón. Aun así, necesitaba intentarlo.

Iba a buscar a Alabá y tratar de llegar a un acuerdo con respecto al nene. Ella tenía motivos de sobra para odiarme, pero yo era el padre de ese niño y, le gustara o no, tenía mis derechos legales.

Elegí algo más informal para vestirme: un jean oscuro, remera negra y zapatillas deportivas. Ya era hora de dejar de andar todo el tiempo con traje. Quería volver a ser el tipo del que mi Preta se enamoró, ese que no le daba importancia al apellido Quent ni a la fortuna que cargaba sobre los hombros desde hace cuatro generaciones.

—¿Adónde vas, Oliver? —preguntó Matt al verme buscando las llaves del auto.

—Voy a tratar de hablar con Alabá sobre nuestro hijo. Quiero resolver esto de la mejor forma posible.

—Entonces buena suerte, hermano. Yo iría contigo, pero tengo la agenda llena hoy. —Encendió la tele de sesenta pulgadas y se tiró en mi sofá blanco abrazado a una bolsa gigante de Doritos. Probablemente se quedaría ahí todo el día y también toda la noche.

—Sí, ya veo, Matt… —Encontré mis llaves sobre el mueble cerca de la puerta y las guardé en el bolsillo—. Nos vemos después, gracias por todo.

—No tienes nada que agradecer, Oliver. Para eso estamos los amigos —dijo con la boca llena y los ojos pegados a la pantalla.

Me reí de mi amigo sin filtro mientras abría la puerta, pero enseguida se me borró la sonrisa al ver a un hombre con un traje gris espantoso parado frente a mí, sosteniendo un maletín de cuero. Tenía la mano levantada, a punto de tocar el timbre.

—¿Usted es Oliver Quent? —preguntó con la mandíbula floja.

—Sí, soy yo. ¿Por qué?

—Soy el abogado André Sena. Vengo en representación de la señora Alabá Monteiro, quien ha emitido una orden de restricción en su contra. A partir de ahora, tiene prohibido acercarse a ella o al menor Eliot Monteiro a menos de quinientos metros. Si viola esta orden, será detenido inmediatamente por la policía. —Extendió el brazo y me entregó una hoja que sacó del maletín, pero yo estaba tan en shock que ni siquiera pude moverme para agarrarla.

—Mi amigo entendió perfectamente, doctor Sena. Gracias —dijo Matt en un portugués horrendo, pero bastante aceptable considerando que llevaba poco tiempo aprendiendo.

—Perfecto. Muchas gracias por la atención, señores. Que tengan un buen día. —Le entregó la hoja a Matt y se fue.

—Esa mujer sí que no se anda con vueltas. ¿Y ahora qué vas a hacer con esto, Oliver? —Agitó la maldita hoja de la orden frente a mi cara.

Alabá no perdió ni medio segundo en buscar la forma de mantenerme lejos de mi hijo. Seguro fue idea del chef del año. Ese tipo me odiaba y se iba a encargar de llenarle la cabeza a mi mujer en mi contra. Podía tener toda la pinta de buen tipo, pero había algo en él que no me cerraba, no me inspiraba ni un gramo de confianza. Pero no iba a darme por vencido. A veces, la bronca es el único combustible que uno necesita para seguir peleando.

—Decirle a Alabá que va a necesitar mucho más que esto para alejarme de mi hijo, Matthew. —Le saqué la hoja de la mano y salí de casa hecho una furia, con la cabeza a mil y listo para hacer más cagadas.

Fui directo al restaurante de Alabá y entré por la puerta principal, caminando firme y sin mirar a los costados. Algunos mozos intentaron frenarme, pero ni aunque me hubiera enfrentado a un ejército de diez mil hombres, me iban a detener.

—¿Qué viniste a hacer acá, imbécil? Si no sales ahora mismo, llamo a la policía. —La gerente del lugar se puso delante mío. Sabía que era amiga de Alabá y claramente formaba parte del grupo que me odiaba.

—Pues llame a la policía, señorita. Ya no me importa una mierda nada. —La quité de mi camino con la mayor delicadeza posible en ese momento.

Empujé la puerta de la cocina de golpe y todos quedaron paralizados. Alabá se congeló con una pila de platos en las manos cuando me vio. El resto del personal me miró con cara de no entender nada, y su noviecito vino directo hacia mí con intenciones de pelear. Le devolví el puñetazo que me había dado el otro día y cayó de cara al suelo, aturdido. Quería terminar de darle la lección

que se merecía, pero yo no había ido ahí para pelear, sino para dejarle claro algo a la madre de mi hijo.

—Vine a devolverte esto, Alabá. —Lancé la hoja a sus pies—. Estaba dispuesto a sentarme a hablar y llegar a un acuerdo por el bien de nuestro hijo, pero acabas de dejar bien claro que lo que quieres es guerra. Pues perfecto para mí. Pero no te olvides: fuiste tú la que empezó esto —grité con fuerza, y ahora todo el mundo ahí sabía que Eliot era mi hijo.

Me di la vuelta y me fui sin darle oportunidad a Alabá de decir una sola palabra. A partir de ahora, hablaríamos en el juzgado. Como me lo imaginaba, la policía ya me esperaba afuera del restaurante. Pero esta vez, al menos, me estaban arrestando por algo que valía la pena.

—Buenos días, oficiales. —Les ofrecí las manos juntas para que me pusieran las esposas.

Apenas llegué a la comisaría, llamé a Rubi y le di las instrucciones. Unas horas después, ya estaba saliendo en libertad.

—¿Está seguro de que quiere hacer esto, señor Quent? —Rubi me entregó una carpeta con los documentos que le pedí apenas salimos de la comisaría. Su mirada era inquieta.

—Nunca estuve tan seguro de nada en mi vida, Rubi. —Abrí la puerta del auto para que subiera al asiento trasero, después me senté junto a ella y le pedí al chofer que nos llevara a casa.

—¿No cree que sería mejor resolver esta situación de forma pacífica?

—Me encantaría, pero con Alabá no hay solución pacífica posible. Esa mujer es demasiado terca. —Bajé el vidrio y miré el paisaje, mientras soltaba poco a poco el aire tenso que llevaba acumulado.

Alabá no me dejó otra opción más que presentar una solicitud de reconocimiento de paternidad. Según mis abogados, en unos días debería recibir una citación del juez. La mujer se iba a poner como una fiera y vendría con todo, dispuesta a aplastarme como una topadora. Siempre fue buena para el combate. No quería que las cosas llegaran a ese punto, pero la culpa de todo este desastre era de ella, por no haber querido arreglarlo de buena manera.

—Mire quién habla. Usted también es bastante terco, señor Quent. —Me miró por encima de sus lentes de lectura ovalados.

—Pero Alabá lo es más, Rubi. Te lo aseguro.

—Mi única preocupación en toda esta historia es el niño, señor. Él no tiene nada que ver con los problemas entre sus padres. Sería mejor si ustedes se reconciliaran. Es obvio que todavía se aman, y mucho. —Me lanzó una mirada.

—¿Ahora te convertiste en consejera matrimonial, Rubi? —bromeé con ella.

Desde que Matt se tomó el atrevimiento de contarle toda mi vida amorosa, Rubi no paró de darme consejos sentimentales. Siempre remarcaba lo mucho que admiraba a la madre de mi hijo, que la consideraba una mujer fuerte, decidida, hermosa, y que yo era un imbécil por haberla dejado ir. En eso, tenía razón.

—Todavía no, pero lo estoy considerando seriamente. Ser asistente de un CEO mandón tiene sueldazo a fin de mes, pero a veces es muy aburrido. —Se rió con picardía. Estaba más chispeante desde su tercera cita con el doctor.

—Seré mandón, pero sé que me quieres, Rubi. Además, se viene una guerra pesada contra la madre de mi hijo y sé que no me vas a dejar solo, ¿verdad?

—Ni loca me la pierdo, señor Quent. Sobre todo porque ya sé cómo va a terminar todo esto. —Me tomó de la mano y me regaló una sonrisa.

Las próximas semanas no iban a ser nada fáciles, por eso necesitaba tener cerca a toda la gente que de verdad me apoyaba. Porque, por más que fuera necesario, nunca es fácil pelear una guerra cuando el blanco de tus balas es el amor de tu vida.



Oliver

—¿Ya revisaste esos informes de la empresa que suministra el material bruto para la construcción del shopping, Matthew? No los encuentro por ningún lado. —Busuqué entre todo el desorden de mi escritorio. Con el cambio de ubicación de la obra, el trabajo en la empresa se triplicó.

Lo cual era excelente para mí. Me metí de lleno en el trabajo mientras esperaba el próximo movimiento de Alabá. Según mi equipo de abogados, ya debería haber recibido la citación del juez y era cuestión de tiempo para que contraatacara, así que me mantuve en guardia.

—Ya los revisé, Oliver. También firmé todas las copias y las hice registrar.

—¡Ese es mi hombre! —Choqué la mano con Matt. Estaba motivado con el proceso de reconocimiento de paternidad.

—No, hermano, tú eres el hombre. —Me golpeó el hombro con el suyo.

—¿Ya terminaron su show de testosterona? Porque tengo otra pila de informes para revisar. —Apareció Rubi con trabajo para toda la semana. Apenas podía cargar la torre de papeles.

—Como siempre, arruinando la diversión, Rubi. ¿No puedes traerme un cafecito recién hecho en vez de más trabajo?

—Soy la asistente del presidente de esta empresa, no tu asistente, Matthew. Si quieres café, ve a buscarlo tú mismo —

respondió con una sonrisa descarada.

—Perdiste, Matt. —Arrugué una hoja en blanco y se la lancé. Él me mostró el dedo del medio. Me reí.

—Con permiso, señor Quent. Hay una señorita que quiere hablar con usted. —Mi secretaria golpeó la puerta.

—Estoy bastante ocupado ahora, Jamile. ¿Quién es?

—Dice que es su prometida, señor, y juró que va a armar un escándalo en la recepción si no la recibe. Así que, tal vez, convendría hablar con ella —respondió con una sonrisa nerviosa.

Pensé que ya me había librado de la insoportable de Sara cuando la dejé tirada en la playa del puerto, pero por lo visto, no tenía intenciones de volver a Nueva York tan fácilmente.

—Y ahora ¿quién perdió, galán? Quiero ver cómo te sacas de encima a la loca de Sara. —Matt se desquitó.

—Dile a esa mujer que ya viene en camino una ambulancia del psiquiátrico. Más le vale no estar aquí cuando lleguen si no quiere que la internen por la fuerza.

—Sí, señor —dijo bajando la cabeza.

—Nada de "sí, señor", Jamile. A ti no te pagan para echar gente, ¿verdad, señor Quent? —me pinchó Rubi, afilada como siempre.

—Bien ahí, Rubi, pone orden en esta mierda —se prendió Matt, echando leña al fuego.

Ante las miradas reprobatorias de mi asistente, mi secretaria y la vicepresidenta de la empresa, no me quedó otra que rendirme.

—Está bien, ganaron —bufé.

—La señorita está sentada en la sala de espera, señor —dijo Jamile, aliviada por no tener que hacer el trabajo sucio.

—Gracias, Jamile. Puedes volver a lo tuyo.

Tomé el saco del respaldo de la silla y me lo puse antes de ir a ver a Sara. Estaba sentada en el sofá de la recepción con un vestido rosa corto y las piernas largas cruzadas de manera cuidadosamente provocativa.

—Sabía que vendrías a hablar conmigo, Olizinho. —Se levantó de un salto y se me colgó encima casi tirándome al suelo. Después me plantó un beso baboso bien cerca de la boca.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que no quiero volver a verte, Sara? —Le saqué las manos del cuello y me alejé. Su perfume empalagoso me mareaba.

—No acepto un no como respuesta, Oliver Quent. No me voy de acá hasta que aceptes almorzar conmigo. Alzó la voz y me agarró de la camisa, llamando la atención de todos.

Pero qué carajo de mujer pegajosa y sin amor propio. No podía sentir nada por ella más que lástima.

—Cierra esa boca de una vez y ven conmigo, criatura. Vamos a tomar un café.

—¡Perfecto! —celebró con un gritito.

Algunas mujeres conquistan a los hombres con encanto, otras, por insistencia.

—Avísale a Rubi que vuelvo en diez minutos, Jamile.

—Sí, señor. —Mi secretaria contuvo la risa al verme acorralado como un animal camino al matadero.

Le agarré el brazo a Sara y la arrastré hasta la cafetería de la empresa. Fue lo mejor que se me ocurrió para sacármela de encima sin escándalo.

—Siéntate ahí y dime cuánto quieres para desaparecer de mi vida para siempre, Sara. —Le acerqué una silla y luego me senté frente a ella en la mesita para dos.

—No quiero tu dinero, amorcito, lo único que quiero, eres tú. —Hizo un puchero.

La desquiciada se sacó la sandalia y empezó a acariciarme la pierna debajo de la mesa con el pie, subiendo hasta tocarme el bulto. Pero no hubo ni la más mínima reacción. Ya ni físicamente me atraía Sara.

—Pero eso nunca lo vas a tener, Sara. Mi corazón ya tiene dueña. Siempre la tuvo —fui directo, como siempre.

Sara empezó a llorar. No solo se vestía como una adolescente con crisis de identidad, también actuaba como una. Lloraba por todo, incluso con los dibujitos animados.

—Nunca fui suficiente para ti, ¿no, Oliver? —Sollozó, limpiándose la nariz con el mantel blanco y dejando un manchón de maquillaje.

Inhalé profundo y exhalé con fuerza tratando de mantener la calma. Se necesitaba *mucha* paciencia para hablar con Sara. El problema de ella no era locura ni amor desmedido, era la autoestima hecha trizas. Como muchas mujeres, había caído en esa trampa de pensar que tenía que forzar un "sí" a toda costa, humillándose solo para probarse a sí misma que era suficiente.

—No quiero lastimarte, Sara, de verdad. Pero ya es hora de que sigas tu camino. Eres una mujer hermosa, excéntrica, con toda una vida por delante. Estoy seguro de que pronto vas a encontrar a alguien que te valore, que te ame como eres y como mereces ser amada —fui sincero con ella. En serio le deseaba lo mejor… pero bien lejos de mí.

Sara no era mala persona. Solo estaba perdida en esta locura llamada vida.

—Dios mío, Oliver. Qué hermoso. Se me puso la piel de gallina. Creo que es lo más lindo que alguien me dijo en la vida. Gracias —Cubrió mi mano con la suya, pero sin dobles intenciones. Solo gratitud.

—No tienes que agradecer. De verdad espero que encuentres al amor de tu vida. Pero, por favor, no lo arruines como lo hice yo con la madre de mi hijo. —Me concentré en el menú para no mostrar cuánto me dolía hablar de eso.

—Realmente amas a esta mujer, ¿no? —Me levantó el rostro con la punta de los dedos y me obligó a mirarla.

—Muchísimo. Es la mujer de mi vida y la madre de mi hijo. No hay un segundo en que no piense en ella. —Sonreí embobado. Solo con pensar en Alabá se me encendía el alma.

—Está bien. Entendí el mensaje. No puedo competir con esa mujer. Pero ¿podemos al menos ser amigos? —Levantó las cejas.

—Podemos. Pero si haces una de tus locuras, te meto en un manicomio de verdad. Y no estoy bromeando, Sara.

—¡Trato hecho, Oliver! —Nos dimos un apretón de manos.

—¿Y ahora qué piensas hacer, Sara?

—Visitar los puntos turísticos de Salvador. Ya que estoy acá, voy a sacarle el jugo al viaje, mi amor. —Miró de arriba abajo al mesero musculoso que nos trajo el café con una cara de loba hambrienta.

—Me parece una excelente idea. Diría que ya encontraste compañía —bromeé, y ella me dio un golpecito en el brazo.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora con la mujer de tu vida y tu hijo? Por cierto… Perdóname por lo que dije sobre su etnia el otro día. —Se sonrojó—. A veces ni yo me soporto, pero quiero mejorar como persona y empezar a corregir mis errores.

—Nunca es tarde para cambiar, Sara. —Tomé un sorbo de café —. Yo mismo fui un reverendo hijo de puta con Alabá cuando quedó embarazada. Por un error la rechacé y negué a mi propio hijo. Pero ahora quiero arreglar las cosas con él. Quiero formar parte de su vida.

—¡Y lo vas a lograr! Porque cuando un Quent se mete algo en la cabeza, lo consigue sí o sí. —Me apretó la mejilla.

Sabía que, en el fondo, había un lado bueno en Sara. Solo necesitaba tocar fondo para despertar. Pasamos un rato bastante ameno tomando café y charlando de cualquier cosa, pero mi celular no dejaba de sonar y tuve que volver al trabajo. Matt y Rubi me necesitaban con urgencia y yo ahí, perdiendo el tiempo. Aunque fuera el presidente de la empresa y su jefe, igual me iba a fumar sus quejas el resto del día.

—Perdón, Sara, pero ahora sí tengo que volver al trabajo.

—Está bien, Oliver. Te acompaño hasta tu oficina. —Se colgó de mi brazo y fuimos en son de paz. Un problema menos dando vueltas por mi vida.

—Disfruta tu paseo turístico por Salvador, Sara. Y disculpa si alguna vez fui un grosero pero digamos que no me faltaron motivos —dije en cuanto llegamos. Me conozco lo suficiente como para saber que, cuando me enojo, se me va la mano.

—Lo sé, Oliver. No tienes que disculparte. Nos vemos por ahí. — Me besó la mejilla con amabilidad.

—Perdón por interrumpir a la parejita feliz, pero necesito hablar contigo *ahora mismo*, señor Quent. —Di un salto del susto al oír la voz de Alabá a mis espaldas. Si las cosas ya estaban feas, ahora se habían ido completamente al carajo.

Cuando me giré, la vi bufando de rabia. Su rostro estaba cargado de líneas de tensión que le robaban el aire de madre

amorosa y le daban un aspecto peligroso. Había salido tan apurada del trabajo que ni se había cambiado el uniforme: aún tenía puesto el delantal negro. Llevaba el bolso bajo el brazo y en la otra mano apretaba una hoja arrugada que supuse era la citación del juez por el reconocimiento de paternidad.

—Yo acompaño a tu amiga hasta la salida, señor Quent. —Rubi vino a mi rescate, tomó a Sara de la mano y la sacó de la escena.

—Eso que viste no es nada, Alabá. Nunca tuve una relación sentimental con Sara —intenté explicarme ante esa mujer de fosas nasales dilatadas y uñas listas para atacar. Se convertía en una pantera negra cada vez que se enojaba.

—Pero igual te acostaste con ella, ¿no? —Giró el cuello con actitud desafiante.

No me animé a decirlo en voz alta, así que simplemente asentí. Ya estaba harto de secretos y mentiras entre nosotros.

—Era lo que pensaba. Pero no me importan las putas con las que te acuestas, Oliver. Vine a hablar de la única cosa que todavía me mantiene atada a ti. —Entró a mi oficina con un vaivén de caderas sin siquiera pedir permiso, y yo la seguí en silencio, aprovechando para admirar ese culo generoso.

No pude evitar la fantasía erótica que me cruzó la cabeza: tener sexo ahí mismo, sobre la mesa de vidrio, mientras solo llevaba puesto su chaqueta de chef, dándole por detrás con ganas. Tuve que disimular y acomodarme el bulto en los pantalones. Esa mujer me volvía loco, y enojada era aún más irresistible.

—¿Quieres tomar algo, Alabá? —intenté ser cordial, mientras en mi cabeza solo pasaban perversidades.

—Lo que quiero es que te vayas a la mierda, Oliver. ¿Qué carajos es esto? —Me tiró la hoja del oficial de justicia en la cara. No tenía dudas: había venido a arruinarme.

—Fuiste tú la que empezó con la orden de alejamiento. Yo solo contraataqué.

—Así que admites que presentaste la demanda de paternidad solo para vengarte de mí, ¿no? No tiene nada que ver con Eliot.

—¡No es eso, Alabá, por Dios! Lo hice porque quiero reconocer legalmente a mi hijo como un Quent. Es lo mejor que he hecho en

mi vida. Es fruto de nuestro amor —mi voz se quebró. A partir de ahora, así sería cada vez que hablara de Eliot.

Amaba tanto a ese niño. Era todo lo más puro y hermoso de mi mundo. Un fruto de nuestro amor que nos uniría para siempre.

—¿Ese mismo amor que se acabó cuando dijiste que mi hijo y yo estábamos muertos para ti? ¿Ya te olvidaste?

—Claro que no me olvidé, Alabá. Ese día me persigue como una pesadilla. Me atormenta cada segundo. —Inhalé despacio. No iba a caer en su juego provocador, no quería cagarla otra vez.

Si había algo que entendí desde que la volví a ver, era que Alabá hacía todo lo posible para que yo le diera más motivos para odiarme. Porque eso era más fácil que arriesgarse a perdonarme y volver a romperse el corazón.

—Qué bien. No sabes cuánto me alegra saberlo. —Me clavó la mirada con el rostro endurecido.

Pero su expresión cambió al ver sobre mi escritorio el portarretratos con una foto nuestra, de cuando éramos novios. Esa fue la única cosa que sobrevivió a mi ataque de furia, cuando hice la estupidez de deshacerme de todo lo que me recordaba a ella justo antes de subirme al jet privado de mi abuelo para volver a Nueva York.

Pero esa foto, en especial, nunca fui capaz de tirarla, y eso que lo intenté varias veces. Simplemente no pude.

—¿Te acuerdas de cómo nos divertimos ese fin de semana, Preta? —Tomé el portarretrato y deslicé la yema de los dedos sobre el rostro de la mujer más hermosa que ha pisado este planeta. Extrañaba esa época en la que podía tocarla y besarla cuando me diera la gana, sin miedo a que me mataran por eso.

—¡No! No me acuerdo de nada —respondió, manteniendo la pose dura, con la nariz en alto y los brazos cruzados sobre el pecho. Pero era evidente que, al igual que yo, recordaba cada maldito detalle de los momentos increíbles que compartimos.

Ese día en particular, Alabá me había llevado a acampar al punto más alto de Salvador, desde donde se veía toda la ciudad. De noche, con todas las luces encendidas, parecía un enorme y brillante árbol de Navidad. Dormir viendo ese paisaje, con mi chica entre los

brazos, fue mágico. Hicimos el amor toda la noche y al amanecer salimos abrazados de la carpa, desnudos, cubiertos solo por una manta de cuadros rojo y negro.

Fue justo en ese momento que tomamos la foto. Salió espontánea, con el pelo desordenado y la cara todavía hinchada por el sueño, pero se nos notaba la felicidad. Los rayos anaranjados del sol atravesaban el cielo e iluminaban nuestros rostros. Yo sonreía hacia la cámara, que sostenía en alto, mientras Alabá me miraba como solo te mira alguien que está locamente enamorado. De ese amor que solo te pasa una vez en la vida.

—Una lástima que no lo recuerdes porque para mí fue uno de los mejores momentos de mi vida. —La miré fijamente. Ella apartó la mirada en cuanto notó que estaba empezando a bajar la guardia.

Alabá no era de las que se rendían fácil, y eso me volvía aún más loco por ella. Todo en esa mujer me excitaba, incluso la rabia que me tenía.

—No cambies de tema, Oliver. Vine a hablar sobre mi hijo. —Golpeó mi escritorio, como si quisiera tapar el hecho de que era ella quien estaba desviando la conversación.

—Está bien. Pero si viniste con la intención de convencerme de que me aleje de Eliot, puedes ir saliendo por donde entraste. Esa charla la seguimos en el tribunal —fui directo al grano y señalé la puerta.

Rodeé el escritorio, me senté y empecé a mover papeles al azar, fingiendo que no me importaba, pero me temblaban las manos. Estar en la misma habitación que Alabá me sacaba de eje. Ella era la razón de mi locura. La verdad, no entiendo cómo carajo logré vivir tanto tiempo sin ella.

—No vine a pedirte que te alejes de tu hijo, Oliver. Al contrario: quiero que luches por él. —Me dejó en shock. La miré, pasmado.

—Tienes que estar bromeando, Alabá. Primero me metes una orden de restricción y ahora vienes a decirme que pelee por mi hijo. Sinceramente, no entiendo qué esperas de mí. —Abrí los brazos y me dejé caer en la silla, frustrado. Esa mujer tenía la habilidad de hacer mierda mi estabilidad mental.

Alabá tenía que decidirse: o me quería cerca o me quería lejos. Las dos cosas a la vez no iban.

—Nunca bromeo cuando se trata de mi hijo, Oliver. Es mejor que eso te quede claro.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión tan rápido? —El corazón me latía con fuerza. No quería ilusionarme, pero ¿y si por fin podíamos llegar a un acuerdo?

—Mi hijo no ha vuelto a sonreír desde que descubrió la verdad sobre su padre, y eso me está matando. Todas las noches lo escucho llorar antes de dormir, porque piensa que me dejaste por culpa de él. —Suspiró hondo, moviendo la cabeza, y luego se sentó frente a mí, visiblemente agotada.

Bajé la mirada. Me daba vergüenza sostenerle los ojos. Le había arruinado la vida a Alabá y ahora estaba haciendo lo mismo con la de nuestro hijo. Eliot era un niño feliz cuando lo conocí, y ahora ni siquiera podía sonreír. Todo por mi culpa.

—Lo siento tanto, no tienes idea de cuánto. Te juro que lo único que deseo es que Eliot sea el niño más feliz y más amado de este mundo —hablé con toda la honestidad que había en mí, y recé por dentro para que ella me creyera.

—Yo también quiero eso, Oliver. Y por ese único motivo estoy dispuesta a dejar de lado mi orgullo y mi rencor. Mi hijo necesita saber que no tiene la culpa de nada. Y tú eres quien tiene que convencerlo de eso. Ya que hiciste esta cagada, ahora vas a tener que arreglarla. —Me arrinconó, sin miramientos.

—Me parece más que justo, Alabá. Sé que me estás dando esta oportunidad por Eliot, pero igual estoy agradecido. Te prometo que voy a arreglar las cosas y jamás volveré a hacer algo que pueda herir a nuestro hijo. —Le toqué la mano sobre la mesa, pero ella la retiró de inmediato.

—Más te vale, Oliver Quent, o puedes ir diciéndole adiós a esa cosa que llevas entre las piernas. Porque cuando termine contigo, no va a haber Viagra en el mundo que logre levantar de nuevo a tu anaconda —amenazó con seriedad, aunque me dieron ganas de soltar una carcajada.

Pero me contuve. No quería irritar aún más a esa pantera negra, capaz de cualquier cosa por proteger a su cría. Incluso aliarse con el enemigo. O sea, yo.

—¿Entonces tenemos un trato, Preta? —Le tendí la mano.

—Tenemos, gringo. —Me la estrechó con firmeza—. Pero que te quede claro: esto es un voto de confianza, no voy a hacértela fácil. El que va a decidir si quiere o no tu presencia en su vida será mi hijo, no yo. No lo voy a obligar a nada que no quiera.

—Me parece totalmente justo, Preta. Pero creo que ya es momento de que dejes de referirte a él como "mi hijo" y empieces a decir "nuestro hijo". Ya no estás sola. Ahora yo estoy aquí.

—Yo hablo de mi hijo como se me da la gana. Llegaste recién y no tienes derecho a exigirme una mierda. Así que cierra el pico —me soltó, a la defensiva. Y lo entendía perfectamente.

—No sé cómo pedirte perdón por haber desaparecido todo este tiempo, Alabá. Sé que nada justifica lo que hice, pero por favor, déjame contarte mi versión de los hechos. —Me levanté y me agaché junto a su silla.

Como no respondió, seguí hablando:

—Yo también fui víctima en todo esto. De algún modo, mi abuelo se enteró antes que yo de tu embarazo y me hizo creer que era estéril. Por eso enloquecí cuando me lo dijiste. Su plan era separarnos y lo logró —intenté explicarle, pero su mirada dura dejaba claro que ya no le importaban los hechos. Para Alabá, el fin no justificaba los medios.

—¿Víctima? No me hagas reír, Oliver. —Se levantó y empezó a caminar por mi oficina, gesticulando con una risa entrecortada, casi histérica—. Me importa una mierda lo que haya dicho tu abuelo. Si de verdad me hubieras amado, me habrías creído y punto.

—¡Por Dios, Alabá! No es justo que seas tan dura conmigo. Era solo un maldito chico roto después de perder a mis padres. No pensaba con claridad. Realmente creí que no podía tener hijos, y cuando supe de tu embarazo me volví loco de celos. Pensé que me habías engañado. Al fin y al cabo, tú tenías una vida sexual bastante activa antes de conocerme y yo era apenas un virgen idiota —

intenté justificar lo injustificable, pero sabía que probablemente solo estaba empeorando todo.

Alejar a la gente para no salir herido me había hecho perder completamente la capacidad de lidiar con temas sentimentales. Nunca sabía qué decir ni cómo actuar. Y cuando se trataba de amor, directamente era un desastre.

—Si tanto te molestaba mi pasado, Oliver, ¿por qué carajo empezaste a salir conmigo, si desde el primer momento te dejé claro quién era?

—Porque te amaba, Alabá. Te amé desde el primer instante en que puse los ojos en ti y eso no cambió ni un poquito —solté lo que llevaba atascado en el pecho—. Pero no fue fácil para mí ser tu novio. Nunca te dije nada para no herirte, pero…

No fui capaz de terminar esa frase en voz alta, pero todo estaba ahí, en mi cabeza, quemándome por dentro.

—¿Pero qué, Oliver? Ahora que empezaste, termina lo que ibas a decir. —Se plantó frente a mí, con el pecho inflado de rabia, aunque ni ella misma sabía si estaba lista para escuchar lo que venía.

Pero ya había llegado demasiado lejos. Alabá no me iba a dejar salir de esa oficina sin soltarlo todo.

—Como quieras. —Me froté las manos, buscando las palabras correctas—. Cuando salíamos en grupo y tú no estabas cerca, había unos imbéciles que me tiraban en la cara que se habían acostado contigo. Y lo contaban con lujo de detalles, delante de todos. Pasó muchas veces, Alabá.

—¿Qué…? —Se cubrió la boca con las manos, avergonzada.

—Así fue. Todo el mundo me decía que me alejara de ti, que no eras "material para novia", solo para pasar el rato —le conté por encima. Si llegaba a repetir los nombres con los que se referían a ella, la destrozaría.

—¡Ahora todo tiene sentido, Oliver! —Sonrió con amargura—. Por eso armabas escándalos cada vez que íbamos a alguna fiesta, y después de un tiempo ni siquiera querías salir. Siempre inventabas alguna excusa para quedarnos en casa. —Alabá me dio la espalda para ocultar su incomodidad, y eso me hizo sentir muy mal.

Pero era importante que escuchara toda mi versión. Cuando recibí la noticia de su embarazo, además de pensar que no podía tener hijos, yo ya venía luchando con mis propios fantasmas desde que empezamos a salir. Todo ese pasado suyo me revolvía la cabeza. Cualquier chico en mi lugar habría creído que lo estaban engañando pero, aun así, eso no justificaba mi reacción.

Porque mi deber no era actuar como cualquier chico en la vida de Alabá. Mi deber era ser el hombre que iba a quedarse a su lado, sin importar las consecuencias.

—Quiero que sepas que no te estoy contando esto para que sientas lástima por mí, Preta. Solo quiero que te pongas en mi lugar, aunque sea una vez. Tenía demasiadas cosas en la cabeza en esa época y cometí un error al no confiar en ti, incluso con todo lo que había pasado. —Di un paso hacia adelante y toqué su hombro. Ella se dio la vuelta y yo tomé su rostro con una de mis manos abiertas.

—Por favor, Oliver, no hagas esto —suplicó, al borde de las lágrimas.

—Yo todavía te amo, y sé que tú también me amas. Así que olvidemos el pasado y empecemos de nuevo. Tenemos un hijo hermoso que merece crecer en un hogar feliz, con sus padres unidos. —La besé con todo lo que tenía, usando hasta la última de mis armas para convencerla de que aún podíamos tener nuestro final feliz.

—Lo siento, Oliver, pero nuestro tiempo ya pasó. Mejor dejemos las cosas como están entre nosotros —interrumpió mi caricia—. Sé un buen padre para nuestro hijo, con eso basta.

—Pero, Preta… —intenté insistir, pero me frenó en seco.

—No hay peros, Oliver. Tú y Eliot necesitan tener una conversación sincera de padre a hijo. Así que quiero que estés en mi casa hoy a las siete de la noche. Y no llegues tarde. —Acomodó el bolso bajo el brazo y se fue sin despedirse, llevándose mi corazón otra vez. Esta vez parecía que de verdad había renunciado a lo nuestro.

Pero no todo estaba perdido. Alabá me había dado una oportunidad con nuestro hijo, y no pensaba desaprovecharla por nada del mundo. Mientras construía un vínculo paternal con Eliot,

iba a aprovechar cada momento para reconquistar a su madre, paso a paso, demostrándole que todavía estábamos a tiempo de tener nuestro "felices para siempre".

No importaba cuánto me costara, yo iba a recuperar a mi Preta.



Oliver

Estaba tan ansioso por el encuentro con mi hijo que dejé que Matt y Rubi se arreglaran solos en la empresa y me fui a casa más temprano, pero no sirvió de nada, mis nervios solo aumentaban. Me tiré en el sofá e intenté relajarme viendo una película, pero no pasé ni de la primera escena. Entonces decidí tomar un poco, pero apenas llevé el vaso de whisky francés a la boca, lo pensé mejor y me arrepentí. No quería beber el mismo día en que tendría mi primera conversación de padre e hijo con Eliot. De hecho, iba a dejar el alcohol, no quería ser un mal ejemplo para el chico. Por eso agarré todas las botellas de licor caro del minibar y las tiré a la basura.

También iba a mandar decorar el departamento para que pareciera un verdadero hogar familiar feliz, y no la casa de un soltero aburrido que solo tiene comida vencida en la heladera y DVDs de películas para adultos. En realidad, haría algo mejor: compraría una casa de tres pisos con un patio enorme y montaría un cuarto increíble para cuando mi hijo viniera de visita.

Tranquilo, Oliver. Ni siquiera sabes cómo va a reaccionar el niño contigo hoy.

Intenté controlarme, pero solo aguanté hasta pasar frente a una juguetería de camino a la casa de Alabá y terminar entrando. Compré todo lo que vi para Eliot y un poco más. Fueron tantos juguetes que tuve que pedir que los enviaran después, pero elegí un avión de combate a control remoto para llevarle hoy, envuelto en un paquete azul muy bonito. Una vez mi hijo me dijo que le encantaban

todo tipo de aeronaves y que quería aprender a pilotar como yo, y yo estaría encantado de enseñarle algún día.

Pensé en pasar por una joyería y comprarle algún regalo a mi Preta. Dudaba entre un collar de perlas o uno de diamantes. Pero lo más probable era que me ahorcara con él o me lo metiera en un lugar nada agradable, así que mejor lo dejé pasar.

—Todo va a salir bien, Oliver. —Me acomodé la camisa y me peiné con los dedos antes de tocar el timbre en la casa de Alabá.

Nunca estuve tan nervioso, ni siquiera cuando asumí la presidencia de la empresa de mi familia en una reunión con los inversionistas más exigentes del mercado de la construcción. Eran hombres mayores, con décadas de experiencia, y tuve que dar lo mejor de mí para ganarme su confianza. Y lo logré con honores. Haría lo mismo con mi hijo.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche con esa cara de idiota o vas a entrar, gringo? —Alabá vino a abrirme con el cabello mojado. Estaba tan perdido en mis pensamientos que ni me di cuenta de que ya había abierto la puerta y me miraba como si fuera un imbécil.

Tragué saliva al mirar hacia abajo y ver sus pechos grandes moviéndose sin sostén bajo un blusón blanco que le llegaba a medio muslo. Recién salida de la ducha, olía a lavanda. Tuve que contener la respiración, porque si no la iba a agarrar ahí mismo en la puerta. Estaba tan perfumada que me hizo estremecer.

La desgraciada vino a abrir vestida así a propósito solo para provocarme. La oportunidad que me dio con nuestro hijo no iba a salir barata. Si conocía bien a Alabá, sabía que iba a castigarme todo lo que pudiera. Esa mujer, además de hermosa y jodidamente sexy, era vengativa.

—Perdón, Preta, ¿puedo pasar? —No dijo nada, solo dio un paso al costado para que entrara.

—El cuarto de Eliot es la segunda puerta a la derecha. Aceptó verte porque insistí mucho. Pero si vuelves a hacerle daño, te juro que saldrás de esta casa sin un miembro importante de tu cuerpo, Oliver Quent. —Sacó un cuchillo de detrás del cuerpo, no sé de dónde lo tenía escondido, y puso la punta sobre mi entrepierna. Tragué en seco.

Estaba enamorado de una mujer completamente loca, ¡Dios mío! Primero me disparó con una escopeta, después intentó quemarme con una moqueca de camarones y ahora amenazaba con cortarme la verga.

Estás bien jodido, Oliver.

—Si fuera tú, tendría cuidado con mi amiguito de abajo, Alabá, porque todavía podrías necesitarlo —dije con una sonrisa burlona, jugando con fuego.

—No voy a repetirlo, imbécil, así que no juegues conmigo —dijo mientras me agarraba el miembro y lo apretaba con tanta fuerza que casi me explotan las pelotas. Solté un gemido, rojo de tanto dolor.

—Ya entendí el mensaje, Alabá. ¿Puedo hablar con mi hijo ahora? —pregunté casi sin aliento.

—¡Puedes! —Soltó mi entrepierna y sonrió como esos psicópatas de película de terror. Pasaba el dedo por la punta del cuchillo como si estuviera comprobando si estaba lo suficientemente afilado para desmembrar un cuerpo si fuera necesario.

—Con permiso. —Salí corriendo de al lado de la loca y me dirigí al cuarto de Eliot.

Mientras pasaba por la sala, sonreí al percibir el aroma a incienso por toda la casa. A Alabá siempre le gustaron esas cosas místicas. La estatua espantosa de un Buda sentado sobre un elefante gigante al inicio del pasillo lo demostraba. Siempre decía que cuando nos casáramos, nuestra casa parecería un museo lleno de adornos exóticos y no sé qué más. Sin embargo, además de esas obras de arte algo kitsch, las paredes estaban repletas de cuadros con fotos de Eliot, desde que era un recién nacido hasta ahora.

Fue muy emocionante poder seguir cada etapa de la vida de mi hijo, aunque fuera solo a través de fotos. Creció siendo un niño sano y feliz. No había una sola imagen donde no estuviera sonriendo.

—Llegó el gran momento —me dije en voz baja al tocar la puerta del cuarto de Eliot.

—Puedes pasar —dijo una vocecita infantil con un tono nada amigable desde adentro.

Me sentí intimidado por un niño de nueve años, pero no retrocedí. Abrí la puerta despacio y me encontré con la espalda de

un pequeño sentado en su cama. Llevaba un buzo negro con la capucha puesta y la cabeza agachada.

—Hola, hijo. ¿Cómo estás? —Me acerqué dando pasos lentos.

—Estaba bien antes de que usted llegara, así que si quiere puede irse, señor Quent —disparó de entrada, aunque ya esperaba bastante resistencia de su parte.

—¿Ni siquiera quieres ver el regalo que te traje? —Jugué la única carta que tenía en la manga.

Eliot giró el cuello y me miró por encima del hombro con los ojos vidriosos.

—No quiero nada que venga de usted, señor Quent. Así que quédese con ese regalo idiota y de paso llévese también ese gato biónico ridículo. Ya no me gusta. —Frunció los ojos y ensanchó las fosas nasales, lo que supuse era su intento de parecer enojado, pero a mí me pareció adorable.

Saltó de la cama, agarró al pobre bicho de metal que estaba recostado sobre un cojín en la esquina del cuarto y prácticamente me lo tiró a la cara. En vez de sentir tristeza, me causó gracia. Incluso enfadado, Eliot era igualito a su madre.

—Está bien, Eliot. Si ya no quieres ser amigo del gato biónico, perfecto. Me lo llevo —usé psicología inversa, y funcionó, porque los labios de mi hijo temblaron y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Más vale que sepa que a Mascota hay que cargarlo al menos dos veces al día, si no se pone débil. Le gusta pasear en bicicleta conmigo y jugar con la pelotita de lana que compró mamá. —Se metió debajo de la cama, sacó la bola de lana verde oscura y me la extendió—. Tome, señor Quent, puede llevársela. Después le mando el resto de sus cosas —dijo, con la nariz congestionada. Mi corazón se encogió, Eliot cuidaba a ese robot como si fuera una mascota de verdad.

—No puedo hacer esas cosas con el bichito porque soy un hombre muy ocupado en el trabajo, hijo. Así que lo voy a tirar a la basura cuando salga de aquí... o quizá se lo dé a otro niño, ¿qué opinas? —mentí, arqueando una ceja.

—¡NO! —gritó—. Mejor déjelo que yo me encargo. —Me quitó el gato de las manos y lo volvió a poner recostado sobre el cojín. Me di

cuenta de que todo el tiempo sus ojitos curiosos miraban el paquete azul que llevaba en las manos.

Pero Eliot era demasiado orgulloso para pedirme que lo abriera. Eso, sin duda, lo heredó de mí.

—¡Buena idea, Eliot! —Le sonreí, pero él giró el rostro y fue a sentarse en el piso para jugar con una caja enorme de piezas de Lego.

Mientras mi hijo me ignoraba por completo, observé algunas construcciones hechas con piezas de Lego que tenía a su alrededor. Creo que era un verdadero fanático, y a su edad, yo también lo era. Me sentí muy orgulloso al ver las técnicas brillantes que había usado en las fachadas de los edificios y casas, con una combinación perfecta de colores. Había creado un estacionamiento para autos y una zona de piscina. Si mi padre viera eso, diría que estábamos ante un prodigio de la ingeniería. Le encantaría conocer a su nieto y aseguraría que ese niño era un verdadero Quent hasta el último cabello.

Me dolía saber que mis padres jamás podrían conocer a Eliot, mientras que mi abuelo tuvo la oportunidad de formar parte de la vida de su bisnieto y no dudó en desperdiciarla. Es lamentable.

—¿Está bien si me siento aquí en el piso contigo, Eliot? —pregunté. Su respuesta fue encogerse de hombros como diciendo:

"*Me da igual".*

Pero al menos no fue un no, así que me sentí satisfecho. Dejé su regalo sobre la cama y me senté junto a él.

—Entonces, hijo, ¿qué estás construyendo hoy? —pregunté con verdadero interés. Todo lo relacionado con construcción siempre me fascinó.

—No es asunto suyo. ¿Por qué sigue aquí, señor Quent? Y deje de llamarme hijo, porque no lo soy. —Derribó su construcción de Lego, esparciendo las piezas de colores por todos lados.

Me sentí fatal. No por mí, sino por ese niño que sufría a mi lado, cargando con el peso de un pasado que ni siquiera le pertenecía.

Es increíble cómo una mentira puede arruinarle la vida a uno y a las personas que ama. Yo jamás perdonaría a mi abuelo por eso.

—Perdóname por no haber estado aquí cuando tú y tu mamá más me necesitaban, Eliot. Pero te prometo que no voy a volver a irme nunca más, me voy a quedar y cuidar de ustedes dos para siempre —dije con la voz entrecortada. Deseaba con todas mis fuerzas que mi hijo creyera en mí.

Dicen que la paternidad cambia a un hombre, y después de conocer a Eliot, solo habitaban buenos sentimientos dentro de mí. Me había vuelto alguien emocional, que no pensaba en nada más que en convertirme en una figura paterna íntegra, alguien en quien mi hijo pudiera mirarse cuando fuera adulto.

—Mamá y yo nos las arreglamos muy bien sin usted, así que puede irse o hasta morirse, si quiere. Me da igual —dijo abrazando las piernas y cubriéndose el rostro con la capucha del buzo.

Eliot realmente estaba decepcionado de mí, pero no más que yo mismo.

—No digas eso, hijo. Sé que estás enojado conmigo, pero no digas cosas de las que podrías arrepentirte después. —Negué con la cabeza mientras los recuerdos del pasado regresaban con fuerza—. Hace mucho tiempo, yo también me enojé con mis padres y ni siquiera recuerdo por qué. Solo recuerdo que les grité algo horrible antes de salir dando un portazo, y nunca más los volví a ver. —Cerré los ojos con fuerza, dolía demasiado recordar ese día.

—¿Qué les dijiste a tus padres? —preguntó Eliot, mirándome de reojo.

—Les grité en un momento de rabia que ojalá se murieran. Unas horas más tarde recibí la noticia de que habían tenido un accidente de auto y que habían muerto. —No aguanté más y me largué a llorar. Nunca le había contado eso a nadie, por vergüenza.

Además de tener que vivir con el dolor de haber perdido a mis padres sin la oportunidad de decirles una última vez cuánto los amaba, también cargaba con la culpa de esas palabras horribles que les dije. Nunca me perdoné. Siempre había sido un buen hijo, amoroso, obediente. Pero justo ese día decidí jugar al rebelde y me fui a pasar el día en casa de un amigo que vivía en las afueras. Estábamos en medio de un asado con otros chicos cuando dos guardaespaldas vinieron a buscarme. No me dijeron nada, y yo no

tuve el valor de preguntar. Solo los seguí, porque sabía que algo muy grave había pasado.

Lo supe con certeza cuando llegamos a casa y vi a mi abuelo Arthur llorando. Él era el tipo de hombre que nunca lloraba. Me abrazó y dijo que lo sentía mucho. Eso bastó para saber que no volvería a ver a mis padres jamás.

—No llores, papá. Yo no quiero que te mueras de verdad. ¡Perdón! —Eliot me abrazó y yo lloré todavía más. Fue la primera vez que mi hijo me llamó "papá", y ahora mis lágrimas eran de alegría.

—Lo sé, hijo. No tienes que disculparte. —Lo apreté con fuerza entre mis brazos, y por mí no lo soltaba nunca más.

—Sí tengo que hacerlo. Fui grosero. Y un hombre de verdad asume sus errores, igual que tú hiciste al venir aquí a hablar conmigo y pedir perdón. —Usó la manga de su buzo para secarme las lágrimas, un gesto generoso y extremadamente tierno.

—Perdón por llorar delante de ti, Eliot —intenté recomponerme, pero no podía. Era demasiada emoción para un solo momento.

—No pasa nada. mamá me enseñó que llorar delante de los demás no te hace menos hombre, sino que demuestra que tienes sentimientos —explicó con una madurez asombrosa para un niño de nueve años, mientras recogía las piezas de Lego que había tirado por el cuarto en su breve momento de furia.

Qué orgullo ser el padre de ese niño. Alabá hizo un gran trabajo con nuestro hijo, lo convirtió en una criatura increíble, tan amorosa.

—Tu mamá tiene razón. Pero creo que será mejor que arreglemos este desastre antes de que lo vea y se enoje con nosotros. —Le sonreí, y él me devolvió la sonrisa. Juntos ordenamos sus juguetes.

—Cuando terminemos, ¿podemos construir un centro comercial de Lego como el que ibas a construir aquí? ¿Qué te parece?

—Tengo una idea aún mejor, hijo. ¿Qué tal si armamos una pista de aterrizaje para poder usar el avión de combate que te traje? —Agarré el paquete que estaba sobre la cama y lo levanté para mostrárselo.

Eliot miró el regalo con las manos inquietas por abrirlo. Unos segundos después, no aguantó más y lo aceptó.

—Está bien, pero ya no quiero más regalos. No soy un interesado. —Se tiró en la cama y abrió el paquete a la velocidad de la luz. Solté una carcajada, me encantaban sus frases ingeniosas.

Fingí estar de acuerdo, pero en realidad pensaba malcriar a Eliot todo lo que pudiera para compensar los últimos diez años que pasé lejos de él.

—Y entonces, ¿qué opinas, campeón? —pregunté ansioso. Quería de verdad que le gustara.

—¡Está buenísimo! Parece de verdad. ¿Tú sabes pilotar uno de estos también, papá? —Me llamó "papá" por segunda vez, y me quedé sin palabras. Solo podía mirarlo, completamente embobado.

Él era la mejor parte de mí.

Un sueño hecho realidad.



Alabá

Pegué el oído contra la puerta del cuarto de Eliot con la esperanza de escuchar lo que pasaba ahí dentro. Llevaban horas hablando él y Oliver, y eso me tenía preocupada. Ya me había tomado dos tazas de té, visto el capítulo de la novela de las nueve y leído varias páginas del libro *Toda tuya*, de Sylvia Day, y esos dos no daban señales de vida. Pensé en golpear la puerta, pero no fue necesario porque oí la manija girar y salí corriendo en puntas de pie de vuelta al living. Al pasar junto a la mesa ratona, agarré el libro que estaba encima y me tiré al sofá. Con toda la cara dura del mundo fingí que estaba metida en la lectura justo cuando apareció Oliver.

El idiota seguía sonriendo y eso realmente me irritó, pero no dejé que se notara, seguí actuando.

—¿Cómo estuvo la charla entre ustedes? —pregunté como si no me importara demasiado.

Sin despegar los ojos de la página del libro, estiré el brazo, tomé la taza con el resto del té de hacía como tres horas, y le di un sorbo con el meñique levantado, haciéndome la elegante. Pero puse una mueca cuando el líquido frío tocó el esmalte de mis dientes ultrasensibles.

—Fue increíble, Alabá. Hicimos las paces, jugamos A un montón de cosas, después lo acosté y le leí un cuento para dormir —contó con una sonrisa de oreja a oreja, como si no creyera que todo se hubiera resuelto tan fácil con el hijo.

Ni yo me lo creía.

—¿Qué hiciste? —pregunté, para asegurarme de haber escuchado bien.

—Le leí un cuento a nuestro hijo para que se durmiera, Preta. ¡Ah! Y antes de que se me olvide, le prometí a Eliot que lo llevaría a ver una exhibición de aviones de combate este fin de semana. —Se rascó la nuca, incómodo al notar mi expresión incrédula—. Eso si tú estás de acuerdo, claro, pero no hace falta que me respondas ahora —agregó, midiendo sus palabras.

—Tranquilo con eso, gringo. A ver si entendí bien: ¿tú abandonas a Eliot por todos estos años y él te perdona así de rápido, y ya hasta tienen planes para el fin de semana? —fue una pregunta retórica, pero igual iba a contestarme.

—¡Sí! ¿No es maravilloso? Incluso me llamó papá varias veces. Es surreal el vínculo que hay entre nosotros, algo de padre e hijo. Tú no lo entenderías. —Se metió las manos en los bolsillos y torció la boca, burlándose de mí. Recién llegaba y ya se creía el padre del año.

¿Y esa historia de que Eliot ya lo estaba llamando "papá"? Inaceptable. Una vez, este niño se quedó sin hablarme bien por más de una semana solo porque le confiscamos la bicicleta hasta nuevo aviso. Y teníamos un buen motivo: estaba andando en una sola rueda y yo temía que se cayera y se lastimara.

—¿Quieres decir absurdo, no es así, Oliver? Yo crié sola a ese mocoso traidor, sufrí, lloré y me comí el pan que el diablo amasó, para que ahora tú llegues aquí y lo engatuses sin el menor esfuerzo —grité, temblando de rabia.

—Yo no engatusé a nuestro hijo, Preta. Qué cosa tan fea dices. —Puso cara de santo, pero yo conocía demasiado bien al diablo rubio que tenía enfrente.

—Fea es tu cara dura, querido. Aunque ni sé por qué me sorprendo, eso es muy típico de ti. Comprar a la gente con tu maldito encanto y tus regalos caros —escupí entre dientes.

—No podría comprar a Eliot ni aunque lo intentara, Alabá. Él dejó bien claro que no es un interesado, y el regalo que le traje hoy fue el último que aceptaría —hablaba mientras sonreía, como si

recordara el momento—. Hiciste un excelente trabajo con nuestro hijo, felicidades —dijo en un intento por aplacarme, pero a mí su encanto ya no me embaucaba.

—Parece que no me esforcé lo suficiente, ¿no? Porque después de todo lo que hiciste, él te perdonó con un chasquido de dedos. —Mi boca se transformó en una línea dura. Estaba muerta de celos por toda esa conexión entre ellos y no podía ocultarlo.

—De verdad que no te entiendo, Alabá. Pensé que te alegraría saber que Eliot y yo nos llevamos bien, pero en vez de eso te pones a armar una escena. —Apretó la mandíbula.

Me puse como una fiera al escucharlo, porque "escena" es justo la palabra que usan la mayoría de los padres para descalificar a las madres cuando les echamos en cara toda la presión de tener que trabajar, cuidar la casa, criar a los hijos y aún así hacer espacio para el marido. Y aun así, los muy caraduras creen que no hacemos suficiente, como si fuera nuestra obligación solo por ser mujeres.

La verdad es que cuando se trata de hijos, ser madre es un trabajo de tiempo completo. Pero para muchos hombres, con suerte, es un empleo de medio tiempo. Y eso si no desaparecen apenas se enteran del embarazo, dejándole toda la responsabilidad a la mujer como si ella hubiera hecho al niño sola.

—No estoy haciendo ninguna escena, Oliver. Solo estoy analizando los hechos.

—Sí, estás siendo dramática, como siempre. Te conozco como la palma de mi mano, Alabá —dijo entre dientes, apretando la mandíbula.

—¿Ah, sí? ¿Y tú crees que me conoces de verdad? Porque yo lo dudo mucho.

—Claro que sí. Tienes esa manía de empezar una pelea sin ningún motivo, solo porque las cosas no salieron como tú querías. Lo que, en este caso, no tiene sentido, porque lo más importante es la felicidad de Eliot, incluso por encima de las heridas del pasado —me dio una lección con esa pose de superioridad, como si un cobarde como él tuviera derecho a hacerlo.

Aunque esta vez, el maldito tenía razón. Pero jamás lo admitiría en voz alta.

—Yo mejor que nadie lo sé, Oliver, y estoy feliz de que tú y Eliot se estén llevando bien, pero también muy molesta por el hecho de que tú siempre consigues lo que quieres con tanta facilidad —lo ataqué, pero él volvió a sonreír. Creo que nada en el mundo le quitaría esa cara de papá embobado.

Puse los ojos en blanco con un bufido y fingí que retomaba la lectura de mi libro, un mensaje clarísimo de que quería que se fuera de mi casa ya mismo, porque no soportaba más su buen humor.

—Qué bueno que lo sabes, Preta. Porque solo me falta una cosa para que mi felicidad sea completa. —Se inclinó, me miró a los ojos y me robó un beso en la mejilla.

—¡Sigue soñando, cariño! —Me limpié el lugar donde había dejado el beso.

Tenía que aguantar al gringo en la vida de mi hijo, pero en la mía era otro tema muy distinto. Equivocarse una vez, vaya y pase, pero tropezar dos veces con la misma piedra sería de una estupidez monumental. Oliver y yo venimos de mundos completamente diferentes y nunca funcionaría. La verdad era que él nunca confiaría en mí al cien por ciento por mi fama de "puta" en la adolescencia, así que era solo cuestión de tiempo para que me dejara otra vez. Si no hubiera sido por la mentira de su abuelo, habría sido por cualquier otro motivo que le despertara algún trauma respecto a mi pasado.

Porque los celos de Oliver siempre serían más grandes que el amor que decía sentir por mí. Si no fuera así, no me habría abandonado justo cuando más lo necesitaba.

—Ya veremos, Preta. Por cierto, tu libro está al revés. Que tengas buenas noches. —Me guiñó un ojo con sorna y se fue silbando, el muy hijo de puta.

—¡Te odio, Oliver Quent! —Lancé el libro contra la pared, furiosa, y después corrí a recogerlo para ver si se había arruinado la tapa.

Mi amado Gideon Cross no tenía la culpa de que el padre de mi hijo no valiera una mierda. Qué pena que esos personajes literarios tan hermosos que crean las autoras no existan en la vida real,

porque eso nos facilitaría mucho las cosas a nosotras, pobres lectoras.

—¡Y vaya que lo haría! —Abracé mi ejemplar de edición especial de tapa dura.

Antes de irme a la cama y seguir leyendo un poco más, decidí pasar por el cuarto de mi pequeño para ver cómo estaba. Para llegar hasta su cama tuve que atravesar un campo minado de construcciones de Lego de distintos modelos, muy bien ejecutadas. Se notaba que ahí había mano de un profesional. Ahora entendía en qué habían estado metidos Eliot y Oliver durante tanto tiempo encerrados.

—Buenas noches, mi amor. Que tengas lindos sueños. —Le di un beso en la frente y le acomodé el edredón.

En lugar del gato biónico que solía tener a los pies de la cama, Eliot dormía abrazado al avión de combate que su padre le había traído. Tenía una expresión tan relajada, tan feliz. Por más que me costara admitirlo, la presencia de Oliver le estaba haciendo bien. De hecho, ya le hacía bien. Entre ellos había un lazo fuerte, y eso no solo me daba celos, también me preocupaba. Tenía miedo de que mi hijo dejara de quererme o que se deslumbrara con todo lo que la fortuna de los Quent podía ofrecerle y perdiera su esencia: su bondad, su humildad.

—Pero no voy a dejar que eso pase, hijo —le prometí a él y a mí misma.

Rezaría y velaría para que Eliot siguiera siendo ese niño generoso y mucho más bondadoso que yo, tan noble que fue capaz de perdonar con tanta facilidad al hombre que nos hizo pasar por tantas dificultades y se fue a vivir su vida del otro lado del mundo sin una pizca de remordimiento. Pero eso fue hace mucho tiempo y quizás Oliver había cambiado de verdad. Tal vez llegaría a ser un gran padre para nuestro hijo, porque si no, sería peor para él.

Al final desistí de ir a mi cuarto. Guardé el libro debajo de la cama de Eliot, me metí bajo el edredón con él y abracé a mi bebé con fuerza, como hacía cuando era chiquitito y dormía conmigo todas las noches. Me quedé dormida rápido. Estaba agotada, había sido un día cargado de emociones.

—Me estás aplastando, mamá. —Desperté con una vocecita apagada, no sabía de dónde venía. Mi hijo estaba todo encogido debajo de mí, el pobre.

Eliot había crecido muy rápido y yo ni me había dado cuenta. Necesitaba comprarle una cama más grande con urgencia.

—Perdón, mi amor. Me metí en tu cama anoche porque extrañaba dormir abrazadita a mi bebito hermoso. —Le hice cosquillas.

—Está bien, mamá. Puedes dormir aquí cuando quieras. Me gusta tu abrazo. Y tu sonrisa. ¡Ah! Es la más linda de todo el mundo. No, mejor dicho, de todo el universo —dijo entre bostezos. Aún tenía sueño.

—Qué cosa más hermosa, mi amor. Pero dime la verdad: ¿eso te lo mandó a decir Oliver antes de que me pidas permiso para ir al paseo que organizaron para el fin de semana? —Levanté la ceja.

—¡Ay, mamá! Mi papá ya me había dicho que eres la chica más lista que conoce. —Se dio una palmada en la frente.

Sentí algo raro al escucharlo llamar "papá" a Oliver. No fue algo malo. Solo extraño. Esa palabra casi nunca se decía en esta casa, pero de ahora en adelante las cosas iban a cambiar y yo tendría que adaptarme. Mi hijo se dio cuenta de que me puse seria de repente, así que se acostó boca abajo, apoyó los codos en la cama y me observó más atento.

—¿Te pusiste triste porque lo llamé papá, verdad? Perdón, es que me salió sin querer. Sé que no te cae bien el señor Quent, entonces yo tampoco voy a quererlo. —Se encogió de hombros, desanimado.

Se me partió el alma al oírlo decir eso. Mi hijo lo quería, eso era evidente. Pero estaba dispuesto a alejarse de él solo para no lastimarme. Y eso jamás lo iba a permitir. Una cosa era mi problema con Oliver, y otra muy distinta era la relación de Eliot con él. Por más furiosa que estuviera, iba a aceptar al desgraciado en nuestras vidas.

—La verdad es que sí, hijo. El señor Quent no me cae muy bien. —Torcí la boca en una mueca graciosa y Eliot se rió—. Pero es tu papá, y mientras sea presente y bueno contigo, por mí está bien.

Puedes llamarlo como quieras, ya me iré acostumbrando a esta nueva etapa en nuestras vidas. —Le acaricié los rizos con los dedos.

—¿Estás segura, mamá? —Frunció el ceño, dudando.

—Sí, hijo. Y para demostrarlo, te prometo que voy a pensar lo del paseo que planeaste con tu papá para el fin de semana. —esbocé una sonrisa forzada. La idea no me encantaba, pero tenía que empezar a darles espacio para acercarse más.

—¡Yujuuu! Eres la mejor mamá de todas. —Se tiró encima de mí y me abrazó.

—Ok, campeón, ahora ve a prepararte para la escuela.

—¡Sí, señora! —Me dio un beso en la mejilla y se fue cantando y bailando una canción de Harmonia do Samba rumbo al baño. Se había transformado en otro niño desde que hizo las paces con su padre.

Eliot estaba más liviano, más feliz, como si hubiera cumplido un sueño que ni siquiera sabía que tenía hasta que se hizo realidad. Nunca se había quejado de no tener papá, pero ahora que lo tenía, estaba radiante.

—Hora de levantarse, Alabá. El trabajo te espera. —Me arrastré fuera de la cama, me dolía todo el cuerpo por haber dormido hecha un ovillo en la cama de mi hijo.

Después de preparar el desayuno, como siempre, mandé a Eliot a la escuela. Me bañé, me arreglé y fui al trabajo. Alexander me habló lo justo y necesario durante toda la mañana. Estaba molesto conmigo porque permití que Oliver se involucrara en la vida de mi hijo. Hice todo lo posible para que entendiera mi postura, pero era demasiado terco. A mí tampoco me encantaba la situación, pero aunque llegáramos a pelear en la justicia, al final el juez fallaría a favor del gringo, porque, le gustara o no, era el padre biológico de Eliot y tenía sus derechos ante la ley de los hombres, porque ante la de Dios, yo todavía tenía mis dudas.

Además, mi hijo ya había sufrido bastante desde que supo la verdad sobre su padre, y yo sería una madre de mierda si impedía aún más que se acercaran. Viendo lo feliz que estaba esta mañana, supe que tomé la decisión correcta.

—¿Cuándo vas a volver a hablarme como antes, Alexander? —Esperé a que saliera a fumar al patio del fondo del restaurante y lo seguí. Ya había pasado el horario del almuerzo y todo estaba tranquilo.

—Solo necesito un tiempo, Alabá. Siento que ya no tengo lugar en tu vida. Dos está bien, pero tres es demasiado. Alguien tiene que hacerse a un lado. —Dio una larga calada y soltó el humo al aire.

—Mira, Alex, voy a ser muy sincera contigo. Solo estoy aceptando la presencia de Oliver en nuestras vidas por el bien de mi hijo. No quiero nada con él ni con ningún otro hombre en este momento. Lo siento, de verdad. Pero creo que esto de una relación entre nosotros no va a funcionar. Tú te mereces a alguien mejor, alguien sin el peso del pasado. Tendría que habértelo dicho antes, pero no sabía cómo sin lastimarte. —Me llevé las manos a la espalda y bajé la mirada, me sentía muy mal. Quería poder querer a Alex como él merecía.

Pero, lamentablemente, una no puede mandar en el corazón. Si pudiera, ya habría olvidado hace rato a cierto gringo hijo de puta.

—En el fondo, siempre lo supe, Alabá. Solo que no quería aceptarlo. —Tiró el cigarro al suelo y lo apagó con la suela del zapato.

—Te aprecio mucho, Alex, y no quiero perder tu amistad por nada del mundo. Me encanta tu compañía, y lo que logramos juntos en la cocina es pura magia.

Se quedó en silencio un rato, su expresión era difícil de descifrar.

—Creo que ser solo amigos está más que bien para mí. Solo no me pidas que me aleje de Eliot. Ese niño es como un hijo para mí.

—Jamás haría eso, Alex. Mi hijo te adora. Y además, siempre fuiste y vas a seguir siendo la mejor figura masculina que ha tenido en su vida. —Le tomé la mano y le sonreí.

—Bueno, si lo dice la jefa, estoy completamente de acuerdo. Ese gringuito va a tener que sudar la gota gorda si quiere sacarme de la vida de nuestro niño —dijo en tono juguetón mientras se acomodaba el pañuelo negro en la cabeza. Sentí un alivio enorme al haber aclarado las cosas entre nosotros.

—Deja de ser tan arrogante, hombre. —Lo abracé. Fue muy lindo recuperar a mi amigo.

—Qué escena tan bonita, pero llegó un grupo de amigos a almorzar, así que vuelvan a la cocina ustedes dos. —Vanessa vino a buscarnos con su típico tono brusco.

—Sí, señora Vanessa. Usted manda. —Alex la tomó del cuello y la arrastró adentro del restaurante. Había vuelto a ser el cocinero bromista de siempre.

—¡Suéltame, Alexander! Me vas a hacer caer, idiota. —Vanessa soltó una carcajada. Me quedé observando la escena, agradecida de que, al menos en el trabajo, todo volvía a ser como antes de que Oliver entrara a nuestras vidas repartiendo veneno por donde pasaba.

Me quedé atrás porque mi celular empezó a vibrar en el bolsillo del delantal. Era un representante de Hacienda. Con todo el caos que venía pasando en mi vida, se me había olvidado por completo que el plazo para regularizar la deuda del impuesto del caserón estaba por terminar, y yo ni siquiera había conseguido juntar la mitad del dinero.

—Disculpe la molestia, señora Alabá. Pero hay unos documentos que necesitan su firma cuanto antes.

—¿Qué documentos son? Pensé que todavía me quedaban unas semanas de plazo para pagar la deuda.

—¿De qué está hablando? La deuda ya fue saldada por el área financiera de las empresas Quent. Ya no tiene que preocuparse, no va a perder su propiedad —explicó, dejándome completamente desconcertada.

Quedé tan aturdida con semejante revelación que me saqué el celular de la oreja y me quedé paralizada. Oliver había pagado la deuda del caserón, y yo no podía aceptar esa afrenta de ninguna manera. ¿Quién carajos se creía ese cretino para meterse así en mi vida? Él era el padre de mi hijo, no mi marido. No quería que se involucrara en mis problemas, prefería perder todo antes que aceptar un solo centavo de su maldito dinero.

—¿Señora, sigue ahí? —preguntó la empleada con tono preocupado. Me recompuse y volví a hablar.

—Sí, sí, disculpe. Prometo que pasaré por ahí en cuanto pueda para resolver lo del caserón. Muchas gracias.

—La estaremos esperando, que tenga un buen día. —Cortó la llamada.

Volví al trabajo hecha una furia, pero no dejé que nadie se diera cuenta. Esperé hasta mi hora de descanso por la tarde, agarré mi pequeño auto blanco del garaje y fui directo a la empresa de Oliver a armar el escándalo, pero él no estaba. Su asistente, Rubi, me dijo que el jefe se había tomado el día libre para hacer algo importante, aunque no dijo qué. Aun así, no me di por vencida. Como el ático del gringo no quedaba lejos, decidí pasar por allí. El portero me dejó entrar sin problemas porque se acordaba de mí de la vez anterior. Subí al ascensor apretando el bolso contra el pecho y sin apartar los ojos del panel, mirando los números rojos en aumento.

Cuando llegué al último piso, bajé del ascensor, caminé a paso firme por el pasillo y golpeé la puerta con insistencia, pero nadie atendió. Decidí irme. Después de dos intentos fallidos de encontrar a Oliver, estaba claro que ese no iba a ser el día de mi berrinche.

—Ey, Alabá, ¿estás bien? —Apenas di dos pasos, escuché su voz ronca detrás de mí.

Maldita la hora en que me di vuelta para mirar al diablo rubio. El tipo era una verdadera tentación esa tarde. Tuve que apoyar la mano contra la pared para no caer redonda. Oliver llevaba un jean de tiro bajo y estaba sin camisa. Tenía un cinturón de herramientas de carpintería en la cintura, pero ni siquiera me fijé en eso: estaba demasiado ocupada babeando por su pecho ancho, con gotitas de sudor deslizándose por sus músculos definidos. El gringo parecía un stripper disfrazado de obrero, y no pude evitar imaginarme sentada en un sillón de cuero rojo, con las piernas cruzadas, viendo a ese hombre delicioso hacer un baile erótico solo para mí.

—Estoy perfectamente, Oliver. Solo vine a hablar de una cosa, pero parece que estás ocupado, así que vuelvo en otro momento. ¡Adiós! —dije mientras me alejaba. Era imposible tener cualquier tipo de conversación con él vestido así, que no fuera sexual.

Mi mente era una película porno, y él el actor principal.

—Tranquila, Preta, espera —intentó detenerme, pero fingí que no lo escuché y empecé a correr.

—Dale, carajo. —Casi hundo el botón del ascensor de la fuerza con que lo apreté. Apenas se abrieron las puertas, entré y por fin pude respirar tranquila.

Me había salvado de una situación embarazosa que yo misma había provocado. Últimamente tenía las hormonas a flor de piel, especialmente las sexuales.

—Para ti nunca estoy ocupado, Preta. —Oliver metió el pie justo cuando las puertas estaban por cerrarse. Estaba tan cerca que, si estiraba la mano, podía tocarle esos abdominales sudados.

Tragué saliva.

—Mejor dejamos esto para otro día, estoy atrasada para volver al trabajo. —Presioné el botón para bajar, pero el gringo no quitó el pie.

Sonreía como si nada, mostrando todos esos dientes perfectos, casi transparentes de tan blancos. El hijo de puta se estaba divirtiendo con mi incomodidad.

—¿Para qué dejar para mañana lo que podemos resolver hoy? Además, quiero tu opinión sincera sobre algo en lo que estuve trabajando toda la noche para nuestro hijo. Así que olvídalo, no te vas hasta que entres a tomar un café conmigo. —Se apoyó contra la pared del ascensor y cruzó los brazos, haciendo que sus músculos se marcaran aún más. Como si ya no fuera suficiente provocación, se mordió el labio inferior de una forma terriblemente sexy.

Ese hombre iba a acabar conmigo.

—Está bien. Pero solo puedo quedarme unos minutos. —Pasé junto a él con la nariz en alto, sin necesidad de mirar atrás para saber que Oliver venía sonriendo detrás de mí.

Era mejor hacer lo que él quería de una vez, antes de terminar tirándolo dentro del ascensor y abusando sexualmente de él ahí mismo, maldito hombre.

—Solo sígueme, Preta, es la segunda puerta a la derecha. —Mientras lo seguía por la cobertura, le eché una buena mirada desde atrás y confirmé que la vista trasera era tan buena como la de adelante.

—Sí, señor —bromeé.

—Cuidado con tropezarte —advirtió mientras yo intentaba mantener el equilibrio entre todo ese desorden en el pasillo; había varias cajas cerradas, pedazos de madera y latas de pintura.

—No te preocupes, gringo. Soy experta esquivando los problemas que se cruzan en mi camino —lancé la indirecta y, por la forma en que me miró de reojo, nervioso, le di justo en el clavo.

—Espero que no creas que es demasiado pronto para esto, pero juro que no pude resistirme —dijo antes de abrir la puerta para que entrara.

—¡Dios mío! —Se me cayó la mandíbula al suelo apenas vi en qué había estado trabajando Oliver toda la noche. Juro por Dios que no me esperaba eso.

Había montado un cuarto para nuestro hijo en su casa, y eligió como temática el universo de *Harry Potter*. Debo admitir que se esmeró en cada detalle: todo estaba fiel a la ambientación creada por la autora para la saga del mago más amado del mundo. Sobre todo por mi hijo, que ya había leído los libros un millón de veces y visto las películas todas las semanas sin aburrirse nunca.

—¿Eso quiere decir que te gustó o no? —buscaba una respuesta en mi expresión.

—Me encantó, Oliver, está perfecto. —Deslicé los dedos por la estantería que ocupaba toda una pared. Debía haber más de trescientos libros infantiles. Eliot iba a enloquecer cuando viera eso.

—Me alegra que te haya gustado, porque armé este cuarto para cuando confíes lo suficiente en mí como para dejar que nuestro hijo venga a visitarme —dijo frotándose las manos, tirando el verde a ver si cosechaba maduro.

Pero todavía era demasiado pronto para darle ese voto de confianza, así que preferí cambiar de tema.

—¿Por qué elegiste Gryffindor entre las cuatro casas de Hogwarts? —tuve que preguntar, ya que los colores predominantes en la decoración eran escarlata, dorado y algunos detalles en negro.

La verdad, estaba muy impresionada, intentando imaginar de dónde sacó todos esos muebles rústicos a última hora. La cama parecía la de un príncipe, y el edredón amarillo tenía el símbolo de

Gryffindor en el centro, rodeado por un montón de almohadas rojas. Una alfombra de terciopelo color vino cubría todo el piso, y al lado de la puerta había una armadura de caballero en tamaño real. Estar ahí era como estar dentro de la historia. Incluso tenía un cuadro idéntico al de la Dama Gorda, la mujer que custodiaba la entrada a la Torre de Gryffindor en el castillo de Hogwarts. Antes de que cualquiera pudiera entrar, ella pedía una contraseña y luego movía su retrato para permitir el paso por el agujero.

—No fue porque era la misma casa que el sombrero le asignó a Harry Potter, si eso querías saber. —Puso los ojos en blanco, como si eso no fuera ya un buen motivo.

—Entonces, ¿por qué fue, gringo? —Toqué la punta deshilachada de la bandera colgada sobre la cama, con la imagen de un león de perfil y las patas alzadas.

—Porque Gryffindor fue fundada por Godric Gryffindor, y al crearla, él instruyó al Sombrero Seleccionador para que eligiera alumnos con las cualidades que más valoraba: coraje, caballerosidad y determinación. Tres características que describen perfectamente a nuestro hijo, ¿no te parece? —Se encogió de hombros.

Su respuesta fue tan tierna que no lo pude evitar. Me derretí toda. Me faltó nada para ponerme las manos en las mejillas y soltar con cara de boba un:

Ay, qué amor...

—¡Dios mío! ¿Leíste los libros de *Harry Potter* solo para construir este cuarto para nuestro hijo, Oliver? —Lo miré mientras su cara se ponía cada vez más roja. No aguanté y me largué a reír, solo de imaginarme la escena: el CEO Oliver Quent, de traje y corbata, sentado en su silla de cuero leyendo una saga infantil en lugar de estar dirigiendo su empresa multimillonaria.

—Sí los leí, Alabá. ¿Y cuál es el problema? Además, me gustaron mucho, por si quieres saber. —Puso cara de indignado, pero era gracioso. —Para traer la magia del mundo de Harry Potter a este cuarto, primero tenía que vivirla yo. Porque mi intención era que cada vez que nuestro hijo entrara aquí sintiera que podía transportarse a otro mundo.

Sus ojos brillaban al decir eso. Cuando me di cuenta, ya lo estaba abrazando.

Estaba tan conmovida por ese gesto tan lindo que tuvo al demostrar cuánto se preocupa de verdad por nuestro hijo, que por primera vez sentí orgullo de que Oliver fuera el padre de Eliot.

—Muchas gracias por lo que hiciste por nuestro hijo. —Mi voz tembló; ese era el padre que yo había imaginado cuando me enteré de que estaba embarazada.

Bien dicen por ahí: más vale tarde que nunca.

—No tienes que agradecerme, Alabá, yo solo quiero lo mejor para nuestro niño —dijo entre un bostezo largo. Oliver estaba agotado.

—Pareces cansado, ¿por qué no te das un baño y descansas un poco? ¿Comiste algo hoy? —Me alejé para mirarle la cara; tenía un semblante terrible, y además de cansado, parecía que no estaba comiendo bien.

—La verdad, estuve tan enfocado en el cuarto de Eliot que no me detuve a comer nada. —Se frotó los ojos caídos, rodeados por ojeras oscuras.

—¿Pasaste toda la noche trabajando y no comiste nada hasta ahora? ¡Dios mío, Oliver! Ni siquiera sé cómo sigues en pie.

—No exageres, mujer. Más tarde me hago un sándwich. Solo necesito colgar esas repisas antes. Eliot va a necesitar mucho espacio para poner los juguetes nuevos que están en esas cajas del pasillo. —Agarró el martillo que tenía prendido del cinturón y algunos clavos.

¡Qué hombre más terco!

—No vas a clavar un carajo, criatura. Por el amor de Dios, ve a bañarte mientras intento cocinarte algo decente —bufé y me fui a la cocina.

No sé cómo llegué hasta ahí con la intención de partirle la cara al maldito gringo y terminé cocinando para él. Qué maravilla, Alabá. No te cansas de hacer el papel de estúpida.

—Dijiste que estabas atrasada para el trabajo y no quiero incomodarte, Alabá.

Mientras hablaba, dejé mi bolso sobre la mesada de acero inoxidable y empecé a revisar los armarios para ver si encontraba algo comestible, y con suerte, dentro del plazo de vencimiento. Encontré un paquete de fideos y una lata de salsa de tomate. Ahora solo faltaba dar con algunos condimentos y algún acompañamiento para mi plato de pasta improvisado.

—El almuerzo está listo en veinte minutos, Oliver. Ve a bañarte. —Llené una olla con agua para calentar, pero me quedé trabada frente a la cocina.

Esa cosa era demasiado moderna para mi época. Tenía una placa lisa y oscura arriba, sin hornallas visibles, y ningún botón al frente. Muy raro. Yo, que soy chef, jamás había visto algo así.

—¿Necesitas ayuda ahí? —preguntó con tono divertido.

Oliver se acercó por detrás y todo mi cuerpo se erizó al sentir su respiración caliente contra mi piel. Juro que me estremecí por completo. Solo él tenía el poder de ponerme así, con la tanga mojada sin tocarme ni un dedo. Pensé en decirle que ya no hacía falta encender la cocina, que con el fuego que tenía en la entrepierna bastaba para cocinarle el almuerzo a él y a todos los clientes del restaurante por una semana entera. Pero si abría la boca, lo primero que iba a salir era un gemido.

—Qué mente podrida la mía. —Negué con la cabeza riéndome sola de mis pensamientos impuros.

—No más podrida que la mía, creo. —Oliver me rodeó la cintura con los brazos y pasó la lengua por esa zona sensible detrás de mi oreja. No aguanté más y solté el gemido que tenía atragantado en la garganta.

Había dicho eso en voz alta. Qué vergüenza, por Dios. Ahora el gringo sabía que tenía fantasías sexuales con él. Y es que bien dicen que una mujer puede pasar mucho tiempo sin sexo, pero una vez que vuelve a la acción, no quiere parar más, y se excita hasta con una brisa fresca. Esa era yo desde que me entregué a Oliver: loca por meterme debajo de él cada vez que lo veía.

—Puedo arreglármelas sola en tu cocina, Oliver. Ve a darte una ducha. —Traté de alejarme de la tentación del demonio.

—Solo voy si vienes conmigo, Preta. —Me apretó un pecho por encima de la blusa.

—Oliver… —gemí, excitada y sin pudor alguno. Eché el culo hacia atrás y me froté contra su erección, lista para recibir todo el placer que él quisiera darme.

—¿Qué quieres, mi amor? Solo pídemelo y te lo doy —susurró al oído.

—Yo quiero que…

—Oye, Oliver, te extrañé en la empresa, así que vine a almorzar contigo. Traje tu comida japonesa favorita. —Apareció un tipo bajito, moreno, en la cocina con las manos llenas de bolsas, justo antes de que yo le pidiera a Oliver que me penetrara salvajemente ahí mismo.

No sé quién pasó más vergüenza: si Oliver y yo, por haber estado a punto de ser descubiertos teniendo sexo en su cocina, o ese tipo, por ser el clásico rompepolvo.

—¡Pero qué mierda, Matthew! Tienes que dejar de meterte en mi casa como si nada —se quejó Oliver, mientras intentaba disimular con las manos la erección evidente que se marcaba bajo el pantalón.

Yo quería que se abriera un agujero en el piso para meterme ahí y no salir nunca más del bochorno. Ni siquiera tuve valor para mirar al amigo de Oliver.

—Dios mío, perdón, chicos. No quería interrumpir su momento porno. Pueden seguir desde donde se quedaron, ya me voy. Fínjan que nunca estuve aquí —dijo con una risita descarada.

—¡No! En realidad, ya me estaba yendo. —Agarré mi bolso que estaba sobre la mesa—. Después hablamos, Oliver. Que disfruten la comida japonesa, chicos. —Sonreí, incómoda.

—De ninguna manera, Alabá. Mi amigo ya se estaba por ir, ¿verdad, Matt? —Le hizo una seña con los ojos—. Además, ni siquiera me gusta la comida japonesa.

—¿Cómo que no te gusta, Oliver? ¡La semana pasada fuimos a un tenedor libre en el restaurante japonés del centro y comiste tanto que terminaste con dolor de panza, y pasaste toda la noche en el trono como un rey! —Largó una carcajada; el amigo de Oliver era muy gracioso.

De hecho, ya lo había visto con él el día del campeonato de capoeira y tuve la misma sensación de que lo conocía de antes, aunque no podía recordar ni cuándo ni dónde.

—¡Cierra la boca, Matt! —Oliver se tapó la cara, muerto de vergüenza.

—Así que te llamas Matthew. ¡Qué curioso! —Me acerqué para observar mejor su cara cuadrada y el candado que resaltaba sus rasgos marcados—. Creo que te conozco de algún lado. ¿Acaso estuviste en mi restaurante, Don Juan? —pregunté.

—Nunca estuve en ese restaurante, señorita, y jamás oí hablar de ningún jamaiquino llamado Jamal. ¿Verdad, Oliver? —Se sonó la nariz, nervioso.

No tenía ni idea de qué estaba hablando. Mi cerebro todavía estaba en modo colapso por haber sido descubierta en una situación tan comprometida.

—¡Cállate la boca, Matt! Por el amor de Dios, no digas más nada. —Le dio un manotazo en la nuca.

—¡Ay, hombre, eso duele! —Le devolvió el golpe en la nuca como si fueran dos niños..

Yo estaba completamente perdida en medio de la charla de esos dos, así que decidí irme. Seguro que en el restaurante ya estaban desesperados buscándome.

—Perdón por interrumpir su debate, chicos, pero tengo que irme en serio —dije riendo, y antes de salir agregué—: Sobre la salida del fin de semana, autorizo que lleves a Eliot y puede quedarse a dormir en tu casa, pero el domingo a la mañana te pido que lo traigas de vuelta temprano, ¿entendido? —Alcé una ceja.

Tomé esa decisión por impulso, guiada por lo que me dictaba el corazón. Pero Oliver se había ganado ese voto de confianza. Además, mi hijo iba a volverse loco de alegría cuando viera su nuevo cuarto en la casa del padre.

—¡Hecho, Alabá! Te prometo que voy a cuidar muy bien de nuestro hijo. Vamos a pasarla increíble. —Me llenó de besos la cara y me abrazó.

—Hummm… —se metió el amigo de Oliver, ese tipo era un personaje.

—Está bien, Oliver. Pero todavía tenemos que hablar del motivo por el que vine. Sé que pagaste la deuda del impuesto del caserón y quiero devolverte hasta el último centavo, con intereses y todo.

—Sabes que no voy a aceptar esa plata, ¿no? —Hizo un puchero.

—¡Ah, claro que vas a aceptarla! Nunca necesité que un hombre me pague nada, y ahora no va a ser la excepción. —Lancé un beso en la palma de la mano, se lo soplé en su dirección y me fui caminando meneando las caderas.

Había venido con la intención de armar un escándalo y el tipo me desarmó por completo. Por primera vez, sentí sinceridad en sus ganas de recuperar el tiempo perdido con Eliot. Se le notaba el amor hasta en la mirada cuando hablaba de él. Y no hay nada más lindo que la redención de un hombre amargado a través del amor por su hijo.



Alabá

Eliot estaba tan emocionado que empezó a preparar la mochila dos días antes del sábado que iba a pasar en casa de su padre. Y eso que ni siquiera le hablé del cuarto increíble que Oliver le armó; preferí que fuera una sorpresa. Hasta me dio miedo que el mocoso quisiera quedarse a vivir allá para siempre, porque seguro que mimos no le iban a faltar viniendo del papá.

—Amiga, ¿de verdad estás tranquila con eso de que Eliot duerma en casa del diablo rub... quiero decir, de su papá? —provocó Vanessa con malicia. Estábamos acomodando las mesas antes de abrir el restaurante ese sábado por la mañana.

Oliver iba a llegar en cualquier momento a buscar a Eliot, y yo no paraba de mirar hacia la puerta cada cinco minutos. Creo que estaba más ansiosa que mi hijo por verlo de nuevo. Él, mientras tanto, estaba en la cocina lo más campante, ayudando a Alexander a preparar una tarta de frutilla. Todos los fines de semana ofrecíamos un menú especial de postres en el restaurante.

—Estoy bien, Vane. Más de lo que pensé que estaría —admití con una sonrisa.

—Sí. Se nota, doña Alabá —me soltó la maldita, dándome un codazo con cara burlona.

—No es nada de lo que estás pensando, ¿ok? —me defendí, pero no parecía muy convencida. Igual seguí justificándome—: Oliver de verdad parece estar esforzándose por ser un buen padre para Eliot. Tienes que ver el cuarto que le armó con sus propias

manos. —Volví a sonreír como boba. Era automático cada vez que hablaba del gringo.

—¿Ah, sí? Qué tierno... —ironizó, con los ojos girando en un gesto teatral.

—¡Ay, vete a la mierda, Vanessa! Oliver y yo somos solo los padres de Eliot y nada más.

—¿Estás segura de que es solo eso, negrita? No sé, eh... —continuó con la provocación.

—¡Sí, tonta! —Le tiré una servilleta en la cara a la metida de mi amiga—. Ya me cansé de esto del amor, quiero vivir solo para mi hijo y para nadie más, como hice los últimos diez años. —Abrí la puerta del restaurante, ya íbamos con más de diez minutos de demora y los clientes pronto empezarían a llegar.

—¿Y Alex, amiga? —Se cruzó de brazos y me escaneó con esos ojos verdes de halcón.

Vanessa y Bruno eran fanáticos de Alex, querían que estuviéramos juntos a toda costa. Hasta se habían autoproclamado nuestros padrinos de boda y ya estaban eligiendo el outfit para el gran día.

—Ya hablé con Alexander y le dejé claro que entre nosotros nunca va a pasar nada amoroso. Para mi sorpresa, fue bastante comprensivo y aceptó mi decisión. Ahora solo somos amigos, como antes y nada más —le expliqué, pero Vanessa ni me escuchaba. Tenía los ojos desorbitados como si estuviera viendo al demonio en persona.

—Buenos días, chicas. Vine a buscar a Eliot —saludó Oliver con un carraspeo; acababa de llegar, y por eso mi amiga se había puesto tan tensa.

Por cómo el gringo sonreía mientras se rascaba el mentón cuadrado, era obvio que escuchó lo que dije sobre Alex y seguro pensaba que fue por causa suya. Pobrecito. Ni aunque viniera pintado de oro y envuelto para regalo lo quería en mi puerta.

—Buenos días, Oliver. —Tragué saliva bajo su mirada intensa. Podía jurar que escuchaba sus pensamientos diciendo:

"*El camino está libre ahora".*

Pero mi mirada desafiante le respondía:

"Sigue soñando, gringo".

—Perdón por interrumpir la miradita romántica entre ustedes dos, pero tengo cosas que hacer. Yo misma voy a buscar a Eliot en la cocina —dijo Vanessa con total desprecio, escaneando a Oliver de arriba abajo, giró sobre sus talones y se fue sin saludarlo.

—Ella me odia —suspiró Oliver.

—Como todos los que trabajan acá, gringo. ¿Qué esperabas después de intentar fundir el restaurante y obligarme a echar a todos mis empleados? —lo pinché, y tanto él como yo soltamos una risa.

—No hay problema, Preta. Soy un experto en reconquistar a la gente. —Me guiñó un ojo en cámara lenta, seduciéndome descaradamente.

—Pero no todo el mundo se puede reconquistar, Oliver. —Tomé la mochila de Eliot del mostrador y se la entregué con más fuerza de la necesaria.

—¿En serio terminaste con el cocinero? —Aprovechó la cercanía para tomarme de la mano.

—Se llama Alex. Y mi vida personal no es asunto tuyo. —Me solté de su agarre.

—Claro que es asunto mío. ¡Eres la madre de mi hijo, carajo!

—Lo soy. Pero nada más que eso. —Le apunté con el dedo en la cara—. Así que dejá de meterte en mi vida privada. No deberías haber pagado la deuda del caserón sin consultarme antes.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que te dejara perder el restaurante que tanto amas? Además, ibas a perder tu casa también, ¿y entonces dónde ibas a vivir con nuestro hijo? —dijo el hombre que hasta hace poco quería quitarme todo lo que tenía. Era tan irónico que hasta daba risa.

—Me las habría arreglado como siempre lo hice antes de que tú aparecieras, mi amor, así que no te preocupes. De mi vida me encargo yo.

—Esta vez no había forma de que te las arreglaras y lo sabes. Te gastaste hasta el último centavo en la compra de ese lugar. Así que deja de ser tan orgullosa, que aceptar ayuda no es ningún pecado, ¿sabías? A veces solo hace falta un poco de humildad y decir gracias

—soltó todo de golpe, con los ojos encendidos—. Ahora, si me disculpas, voy a esperar a mi hijo en el auto —dijo antes de irse para cortar la discusión.

Lo peor es que tenía razón. Siempre fui demasiado orgullosa, y eso no era bueno ni para mí ni para mis seres queridos. La verdad es que, si él no hubiese pagado la deuda del caserón, estaría completamente perdida porque no iba a conseguir esa plata a tiempo. Y aun así me mantuve con la cabeza en alto y ni siquiera le dije gracias. Solo le salté a la yugular, como siempre hago cuando me siento acorralada.

—¿Dónde está mi papá, mamá? —Eliot apareció comiéndose un pedazo gigante de tarta de frutilla.

—Tiene un poco de prisa, hijo, por eso prefirió esperarte en el auto. —Le coloqué una servilleta en el cuello para que no se ensuciara la ropa.

—Me voy a la casa de papá, pero no tienes que extrañarme, que mañana ya estoy de vuelta, ¿sí, mamá? —Me abrazó, dejando marcadas en mi uniforme sus manitos llenas de glasé.

—Está bien, querido, ¡te amo muchísimo! —Le besé la carita y lo acompañé de la mano hasta el auto del padre, que seguía con cara de culo por mi culpa.

—Hola, campeón. ¿Listo para pasar el día con papá? —Oliver le abrió la puerta del acompañante y lo ayudó a ponerse el cinturón.

—¡Claro que sí, papá, va a estar buenísimo!

—Seguro que sí, campeón. —Le despeinó el cabello con cariño.

—Adiós, mamá, te amo —me dijo sonriendo con esa carita que me derretía.

—Adiós, mi amor. ¡Diviértanse mucho! —Le devolví el saludo con la mano.

—Voy a traer a Eliot mañana temprano, como prometí —dijo Oliver con sequedad. Se puso los lentes de sol estilo aviador y encendió el auto sin dignarse siquiera a girar la cabeza hacia mí.

—Gracias por pagar la deuda del caserón, Oliver. Fue un gesto muy generoso de tu parte —le agradecí entre dientes, pero lo hice.

Oliver me miró sorprendido, pero enseguida su expresión se suavizó. Asintió y sonrió, saboreando el momento de verme

tragarme el orgullo ante alguien.

Y ese alguien era él…

—¿Viste que no fue tan difícil? —me pinchó el muy hijo de puta con su aire triunfal, y ya me estaba arrepintiendo de haber hecho lo correcto.

—Disfrútalo bien, gringo. —Me incliné hacia la ventanilla y le susurré—. Porque esta fue la primera y última vez que me rebajo contigo, ¿entendido?

—Qué curioso... Pensé que la última vez que te rebajaste, Alabá, fue cuando te pusiste en cuatro en mi cama y te penetré bien rico por detrás —susurró de vuelta el desgraciado, y arrancó el auto.

Le pegué una patada al suelo, furiosa.

Por querer ser altruista, termino siempre así.

—¿Está todo bien, jefa? —Alex apareció de la nada y casi me mata del susto.

—Sí, todo bien —me recompuse enseguida—. Pero confieso que mi hijo se fue hace dos minutos y ya lo extraño como si hiciera un año, ¿puedes creerlo?

—Mirá, ¿qué te parece si salimos a tomar algo esta noche? Así te distraes un poco.

—No sé si sea una buena idea, Alex. —Dibujé círculos en el piso con la punta del zapato, con las manos detrás del cuerpo, incómoda. Pensé que había dejado claro que entre nosotros no iba a pasar nada.

—Tranquila, mujer, no es una cita. Solo vamos a salir como dos amigos, nada más —dijo como si hubiera leído mi mente.

—Si es así, acepto, Alex. Creo que me va a venir bien. —Sonreí aliviada, y él lo notó. Me dio un poco de vergüenza.

—¡Entonces está arreglado, jefa! Pero ahora vamos a trabajar, que el día recién empieza.

—¡Sí, señor!

Agarré su brazo y volvimos juntos al restaurante, porque en cualquier momento ese lugar iba a llenarse de gente muerta de hambre.

El día llegó a su fin, y con él se fue también mi entusiasmo por salir. Quería quedarme en casa viendo Netflix, metida en un balde de helado. Pero Alexander insistió en que fuéramos a un bar que le gustaba, así que terminé yendo. Ni siquiera me arreglé mucho: me puse un jean y una remera blanca simple. Apenas me maquillé y me até el pelo en una coleta alta. Como no íbamos a tardar, solo llevé el celular y las llaves de casa en el bolsillo.

—¿Y bien, qué te parece el lugar? —preguntó Alex apenas llegamos, frotándose las manos con entusiasmo.

A diferencia de mí, él sí se arregló todo: hasta se puso gel en el pelo y llevaba una campera de cuero negra. El tipo estaba realmente entusiasmado con lo que había descrito simplemente como "una salida de amigos".

—¡Me encantó, Alex! —me entusiasmé al ver el lugar. Había un escenario justo en el medio del bar tocando un rock pesadísimo al estilo Metallica.

Para alguien como yo, acostumbrada al axé y al samba, fue una experiencia nueva y bastante interesante. Ni sabía que existían lugares así de diversos en Salvador. Me gustó que estuviera bien iluminado y lleno de gente linda vestida como rockstars: ropa de cuero, maquillaje gótico, pelo de colores, uñas negras y tatuajes hasta en los ojos. En ese momento me arrepentí de no haberme puesto al menos una sombra oscura para resaltar la mirada y un labial decente, porque si fuera un concurso a la persona más sosa del evento, me llevaba el primer premio sin dudas.

—Me encanta este lugar. No sé por qué, pero me siento en casa. Por eso te traje, Alabá —me dijo al oído mientras me guiaba hasta la mesa que había reservado para nosotros. La música estaba tan fuerte que lo único que se oía eran los acordes del guitarrista pelirrojo de pelo largo de la banda.

—¿Siempre está tan lleno esto? —pregunté después de diez minutos abriéndonos paso hasta llegar. Caballero como siempre, Alex me corrió la silla para que me sentara.

—Sí, pero el fin de semana se pone aún más heavy. —Hizo señas a un mozo que pasaba, pero el chico no lo vio y se fue a

atender a otro grupo. Era demasiada gente para tan poco personal, y el pobre estaba perdido.

—Me parece que no vamos a tomar nada en un buen rato, Alex. —Hice un puchero, decepcionada.

—Eso lo vamos a ver, jefa. ¡Ya vuelvo! —Fue hasta la barra a comprar directamente.

Mientras lo esperaba, no pude resistirme y saqué el celular del bolsillo para mandarle un mensaje al padre de mi hijo, preguntando cómo había estado el paseo. En vez de responder, me mandó un montón de fotos de Eliot durante el evento, riéndose, feliz, y pasando de brazo en brazo entre los pilotos del show aéreo. No me sorprendió que Oliver fuera parte del equipo: llevaba uniforme, un mameluco verde oscuro, y sostenía un casco blanco.

Cómo me hubiese gustado estar ahí con nuestro hijo para verlo volar. Seguro quedó maravillado. Apuesto a que el lunes va a contárselo a todos en la escuela: que su papá sabe pilotear aviones.

—No lo puedo creer… —Me quedé boquiabierta cuando abrí un video que Oliver me mandó del final de la presentación: los aviones escribieron "Eliot" en el cielo con humo blanco. Fue una locura.

Eliot se emocionó tanto con la sorpresa que rompió en llanto, colgado del cuello de Matt, el amigo de Oliver. Ese era un momento que jamás olvidaría en su vida.

—Vaya, Oliver Quent, sabes muy bien cómo impresionar a alguien. —Sonreí mirando la pantalla del celular.

—¿Qué dijiste, Alabá? —Alex volvió con dos tragos y yo escondí el celular en el bolsillo al instante.

No quería que viera lo bien que se la estaba pasando Eliot con el padre y se sintiera desplazado.

—Que llegaste justo a tiempo, porque ya me estaba secando la garganta. —Le di un sorbo largo al trago.

No sé qué tenía esa bebida exótica color celeste, pero estaba buenísima y me dejó súper animada. Arrastré a Alexander a la pista y saltamos como locos al ritmo de la banda. Me sentí libre, como si pudiera hacer cualquier cosa. Seguí bebiendo como desquiciada mientras mi amigo solo me miraba; tuvo que ir despacio con el

alcohol porque manejaba. La pasé tan bien que no quería que esa noche se terminara nunca.

Pero como todo lo bueno se acaba, ya pasaban de las dos de la mañana y el bar estaba por cerrar, así que de una forma u otra, teníamos que irnos.

—Voy al baño rapidito y ya vuelvo, Alex. —Dejé el celular en la mesa y salí corriendo con las piernas cruzadas. Estaba a punto de hacerme encima, eso pasa por tomar como si no hubiera un mañana.

Cuando volví, Alex había convencido al barman de vender una última ronda de tequila como despedida. En el bar quedamos casi solos: nosotros y unas pocas almas más repartidas por el salón.

—Creo que ya tomé de más, puedes quedarte con mi trago si quieres. —Me dejé caer sobre la mesa, agotada y con los pies hinchados y adoloridos de tanto bailar.

—¡Dale, Alabá! Según recuerdo, eras más fuerte con el alcohol. Estoy decepcionado —me provocó el muy imbécil, agitando el vaso frente a mí.

—Ok, Alexander, veamos quién se lo toma más rápido entonces. —Choqué mi vaso con el suyo y lo vacié en segundos sin apartar la mirada de la suya. Odiaba que me desafiaran.

Lástima que eso fue un tremendo error. Empecé a ver todo doble y me reí como una loca.

—Creo que es hora de llevarte a casa, señorita. Por favor, trata de no vomitar en mi auto —bromeó, y yo le mostré el dedo del medio.

Pude caminar hasta el auto sola, pero me desmayé apenas me senté y me puse el cinturón. Me tranquilizaba que al día siguiente fuera domingo y pudiera dormir hasta tarde, porque lo que se venía era una resaca de las bravas. Probablemente pasaría todo el día en la cama. Pero no fue así. Cuando desperté, estaba acostada en un sillón que no era el mío. Había poca luz, el aire era denso y olía a humedad. Intenté levantarme, pero no pude: tenía los brazos y las piernas dormidas, lo único que podía mover eran los ojos.

¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba Alexander?

Eran demasiadas preguntas y ninguna respuesta, pero daba igual. Tenía tanto sueño que me volví a desmayar. Recuerdo haber despertado y perdido el conocimiento varias veces, entre sombras y voces difusas. No sé cuánto tiempo estuve así. Cuando por fin logré recuperar la conciencia, me di cuenta de que me habían atado las manos a la espalda. Entré en pánico. No tenía ni idea de qué estaba pasando. Y la cosa solo empeoraba: al lado del sillón donde me encontraba, había una mancha oscura que parecía sangre mal limpiada.

—¡Dios mío! —Empecé a llorar.

Lo único que me venía a la cabeza era que Alex y yo habíamos sido secuestrados por un psicópata que ya lo había matado y me había dejado ahí encerrada para violarme hasta cansarse, y después pegarme un tiro e ir por sus próximas víctimas. Así es como terminan siempre esos casos de parejas desaparecidas que pasan en las noticias.

¡Tranquila, Alabá! Recuerda todo lo que aprendiste viendo cada temporada de CSI Miami.

Respiré hondo y traté de no dejar que el miedo me paralizara. No sabía cómo una simple salida entre amigos se había convertido en esa pesadilla, pero no iba a rendirme sin pelear. Por suerte, soy fanática de las series policiales, y sabía que el primer paso era evaluar mi estado físico. Bajé la mirada para revisar si tenía algo fuera de lugar en el cuerpo; lo único que me faltaban eran los zapatos y el celular. Segundo paso: analizar el entorno y buscar posibles vías de escape. Pero no pude ver mucho, la luz era escasa. Por la humedad en el aire, supuse que estaba en algún tipo de sótano, lo que explicaría el techo tan bajo y la ausencia de ventanas.

—¡Mierda! —Escuché los escalones de madera crujir. Alguien bajaba.

Tuve que recostarme de nuevo en el sillón y fingir que seguía inconsciente. Por la rendija de mis ojos entreabiertos alcancé a ver la silueta de un hombre, pero todo era borroso y no logré distinguirle la cara. Estaba vestido completamente de negro y usaba gorra. Hablaba por teléfono en voz baja, tratando de no despertarme. Parecía nervioso.

¡Maldita sea! Viene para acá.

Cerré los ojos con fuerza y contuve la respiración, aterrada, cuando colgó la llamada y se acercó. Pensé que iba a violarme o algo peor. Pero no. Solo me tocó la cara y presionó sus labios contra los míos con suavidad. Sentí arcadas e imploré a Dios que no dejara que me hiciera daño. Como si me hubiera escuchado, el tipo se levantó y se fue. Me quedé quieta unos diez minutos más, para asegurarme de que no regresaría. Cuando estuve segura, me moví rápido: me lancé hacia atrás, pasé las piernas por entre los brazos y usé los dientes para deshacer el nudo de la cuerda, que por suerte era bastante fina.

Con las manos libres, subí las escaleras rezando para que no hubiera traba en la puerta. Y por suerte, no la había. Para mi sorpresa, el sótano oscuro daba a una casa enorme y lujosa, con una decoración clásica. En pleno ataque de desesperación, subí la escalera de caracol saltando de a dos escalones hasta el segundo piso, buscando a Alex. Teníamos que salir de ahí cuanto antes, y yo no me iba a ir sin él. Estaba muerta de miedo de que le hubiera pasado algo.

El problema era que la casa era enorme y había muchas habitaciones en el piso de arriba. La primera puerta que abrí daba a una suite matrimonial. La segunda, a un cuarto de visitas todo empolvado que parecía no haber sido usado en años. La tercera puerta, en cambio, era como una oficina. Cuando encendí la luz buscando un teléfono para llamar a la policía, casi me oriné del susto con lo que encontré.

—¿Pero qué mierda es esto? —solté, horrorizada al ver el montón de monitores en la pared mostrando imágenes del interior del restaurante y de mi casa. Había una cámara enfocando justo al lado de la cama donde yo solía dormir.

¡No lo podía creer!

Pero eso no era lo peor. Al mirar a un costado vi cientos de fotos mías y del Eliot en momentos aleatorios pegadas por las cuatro paredes del cuarto. Había imágenes desde que Eliot era chiquito. También había fotos del Oliver, pero solo recientes, probablemente desde que llegó a Brasil para construir el shopping.

¡Dios mío! Quienquiera que fuera ese psicópata, me venía vigilando desde hacía años.

¿Pero con qué interés? Yo no era nadie. Aquello no tenía el más mínimo sentido. Por más que pensaba, no se me venía ningún nombre a la cabeza. ¿Quién podía ser esa persona enferma?

—¿Cómo lograste soltarte? —Me sobresalté al girar y ver la respuesta parada en el marco de la puerta, completamente tranquilo, con una toalla envuelta en la cintura. Acababa de salir de bañarse. Su expresión era aterradoramente serena.

Intenté abrir la boca para decir algo, pero no salió ningún sonido. Me quedé paralizada. Y no era solo por miedo… era por el puro shock. Parpadeé varias veces para asegurarme de que estaba viendo bien. De todas las personas que conocía, jamás habría imaginado que la traición vendría de ese ser humano a menos de tres metros de mí.

—¿Tú? —Mis ojos se llenaron de lágrimas. Pensé que nadie a quien amara volvería a romperme el corazón como lo hizo Oliver cuando me abandonó embarazada, pero me equivoqué.

—Sé que todo esto parece raro, pero puedo explicarlo, Alabá. No es lo que parece —dijo con las manos levantadas. Recién entonces noté que tenía mi celular en la mano.

—No quiero ninguna explicación. Aléjate de mí —dije mientras agarraba un jarrón blanco de yeso de una repisa y me puse en posición de ataque. Un movimiento en falso, y le partía la cabeza.

—Tranquila, piensa con claridad, Alabá. Soy yo, tu amigo de tantos años. Jamás te haría daño. Solo déjame explicarte. —Empezó a caminar hacia mí con paso lento. Mi pecho subía y bajaba con rapidez. Nunca había sentido tanto miedo en mi vida. Era como estar dentro de una película de terror.

—Nunca fuiste mi amigo —le grité, y le partí el jarrón en la cabeza. Le arrebaté mi celular de la mano y salí corriendo lo más rápido que pude lejos de ese traidor.

Alexander no estaba muerto ni nada por el estilo. ¡Era él quien me había traído a ese lugar, y yo misma lo acababa de dejar tirado en el suelo! ¡Mierda! Ni siquiera sabía si ese era su nombre real. Ahora lo recordaba bien: cuando fui al baño en el bar, dejé mi celular

sobre la mesa, y recién ahora lo volví a ver en su mano. Estaba tan borracha que podrían haberme robado la cabeza y ni cuenta me habría dado. Y esa última bebida tenía un sabor raro. Seguro ahí me drogó y me trajo hasta este lugar. ¿Pero por qué, Dios mío? Había convivido con un psicópata todo ese tiempo y nunca me di cuenta. Peor aún: ¡lo había dejado solo con mi hijo! No entendía cómo no vi lo enferma que estaba su cabeza como para hacerme eso.

Siempre confié ciegamente en Alexander, pero ahora solo sentía miedo, mucho miedo. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Si salía viva de esta, nunca me lo perdonaría. Debí haber estado más atenta. Alex siempre fue muy reservado con su vida personal, pero yo debí investigar. Nadie sabía dónde vivía, si tenía familia o de dónde venía. Todos tenemos secretos, sí, y por eso siempre respetamos su silencio y lo recibimos con los brazos abiertos.

—No salgas a esta hora, Alabá. Podría ser peligroso —dijo, intentando tomarme del brazo.

—¡Déjame en paz, psicópata! —Logré darle un puñetazo en el ojo, abrí la puerta principal y salí corriendo sin tener la menor idea de dónde estaba. Parecía un condominio de clase alta.

Intenté llamar a la policía, pero parecía que le habían quitado el chip a mi celular. ¡Una pesadilla! Pero no me rendí. Pedí ayuda a la antigua: me lancé a la calle gritando desesperada. Me llené de esperanza cuando vi venir un auto negro con vidrios polarizados, avanzando muy despacio. Empecé a agitar los brazos para que el conductor parara y me sacara de ese infierno.

Pero, en vez de frenar, el conductor aceleró y vino directo hacia mí. Cerré los ojos con fuerza y me encogí esperando el impacto. Ya era demasiado tarde para correr.

—¡No! —Escuché el grito atronador de Alex justo antes de empujarme y ponerse frente al auto, que lo atropelló de lleno. En lugar de detenerse y prestar ayuda, el malnacido huyó del lugar del crimen.

Corrí hacia Alexander de inmediato. Su cuerpo yacía tirado en medio de la calle, envuelto en un enorme charco de sangre. Tenía una herida profunda en el pecho.

—Tranquilo, Alexander, estoy aquí contigo. Vas a estar bien —le dije mientras me quitaba la camiseta y la presionaba contra la herida, pero brotaba tanta sangre que no había nada capaz de detenerla.

—Perdóname por haberte mentido todo este tiempo, Alabá… Solo quería protegerte de él… —murmuró con dificultad, parpadeando lentamente.

¿Protegerme de quién? Estaba aún más confundida. Creo que, en los pensamientos revueltos de Alexander, él creía que llevándome a la fuerza a ese lugar me estaría protegiendo de Oliver. Sabía que no iba a aceptar tan fácil la presencia del padre de mi hijo en nuestras vidas, así que intentó resolverlo a su manera.

—No hables más, Alex. Ya está, yo te perdono —le dije, y le besé la frente con lágrimas en los ojos. A pesar de todo, no le deseaba ningún mal.

—Ne…cesito decirte una cosa… tú y Eliot están en peligro —balbuceó casi sin voz, mientras un hilo de sangre le corría por la comisura de los labios. Deliraba, diciendo cosas sin sentido.

—¿Cómo que en peligro, Alex? —pregunté confundida.

—O… —Cuando iba a decir el nombre de la persona, sus ojos se quedaron fijos. No se cerraron más.

Alex murió en mis brazos. Me incliné sobre su cuerpo sin vida y lloré desconsoladamente. Solo quería despertar de esa maldita pesadilla. La noche había empezado tan bien y terminó de la peor forma posible.



Oliver

—¡Vine lo más rápido que pude, Preta! —Me senté al lado de Alabá en la sala de espera de la comisaría y la abracé con fuerza. Estaba paralizada, cubierta de sangre.

Estaba desayunando con mi hijo cuando el investigador me llamó y dijo que Alabá había sido víctima de un secuestro, y que el único número que logró recordar para que la contactaran fue el mío. Me desesperé. Dejé a Eliot con Matthew y vine directo para acá. Mientras manejaba, el oficial me fue dando más detalles: según entendí, el cocinero se volvió completamente loco, tuvo un brote psicótico y secuestró a mi Preta. Al parecer, llevaba años obsesionado con ella, la seguía, le tomaba fotos a escondidas. Había puesto cámaras por todo el restaurante y el caserón; la espiaba las veinticuatro horas del día.

Siempre supe que había algo muy raro en ese tipo, y no era solo por celos. Nadie puede ser tan perfecto todo el tiempo. Juro por Dios que si no hubiera muerto en ese accidente, yo mismo lo habría matado con mis propias manos.

—Háblame, mi amor. ¿Estás herida? —Revisé su cuerpo rápidamente y noté que toda esa sangre no era suya. Estaba bien físicamente, sin un solo rasguño.

Pero por dentro estaba destrozada. Ni siquiera parecía reconocerme. Estaba en estado de shock.

—No puedo creer que Alexander haya muerto. Se lanzó frente al auto para salvarme. —Se encogió y lloró con tanto dolor que su

sufrimiento se volvió mío también. No sabía qué hacer, así que simplemente la abracé más fuerte.

—Siento mucho todo lo que pasaste, Alabá. Sé lo importante que era Alex para ti. —Me sentí mal. No me caía bien ese tipo, pero ahora que sabía que había muerto por salvar a la madre de mi hijo eso me golpeó duro.

—La que tendría que haber muerto era yo… no él… no él… no él —repetía una y otra vez, meciéndose hacia adelante y hacia atrás compulsivamente.

—No digas eso, mi amor. No fue tu culpa. —Me quité el abrigo y se lo envolví alrededor del cuerpo. —Estoy aquí ahora, y voy a cuidar de ti. Te prometo que todo va a estar bien. —Le besé la frente.

—Disculpen que los interrumpa en este momento tan delicado, pero necesito saber, Alabá, ¿tiene el contacto de algún familiar del muchacho para informarle la noticia? —El comisario apareció en la sala de espera.

—No sé casi nada sobre Alex. Siempre fue muy reservado, y yo respeté eso. —Su voz salió rota, llorosa.

—Entonces, ¿usted afirma que no conoce a nadie de la familia de ese tal Alexander, a pesar de declarar que fue su empleado durante cinco años y que recientemente tuvo una relación con él?

—Así es, señor. ¿Puedo irme ya, por favor? No aguanto más esta tortura. —Se desplomó en mis brazos, llorando. Después de todo lo que había vivido, todavía tenía que aguantar a un comisario imbécil interrogándola como si fuera una criminal.

—No puede irse aún, señora. Esta historia está muy mal contada. Si sabía tan poco de ese hombre, ¿por qué lo dejó entrar a su vida y a la de su hijo? Por las pruebas que encontramos en la casa de Alexander, era un hombre peligroso y completamente obsesionado con usted. Podría haberla matado.

—Yo… yo creí que lo conocía. Todo en él parecía tan real… Y sinceramente… creo que Alex nunca me habría hecho daño. —Su voz se quebró mientras se perdía en sus propias palabras.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué la drogó y la mantuvo amarrada en el sótano de su casa? —el comisario subió la voz. Tenía una

postura intimidante, alto, musculoso, y con cara de estar permanentemente molesto.

—No lo sé, comisario. Tal vez para protegerme de alguien. Antes de morir, dijo que mi hijo y yo estábamos en peligro —insistió Alabá, aferrándose a la mínima esperanza de que ese hombre no fuera un monstruo.

Pero en eso tenía que darle la razón al comisario: todo apuntaba en contra de Alexander.

—¿Protegerla? No me haga reír, señora —dijo con sarcasmo—. Cuando buscamos a Alexander Fonseca en el sistema, aparece como desconocido. Eso quiere decir que usaba una identidad falsa.

Ese fue mi límite.

—Ya basta, comisario. Si tiene más preguntas, comuníquese con el equipo de abogados de Quent.

—¿Y por qué cree que la madre de su hijo necesitaría un abogado, señor Quent? —se burló, con una risita provocadora.

—No lo creo yo. Lo cree usted. Y ya lo dejó bastante claro con este interrogatorio grotesco, tratando a una víctima como si fuera una delincuente. —Me puse de pie y lo encaré. Si quería pasar por encima de mi mujer, primero tendría que pasar por mí. Y no se la iba a llevar fácil.

—Si yo fuera usted, me preocuparía por su propia defensa, señor Quent. Por lo que veo, esto parece un triángulo amoroso en el que alguien terminó muerto de una forma muy sospechosa —insinuó, venenoso, dando a entender que yo había matado a ese tipo para quedarme con Alabá, y me reí en su cara.

Amaba a esa mujer más que a nada en el mundo. Pero jamás haría algo así para tenerla de vuelta. Porque si algún día ella volvía a mí, quería que fuera por elección, no por juegos enfermizos ni trampas.

—¿Cómo que sospechosa? Pensé que había sido un accidente y que el conductor huyó sin prestar ayuda.

—Nosotros también lo creímos al principio, pero yo soy el tipo de comisario que prefiere investigar todas las posibilidades. Así que será mejor que tenga una buena coartada cuando lo llamen a declarar —me amenazó.

—No tengo nada que temer, comisario. Puede llamarme cuando quiera, ahí estaré —respondí con firmeza.

—Muy bien, señor Quent. Pueden irse, están liberados.

—¿Y qué va a pasar con Alexander si no tienen a nadie de su familia para notificar, comisario? —preguntó Alabá.

Estaba preocupada por el destino del cuerpo de ese hombre que mintió sobre su identidad, la secuestró y que, de no haber escapado, podría haberle hecho algo mucho peor. Si eso no era compasión, entonces no sé qué lo sería.

—En cuanto el forense libere el cuerpo, será enterrado como un indigente —respondió el comisario con frialdad. Alabá me miró con una expresión que me partió el corazón.

Entonces hice lo que tenía que hacer, por amor a la madre de mi hijo.

—No. No va a terminar así. Yo me haré cargo de todos los gastos del funeral. Independientemente de todo, no voy a permitir que Alex sea enterrado como un indigente —dije desde el corazón. El comisario me miró con sorpresa.

Y no fue el único. La madre de mi hijo también me miró, sorprendida. No esperaba eso de mí. Yo tenía mil motivos para odiar a ese tipo, pero salvó la vida de Alabá, y mi hijo lo amaba. No podía hacerme el ciego ante eso. Al final, sin importar los errores que haya cometido una persona en vida, todos merecen un final digno.

—De acuerdo, señor Quent. Nos pondremos en contacto. —El comisario se despidió con un gesto de cabeza y se fue.

—Ven, mi amor, te voy a llevar a casa. —Volví a abrazar a Alabá y la guié hacia la salida de la comisaría. Necesitaba un baño caliente y estar cerca de nuestro hijo.

—¿Está bien si vamos a mi casa? Eliot te está esperando allí. —Ella no dijo nada, solo asintió con un leve movimiento de cabeza.

Alabá ni siquiera tuvo fuerzas para ponerse el cinturón de seguridad al entrar al auto, así que lo hice por ella. Noté que tenía sangre hasta en el cabello y en buena parte del rostro. Saqué un pañuelo que llevaba en el bolsillo del saco y empecé a limpiarle el mentón.

—¿Por qué estás haciendo esto por Alex? Pensé que lo odiarías ahora más que nunca —su tono era devastador. Tenía los ojos rojos, llenos de lágrimas.

—Lo odio. Pero al final, también le debo mi vida a Alex. Porque al salvarte a ti, también me salvó a mí —Le aparté con suavidad los rizos rebeldes de la cara—. Como te dije una vez, Preta, me niego a vivir en un mundo donde tú no existas —le dije la más pura verdad.

No podría haber sobrevivido un solo día si le hubiera pasado algo a Alabá. No sé cómo explicarlo, pero siento como si nuestras almas estuvieran unidas.

—Ay, Oliver… —Me abrazó fuerte. No lo esperaba, pero ese gesto espontáneo me llenó de felicidad.

—Voy a cuidar de ti y de Eliot de ahora en adelante, mi amor. Te prometo que no dejaré que nada les pase a ninguno de los dos.

—Pobrecito mi hijo. Se va a poner tan triste cuando le cuente la noticia. —Escondió el rostro en mi pecho y lloró durante largo rato.

—Voy a estar contigo cuando hables con Eliot, no te preocupes —le prometí, aunque sabía que sería uno de los momentos más duros de su vida.

Llevé a Alabá a mi casa. Cuando llegamos, Matthew y Eliot estaban en el sofá jugando videojuegos.

—¡Hola, mamá! Qué bueno que llegaste. Tienes que ver el cuarto tan chévere que papá hizo para mí. —Eliot se levantó corriendo para abrazar a su madre, como si supiera que ella necesitaba justo eso.

—Hola, mi amor —le respondió con una sonrisa forzada, acariciándole la cara.

—¿Estás triste, mamá?

—Sí, mi amor. Pasó algo muy feo y necesito hablar contigo sobre eso. —Se cubrió la boca con la mano para no romper en llanto. Eliot la miraba, preocupado.

—Bueno, creo que es mi hora de irme —Matt entendió que el momento era delicado y se retiró—. Cualquier cosa, me avisan y vengo corriendo, hermano. —Me dio una palmada en el hombro.

—Gracias por todo, Matt —asintió antes de irse.

Y por la expresión sombría de mi rostro, sabía que lo que venía era realmente serio.

—Ven acá, mi amor, siéntate con mamá. —Se sentó en el sofá con nuestro hijo—. Hay algo sobre el tío Alex que necesito contarte. —Le tomó las manitos.

—¿Qué pasó con mi tío, mamá? ¿No me digas que canceló la ida a la playa la semana que viene? Dijo que pasaríamos el día entero en el mar, igual que cuando fuimos los tres las vacaciones pasadas. ¿Te acuerdas? ¡Estuvo buenísimo! —Sonrió con inocencia. Y eso, eso me dolió en el alma.

Pude sentir cómo el corazón de su madre se rompía en mil pedazos dentro de su pecho. Y el mío también. Ese niño estaba a punto de enfrentar uno de los mayores traumas de la vida: perder a alguien a quien uno ama. Conozco bien ese dolor. Es una herida que nunca cierra del todo.

—Sí, me acuerdo, hijo. Pero no es de eso de lo que necesito hablarte.

—¡Qué bueno! Porque amo los paseos con el tío Alex, es muy divertido, siempre me hace reír un montón —comentó aliviado, arrancándole un sollozo a su madre.

Alabá se esforzaba por contener el llanto, apenas podía hablar.

—Lo siento, mi amor, pero lamentablemente el tío Alex no va a volver nunca más.

—¿Cómo que no va a volver? ¡Eso es mentira! Jamás se iría sin despedirse de mí. —Eliot se puso de pie con los puños apretados. También tenía ganas de llorar, pero se mantuvo firme.

—Tu tío no tuvo elección, hijo. No va a volver porque ahora vive en el cielo con Dios. —Alabá lo dijo de la forma más delicada posible.

—¡No, mamá! El tío Alex no está muerto, nunca me haría eso. Me prometió que estaría a mi lado para siempre. —Eliot tuvo un ataque de rabia y empezó a tirar al suelo todo lo que encontraba a su paso. Yo hacía lo mismo cuando perdía la cabeza.

Fue terrible ver a mi hijo sufrir de esa manera. Quería quitarle ese dolor, pero no sabía cómo. Para evitar que se hiciera daño, no

tuve más opción que abrazarlo con fuerza hasta que lograra calmarse.

—Tranquilo, hijo, respira profundo. todo va a estar bien —intenté ayudarlo a serenarse, pero no sirvió de mucho.

—¡Suéltame, señor Quent! —En medio del enojo, dejó de llamarme papá—. ¡Nunca vas a ocupar su lugar, ¿entendiste?! El tío Alex es mi mejor amigo. —Me golpeó el pecho con los puños.

—Está bien, hijo, lo entiendo… —mi voz salió quebrada, me destrozaba verlo así.

Eliot me golpeó hasta que se quedó sin fuerzas y terminó llorando tanto que se durmió en mis brazos. Lo llevé en brazos hasta su cuarto, lo acosté en la cama y lo tapé con la frazada. Al regresar al living, Alabá estaba hecha un ovillo en el sofá, llorando bajito.

—Ven, Preta, un baño te va a hacer bien. —Igual que con nuestro hijo, la cargué en brazos y la llevé al baño.

Senté a Alabá en el borde de la bañera, abrí la canilla de agua tibia y la dejé llenarse mientras la ayudaba a quitarse la ropa manchada de sangre.

—Levanta los brazos, amor —le pedí, y así lo hizo. Tragué saliva al deslizarle la remera blanca hacia arriba y notar que no llevaba sostén.

Intenté mantenerme como un caballero y no mirar sus hermosos pechos, pero de vez en cuando mis ojos traicionaban mi voluntad.

—Si no te sientes cómoda, puedo salir del baño y darte privacidad —le ofrecí, avergonzado.

—Está bien, Oliver. Ya no hay nada en mi cuerpo que no hayas visto antes. —Señaló su figura con un intento de sonrisa, aunque la tristeza pronto volvió a cubrirle el rostro.

La ayudé a quitarse el resto de la ropa, tomé su mano y la ayudé a meterse en la bañera. Se sentó en el centro y abrazó sus piernas. Usé una esponja con jabón líquido para frotarle suavemente la espalda, en una especie de masaje relajante. Quería aliviarle el dolor, aunque fuera solo un poco.

Pero parecía que nada de lo que hiciera podía consolarla. Solo lloraba. Sin pensarlo dos veces, me metí en la bañera con ropa y

todo y la atraje hacia mis brazos. No dije nada, simplemente la dejé desahogarse. Permanecimos así hasta que el agua se enfrió.

Tomé una toalla, la envolví con cuidado y la llevé a mi habitación. Le presté una de mis camisas para que se pusiera, que en ella parecía casi un vestido.

—Quédate en mi cuarto, es más cómodo, amor. Yo voy a dormir en la habitación de huéspedes, justo al lado. Si necesitas algo, solo llámame y vendré corriendo. —Le besé la frente y me giré para salir. No quería alejarme, pero tampoco quería que se sintiera presionada con mi presencia.

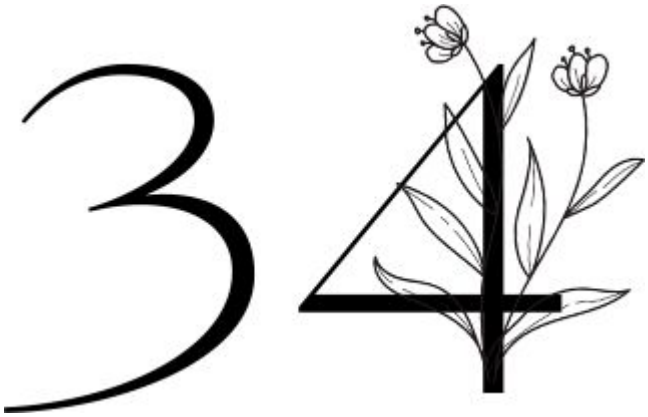
—Por favor, Oliver, no te vayas. Quédate conmigo esta noche. —Se aferró a mi cintura. Sabía que le llevaría tiempo superar el trauma.

—No me voy a ningún lado, mi amor. Te lo prometo. —La llevé hasta la cama y me acosté a su lado, aún abrazándola.

—Gracias por cuidar de mí y de nuestro hijo, Oliver —susurró con la voz adormilada, rendida por todo lo vivido.

—Para eso estoy, mi amor. Siempre voy a estar. —Le besé la cara y le acaricié la espalda hasta que se quedó profundamente dormida.

Podía mirar a Alabá un segundo y encontrar mil razones para amarla. Todo en ella me fascinaba, incluso sus debilidades. Porque amar no es encontrar a alguien que te complete, sino estar con quien te acepta completamente.



Alabá

Durante el velorio de Alexander, no sabía qué hacer con tanto dolor. Jamás había sentido algo parecido. Crecí sin familia y siempre tuve un círculo pequeño de amigos, así que nunca había perdido a alguien tan cercano. Y lo peor fue que todo pasó frente a mis ojos. Saber que alguien dio la vida para salvarme me hacía querer llorar para siempre. Estaba completamente afectada y muy confundida. Cada vez que cerraba los ojos, la escena de los últimos momentos de Alex se repetía en mi mente una y otra vez. Él dijo que solo quería protegerme, y, en el fondo, yo le creía. Podía sonar absurdo, pero por más que intentara, no lograba creer que mi gran amigo, mi mano derecha en la cocina durante tantos años, era un psicópata capaz de hacer cualquier cosa por tenerme. Había una pieza clave que faltaba en esa historia, pero parecía tan bien oculta que no tenía ni idea de cuál podía ser.

Todos los que conocieron a Alex lo querían. La Capilla de Todos los Santos estaba llena para su velorio en Salvador; todos querían despedirse. El banco de adelante fue reservado para nuestro equipo del restaurante. Todos estaban devastados por la forma trágica en que murió. Claro que modifiqué algunos detalles al contar lo sucedido. En acuerdo con Oliver, preferí no mencionar a nadie la supuesta "obsesión" de Alexander por mí ni el secuestro. Hablar de eso ahora solo traería más dudas que respuestas. Quería que todos conserven la imagen hermosa que siempre tuvieron de él, sobre todo mi hijo.

Eliot estaba tan afectado, pobrecito, que se negó a venir a despedirse del tío Alex. Se quedó en casa con su papá. Oliver ha sido maravilloso y muy paciente con nosotros en este momento tan duro, no sé cómo agradecerle por cuidarnos tan bien. Cuando se ofreció a hacerse cargo de un entierro digno para Alexander, incluso después de todo, me sorprendió mucho, porque sé cuánto se detestaban. Ese gesto suyo me hizo perdonarlo por completo por todo lo que pasó entre nosotros en el pasado.

Ya habían pasado años desde toda aquella mierda, y era hora de dejarla atrás y seguir adelante. Después de la muerte de Alex entendí que la vida es demasiado corta para perder el tiempo acumulando rencores.

—Todavía no puedo creer que esto esté pasando, amiga. ¡Pobre Alex! Morir así, atropellado por un hijo de puta que ni siquiera paró para ayudar. —Vanessa estaba indignada desde que le conté lo ocurrido en persona; casi se desmaya de la impresión.

—Ni yo que vi todo con mis propios ojos lo puedo creer, Vanessa. Fue todo tan rápido. —Negué con la cabeza, aún en shock.

—¿Y Eliot? ¿No va a venir? —Vanessa recostó la cabeza sobre mi hombro.

—No, Vane. Está enojado con todo y con todos. Se encerró en su cuarto en la casa del papá y no quiere hablar con nadie. —Respiré profundo, no tenía idea de cómo serían las cosas con mi hijo a partir de ahora.

Fueron demasiados cambios bruscos en muy poco tiempo, y si ya era difícil para mí, que soy adulta, imagínate para un niño de nueve años. Al mismo tiempo que ganó un padre, perdió a una persona fundamental en su vida.

—Ay, pobrecito mi ahijado. Quizás deberían buscar ayuda psicológica, para él y para ti también, con todo lo que están viviendo. —Miró con tristeza hacia el ataúd de Alex. Yo todavía no había tenido fuerzas para acercarme, seguía intentando reunir coraje.

En ese momento, Bruno y todos los demás meseros estaban en círculo alrededor del cuerpo de Alexander, tomados de las manos y

rezando. Lo querían muchísimo, siempre fue amable y generoso con todos en el trabajo.

—Es una buena idea, porque no voy a poder sola con todo esto. Voy a necesitar mucha ayuda con Eliot. —Retorcí las manos sobre mi falda.

—No estás sola, Alabá. Me tienes a mí, a Bruno, a todo el equipo del restaurante y ahora también al papá de tu hijo. —Vanessa me tomó la cara con delicadeza y la giró hacia la entrada principal.

Me emocioné al ver a Oliver entrando a la capilla con Eliot en brazos. Todos guardaron silencio mientras caminaba por el pasillo central entre las filas de bancos. Eliot se aferraba con fuerza al cuello de su padre y lloraba desconsoladamente. Aquello me destrozó el corazón.

Me levanté y fui directo hacia ellos. Quería estar al lado de mi hijo amado en el momento en que le diera su último adiós a Alex.

—Qué bueno que viniste, mi amor. —Tomé a Eliot en brazos y lo recibí del padre, saqué un pañuelo de la cartera y limpié su carita hinchada de tanto llorar.

—Papá habló conmigo. Me dijo que si no venía a despedirme del tío Alex me iba a arrepentir toda la vida. Porque los amigos de verdad siempre están el uno para el otro, sobre todo en los momentos más difíciles —dijo entre sollozos.

Miré a Oliver conmovida por sus palabras. Era increíble cómo se había transformado en un verdadero padre. Era evidente que ahora todo su mundo giraba alrededor de un niño. Haría lo que fuera por ver a Eliot feliz, incluso dejar de lado sus celos para preservar la imagen hermosa que nuestro hijo tenía de Alex.

—Gracias —le susurré a Oliver.

—No tienes que agradecerme. Voy a quedarme por allá, en un rincón. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme —dijo con un gesto leve y se retiró con la cabeza gacha. Me imaginé lo difícil que debía ser esa situación para él.

Aun así, fue lo suficientemente generoso como para darnos espacio. Sabía que ese momento era solo mío, de Eliot y de Alexander. No sería nada fácil decir adiós para siempre, pero era

necesario. Fuera quien fuera realmente ese hombre, yo ya lo había perdonado. Para mí, lo que importaba eran los momentos hermosos que compartimos, porque desde lo más profundo de mi corazón creía que ninguno de ellos fue una mentira.

Alexander nos amó de verdad, a mí y a mi hijo. Siempre cuidó de nosotros y, pese a todo, esa era la imagen con la que quería recordarlo: como un ser humano increíble que jamás habría hecho daño a nadie.

—¿Estás listo, hijo? —Le acomodé el abrigo.

—Sí, mamá. —Se secó las lágrimas y se irguió, valiente.

Tomados de la mano, nos acercamos al ataúd de Alex. El equipo funerario que contrató Oliver había hecho un trabajo impecable. No parecía que ya no hubiera vida en ese cuerpo frío. Tenía la piel con un tono saludable, el cabello prolijamente peinado hacia atrás y un traje negro elegante. Mi amigo tendría un final digno, todo gracias al padre de mi hijo, que se ocupó de cada detalle con humildad y respeto. Pocas personas en el mundo harían algo así, especialmente dadas las circunstancias.

—Carajo, Alexander… ¿Por qué tuvo que terminar así? —Me quebré otra vez.

—Está bien, mamá. Papá dijo que el tío Alex ahora está en un lugar mejor. Y que algún día todos nos vamos a volver a encontrar allá en el cielo. —Eliot se acercó al ataúd y tocó la mano de Alexander.

—Sí, hijo, tu papá tiene razón. —Miré a Oliver a lo lejos, sorprendida por lo bien que encontraba las palabras. Para ser un padre primerizo, se estaba desenvolviendo muy bien.

—Ya quiero verte de nuevo, tío Alex. —Le acarició el rostro con una sonrisa preciosa que llenó de consuelo a todos los que estaban presentes.

Siempre se puede encontrar esperanza incluso en los momentos más duros. Quizás el final no sea más que el comienzo. Solo hay que mirar las cosas desde otro ángulo.

—Yo también quiero volver a verte, Alexander. Todavía tienes muchas cosas que explicarme, ¿sabes? —Cubría su mano con la mía.

El dolor ya no era tan fuerte después de las palabras tan lindas de mi hijo.

—¡Y yo quiero estar en ese reencuentro, amiga! —Vanessa se unió a nosotros. Aunque lloraba, sonreía.

—¡Yo también! —Bruno vino también, acompañado por todo el equipo del restaurante.

—Nosotros también estaremos ahí. —Se sumó el grupo de capoeira que Alex había fundado.

—Si no es una falta de respeto, Alabá, nos gustaría tocar una canción en homenaje a nuestro eterno maestro. —Pidió uno de los instructores. Miré a ese grupo de chicos tristes con los instrumentos en las manos y no podía dar otra respuesta que no fuera un sí.

—Será un honor. Muchas gracias. —Les hice una reverencia a él y a todo su grupo.

No hubo nadie que no llorara cuando sonó el berimbau. Eliot me abrazó fuerte por la cintura y dejó que sus lágrimas cayeran. Oliver vino y nos abrazó a los dos, transmitiéndonos su fuerza. Incluso él se emocionó. La canción elegida fue *Toda Bahia chorou*, una composición de Boa Voz, un gran músico brasileño. Estaba segura de que, donde fuera que estuviera en ese momento, Alexander se sentía orgulloso de esos alumnos tan queridos, a los que tanto amó.

"Toda Bahía lloró el día en que la capoeira Angola perdió a su protector. El maestro se fue. Oxalá se lo llevó a las tierras de Aruanda. Pero nadie lo aceptó, lloraron generales, niños. Lloraron jovencitas, doctores, ancianas, hechiceros, ogãs y babalôs.

El berimbau tocó Iúna, en un ritmo triste de muerte, y la capoeira fue bailada al sonido de esa canción dolorosa. Desde la boca del mandingueiro, desde lo más profundo del corazón. Y no hubo en Bahía quien no cantara este estribillo:

Iê, ve, niño, muestra lo que el maestro te enseñó. Muestra que arrancaron la planta, pero la semilla brotó. Y si se cuida bien, dará buen fruto y una flor hermosa."

—Lo siento, Alabá, pero llegó el momento de iniciar la caminata hasta el cementerio para el entierro —anunció Oliver, justo cuando el grupo terminó de tocar la canción.

—¿Eliot y yo podemos ir contigo en tu auto? —pregunté avergonzada, ya había hecho tanto por nosotros.

—¡Claro que pueden! No voy a ningún lado sin ustedes dos, Alabá. Te lo prometo. —Me abrazó de nuevo, y le agradecí a Dios por eso.

Oliver quiso ayudar personalmente a los meseros del restaurante a cargar el ataúd hasta el coche fúnebre. La multitud caminó detrás en completo silencio, como muestra de respeto por la memoria de Alexander. El momento del entierro fue el más duro. Lancé una rosa blanca a la tumba en señal de perdón, y otra roja como agradecimiento por haber salvado mi vida.

—Nunca te voy a olvidar, Alexander. Descansa en paz, amigo mío. —Sonreí, y en una fracción de segundo una imagen muy especial cruzó por mi mente.

Era como un pequeño ritual solo nuestro. Todos los días, al cerrar el restaurante, siempre me despedía de él de la misma manera: le lanzaba un beso desde lejos, él lo atrapaba en el aire, lo guardaba en el bolsillo de su chaqueta de jean y decía con una sonrisa preciosa:

"*Adiós, chica bonita.*"

Y yo le respondía…

—Adiós, chico bonito. —Lancé un beso en dirección al ataúd. Jamás me olvidaría de él.

—Te voy a extrañar mucho, tío Alex. ¡Te quiero! —Eliot también arrojó una flor a la tumba, igual que todos los presentes. Ya ni siquiera se veía el ataúd de tantas flores que había encima.

Cuando terminó el entierro, sentí que una parte de mí se había quedado allí. Nunca más quería tener que pasar por algo así, por la pérdida de un ser querido.

—Vamos, Alabá, voy a llevarte a ti y a Eliot a casa, y si quieres, me quedo con ustedes esta noche. —Oliver me ofreció la mano y la tomé.

—Muchas gracias, Oliver. —Me alegró saber que se quedaría con nosotros. Por mí, no se alejaría nunca más.

—Si quieres ir adelantándote, solo necesito hacer una llamada importante y ya vuelvo con ustedes. —Besó mi rostro y se alejó,

algo nervioso mientras sacaba el celular del bolsillo.

Me preocupé, pero hice lo que me pidió y avancé con Eliot y mis amigos.

—Ey, jefa, ¿cómo estás? —Bruno me tomó del brazo.

—Tratando de mantenerme firme, como siempre —suspiré, agotada por dentro y por fuera.

—¿Y el restaurante, Alabá? No puedo imaginar ese lugar sin Alex —Vanessa se sentó en el capó del auto con Eliot.

—Yo tampoco, Vane. Por eso va a estar cerrado hasta nuevo aviso.

—Hay algo que no les conté porque me daba vergüenza, solo Alex lo sabía, y me apoyó un montón. —Bruno se frotó los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué pasó, Bruno? —Vanessa bajó del auto, preocupada.

—Con la chica que conocí en el campeonato de capoeira no funcionó. Me vio sin camisa y se asustó al darse cuenta de que soy un chico trans. —Bajó la cabeza con tristeza. Me dolió por él, aunque sabíamos que eso podía pasar tarde o temprano.

Vanessa y yo habíamos hablado tanto con él, animándolo a contarle la verdad a la chica desde el principio, pero se negó. Al final ella lo descubrió por su cuenta y se asustó. Todavía se habla muy poco sobre personas trans, y eso es un gran error. En el caso de Bruno, él es un chico trans: nació con genitales femeninos, pero se identifica y vive como un hombre.

—Lo siento mucho, Bruno. Estoy segura de que vas a encontrar a alguien que te ame por quien eres. —Lo abracé.

—Eso mismo me dijo Alexander. —Sonrió con tristeza—. Y no solo eso. Me defendió del padre y del hermano de la chica, que empezaron a llamarme con amenazas. Alex fue a buscarlos y les dio una buena lección. Les dijo que si volvían a molestarme, la próxima vez iba a ser peor. —Se rió entre lágrimas.

—Eso era tan típico de Alex. —Los tres reímos.

Miré al cielo, llevé la mano al pecho y respiré hondo. Ese era el Alexander que yo conocía, siempre protegiendo a los demás. Nadie puede fingir ser bondadoso por tanto tiempo; cuando la máscara no cae sola, Dios se encarga de arrancarla. Alexander era un buen

hombre, y tarde o temprano, la verdad sobre su identidad saldría a la luz para probarlo.

—¿Podemos irnos ahora, Alabá? El cielo se está cerrando, creo que va a llover. —Oliver volvió, pero se notaba molesto por algo.

—¿Estás seguro de que está todo bien y de que quieres quedarte esta noche con Eliot y conmigo? Si tienes algo urgente que hacer, lo entiendo…

—No los dejaría ahora por nada del mundo, Alabá. —Sacó las llaves del bolsillo—. Puedo llevar a tus amigos a sus casas, será un gusto.

—Muchas gracias por el gesto, señor Quent, pero vine en auto y llevo a Bruno. Él va a dormir en casa esta noche.

—De acuerdo, Vanessa. Pero ya puedes llamarme solo Oliver.

—Está bien, Oliver. Creo que empezamos con el pie izquierdo. Pero quiero agradecerte por todo lo que estás haciendo por Alabá y por Eliot. Sé que tú organizaste todo para el velorio de nuestro amigo, y estoy muy agradecida. —Le extendió la mano, como símbolo de paz.

—No tienes que agradecerme, no fue nada —respondió con humildad.

—Claro que sí, amigo. Muchas gracias por todo. —Bruno abrazó a Oliver, quien se quedó con cara de no saber ni cómo reaccionar.

Oliver realmente era un hombre distinto ahora. O mejor dicho, había vuelto a ser ese hombre bondadoso y gentil del que me enamoré un día.



Oliver

Después del entierro de Alexander, llevé a Alabá y a nuestro hijo de regreso a casa. Bastó con estacionar frente a la mansión para que se largara un aguacero. El día se oscureció en un segundo y los fuertes vientos silbaban en los oídos, dando la sensación de que el cielo se nos vendría encima en cualquier momento. Tuvimos que correr para entrar, y aun así terminamos empapados.

—No puedo creer que ya estemos en casa, un poco más y este día terrible finalmente llega a su fin —dijo Alabá, tirando los zapatos en cualquier rincón de la sala y dejando su bolso sobre el sofá.

—Tengo frío y estoy cansado, mamá. Me voy a mi cuarto —dijo Eliot mientras se frotaba los brazos intentando calmar los escalofríos por el cambio repentino de temperatura.

Apenas llegamos, mi hijo volvió a cerrarse por completo. Iba a tomar tiempo para que lograra asimilar esa pérdida.

—Está bien, cariño. Date un baño caliente y ponte el pijama. En un ratito te llevo leche tibia y algo de comer.

—No hace falta, no tengo hambre —respondió Eliot bajando la cabeza mientras se iba a su cuarto.

—¿Quieres que hable con él, Preta?

—No hace falta, Oliver. Yo me encargo —suspiró agotada—. Si quieres, puedes quitarte la ropa mojada y darte una ducha también. Creo que tengo algo en mi armario que te puede quedar.

—No te preocupes. No quiero ser una molestia.

—¡Claro que sí! No quiero que te enfermes. Dios me libre de perder a otra persona importante en mi vida —dijo sin querer, y al instante se puso roja de vergüenza.

—Está bien, Alabá, acepto la oferta —respondí sonriendo con las manos en los bolsillos. Después de una confesión como esa, haría cualquier cosa que ella me pidiera.

Y, para ser honesto, yo también tenía frío y estaba agotado. Una ducha caliente era justo lo que necesitaba.

—Puedes usar mi baño, está al final del pasillo. Ahí tienes toallas limpias y todo lo que necesites.

—¡Muchas gracias! —Le di un beso en la mejilla por impulso, aunque lo que de verdad deseaba era besarla en la boca.

—No hace falta que me agradezcas. —se abrazó a sí misma, visiblemente incómoda, y se fue sin mirarme.

¡Eres un idiota, Oliver!

Fui al cuarto sintiéndome inquieto por ese gesto espontáneo. No quería que Alabá pensara que estaba aprovechándome de su momento de vulnerabilidad para acercarme. Porque yo no era ese tipo de hombre. La madre de mi hijo siempre fue todo para mí, pero no la quería de cualquier manera. Solo la quería por completo. Por eso estaba dispuesto a esperar el tiempo que hiciera falta hasta que los pedazos rotos de su corazón sanaran y ella estuviera lista para darle otra oportunidad a lo nuestro.

—Mientras tanto, imbécil, ¡contrólate, carajo! —me dije, dándome un leve bofetón.

Pero iba a ser difícil mantenerme sereno después de abrir la puerta de su habitación y ser recibido por una ráfaga del aroma dulce de mi Diosa de Ébano. Todo el lugar olía a ella. Era una mezcla exótica de flores con algo más que no lograba identificar. Solo sé que era embriagante. Tal vez era nostalgia… porque, incluso después de tantos años, el perfume de esa mujer seguía igual.

Me senté en la cama de madera oscura, completamente borracho de amor. Estar ahí era como ser arrollado por una ola gigante de recuerdos felices.

De un tiempo en el que era feliz a su lado… y no lo sabía.

Cuando volví en mí y regresé al presente, observé el entorno y me di cuenta de que por fin conocía el cuarto de Alabá. ¡Por fin! Ese rincón especial donde se escondía del mundo cada noche, después de una jornada agotadora. A veces, tirado en la cama de mi mansión en las montañas de Nueva York, me pasaba horas preguntándome dónde estaría la mujer que rompió mi corazón. ¿Con quién? ¿Cuál sería la última imagen que veía antes de dormir? Bueno, ahora lo sabía.

Y para ser sincero su cuarto era exactamente como me lo imaginaba. Con una decoración rústica, techo alto y piso de madera. Todos los muebles eran de madera reciclada, hechos por alguien que claramente sabía lo que hacía. Increíble o no, había un tronco enorme barnizado tumbado en una esquina, cubierto con almohadones, que seguramente usaba como sillón.

Y sí, podía imaginarme perfectamente a Alabá allí, leyendo uno de esos libros de romance cursi que tanto la hacían suspirar al final.

—Qué pena que en la vida real no siempre tenemos un final feliz. —Me levanté y fui a darme una ducha, pensativo.

Mientras el agua caliente caía sobre mi cuerpo, no podía dejar de pensar en el mensaje que me envió el comisario mientras aún estábamos en el cementerio. Me pedía que me comunicara con urgencia, y eso hice. Después del entierro, le pedí a Alabá que fuera caminando con los demás y lo llamé de inmediato para saber de qué se trataba. Pero el desgraciado no quiso soltar nada por teléfono, dijo que era un asunto demasiado delicado y que solo podía hablarlo en persona, lo antes posible.

Como dejé bien claro que hoy no pensaba moverme del lado de Alabá y de nuestro hijo, él no quedó muy conforme, pero aceptó que fuera a la comisaría mañana a primera hora.

Lo único que me adelantó antes de cortar fue que habían descubierto algo de extrema importancia sobre la muerte de Alexander, algo que cambiaría por completo el caso.

¿Pero qué podía ser, Dios mío?

Me lo pregunté un millón de veces desde que terminó la llamada, pero no había mucho que pudiera hacer hasta que llegara

el día siguiente. Y hasta saber de qué se trataba, no le diría nada a Alabá. Ya había bastante preocupación con la mía.

Después de una ducha larga y extremadamente reconfortante, salí del baño con una toalla blanca atada a la cintura. Me sentía como un hombre nuevo.

—¡Puta madre! —Di un salto cuando, al entrar en el cuarto oscuro, me topé con Alabá sentada en la cama, pensativa. Supuse que también se había bañado, porque llevaba puesto una bata negra.

—¿Te asusté, Oliver? Perdón. Solo vine a traerte este conjunto de buzo que compré por internet y me quedó enorme. Seguro te queda bien a ti, aunque no sé si te va a gustar el color. —Encendió la luz y me entregó un pantalón y una sudadera rosa chicle. Después volvió a sentarse en el mismo lugar.

Y cuando digo rosa chicle, me refiero a ese rosa fluorescente que se ve a kilómetros de distancia. Para colmo, tenía un enorme dibujo de Minnie Mouse en el pecho, con su vestidito rojo de lunares blancos y un lazo gigante en la cabeza haciendo una carita adorable.

Lo que me faltaba…

—Está perfecto, Alabá. Hasta creo que este color resalta mi tono de piel —bromeé, y logré arrancarle la primera sonrisa del día. Me sentí orgulloso por eso.

—Yo también creo que te queda bien, gringo —respondió, siguiéndome el juego.

—¿Y Eliot? ¿Cómo está? —Me senté a su lado en la cama.

—Muy callado. Traté de hablar con nuestro hijo, pero se puso los auriculares y dijo que estaba cansado, que solo quería escuchar música. Así que respeté su espacio.

—Solo necesita tiempo, Alabá. Va a estar bien. —Le tomé la mano suavemente.

Nuestras miradas se encontraron y mi cerebro se apagó por completo. Estábamos tan cerca que tuve que contenerme para no inclinarme y besarla.

—Tienes razón, Oliver —dijo mientras se ponía de pie, rompiendo el contacto entre nosotros—. Pero ahora te dejo para que

te pongas tu buzo de Minnie Mouse. Si necesitas algo, estaré en la sala. —Se dio vuelta para salir.

Pero justo entonces, un relámpago iluminó toda la habitación desde la ventana, y segundos después estalló un trueno tan fuerte que parecía haber caído dentro del cuarto. Alabá pegó un grito y se lanzó sobre mí, muerta de miedo. Nunca le molestó la lluvia fuerte, pero siempre tuvo pánico a los relámpagos.

—Bueno, algo me dice que no vas a ir a ningún lado, Preta —bromeé. Habría soltado una carcajada si no fuera porque me estaba estrangulando de tan fuerte que me abrazaba del cuello.

—No voy… a… nin-gún lado —balbuceó, temblando de miedo.

—De acuerdo. Pero, ¿podrías soltarme un segundo, por favor? Necesito vestirme —tuve que pedirlo porque, sinceramente, era imposible mantener el control con ella sentada sobre mí… y mi cuerpo empezando a reaccionar sin consultarme.

—Claro, perdón, Oliver. —Se bajó de mi regazo con las mejillas levemente sonrojadas y se sentó en la cama.

Me di la vuelta antes de soltar la toalla; no quería que viera el tamaño de la erección que me había provocado en cuestión de segundos. Pero otro relámpago, aún más fuerte que el anterior, iluminó el cuarto, y cuando me di cuenta, Alabá se había aferrado a mi cintura por detrás y la toalla ya estaba en el suelo. Ahora estaba completamente desnudo.

—Sé que tienes miedo, Alabá, pero creo que este no es el mejor momento para tocarme. —Aparté sus brazos de mi cuerpo antes de hacer alguna estupidez. Acababa de salir de la ducha y ya estaba sudando como un condenado.

Estaba demasiado excitado, no podía controlar lo que pasaba allá abajo, pero al menos aún tenía el control de mi cabeza. Aunque no estaba siendo nada fácil. En Nueva York tenía una vida sexual bastante activa, una mujer distinta cada noche, pero desde que volví a hacer el amor con Alabá, no he podido pensar en otra.

Ella era la única que existía para mí.

—¿No quieres que te toque? Lo siento —dijo bajando la mirada, avergonzada.

—No es eso, mi amor. Quiero que me toques más de lo que imaginas. —Me giré hacia ella, y sus ojos fueron directo a mi erección, firme como una roca—. Pero respeto tu dolor, y no quiero aprovecharme de eso. Por eso, por favor, no te acerques más. —Estiré el brazo para mantener distancia.

Me dolía no poder abrazarla en ese momento. Estaba asustada, y yo no podía protegerla de su fobia a los relámpagos. Pero en ese instante, lo más sensato era protegerla de mí. Y lo haría mientras me quedaran fuerzas.

—Sé que nunca te aprovecharías de mi dolor, Oliver —dijo acortando la distancia entre nosotros y apoyando su mano en mi pecho—. Pero tú puedes acabar con él. Por favor, hazme sentir cualquier cosa que no sea esta tristeza. —Se quitó la bata, dejándome ver su cuerpo desnudo. Alabá quería que hiciera el amor con ella, que la hiciera olvidar.

Pero algo no me cerraba. No se sentía del todo correcto. Retrocedí.

—Sé que no es eso lo que realmente quieres, Alabá. Estás dolida, confundida, y seguro que después te vas a arrepen… —Ella me calló con un beso. Luché con todas mis fuerzas para resistir, pero no pude. Era más fuerte que yo.

Más fuerte que los dos.

—¿Sabes algo, gringo? Me hiciste sentir muchas cosas malas —susurró contra mis labios—. Pero el arrepentimiento nunca fue una de ellas. Porque peor que tener el corazón hecho pedazos por ti una y otra vez, habría sido no haberte conocido nunca.

Ahí fue cuando me rendí por completo. La besé con todo el amor que sentía por esa mujer.

Si Alabá quería que su dolor desapareciera, yo me encargaría de que no solo se esfumara el dolor, sino también cualquier sentimiento oscuro que quedara dentro de ella. La besé mientras la llevaba hasta la cama y la recostaba boca arriba. Besé cada parte de su cuerpo como si fuera sagrada, quería que sintiera en la piel cuánto la deseaba.

—Te amo tanto, Alabá. Siempre te he amado. —Me detuve un momento solo para mirarla y apartar con cuidado algunos rizos que

caían sobre su rostro. A pesar de la tristeza en su mirada, seguía siendo la mujer más hermosa que conocí en mi vida.

—Yo tampoco dejé de amarte, Oliver. Por eso cumplí mi promesa y no volví a tener a ningún otro hombre en mi cama después de ti. —Cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

Entonces aún me amaba. Me había esperado todo este tiempo…

—Mírame, mi amor —le pedí, pero negó con la cabeza.

—Por favor —insistí. Y poco a poco fue bajando las manos.

—Te lo juro, ni la muerte va a volver a separarnos, Alabá. Nunca más te voy a hacer llorar, salvo que sea de felicidad. Seré el mejor padre para nuestro hijo y nunca dejaré que nadie en este mundo los lastime —le juré mirándola a los ojos.

—¿De verdad lo prometes, Oliver? —preguntó entre sollozos.

—Con toda mi alma, amor mío. —Le sonreí y ella me atrajo hacia ella para besarme. Sentí el sabor salado de sus lágrimas mezclado con las mías.

Con nuestras bocas unidas, me acomodé entre sus piernas y la llené lentamente. No había nada como estar dentro de esa mujer otra vez. Nunca me cansaba de ella. Siempre era igual de intenso, como si fuera la primera vez. Mientras la penetraba, le susurraba palabras románticas al oído:

"*Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.*"

"*Nunca he amado a nadie como te amo a ti.*"

"*Quiero que seas mía para siempre.*"

Así, haciendo el amor con Alabá para borrar su dolor, terminé borrando también el mío. Fue como si, desde ese momento, todos los fantasmas del pasado hubieran desaparecido, y nosotros volviéramos a empezar desde cero. Nada ni nadie nos separaría de nuevo.

No sé en qué momento Alabá y yo nos dormimos, abrazados como si fuéramos uno solo. Pero cuando desperté, tuve la impresión de haber oído un ruido. La dejé dormida en la cama, me puse a toda prisa el conjunto de Minnie Mouse y salí a revisar toda la casa. No

encontré nada. Eliot dormía plácidamente, aún con los auriculares puestos.

—Duerme con Dios, hijo. Mañana será un nuevo día, y poco a poco todo irá mejorando. —Le besé la frente.

Antes de salir, le quité los auriculares y guardé el celular bajo su almohada. Cerré la puerta y volví a la habitación. Sin embargo, al entrar, noté que la ventana estaba abierta, el viento entraba con fuerza y Alabá temblaba de frío, toda acurrucada en la cama. Me pareció muy extraño.

—¿Todo bien, Oliver? —preguntó Alabá con voz somnolienta, aún con los ojos cerrados.

—Sí, mi amor, no te preocupes. Fue solo el viento que abrió la ventana —respondí, aunque no estaba del todo convencido, porque al revisar el mecanismo noté que las trancas eran bastante firmes.

Antes de cerrarla, miré hacia afuera. Solo vi oscuridad. La lluvia seguía cayendo con fuerza y no había ni un alma en la calle.

—Hace mucho frío, Oliver. Vuelve a la cama. —Bostezó mi Preta, perezosamente.

—Ya voy, amor. —Me metí bajo las cobijas y la abracé fuerte; su piel estaba helada.

Sin embargo, no pude pegar un ojo en toda la noche. Me quedé inquieto por la ventana abierta. También estaba muy preocupado por la conversación pendiente con el comisario. Sentía que algo no andaba bien. Cuando amaneció y finalmente paró la lluvia, decidí levantarme y preparar un desayuno especial para mi amor y nuestro hijo. No tenía la misma destreza que Alabá en la cocina, pero pondría todo de mí.

Fui a la cocina restregándome los ojos entre bostezos. El día anterior había sido pesado, y como no dormí bien, sabía que estaría todo el día con sueño.

—¡Jesucristo! ¡Cuánta comida! —exclamé al abrir la heladera de doble puerta. Había suficiente para alimentar a un batallón entero.

Pero no me sorprendía. A Alabá siempre le gustó la mesa llena. Así que preparé un poco de todo para nuestro primer desayuno en familia. Empecé por un café recién hecho, exprimí jugo de naranja

natural, hice huevos con tocino, tostadas y una ensalada de frutas bien surtida, entre otras cosas que apenas cabían en la mesa.

—¿Qué es ese olor tan rico? —Alabá apareció en la cocina con una camisola blanca muy sexy, caminando hacia mí con una sonrisa dulce mientras mi corazón latía desbocado solo de verla.

Tenía el cabello suelto y esponjado, cayéndole sobre el rostro. Parecía una leona salvaje lista para atacarme. Cuando estuvo cerca, se puso en puntas de pie descalza y me dio un beso en la comisura de los labios.

—Buenos días, Oliver. —Se alejó y sonrió con esa luz que ilumina el mundo entero.

Por Dios, cómo amaba a esa mujer. Era huracán y calma al mismo tiempo, todo lo que más deseaba tener en la vida.

—Buenos días, Preta. Preparé nuestro desayuno. —Le acerqué la silla para que se sentara.

—Muchas gracias. Pero no hacía falta que te levantaras tan temprano, podrías haber descansado un poco más. —Tomó una uva morada con los dedos y la chupó haciendo un pequeño puchero, tuve que apartar la vista o iba a lanzarme sobre ella.

—Está bien. Ya estoy acostumbrado a madrugar. —Le serví una taza de café y me senté a su lado.

—Claro que hacía falta, Oliver. Has sido tan bueno conmigo y con nuestro hijo que no sé cómo agradecerte. Perdón por todas las veces que fui tan dura contigo. —Empezó a llorar. Últimamente, desde aquella tragedia, estaba muy sensible.

—Ey, ven aquí, amor mío, todo está bien. —La atraje hacia mi regazo y la abracé fuerte—. No tienes que disculparte, fui un completo idiota, y para ser sincero, creo que hasta fuiste demasiado suave conmigo —bromeé para aliviarle el ánimo.

—Intenté quemarte vivo con una moqueca de camarón, gringo, ¿eso te parece suave? —Levantó la mirada con lágrimas, pero con un destello de diversión.

—Sí, porque sé que dejaste enfriar un poco la moqueca antes de lanzármela. Eres demasiado buena para lastimar a alguien, pero necesitas mantener esa fachada de mujer dura para protegerte. —

Dibujé con el pulgar la forma de un corazón sobre sus labios, que eran carnosos y rosados.

—Sí… Tú me conoces mejor que nadie —susurró.

—Sí. Te conozco —jadeé.

Nuestros rostros se acercaron lentamente hasta que nuestras bocas se encontraron. Alabá pasó las piernas alrededor de mi cuerpo en un encaje perfecto. Sus rizos cubrían mi rostro mientras nos besábamos con desesperación. Se movía tanto encima de mi erección que la camisola de seda se le subió hasta la cintura. Mis manos se clavaron en su trasero y la atrajeron aún más contra mí, la deseaba ahí mismo.

—Me vuelves loco, ¿sabías? —Bajé el tirante de la camisola y jugueteé con su pezón. Estaba tan jodidamente deliciosa.

—Buenos días, mamá y papá. Tengo hambre. —Eliot apareció en la puerta, frotándose los ojos, aún somnoliento.

Alabá saltó de mi regazo de inmediato y se sentó en su silla. Yo fingí normalidad, tratando de ocultar la vergüenza de haber estado a punto de ser sorprendidos por nuestro hijo en un momento íntimo. Ella y yo debíamos tener más cuidado.

—Ven aquí, hijo. Papá va a prepararte una leche calentita —me ofrecí a levantarme, pero Alabá me tomó la mano.

—No hace falta, amor, yo lo hago. Tú ya preparaste todo esto —asentí en silencio, demasiado impactado por haberla escuchado llamarme "amor" en lugar de mi nombre.

—¿Puedo sentarme a tu lado, papá?

—Claro, campeón, ven aquí. —Le acerqué la silla y le besé la cabeza.

—Aquí tienes tu leche, hijo. —Le entregó la taza con el dibujo de Spider-Man.

—Gracias, mamá, ¡está muy rica!

—De nada, cariño. —Le dio un beso en la mejilla y luego se sentó con nosotros a desayunar.

Mientras los observaba conversar en silencio, pensé que eso era justo lo que quería para cada uno de mis días. Por eso, en cuanto las cosas se calmaran, pensaba hincarme de rodillas ante Alabá y suplicarle que me diera una oportunidad de hacerla feliz. Quería

casarme con todas las letras, darle mi apellido a ella y a nuestro hijo, y echar raíces definitivamente en Brasil. Ya no me veía viviendo en ningún otro lugar que no fuera Salvador.

Después del desayuno tuve que ir a casa a cambiarme para hablar con el comisario; no podía aparecer en la comisaría con el conjunto rosa chicle de Minnie. Pero le prometí a Alabá que volvería con ella y con nuestro hijo lo antes posible.

—¿Pero qué mierda es esto? —solté al llegar a mi departamento y encontrar la puerta sin llave.

Entré con pasos sigilosos y, al llegar a la sala, vi la silueta de un hombre sentado en el sofá, de espaldas a mí. Como estaba oscuro, no podía ver quién era.

—¿Quién eres? —Apreté el interruptor y encendí la luz.

—Soy yo, Oliver, no te asustes. —El intruso se puso de pie y casi se me caen los ojos del rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Le pregunté al hombre del abrigo negro y sombrero que le cubría gran parte del rostro. Juro por Dios que no esperaba ver a esa persona, justo ahora que por fin estaba arreglando las cosas con Alabá.

—Tenemos que hablar, Oliver. Tu hijo y su madre están en peligro —Intentó acercarse, pero le hice un gesto para que se detuviera.

—¿Ah, sí, Arthur Quent? No me digas. —Miré a mi abuelo con todo el rencor que cargaba dentro. Tenía la mirada triste, pero ni eso me conmovió—. Dicho así hasta parece que ahora te preocupas por ellos —solté con sarcasmo.

—No tenemos tiempo para eso ahora, Oliver. Toma a la mujer y al niño, necesitamos llevarlos a un lugar seguro —al elevar la voz, le vino un ataque de tos. Mi abuelo estaba mucho más delgado y pálido que la última vez que lo vi.

Además, actuaba raro. Parecía nervioso, revisando su celular a cada rato como si esperara un mensaje urgente.

—No creo ni una sola palabra de lo que dices. Quien miente una vez, miente siempre. Así que puedes largarte ahora mismo. Y deja de entrar a mi casa sin permiso. —Le señalé la puerta.

—Sé que crees que sabes toda la verdad, Oliver, pero no sabes nada. Ahora haz lo que te digo antes de que sea demasiado tarde —insistió con angustia.

—¿De qué estás hablando, abuelo? ¿Sabes qué? No importa. Lárgate. Mi hijo y su madre están pasando por un momento difícil y no tengo tiempo para tus mierdas. —Intenté empujarlo hacia la salida, pero el viejo testarudo no se movió ni un centímetro.

—Solo necesito cinco minutos, Oliver. Sé que tienes muchas preguntas y yo tengo todas las respuestas. Así que deja de ser tan terco como lo era tu padre y escúchame. No habría venido personalmente a Brasil si no se tratara de una cuestión de vida o muerte —prácticamente me rogó.

—Sí que tenemos que hablar, abuelo. Y bastante. Pero no ahora. Estoy retrasado para un compromiso importante.

—Sé que el comisario te citó para hablar dentro de una hora, pero no puedes ir. Su intención es detenerte —dijo, y me quedé helado. ¿Cómo carajo sabía eso?

—¿Cómo sabes de mi conversación con el comisario?

—Sé mucho más de lo que imaginas, hijo. La nueva prueba que encontraron en el caso es que dieron con el coche que atropelló a Alexander y, creas o no, el vehículo pertenece a la empresa Quent.

—¿Qué? —Me quedé paralizado.

¿De qué mierda estaba hablando? ¿Cómo podía ser que el coche que mató a Alex perteneciera a nuestra empresa? Si eso era cierto, estaba completamente jodido. Sería casi imposible probar mi inocencia. Si el comisario ya sospechaba que yo lo había matado, ahora estaría convencido.

—Así como lo oyes. Alex fue asesinado y alguien está tratando de incriminarte —pronunció el nombre de Alex con tal familiaridad que me desconcertó. Incluso percibí un poco de tristeza en su voz.

—¿Qué relación tenías con Alexander, abuelo?

—Cálmate y siéntate. Te voy a contar toda la historia. Se acabaron los secretos.

—Tienes cinco minutos. Ni uno más. —Me senté frente a él, en el sillón.

—Gracias por escucharme, hijo. Perdón por haber tardado tanto en tener esta conversación.

—Entonces habla de una vez, mierda. ¿Por qué mentiste diciéndome que era estéril, abuelo? ¿Solo para separarme de mi novia embarazada y llevarme de vuelta a Estados Unidos contigo? —le solté de golpe.

—No fue por eso, hijo. —Negó, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Entonces fue porque no querías un bisnieto mestizo? Porque Matt me contó que en la universidad lo insultaste, que mandaste a la empleada a vigilarlo para que no robara nada. —Lo miré con dolor, esperando que entendiera cuánta vergüenza me daba llevar su sangre racista.

—Cielos… ¿Matt escuchó eso? Lo siento mucho, Oliver. Pero no lo dije por su color de piel, sino porque venía del Brooklyn, donde en esa época el índice de criminalidad era altísimo. Pensé que sería una mala influencia para ti. Pero con el tiempo me di cuenta de que estaba equivocado. Es más aplicado que tú en los estudios y un excelente amigo. Quiero a Matthew como si también fuera mi nieto y me disculparé con él en cuanto pueda —dijo con una sinceridad que, para mi sorpresa, creí.

—¿Entonces cuál es el verdadero motivo por el que me mentiste, abuelo Arthur? Porque no se me ocurre ninguno —pregunté, conteniendo a duras penas la rabia.

—Para protegerte, esa siempre fue mi intención —dijo, quitándose el sombrero y colocándolo sobre su regazo.

—¿Protegerme de quién? ¿De una huérfana embarazada y asustada que no tenía ni dónde caerse muerta? Por favor… —Respiré hondo, tratando de controlar el enojo.

—¡No! Yo te protegí de una chica astuta que intentó engancharte con un hijo que ni siquiera era tuyo. Lo creía de verdad, por la mala fama que tenía la muchacha. Por eso intervine. Usé la carta que tenía bajo la manga sobre tu problema de fertilidad y te hice creer que era irreversible… pero no lo era —confesó, confirmando lo que yo ya sospechaba.

Pero algo no encajaba. ¿Cómo sabía de esa supuesta mala fama de Alabá, si apenas la conocía? Solo sabía cómo lucía físicamente

porque en mi cuarto, en casa de mis padres, había fotos nuestras por todas partes.

—¡Pues estabas equivocado, carajo! Ella esperaba un hijo mío, tu bisnieto, ¡y tú manipulaste todo para separarnos! —Lo miré decepcionado.

—Lo sé, Oliver… pero cuando descubrí la verdad sobre esa joven, la cagada ya estaba hecha. No había forma de deshacer lo que hice —dijo, sacudiendo la cabeza con pesar.

—¿Cómo que ya era tarde, abuelo?

—Es complicado de explicar, pero todo comenzó el día de la muerte de tus padres… —finalmente se decidió a soltarlo todo.

Y lo confieso: quedé en shock con cada palabra que salió de la boca de mi abuelo. Poco a poco, las piezas empezaron a encajar. Descubrí que él también había sido manipulado desde el principio. Todo lo que hizo fue porque realmente creyó que estaba protegiendo a su nieto de una trampa. Y cuando por fin supo la verdad, ya era demasiado tarde. El daño estaba hecho y se convirtió en una bola de nieve que solo fue creciendo con el tiempo.

El verdadero culpable de mi trágica historia de amor era otra persona completamente distinta. La misma que había asesinado a Alexander. Pero su objetivo principal nunca fue él.

Siempre fue Alabá…



Alabá

Después de que Oliver se fue, algunos compañeritos de Eliot vinieron a buscarlo para jugar al fútbol en un campito que hay cerca de casa. Por supuesto, no quiso ir, pero insistí en que fuera. No iba a servir de nada quedarse todo el día triste encerrado en su cuarto por la muerte de Alex, porque, lamentablemente, eso no lo iba a traer de vuelta. Pero el terco solo aceptó ir después de que uno de los chicos le dijo que su noviecita, Alice, había vuelto al barrio y que iba a estar ahí. Entonces mi hijo salió corriendo. Me quedé sola en casa, lo cual no fue una buena idea, porque las ganas de llorar me vinieron con todo. Yo amaba a Oliver y estaba feliz de que las cosas entre nosotros estuvieran funcionando, pero también amaba a Alexander, aunque de un modo diferente.

Apenas se fue y ya lo extrañaba muchísimo. Cuando me di cuenta, estaba en la cocina del restaurante, recostada sobre el mostrador, llorando. La presencia de mi amigo era muy fuerte en ese lugar, pero no podía ser de otra manera: pasábamos horas ahí, trabajando y riéndonos de todo.

—Podías tener tus defectos, Alex, pero no eras un psicópata. ¡Yo creo en eso! Solo quisiera que volvieras con nosotros y arreglaras todo este desastre que dejaste —dije al silencio de la cocina, como si él realmente pudiera escucharme. Supongo que ya estaba perdiendo la cabeza.

Y lo estaba, porque juraría que escuché la puerta del restaurante abrirse. Ni siquiera recordaba haberla dejado sin llave. Luego oí pasos en el salón. Me levanté asustada, fui a ver quién era y me encontré con una persona sentada en una de las mesas. ¡Mierda! Me había olvidado de poner el cartel afuera avisando que estaríamos cerrados hasta nuevo aviso.

—¡Ey, disculpa! Pero hoy no estamos atendiendo a nadie. —Me acerqué a la mesa.

—¿Ni siquiera a tu mejor amigo, Alabá? —Una voz grave resonó en el salón.

Miré a ese hombre barbudo con profundas líneas en el rostro. A pesar de que se veía mucho más envejecido desde la última vez que lo había visto, lo reconocí al instante.

—¡Paulo! ¿Cómo me encontraste? —Corrí a abrazar a mi querido amigo, con una mezcla de alegría y sorpresa. Pero él no respondió con la misma efusividad.

Sabía que algún día nos volveríamos a ver. Había perdido a un amigo, pero Dios me devolvía a otro. Mi corazón estaba a punto de explotar de tanta felicidad.

—Por lo que veo, los años te han sentado de maravilla. Estás aún más hermosa que la última vez que te vi. —Me observó de arriba abajo con la mano en el mentón. Había algo en su mirada, un brillo distinto que no supe descifrar.

Me dio un poco de vergüenza estar todavía en camisón, pero él era mi mejor amigo y ya me había visto con menos ropa cuando íbamos a la playa y nos pasábamos horas metidos en el mar o tirados bajo el sol como lagartijas.

—Tú también estás muy bien, amigo. ¿Por dónde has andado? —Tomé su mano con entusiasmo; quería saber todo sobre su vida.

Aunque la verdad era que me preocupé. No se lo dije, pero Paulo no se veía nada bien. Estaba extremadamente flaco, con el cabello largo y los dientes delanteros amarillentos, casi podridos. No es que me guste fijarme en esos detalles, pero su ropa también lo decía todo: una camisa negra de mangas cortas, rota, y unos jeans tan gastados que parecía que solo tenía ese par en su ropero.

—Estuve por ahí… —dijo, misterioso, observándolo todo a su alrededor.

—¿Por ahí dónde, Paulo? Recé tanto para que te hubieran adoptado en una buena familia después de que cerraron el orfanato. —Me senté con él en la mesa, arrastrando una silla.

—Y lo hicieron. Un matrimonio de ancianos en un pueblito perdido de Minas Gerais, pero no los soportaba —contestó sin un gramo de emoción en la voz.

—¿Y vinieron a Salvador contigo? Sería un honor conocerlos.

—No. Se quedaron en Minas, bajo siete palmos de tierra —soltó una carcajada macabra, echando la cabeza hacia atrás.

Me puse a pensar qué tipo de persona se reiría de algo así. Pero Paulo siempre tuvo un sentido del humor pésimo, así que traté de no darle importancia.

—Lo siento mucho por tu pérdida, Paulo. Mis condolencias.

—Y yo también siento mucho la tuya, Alabá —dijo, torciendo la boca en una sonrisa burlona que me provocó un escalofrío en toda la columna.

—¿Cómo sabes que perdí a alguien hace poco? —Fruncí el ceño; esa conversación empezaba a ponerse rara.

—Sé muchas cosas sobre ti, Alabá. —Frunció el rostro—. Tuviste un hijo y le pusiste Eliot, igual que el abuelo. También sé que sigues siendo la misma puta de siempre: enterraste a un macho por la mañana y ya estabas abriéndote de piernas para otro por la noche —gruñó, mostrando los dientes.

En ese momento supe que la persona frente a mí no era la misma que conocí diez años atrás. Tenía que salir corriendo en cuanto se presentara la oportunidad. Estaba en peligro.

—¿Desde hace cuánto tiempo vienes observando mi vida, Paulo? —Empecé a incorporarme muy despacio, sin hacer movimientos bruscos. Todos mis sentidos estaban en alerta máxima.

—Si fuera tú, no haría eso, mi angelito. —Sacó un arma de la cintura y la puso sobre la mesa—. Siéntate y calla. Esta vez no va a venir nadie a salvarte —dijo mientras se recostaba en la silla con esa expresión endemoniada.

—¡La puta madre, Paulo! ¿Qué esperas conseguir con esto? —Empecé a temblar de miedo.

—Terminar lo que empecé hace diez años. Pero esta vez voy a arrancar el mal de raíz. —Me apuntó a la cara y empezó a reír como un desquiciado. Iba a matarme en cualquier momento y ni siquiera sabía por qué.

Pero estaba a punto de averiguarlo...

—¡Por favor, Paulo, no hagas esto! —Oliver apareció en la puerta con las manos en alto. Estaba jadeando, como si hubiera venido corriendo—. Te lo ruego, si alguna vez sentiste algo de verdad por mí, como me dijiste no le hagas daño a Alabá —dijo, y yo casi me desmayé en el acto. Tuve que apoyarme en la mesa para no caer al suelo del impacto.

¿Paulo estaba enamorado de Oliver? Imposible. Siempre decía que odiaba a mi novio, que debía dejarlo y buscar a alguien que no solo quisiera acostarse conmigo como todos los demás.

—Mira quién llegó... ¡ahora sí está completa la fiesta! —Giró el arma hacia Oliver—. Yo no solo estaba enamorado de ti, idiota... ¡te amaba de verdad! Y cuando me declaré, me humillaste riéndote de mis sentimientos. —Unas lágrimas le corrían por la cara.

—Perdón por eso, Paulo. Era el final de una fiesta, yo estaba borracho, medio dormido en el sillón, esperando a que Alabá saliera del baño para irnos a casa, cuando me desperté contigo encima, besándome y diciéndome que me amabas. ¡Carajo! Eras el mejor amigo de mi novia. Cualquiera en mi lugar habría reaccionado mal —se explicó Oliver, y yo quedé aún más desconcertada. Prácticamente había sido abusado por mi mejor amigo, y yo no sabía una mierda.

—¿Por qué nunca me contaste eso, Oliver? ¡Dios mío! No sé ni qué decir... —no me salían las palabras.

—Porque no quería herirte, mi amor. Sabía que Paulo era como un hermano para ti, y te dolería descubrir una traición así de su parte. Así que lo perdoné, con la condición de que jamás volviéramos a hablar del tema.

—¡Pero yo no lo olvidé, Oliver! Y me juré que si no ibas a ser mío, ¡no serías de nadie! —gritó fuera de sí.

¡Maldita sea! Ahora todo tenía sentido. Por eso nunca vi a Paulo con nadie. Pensé que era por timidez. Pero no, era gay y tenía miedo de admitirlo, lo reprimió y lo convirtió en odio.

Odio hacia mí.

—¿Cómo pudiste hacerme esto, Paulo? ¡Yo siempre te quise tanto!

—¡Pero yo nunca te soporté, niña, despierta! Solo te aguantaba para sobrevivir en ese orfanato de mierda, porque eras fuerte y todos te respetaban. —Empezó a caminar alrededor de mí con el arma en la mano, agitándola de un lado a otro.

—¿Por qué tanto odio, Paulo? Te juro que no lo entiendo. —Empecé a llorar. Una vez más, alguien a quien amaba y en quien confiaba ciegamente me había engañado.

—Siempre te odié por el simple hecho de haber nacido, Alabá. Porque eras todo lo que yo quería ser y no podía. —Me dio una bofetada brutal en la cara.

—Si vuelves a tocarla, Paulo, te juro que te mato. —Oliver apretó los puños, a punto de perder el control.

—¿Ves, Alabá? ¡A eso me refiero! —Le apuntó con el arma—. Siempre tuviste a los hombres a tus pies sin mover un dedo, solo porque naciste mujer, eres linda y tienes una personalidad arrolladora. Cuando salíamos, todas las miradas iban hacia ti, y eso me destrozaba por dentro, tener que convivir con el hecho de ser un putito reprimido. —Empezó a rasguñarse el brazo con tanta fuerza que le brotó sangre. Estaba claramente en un episodio psicótico o bajo el efecto de alguna droga fuerte.

—¡Pero qué mierda, Paulo! ¿Por qué no compartiste ese secreto conmigo? Yo podría haberte ayudado a enfrentar esas barreras que impone la sociedad. —En ese momento me acordé de Bruno y me sentí orgullosa de su valentía al luchar por quien es. No es una jornada fácil, pero para los valientes y nobles de alma, nada es imposible.

—¿Ayudarme cómo, estúpida? ¿Teniendo lástima de mí? ¡Prefería morirme antes! Era mucho mejor divertirme destruyendo tu vida. Jamás iba a permitir que te quedaras con mi gringo millonario y salieras impune. —Se lamió la sangre que le chorreaba por el

brazo. Se notaba a leguas que estaba en un estado gravísimo de locura.

—Cuando supiste que yo estaba embarazada, no fuiste a casa de Oliver para defender mi honor, ¿verdad? Fuiste a contarle antes que yo y hacerle creer que el hijo no era suyo. Con la fama de puta que yo tenía, no debió ser difícil convencerlo. —Negué con la cabeza, sintiéndome una completa idiota. Le había dado munición al enemigo para destruirme.

—¡Bingo, Alabá! Solo que cuando llegué y me encontré con ese viejo idiota, me di cuenta de que podía ayudarme con eso. A pesar de su portugués de mierda, logré embaucar al anciano. Solo tuve que llenar la cabeza de un abuelo amoroso con ideas sobre la noviecita promiscua de su único heredero. —El demonio se me acercó con sigilo—. Le dije que era tu mejor amigo, pero que no podía dejar que su nieto se hiciera cargo del hijo de otro. Entonces me contó lo de la infertilidad de Oliver. Recuerdo que sonreí por dentro, todo jugaba a mi favor. —Deslizó la punta del arma por mi mejilla.

—¡Claro que sí, hijo de puta! Apuesto a que también fuiste tú el que le contó a la hermana Antonia sobre mi embarazo, aun sabiendo que me echaría a la calle con lo puesto. ¡Dios mío, Paulo, eres un monstruo! —Aparté la mirada, hirviendo de rabia. Quería romperle el cuello en un ángulo de trescientos sesenta grados.

—Fui yo, sí, querida. Me escondí para ver todo desde primera fila. La mejor parte fue cuando la hermana Antonia te arrastró por los pasillos. —Se rió con burla—. No, mentira, lo mejor fue al día siguiente, cuando tu noviecito arrepentido apareció en el orfanato con cara de perro apaleado buscándote, dispuesto a hacerse cargo del hijo de otro con tal de no perderte. ¡Qué romántico! —Se metió un dedo en la garganta como si quisiera vomitar.

—¿Es cierto eso, Oliver? —pregunté con voz quebrada.

—Sí, Preta. Me arrepentí de haberte dejado al día siguiente. Decidí que no me iría con mi abuelo, te amaba tanto que estaba dispuesto a hacerme cargo del hijo de otro con tal de no perderte —dijo, y sentí que el corazón se me partía. Oliver de verdad me amaba —. Pero cuando fui al orfanato a buscarte, Paulo me dijo que no

quería volver a verme nunca más y que ojalá muriera lentamente. Y que ibas a abortar —concluyó.

Ahora entendía por qué, cuando Oliver se enteró de que Eliot era mi hijo, se puso como loco. Pensaba que yo había perdido al bebé.

—¿Y tú le creíste a este hijo de puta, Oliver, después de todo? — Las lágrimas que venía conteniendo se me escaparon.

—Estaba destrozado, Alabá. No pensé con claridad. Elegí el camino fácil: odiarte y marcharme, esperando que la distancia acabara con el dolor. —Se encogió de hombros. Y, para ser honesta, lo entendía.

La mayoría de las veces, duele mucho menos odiar que amar.

—Pero claro, el destino tenía que traerte de vuelta a Salvador, ¿no, Oliver? —Paulo pateó una silla para liberar su rabia—. Cuando vi en la televisión que el gran CEO americano iba a venir a Brasil a construir un maldito centro comercial, supe que era cuestión de tiempo para que volvieran a estar juntos. Pero no lo iba a permitir ni muerto. —Me encajó el arma bajo el mentón. Para el ego herido de Paulo no podía existir un mundo donde Oliver y yo estuviéramos juntos.

—¿Y por qué esperaste tanto para venir a matarme, Paulo? Si me odiabas tanto, deberías haberme metido un tiro en la cabeza desde el principio y terminabas tu martirio —desafié al diablo.

—Créeme que lo intenté, pero el guardaespaldas que el abuelo de Oliver puso a vigilarte me lo puso difícil. —Puso los ojos en blanco.

—¿Guardaespaldas? —Miré a Oliver en busca de respuestas.

—Mi abuelo me contó que, hace unos cinco años, hojeaba una revista donde hablaban de turismo y restaurantes nuevos en Brasil. El tuyo aparecía en la lista, con fotos, y en una de ellas estabas tú, vestida de chef, abrazada a Eliot. En ese instante supo que era mi hijo porque teníamos la misma mirada —dijo con voz entrecortada.

Respiró hondo y continuó:

—Pero ya era demasiado tarde para arreglarlo. Tuvo miedo de que nunca lo perdonara. Así que, en vez de contarme la verdad,

envió a alguien de confianza para que cuidara de ti y de Eliot por mí. —Me miró con lágrimas en los ojos. No necesitó decir nada más.

—¡Alexander! —Caí de rodillas, llorando desconsolada. Sabía que mi amigo era un hombre bueno, jamás habría hecho daño a nadie.

Ahora entendía por qué me insistía tanto en que debía irme de allí, en que el Eliot y yo corríamos peligro. Incluso al morir intentó advertirme. ¡Ah, mi querido amigo! Saber que eras una buena persona me traía consuelo. Pero entonces recordé la expresión burlona de Paulo cuando dijo que lamentaba mi pérdida reciente.

No quería creerlo porque era demasiado pero Paulo tenía que estar implicado en el accidente.

—Tú eras el que conducía ese auto, ¿verdad? —Me volví hacia él, destrozada.

—Sí, fui yo, querida amiga —dijo con cinismo—. Pero no estaba planeado. Mi objetivo eras tú. Iba a atropellarte con un auto robado de la empresa Quent para que culparan al padre de tu hijo. —Le lanzó un beso a Oliver para provocarlo.

Como no reaccioné, siguió escupiendo veneno:

—Una lástima que ese idiota se tiró encima tuyo haciéndose el héroe y arruinó todo. Nunca voy a entender ese poder que tienes con los hombres. —Desbloqueó el arma y me la metió en la boca—. Pero nunca es tarde para corregir un error.

—¡Piensa bien lo que vas a hacer, Paulo, por favor! —Oliver se acercó lentamente.

—Si das un paso más, le vuelo la cabeza a esta perra —amenazó.

—¿Mamá? —Eliot apareció de pronto en la puerta con una pelota bajo el brazo.

Paulo se distrajo al verlo. Oliver aprovechó el instante para derribarlo de un golpe y se lanzó encima dispuesto a todo por salvar a su familia.

—¡Corre, Alabá, agarra al Eliot y sal de acá! —gritó Oliver. Él y Paulo empezaron a pelear por el arma, rodando por el piso del restaurante.

Desesperada, corrí hacia mi hijo, pero no llegué a alcanzarlo. Solo recuerdo el estallido de un disparo retumbando en mis oídos. Me detuve con el cuerpo entumecido, bajé la vista y vi cómo la sangre brotaba por toda mi camisola blanca.

—¡No! —El grito de Oliver fue lo último que escuché.

Mientras caía en cámara lenta, todo se volvía oscuro. Me habían disparado a sangre fría. Al final, Paulo consiguió lo que siempre quiso:

acabar conmigo.



Oliver

—Tranquilo, hermano, la madre de tu hijo va a estar bien. —Matt me tocó el hombro. Hacía horas que Alabá había entrado al quirófano y nadie nos daba información.

Después de que ese desgraciado le disparara, lo único que recuerdo es a la policía separándome de Paulo. Le pegué tanto al muy cabrón que le desfiguré la cara, pero, lamentablemente, no murió. Alabá no sé si correría con la misma suerte. Cuando fui a socorrerla, había tanta sangre a su alrededor que entré en pánico. Si no hubiera sido por Eliot, me habría derrumbado. Él no paraba de llorar en el auto mientras seguíamos a la ambulancia hasta el hospital. La última vez que vio a su madre fue cuando ingresó a emergencias, y desde entonces no supimos más nada.

—Si ella muere, Matt, no sé qué será de nosotros. —Miré a Eliot dormido en mis brazos, aún sollozando bajito. El pobrecito lloró hasta quedarse dormido, pidiendo por su mamá.

—Esa mujer es dura de roer, hermano, capaz de darle una cachetada a la muerte y decirle: "Aquí, mijita, aléjate de mí o te mato" —bromeó Matthew y yo reí. Era perfectamente posible que Alabá hiciera algo así.

—Gracias, hermano, por estar siempre a mi lado cuando te necesito —le agradecí a mi amigo, emocionado.

Fue el primero en llegar al hospital cuando llamé a todos nuestros amigos para contarles lo que había pasado. Después llegó Rubi y, enseguida, vino todo el personal del restaurante. Solo faltó

Vanessa, que estaba en casa de sus padres en la ciudad vecina, pero ya había enviado un mensaje diciendo que estaba en camino.

—No tienes que agradecer, para eso estamos los amigos. —Le acarició el cabello a Eliot.

—Tú no eres solo mi amigo, Matt. Eres de la familia.

—¡Ah, mierda! Creo que voy a llorar. —Se sonó la nariz en su camisa—. Pero hablando de familia, ¿qué piensas hacer respecto a tu abuelo ahora que está aquí en Brasil? En el camino para acá me llamó y me pidió mil disculpas. Dijo que me considera su nieto también. —Volvió a llorar. Matthew siempre fue una manteca derretida.

—Qué bueno que se redimió contigo, pero en cuanto a mí, lo perdoné por haberme separado de Alabá. Pero no lo perdono por haber descubierto la verdad sobre mi hijo y seguir mintiendo —fui sincero. Amaba a mi abuelo y seguiría ocupándome de los negocios de la familia y de él, pero a distancia.

No quería que tuviera contacto con mi hijo ni con su madre por ahora. Ya habíamos pasado por demasiada mierda y solo quería un poco de paz.

—¿Quién está aquí esperando noticias de la paciente Alabá Monteiro? —La doctora llegó con una carpeta en la mano. Se sorprendió al ver que prácticamente todos en la sala de espera se levantaron.

—¿Cómo está, doctora? —Le pasé a Eliot a Matt y me acerqué a ella.

—Perdió mucha sangre, señor, pero ahora está estable. El disparo fue en el hombro, así que no dañó ningún órgano. Creo que pronto estará recuperada —suspiré aliviado con la mano en el pecho.

—¡Gracias a Dios! Muchas gracias, doctora, por todo. —La abracé con la alegría del momento.

—No tiene que agradecerme, señor. Alabá debería despertar en breve, así que podrá hablar con ella personalmente. —Leyó algo en la carpeta y agregó—. Ah, me estaba olvidando de algo importante. Felicitaciones, los exámenes confirmaron que su esposa está

embarazada de cuatro semanas —dijo, y casi me desmayé. El amor de mi vida iba a darme otro hijo.

Era demasiada felicidad junta: Alabá estaba fuera de peligro y además... ¡embarazada!

—¿Está completamente segura, doctora? —pregunté en un hilo de voz.

—Sí, señor, puede celebrarlo. —Se rió al ver mi cara de bobo.

—¿Lo escucharon todos? ¡Voy a ser papá otra vez! —grité en el hospital, levanté a la doctora y la giré en el aire.

Todos empezaron a abrazarme y a felicitarme, pero nadie entendía de verdad lo surrealista que era todo aquello para mí. Eliot ya era un milagro enorme en mi vida y, siendo honesto, ni siquiera sé si lo merecía, pero la llegada de este bebé era la prueba viva de que Dios existía. Yo, que hasta hace poco pensé que jamás podría ser padre, ahora iba a tener dos hijos con la mujer que siempre amé.

—¡Felicidades, hermano! —Matt me pasó a Eliot a los brazos, ni siquiera se despertó con toda ese griterío—. ¡Qué milagroso ese cinco por ciento, eh! Imagina si funcionara al cien por ciento, tu mujer tendría un equipo de fútbol completo de una sola vez. —Me abrazó.

—Gracias, hermano. —No podía dejar de sonreír.

—Ahora que ya pasó lo peor, ¿puedo hacerte una pregunta muy importante? —Me miró muy serio.

—¿Dónde compraste esa ropa?, ¿había para hombre también? —Se rió hasta que le dolió la panza, el idiota. Sabía que no iba a dejar pasar el buzo de Minnie Mouse, solo estaba esperando el momento justo para atacarme.

Después de que mi abuelo me contara toda esa mierda, volví corriendo a casa de Alabá, así que ni siquiera tuve tiempo de cambiarme de ropa. Y después pasó toda esa locura, y ahí estábamos, en la sala de espera del hospital.

—Es una larga historia, Matt. Después te cuento. —Solté una carcajada.

—¡Llegué, chicos! ¿Cómo está Alabá? —Vanessa apareció sin aliento, pobrecita, había venido corriendo.

—Va a estar bien, Vanessa. Por cierto, Eliot va a tener un hermanito —le di la gran noticia, y a la mejor amiga de mi mujer casi se le escapan las lágrimas.

—¡Oh, Dios mío! Felicidades, no puedo creer que voy a ser la madrina. —Me abrazó con Eliot y todo.

—¡Y yo voy a ser el padrino! —se adelantó Matt.

—Eh, te recuerdo. Eres Jamal, el jamaiquino raro que fue al restaurante. —Vanessa se puso las manos en la cintura, desconfiada. Lo reconoció de inmediato—. ¿Qué haces aquí en el hospital? No sabía que eras amigo de Oliver. —Me miró frunciendo el ceño.

—Mira, Vanessa, te voy a contar toda la verdad, lo que pasa es que...

—Déjalo, yo te cuento todo con un café en la cafetería del hospital, ¿qué dices, linda? —Matt me interrumpió acariciándose la barba mientras desplegaba todo su encanto sobre la rubia.

Y por la cara de tonta que puso Vanessa, le funcionó.

—Será un placer, Jamal. —Le tomó la mano y los dos se fueron entre miradas y sonrisitas. Creo que Matt acababa de encontrar a su alma gemela.

Como solo podía quedarse una persona con Alabá en la habitación, el resto del grupo se fue. Y como no quería separarme de nuestro hijo, le rogué al personal de enfermería que lo dejaran quedarse con nosotros en el cuarto. Ante la situación tan emotiva, terminaron aceptando. Dejé a Eliot dormido en un sillón en la esquina y me senté en una silla junto a la cama de mi amor. No pensaba moverme de ahí hasta que despertara, lo cual ocurrió alrededor de las tres de la mañana.

—Hola, amor... —dije en cuanto abrió los ojos.

—Hola, gringo —respondió débil y parpadeó lentamente—. ¿Y Paulo? —murmuró asustada.

—Después de la paliza que le di, lo arrestaron y va a pudrirse en la cárcel por la muerte de Alexander y muchos otros crímenes. Ese tipo tiene un historial larguísimo —la tranquilicé. Paulo no iba a poder hacernos daño nunca más.

—Espero que le hayas dado una buena paliza, amor.

—¡Se la di! —dije, y vi su expresión de satisfacción—. Pero dime ahora, Preta, ¿cómo te sientes? —Besé su frente sin dejar de acariciarle el rostro.

—Dolorida. —Tocó el vendaje en el hombro y se movió en la cama, incómoda.

—Lo sé, amor, pero la doctora dijo que tú y nuestro hijo van a estar bien pronto.

—¿Eliot también fue herido? Quiero verlo ahora mismo. —Trató de levantarse de la cama, pero no tenía fuerzas ni para sentarse sola.

—Tranquila, mujer, Eliot está bien. —Señalé al niño dormido en el sillón y ella se calmó—. Yo hablaba de nuestro otro hijo. —Puse la mano sobre su vientre.

—¡No lo puedo creer! —Empezó a llorar de felicidad.

—Pero es verdad, amor. Según la doctora, nuestro pequeño tiene cuatro semanas, así que, según mis cuentas, fue concebido el día que fuiste a visitarme después de que salí del hospital. —Besé su vientre.

—¡Puta madre, Oliver! Desapareciste diez años y cuando vuelves me dejas embarazada la primera vez que me la metes. —Puso los ojos en blanco y yo me reí a carcajadas.

—¿Qué le vamos a hacer? Soy un verdadero. —Me acaricié el mentón con aire de galán.

—Eres un descarado, gringo, ¡eso es lo que eres! —Hizo una mueca de dolor al intentar reírse.

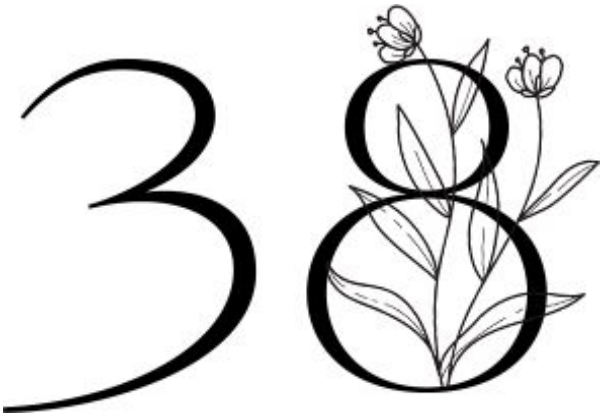
—Pero estoy dispuesto a formar una familia. —Me arrodillé junto a la cama—. Por eso quiero saber: ¿quieres casarte conmigo, Alabá Monteiro? —se lo pedí así, en plena habitación de hospital, con un conjunto rosa chicle de Minnie Mouse, sin anillo ni nada.

Pero con el corazón lleno de amor, que era lo que de verdad importaba.

—¡Claro que acepto, tonto! Ahora sal del piso y ven a darme un beso. —Me pidió, y yo obedecí sin perder ni un segundo.

Nuestro "felices por siempre" estaba cerca. Nunca pensé que fuera posible ser tan feliz. Con Alabá aprendí que el amor está en los

gestos más simples y en entender lo que se dice con el corazón, no solo con palabras.



Alabá

—¿Todavía falta mucho, gringo? —pregunté ansiosa. Oliver me puso una venda en los ojos antes de salir de casa porque quería hacerme una sorpresa.

Después de aquel fatídico día en que pasamos momentos de terror con Paulo y él fue arrestado, nuestras vidas cambiaron. La paz volvió a reinar y hemos vivido una felicidad constante. Oliver decidió que Brasil es el lugar donde quiere vivir el resto de su vida, por eso transfirió la presidencia de la empresa de Nueva York a Matt y va a invertir en la sede de Salvador, triplicando su tamaño. Dijo que no se veía criando a nuestros hijos en otro lugar, le agradecí mucho a Dios por eso, porque salir de Brasil nunca estuvo en mis planes.

—Acabamos de llegar, mi amor, pero aún no puedes mirar, aguanta un poquito más. —Estacionó el coche y aprovechó mi falta de visión para robarme un beso en la boca, luego dio la vuelta al vehículo y me ayudó a salir con todo el cuidado del mundo.

—Hasta me da miedo lo que estás planeando, Oliver Quent. —Sentía el corazón latir con fuerza mientras mi futuro esposo me conducía hasta la sorpresa.

—Ya puedes mirar, Preta. Bienvenida a nuestro nuevo hogar —dijo lanzando la bomba, y cuando me quité la cinta de tela negra y miré, ¡madre mía! Comencé a llorar emocionada.

—No puedo creer que hayas comprado la casa en la que viviste con tus padres para nuestra familia, me encantó la sorpresa. —Me quedé boquiabierta admirando la mansión gigantesca de tres pisos

pintada de blanco, pero la mayor parte de las paredes estaban formadas por grandes ventanales y puertas de vidrio.

Lo que más me gustaba era el amplio jardín al frente, con estatuas clásicas y espacio de sobra para cultivar mis macetas de rosas los domingos por la mañana, con un sombrero de paja en la cabeza, mientras Oliver leía su periódico sentado en el césped verde y, al mismo tiempo, observaba a nuestros hijos corriendo por todos lados y haciendo travesuras. Podía incluso visualizar la escena en mi cabeza, nuestra familia sería muy feliz en ese lugar.

—En realidad, no la compré porque nunca fue vendida. Me aseguré de mantener la propiedad tal como la dejaron mis padres, pero nunca tuve el valor de volver aquí desde su muerte. —Su tono era triste.

—¿Y qué cambió ahora, mi amor? —Entrelacé mis dedos con los suyos.

—Todo cambió, Alabá, gracias a ti. —Besó mi mano y la apoyó en el costado de su rostro—. Quiero que nuestros hijos crezcan en este lugar, porque aquí viví los mejores días de mi vida con mis padres y conocí a la chica de mis sueños, que sería mi esposa, la madre de mis herederos, amante y mejor amiga, todo en una sola mujer. —Tomó mis labios con mucha pasión y yo me derritÍ en sus brazos. Oliver nunca dejaba de hacerme sentir especial.

—¡Qué lindo, mi amor! Siempre me ha gustado mucho esta casa, cada vez que me traías aquí sentía una energía muy buena. También creo que será increíble para nuestros hijos crecer en un lugar con tantos recuerdos hermosos de sus abuelos. —Abracé su cintura y ambos nos quedamos mirando nuestra casa, sonriendo al imaginar la vida perfecta que construiríamos juntos entre esas paredes.

—Una pena que nunca podrán conocer a los abuelos, cada vez que pienso en eso me siento triste. Mis padres siempre soñaron con el día en que tendrían nietos. —Acarició mi barriga, que comenzaba a asomarse por encima del vestido, tendría otro hijo del hombre que amaba y eso era un sueño para mí.

Si había algo que amaba más que cualquier cosa en el mundo, era ser madre.

—Nuestros hijos no podrán conocer a los abuelos, pero pueden convivir con el bisabuelo. —Me volví frente a Oliver, que tenía una expresión amargada. Aún no había podido perdonar completamente al abuelo por lo que hizo en el pasado, a pesar de saber que también fue víctima de la red de mentiras tejida por Paulo.

—No sé si es una buena idea, amor. Independientemente de si era para protegerme o no, no debió haber mentido y alejarme de la chica que amaba —protestó como ya me lo esperaba.

—¿Y nosotros vamos a castigarlo con la misma moneda, alejándolo de nuestros hijos? ¡De ninguna manera! —Puse las manos en las caderas—. Tu abuelo cometió un gran error, pero ya se disculpó un millón de veces y merece una segunda oportunidad, tal como nosotros estamos teniendo ahora —argumenté.

—Está bien, mujer, ganaste. —Me tomó por la cintura y me llenó de besos, haciéndome reír—. La verdad es que mi abuelo no fue el villano en esta historia, sino Paulo.

—¡Exactamente! Por eso vamos a dejar que tu abuelo forme parte de la vida de nuestros hijos, porque no es justo castigarlo por algo que hizo con la intención de protegerte, aunque de una manera equivocada.

—Pensando de esa forma, tienes toda la razón. Ahora hasta me siento mal por no haberlo invitado a nuestra boda, que será dentro de cinco horas. —Confirmó la hora en su nuevo Rolex.

Todos deberían estar desesperados buscándonos por la escapadita que dimos para que Oliver me mostrara esta maravillosa sorpresa. Como Rubi se encargó de organizar la ceremonia, y Vanessa y Bruno la fiesta en el restaurante después de los votos, los tres nos estaban volviendo locos con los últimos preparativos.

—Está bien, querido, invité a tu abuelo hace un mes. —Sostuve su mentón cuadrado y lo besé en la boca, estaba sorprendido con la noticia—. Ahora vamos, hombre, tenemos que arreglarnos para nuestra boda. —Lo agarré del cuello de su camisa y lo arrastré hacia el coche.

Oliver gruñó durante todo el camino, parecía un disco rayado, no dejaba de decir lo mismo.

—No puedo creer que hayas invitado a mi abuelo a nuestra boda y no me hayas dicho nada antes, amor. —Se detuvo en el semáforo en rojo mirando fijamente al frente, no quería mirarme ni mostrarme lo molesto que estaba conmigo en un día tan importante de nuestras vidas.

Sin embargo, la vena que saltaba en su cuello lo delataba.

—Si te lo contaba, ¿lo habrías aprobado? —Giré su rostro hacia mí.

—¡Obvio que no! —Ni siquiera tuvo que pensarlo para responder.

—Exactamente por eso no te lo dije. —Me incliné para besarlo, pero el terco giró la cara.

—¿Sabes qué? Pensé mejor y ya no quiero casarme contigo. Prometimos no mentirnos más el uno al otro, y mira lo que hiciste a mis espaldas.

—¿Qué? Estás loco. —Lo miré, pálida, sabía que se enojaría, pero nunca imaginé que desistiría de la boda.

—¡Tendrías que haber visto tu cara, amor! —Se rió de mí con ganas, hasta retumbó en el coche.

—¡Ah, vete al diablo, Oliver! ¡Eres un idiota! —Lo llené de bofetadas.

—Eso es para que aprendas a ser una buena niña y no me escondas nada más, querida futura esposa. —Partió cuando el semáforo se puso verde, no podía dejar de reírse de mi cara, que debía seguir pálida de susto.

—Pero ser una buena niña nunca fue lo mío, ¿no lo sabías cuando te enamoraste de mí, no, querido futuro esposo? —Me volteé de lado y llevé las manos al cinturón de su pantalón, lo desabotoné, Oliver me miró por el retrovisor, perplejo, sin creer que de verdad iba a hacer eso.

—¿Te volviste loca, Alabá? ¡Estoy conduciendo! —Empezó a sudar frío.

—Entonces creo que es mejor que prestes atención a la carretera mientras juego con tu amiguito aquí. —Me incliné y lo besé, Oliver soltó un gemido en el primer beso.

—¡Caramba, cariño! Eres una zorra, ¿lo sabes? Y me encanta. —Se detuvo en el semáforo otra vez y usó su mano libre para atarme el pelo en una coleta, controlar la velocidad y obligarme a subir y bajar la cabeza a un ritmo frenético.

Oliver estaba tan emocionado que no pudo aguantar mucho tiempo y acabó en mi boca hasta la última gota, echó su cabeza hacia atrás en la parte trasera del auto y tardó unos segundos en controlar su jadeo, su cuello estaba todo sudado y rojo.

—Eso fue solo un calentamiento para nuestra luna de miel de esta noche, cariño. —Me puse de pie con una mirada traviesa en mi cara, limpiándome la comisura de la boca.

—No puedo esperar a consumar nuestro matrimonio, Preta. —Retiró la mano del volante y extendió la mano para apretar mi pecho rígido.

—Yo también, gringo. —Me arreglé el pelo en el espejo retrovisor, parecía un nido de pájaro abandonado.

Después de la chupada que le di a Oliver, él se relajó más e incluso dijo que era buena idea invitar a su abuelo a la boda, ahora nuestra familia estaría completa en la ceremonia.

—¿Dónde estaban ustedes dos? Aún tenemos un montón de cosas por resolver y los dos pajaritos paseando. —Oliver apenas estacionó el auto frente al restaurante, y Rubi abrió la puerta del lado del conductor, lo sacó del coche con una mano, mientras que con la otra sostenía la percha con la ropa completamente blanca del novio, protegida por una funda de plástico.

No tuvimos que pensar mucho para decidir dónde queríamos casarnos. Queríamos un lugar especial para los dos y Oliver y yo lo dijimos al mismo tiempo:

"Praia do Porto, sin duda".

Además de ser un lugar paradisíaco, esa playa guardaba hermosos recuerdos de nuestra historia de amor. Sería mágico casarnos al aire libre, con la brisa del mar y una fina lluvia enviada por Iemanjá, bendiciendo nuestra unión. No podría desear nada más hermoso para mi boda.

—Perdón, Rubi, nos dimos una escapada para mostrarle la nueva casa a mi futura esposa —intentó explicarse, el pobre.

—No me importa, Oliver Quent, vamos a hacer la última prueba de tu traje de ceremonia ahora mismo. Soy la madrina de esta boda y ni siquiera he tenido tiempo de arreglarme el cabello, así que no me hagas enojar —gritó Rubi, como doña Florinda, con el cabello lleno de rulos, estaba más nerviosa que yo, que era la novia.

—Sí, señora, ya voy. —Levantó las manos, rendido, pero muriéndose de risa por su asistente, que casi se desmaya cuando Oliver la invitó a ser nuestra madrina junto con Matt.

No podía ser de otra manera, la considera una madre

—Entonces ven rápido, que Matt y Eliot ya están casi listos, solo faltas tú ahora.

—Está bien, Rubi, ¿puedo despedirme de mi novia?

—¡Date prisa! —Puso las manos en la cintura.

—Buena suerte, amor, nos vemos más tarde en la ceremonia. —Le besé la boca.

—Gracias, Preta, pero creo que tú también necesitarás suerte. —Señaló a Vanessa, que venía detrás de mí con su maletín de maquillaje, tan emocionada como Rubi.

Ella y Bruno serían nuestros padrinos de boda, y estaban tan animados que daba gusto verlos. Después de conocer mejor a Oliver, ahora los dos se habían convertido en sus aduladores.

—¿Lista para ser la novia más bonita que Salvador ha visto, amiga? —Vanessa tomó mi brazo, caminando emocionada porque estaba empezando un romance con Matt, amigo de Oliver.

Al fin, mi amiga encontró a un tipo con mucho dinero, romántico como los chicos de los libros de romance cursis que tanto amábamos leer. Además era guapo y muy gracioso. No paraba de contarme cómo Matt la hacía reír hasta las lágrimas cada vez que estaban juntos.

—Sí, Vane, ¡no puedo creer que me voy a casar! —Solté un gritito antes de entrar a la mansión, Bruno ya estaba listo con el peine en la mano.

—Siéntate aquí, que ahora haré magia, jefa. —Bruno sacó el banquito del tocador para que me sentara.

No quise nada de arreglo glamoroso, ese tipo de cosas no eran para mí. Compré un vestido blanco largo de tirantes finos, suelto, con un escote en V y una caída perfecta. El maquillaje, por supuesto, lo dejé a cargo de Bruno, que entendía muchísimo del tema. Como la ceremonia sería por la tarde, durante el atardecer, optó por usar tonos suaves. Lo que más me gustó fue el cabello; lo dejó suelto, adornado únicamente con una tiara de flores naturales. ¡Parecía una princesa!

—Hay alguien que quiere hablar contigo antes de salir, Alabá. —Bruno abrió la puerta para que entrara el abuelo de Oliver.

—Hola, señor Arthur, qué bueno que vino a nuestra boda. —Lo abracé, habíamos estado hablando por teléfono las últimas semanas.

Siempre fue muy amable conmigo, me pedía disculpas constantemente y repetía que sentía mucho todo el daño que le había causado a Oliver y a mí. Cuando le conté que sería bisabuelo, se puso a llorar por teléfono y dijo que no veía la hora de conocer a los bisnietos. Entonces organicé una cita secreta con Oliver y lo llevé a Eliot. Los dos se entendieron perfectamente, fue tan cariñoso con mi hijo que me emocioné.

Fue en ese momento cuando decidí que haría todo lo posible para que el cabezadura de Oliver perdonara a su abuelo de una vez por todas. Él formaba parte de nuestra familia, y eso significaba estar juntos en los buenos y malos momentos. Pero, sobre todo, amarnos incondicionalmente.

—Estás preciosa, hija, pero no me voy a demorar mucho porque no quiero que la novia llegue tarde por mi culpa. —Sacó una cajita de terciopelo color burdeos de su saco y me la entregó—. Este es mi regalo de bodas para ti.

—¡Vaya, señor Quent, es precioso! Pero no puedo aceptarlo, debe costar una fortuna. —Saqué el collar de perlas de la caja y admiré toda su belleza y elegancia.

—Claro que puedes, querida, este collar perteneció a varias generaciones de mujeres de la familia Quent. Lamentablemente, cuando la madre de Oliver falleció, me volvió a ser entregado, pero ahora es tuyo, y en el futuro será pasado de ti a la esposa de

nuestro pequeño Eliot. —Tomó la pieza de mis manos y la colocó alrededor de mi cuello.

—No sé qué decir, ¡muchísimas gracias! Me encantó el regalo. —Lo abracé, en ningún momento sentí rencor hacia él, al contrario, me daba pena ver toda la culpa que llevaba en sus ojos.

—Solo haz feliz a mi nieto, y para mí será suficiente, Alabá. Ahora vamos rápido, que vine en limusina y estaría muy feliz de llevarte al lugar de la boda. —Me ofreció el brazo.

—Será un placer, señor Quent. —Tomé su brazo.

—Mira, ahora que vas a entrar en la familia, puedes llamarme abuelo si quieres, por mí no hay problema —dijo tímidamente.

—Está bien, abuelo. —Apoyé la cabeza en su hombro.

Cuando llegué a la Praia do Porto, me emocioné tan pronto como bajé de la limusina. Casarme en un lugar así era estar en contacto con la naturaleza, los pies en la arena, la energía del mar, el sonido de las olas y la conexión con el infinito. ¡Este escenario por sí solo era perfecto! Pero Rubi logró hacerlo aún más especial. Montó un pequeño altar decorado con flores naturales justo frente al mar. Los pocos invitados estaban sentados en dos filas de sillas, todos de blanco, transmitiendo paz.

Hasta el altar tenía un camino de pétalos rojos, al final del cual me esperaba Oliver junto a nuestro hijo. Los dos estaban vestidos igual, con camisa blanca y pantalón blanco. Mis chicos estaban preciosos. A su lado estaban nuestros padrinos, Vanessa y Bruno, Rubi y Matt. Todos emocionados de vivir ese momento con nosotros.

—No quiero incomodar a nadie con mi presencia, hija, así que voy a ver la ceremonia desde lejos. —El señor Quent me entregó el ramo de flores que había olvidado en el banco de la limusina. —¡Estás tan hermosa, felicidades! Oliver tiene suerte de haberte encontrado, Alabá. —Se secó las lágrimas.

—Gracias, señor Quent, pero me sentiría muy honrada si me lleva al altar. —Le ofrecí la mano.

—Será un placer, querida. —Caminamos juntos por el camino de pétalos, Oliver no pudo contenerse, sus labios temblaron.

Cuando vio el collar de perlas que había sido de su madre en mi cuello, mi amor se derritió en lágrimas.

—Un día te quité a tu gran amor, Oliver. Pero ahora me siento honrado de poder devolvértela en el día de tu boda. Espero que algún día me perdones. —El abuelo de Oliver le entregó mi mano de nuevo a su nieto.

—Ya te perdoné, abuelo, gracias por haber venido. ¡Te quiero mucho! —Los dos se abrazaron llorando, sin duda esa fue la escena más hermosa de toda la ceremonia.

El amor había prevalecido una vez más en nuestras vidas.

—Yo también te amo, hijo. —El señor Quent también estaba entre lágrimas.

—¡Gracias! —Oliver me susurró suavemente al oído, aún abrazado con el abuelo. Yo le sonreí emocionada.

Después de hacer las paces, Eliot ayudó al bisabuelo a sentarse en su lugar y se quedó haciéndole compañía. El juez de paz comenzó la ceremonia, y yo estaba con las manos sudando de tantos nervios.

—Estás deslumbrante, amor. —Oliver se inclinó y susurró en mi oído mientras nos posicionábamos frente al altar, con cariño ajustó la tiara de flores en mi cabello.

—Tú tampoco te ves nada mal, gringo —susurré de vuelta.

—¿Lista para ser *mía para siempre*? —Sonrió de esa manera que me hacía recordar todos los días por qué, con él, fue amor a primera vista.

—Nací para ser tuya, Oliver Quent. —Le guiñé un ojo a mi futuro marido.

Y así comenzó nuestro "felices para siempre"…



Oliver

Estaba tan exhausto aquella noche de viernes, había trabajado como un loco durante toda la semana. Tuve que ir a Nueva York para ayudar a Matt a resolver algunos problemas en la empresa en un solo día y volví a Brasil al día siguiente. Como Alabá estaba a punto de dar a luz en cualquier momento, no quería estar mucho tiempo fuera de casa. De ninguna manera perdería ese momento, apenas podía esperar para ver la carita de nuestro bebé.

—Dios mío, amigo, ese burrito que traje para el viaje no me cayó nada bien. —Matthew ya había tocado suelo brasileño, contaminando el aire con sus malolientes gases estomacales.

Mi amigo vino conmigo a Brasil para acompañar el parto del niño al que él mismo se había nombrado padrino, la verdad es que no podía imaginar a otra persona asumiendo ese papel tan importante en la vida de nuestra hija. ¡Eso es! Alabá y yo fuimos bendecidos con una niña a la que decidimos ponerle el nombre de Alexa, en homenaje al hombre que salvó su vida cuando aún estaba en el vientre de su madre.

—¿Estás seguro de que no quieres quedarte en casa con nosotros, Matthew? —le pregunté tan pronto como bajamos del jet. El terco insistió en quedarse en el hotel Plaza, y yo sabía muy bien el motivo.

Vanessa...

Ambos comenzaron a salir después de aquella conversación en la cafetería del hospital, y terminaron en la cama de Matthew más

tarde. Ahora que serían padrinos de Alexa juntos, estaban más unidos que nunca. Alabá incluso comentó algo sobre ellos pensando en mudarse juntos a Nueva York. Mi esposa estaba triste porque su amiga se mudaría tan lejos, pero al mismo tiempo, estaba feliz por ella, que estaba dando un paso tan importante en su vida.

—Voy a quedarme en el hotel, amigo. Así tendré más privacidad con mi chica. —Ajustó el cuello de su camisa azul con una sonrisa de oreja a oreja que mostraba todos los dientes sucios de los cinco burritos picantes que había comido.

—Está bien, hermano, pueden estar juntos todo el tiempo que quieran, tú y Vanessa. Pero mantén el celular encendido porque mi esposa puede entrar en trabajo de parto en cualquier momento.

—Tranquilo, amigo, no perderíamos el nacimiento de nuestro ahijado por nada. Cuando llegues a casa, dile a Alagoana que le mando un abrazo. —Hizo un gesto de despedida antes de subirse al coche, tenía dos choferes de la empresa esperándonos.

—Gracias, Matt, que descanses. —Puse los ojos en blanco, no había manera, siempre se equivocaba con el nombre de mi esposa.

Alabá hizo todo lo posible para enseñarle a Matt a decirlo correctamente, pero, según ella, después del quinto intento fallido, aceptaba lo que le saliera en ese momento.

—¡Finalmente en casa! —suspiré en cuanto pasé por la puerta.

Dejé el maletín al pie de las escaleras y primero pasé por la habitación de mi hijo para darle un beso de buenas noches. Ya era bastante tarde y él debía estar dormido desde hacía rato. Luego fui a la suite principal, donde mi reina también dormía profundamente con esa enorme barriga fuera de las sábanas, la mano bajo su rostro y el largo cabello rizado esparcido por todo el almohadón.

—¡Buenas noches, mis amores! —Besé los labios de mi esposa, luego bajé y deposité un beso en su barriga para que nuestra hija no sintiera celos.

Me arrastré hasta el baño y tomé una ducha rápida. Estaba tan cansado que me metí en la cama desnudo. Apenas cerré los ojos y me dormí unos minutos, me despertó un grito de Alabá.

—¡Amor, despierta! Creo que rompí bolsa.

—Vuelve a dormir, querida, mañana te compro otra bolsa —dije adormecido, me di vuelta y seguí durmiendo.

—Deja de ser idiota, Oliver, lo que quiero decir es que el bebé está a punto de nacer. —Levantó las sábanas y había un charco de agua entre sus piernas.

—¡Ay, Dios! ¿Por qué no me lo dijiste antes, mujer? —Me levanté de golpe, tomé el bolso que habíamos preparado para el hospital y empecé a buscar la llave del coche.

—¿Así vas a ir al hospital, gringo? —Miró mis partes íntimas al descubierto, ¡mierda! Había olvidado que estaba desnudo.

Me vestí con rapidez, tomé los bolsos y los metí en el coche. Fui al cuarto de Eliot y lo desperté en medio de la madrugada, el pobre estaba completamente agotado.

—Despierta, amiguito, Alexa está en camino. —Apenas mencioné el nombre de su hermana, el chico abrió los ojos de par en par.

—¡Siiii! —Se puso el abrigo emocionado.

Coloqué a Eliot en el asiento trasero y ajusté su cinturón, luego me metí al coche y lo encendí. Solo después de haber avanzado unos veinte metros, miré por el retrovisor y vi a Alabá en la vereda con las manos en la cintura, furiosa. Volví de inmediato en reversa y la ayudé a entrar por el lado del pasajero.

—Perdón, amor, estoy muy nervioso.

—Solo cállate y conduce al hospital, por el amor de Diossss —gritó cuando la primera contracción la atacó con fuerza.

Conduje lo más rápido que pude al hospital, y poco más de una hora después, Alexa Monteiro Quent nació, a las tres de la mañana del doce de junio de 2011. Era una niña hermosa y fuerte. Todos dijeron que era idéntica a mí, nació blanquita y con el cabello claro. Alabá dijo que una era igualita a la madre y la otra al padre para no causar peleas. Me reí mucho con eso.

—Es perfecta, mi amor. —Me incliné sobre la cama y besé la cabeza de nuestra hija mientras mamaba por primera vez del pecho de su madre, las dos eran tan hermosas juntas.

El cuarto del hospital apenas tenía espacio para moverse, estaba lleno de regalos, flores y globos para nuestra niña. Todos nuestros

amigos vinieron a visitar a la nueva integrante de la familia. Mi abuelo se volvió loco cuando vio a su bisnieta. Salió con Eliot para ir a tomar un helado, pero pronto regresaron para seguir babeando sobre Alexa.

—Sí, es perfecta y ya muy amada por nosotros, ¿verdad, amor? —Acarició la cara de la hija.

—Estoy tan feliz que a veces tengo miedo de estar soñando, Preta. —Besé sus labios, Alexa me apretaba el dedo con fuerza con su manito.

Alabá había pasado por un largo parto la noche anterior y tenía una expresión cansada, pero aún así, para mí, era la mujer más hermosa del mundo.

—Pero esto no es un sueño, querido, simplemente estamos viviendo nuestro final feliz. —Tomó mi mano y sonrió.

—¡Eres la página más hermosa que el destino escribió en mi vida, Alabá Quent! Seré tuyo para siempre —prometí lleno de amor.

—Y yo seré tuya para siempre, Oliver Quent. —Nos besamos apasionadamente como la primera vez.

Lo más importante que aprendí con nuestra historia de amor es que, por más grandes que sean las dificultades del amor, siempre vale la pena amar.

Fin...



Grupo de Facebook: Romances - Mari Sillva:
https://www.facebook.com/groups/263457927501744/?
enlaces permanentes
múltiples=322678881579648&notif_id=1514935343649540&notif_t
=feedback_
Instagram:
https://imgaddict.com/user/autoramarilia/5458384158
Wattpad:
https://www.wattpad.com/user/MarliaSillva
Fanpage:
https://www.facebook.com/autoramarisillva/



Quiero agradecer especialmente a mi querida beta, Aline, por todo el cariño que siempre me has demostrado y por mi trabajo. También quiero agradecer a mi corrector, Fabiano Jucá, quien ha sido extremadamente paciente y comprensivo conmigo con respecto a la locura que ha sido mi vida en los últimos meses. ¡Muchísimas gracias, de todo corazón!

Un sincero agradecimiento a todas mis hermosas mujeres que tanto amo del grupo de WhatsApp "Amores de Mari" y del grupo de Facebook Romances-Mari Sillva, que hacen mis días más felices.

A los lectores de Wattpad, donde todo empezó y que siguen conmigo hasta hoy. ¡Gracias, los quiero!

Al equipo responsable de producir este libro para que llegue a ustedes en tan hermosas condiciones: al talentoso artista de portada LA Creative, al corrector Fabiano Jucá y a la maquetadora Bárbara.

¡Y POR ENCIMA DE TODO Y DE TODOS, A DIOS, QUE FUE MI BASE PARA LLEGAR HASTA AQUÍ!

---

[1] Valesca Popozuda es una destacada cantante, bailarina y empresaria brasileña. Su nombre artístico, *Popozuda*, significa "la que tiene gran trasero" y se ha convertido en una de sus señas de identidad.